

Antonio Fuentes Mendiola

LA FORTALEZA DE LOS DÉBILES



morgan editores

"Dios eligió lo necio del mundo
para confundir a los sabios,
y lo débil del mundo
para confundir a los fuertes"
(1Cor 1,27)

INDICE:

INTRODUCCIÓN

I. UNA EXPERIENCIA SINGULAR

II. HACIA METAS MÁS ALTAS

III. EL CAMINO DE LA FORTALEZA

IV. LA ESPERANZA DE LLEGAR

V. CON EL PODER DEL ESPÍRITU

INTRODUCCIÓN

La buena nueva que Jesús de Nazaret anunció hace veinte siglos, sigue desafiando en su sencillez la lógica de los hombres. ¿En qué cabeza cabe que el Maestro proclame en el Sermón de la Montaña felices a los pobres, a los que sufren, a los que pasan hambre? Una auténtica paradoja, al igual que todo el Evangelio. Se nos invita a perder para ganar, a bajar para subir, a servir para reinar, a morir para vivir. Más aún. Dios elige a los necios según el mundo para confundir a los sabios, a los débiles para sorprender a los fuertes, a los que son nada para avergonzar en su prepotencia a los que se creen algo.

Cuesta aprender la lección. Todavía hay quienes se creen fuertes y poderosos porque gozan de salud, de medios económicos, de prestigio o influencia social. Cegados por su ambición, no se dan cuenta de que carecen de lo más esencial: de la paz y el sosiego que reclama su alma. Creen poseerlo todo, pero en realidad les falta esa dimensión interior que hace al hombre justo y honrado, fuerte ante el dolor y firme en la adversidad. La salud de la que hoy gozan, mañana pueden perderla. Lo mismo que el dinero: un cambio de coyuntura económica da al traste con años de duro esfuerzo. Aferrarse a lo material es vivir en una permanente inseguridad. Lo que hoy con tanta ilusión acariciamos, mañana puede desaparecer sin dejar rastro.¹³

Ningún bien económico, por importante que sea, logra satisfacer el hambre de felicidad que llevamos dentro. Ni los avances de la ciencia, ni los progresos de la medicina, ni el impulso de la tecnología, librarán al hombre de sus inquietudes y temores. Sin embargo, nos aferramos al dinero, al placer o al éxito como si fueran la panacea universal. Todo un espejismo.

No somos felices por lo que tenemos o ambicionamos. Si no que se lo pregunten a esa legión de yuppies rebosantes de "éxito", atiborrados de poder y dinero, encumbrados en lo más alto. Un pequeño traspiés y en un abrir y cerrar de ojos se vienen abajo. Se convierten muy a su pesar en el hazmerreír de los que antes les adulaban. Es evidente que tales "personajillos" no pueden servirnos de modelo. Su aparente poderío termina por lo general en un estrepitoso

fracaso. La felicidad que anhelamos discurre por otros caminos. No se funda en el egoísmo ni en la ambición; procede de la fe, esperanza y amor.

En las páginas que siguen encontrarás, querido lector, la vida sencilla de un puñado de hombres y mujeres que, a pesar de sus debilidades y miserias, se alzaron hasta cotas muy altas de heroísmo. Son los discípulos de Jesús, tal como los presentan los Evangelios. No destacaron por su poder, tampoco por su dinero. Eran gentes corrientes, de esas que hoy llamaríamos del "montón". Un día recibieron la llamada del Maestro de Galilea. Sin escatimar esfuerzo le siguieron. Para eso tuvieron que dejarlo todo: barcas, redes, familias, talentos, hasta la misma vida. Con la ayuda del Espíritu Santo se convirtieron en hombres fuertes y audaces, en protagonistas de la mayor revolución que ha conocido la Historia.

Si hoy rememoramos aquellos comienzos no es con la intención de hacer un ejercicio de retrospección histórica, y menos para quedarnos en una repetición mimética de costumbres y modos de hacer de otra época. Después

14 entender de dónde les venía a aquellos primeros cristianos su fortaleza. Porque gracias a ella llevaron a cabo nada menos que la cristianización de la sociedad pagana de su tiempo. Del Maestro recibieron el mensaje que debían difundir; del Espíritu Santo, alma de la Iglesia, la fuerza y el valor para transmitirlo.

También a nosotros se nos pide hoy algo parecido. Podremos responder si, como ellos, somos dóciles a la acción del Espíritu divino. Él nos ayudará a combatir los miedos y temores que nos acobardan, a plantar cara al hedonismo y blandenguería del ambiente, al fanatismo de los que intentan manipularnos. Mediante el cultivo de la virtud, nos haremos fuertes en la fe, coherentes en la conducta, pacientes en la adversidad.

Sólo entonces recuperaremos la paz y alegría que, como sal y luz de la tierra, hemos de sembrar por el mundo entero. Superaremos el mal con el bien, brindaremos apoyo y sosiego a cuantos sufren el desamparo o la soledad; esa multitud de enfermos y ancianos, de matrimonios rotos por el desamor, de jóvenes que sufren en sus carnes el desgarrón de la pasión o prepotentes que sienten el zarpazo de la

soberbia. A todos ofreceremos aliento y consuelo, abriéndoles el camino a la conversión.

"Venid a mí todos los que estáis fatigados y sobrecargados, que yo os aliviare" (Mt 11, 28-30). Estas palabras del Señor son de alivio y consuelo para nuestra debilidad. No dice que vayan a desaparecer como por encanto el dolor o la fatiga, el cansancio o la desilusión. Pero nos abre una puerta a la esperanza. Si respondemos a su invitación, encontraremos la fuerza necesaria para encarar con talante positivo y optimista cualquier adversidad.

Con la ayuda divina y la intercesión poderosa de la Virgen María, podremos convertir la tristeza en gozo, la cobardía en audacia, la debilidad en fortaleza. Así, de lo 15 viejo y caduco del espíritu surgirá un propósito de renovación personal, expresión de esa "nueva primavera de la vida cristiana" que el Santo Padre ha deseado a los cristianos al comienzo del nuevo milenio.¹⁶

I. UNA EXPERIENCIA SINGULAR

La fortaleza del maestro
La debilidad de los discípulos
Transformados por el espíritu
Hostilidad y persecución
Con la fuerza de lo alto
Fieles hasta el, heroísmo

Las experiencias acumuladas por el hombre a lo largo de la historia pendulan entre la grandeza de su espíritu, que aspira a lo más perfecto, y la realidad cotidiana que le hace patentes sus miserias. Junto a progresos extraordinarios en el campo de la ciencia y de la tecnología, subsisten en cada hombre abismos profundos de insatisfacción, de dolor y sufrimiento. Sueña con la conquista del cosmos, pero a la vez palpa en su propia carne la limitación y pequeñez de su naturaleza. Creyéndose un semidiós, fuerte y todopoderoso, puede dejar morir por inanición su espíritu y plantear su vida de espaldas a Dios. Vendría a ser como un inmenso gigante con los pies de barro.

Recuerda la visión desvelada por el profeta Daniel al rey Nabucodonosor cuando éste, en sueños, contempló una enorme estatua de gran brillo y esplendor. "La cabeza era de oro puro, su pecho y brazos de plata, su vientre y los lomos de bronce, sus piernas de hierro, sus pies parte de hierro y parte de arcilla... De pronto, una piedra se desprendió sin intervención de mano alguna; alcanzó a la estatua en sus pies de hierro y arcilla, y los pulverizó. Entonces se hizo pedazos todo: el hierro, la arcilla, el bronce, la plata y el oro" (Dn 2, 31-35). Bastó una piedrecita para que aquel inmenso gigante se viniera abajo. De nada le sirvió su esplendorosa cabeza, ni su cuerpo tan extraordinario. Tenía los pies de barro, y eso fue suficiente para que se derrumbara. 17

Así somos los hombres. Nos creemos grandes y poderosos, mientras arrastramos impenitentes los estigmas de nuestras flaquezas. Es nuestro talón de Aquiles, en forma de soberbia, vanidad,

sensualidad, pereza... Y no obstante los siglos transcurridos, aún no sabemos cómo remediar tantas limitaciones. ¿Cómo superar nuestras flaquezas? ¿De dónde nos vendrá la fuerza y valentía que necesitamos? Muchos han sido y son los personajes que a lo largo de la historia se nos han propuesto como modelos de fortaleza. Desde héroes mitológicos o legendarios hasta las superestrellas de la actualidad, ídolos de multitudes, personalidades deslumbrantes y arrolladoras. Mas por excelentes que sean, su fortaleza no puede servirnos de modelo. Son criaturas y, en consecuencia, limitadas. Por mucho que se empeñen en mostrarnos su fuerza y talento, tarde o temprano acaban topándose con su fragilidad: enfermedad, decrepitud, muerte... Ningún hombre, por fuerte e inteligente que parezca, puede sanar nuestra debilidad. Necesitamos encontrar a Alguien que puede sanar de raíz nuestras miserias y devolvernos la esperanza.

Este Alguien no es otro que Jesús de Nazaret. De él nos viene la fuerza que necesitamos, la esperanza que da sentido a la vida. Quizá lo sepamos, pero muchos de los pesimismo y desilusiones que nos acosan proceden de haber olvidado esta realidad. Por cristianos tenemos un modelo a quien imitar, un Maestro que nos indica el camino y la fuente genuina de la fortaleza para superar la debilidad.

LA FORTALEZA DEL MAESTRO

En tiempo de Jesús, los judíos fervorosos esperaban como ya inminente la llegada del Mesías. Lo habían anunciado desde antiguo los Profetas, era objeto de comentarios en el Templo y en las sinagogas, se hacían cábalas entre las gentes sobre aquel ser extraordinario y poderoso que vendría a salvarles. Lo concebían como un personaje importante, enviado por Dios para liberarles del yugo romano, de la esclavitud a la que estaban sometidos. Con él nada temerían; se acabaría la opresión y, como consecuencia, todas sus penas y dolores.

De padres a hijos se había ido transmitiendo la historia del pueblo hebreo. Todos recordaban cómo siglos atrás el profeta Natán había anunciado al rey David que en un hijo suyo el reino sería eterno (2 Sam 7, 16). Desde entonces todos esperaban con impaciencia a ese rey, el Mesías o ungido prometido. El profeta Isaías dirá que nacerá de

una virgen y se llamará Emmanuel, Dios-con-nosotros (7, 14). Aun siendo niño, será el Dios fuerte, el Príncipe de la Paz (9, 5). Una auténtica paradoja, ya que lo propio del niño es ser débil por naturaleza. Estos vaticinios atribuían al Mesías las grandes virtudes de los héroes de su linaje: la sutil sabiduría de Salomón, la bravura de David, la piedad y celo de Moisés, la fidelidad de los profetas.

El Mesías que esperaban venía a ser la síntesis perfecta de la debilidad del niño y la fortaleza del rey. Cualidades que se manifestarán con el correr del tiempo en Jesús de Nazaret, hijo de David. Sin dejar de ser Dios, se hace hombre en las entrañas purísimas de María, la doncella de Nazaret. Nace en Belén, tal como había sido profetizado por Miqueas (5, 1). No en un palacio, como hubiera correspondido al que es Señor del universo, sino en una pobre cueva, en un establo reservado a las bestias. Un pesebre fue su cuna. Nadie se enteró. Sólo unos humildes pastores acudieron a adorarle tras el anuncio del ángel. ¿Quién hubiera podido imaginar que en la pobreza extrema de una cueva, en la pequeñez e indefensión de un niño, se manifestaría radiante y en toda su pujanza la fortaleza divina? Pero todo ello quedaba por entonces velado a los ojos de los hombres, como envuelto en la oscuridad del misterio.

Un misterio que empieza a desvelarse pronto. A la edad de doce años, Jesús sube con sus padres a Jerusalén para la fiesta de Pascua. Inadvertidamente, se queda en el Templo hablando con los doctores. Todos quedan maravillados de su elocuencia y sabiduría. Durante tres días permanece "perdido" sin que ni José ni María supieran dónde estaba. Al encontrarle, su madre le pregunta: "Hijo, por qué nos has hecho esto? Mira cómo tu padre y yo, angustiados, te andábamos buscando". A lo que el Niño responde: "¿No sabíais que debo ocuparme de las cosas de mi Padre?". Con esta respuesta afirmaba dos cosas: su dependencia del Padre celestial y a la vez su filiación divina. Dejaba entrever el misterio de su persona, su nexo de unión con Dios, a quien llama "mi Padre". Nadie hasta entonces en el pueblo de Israel se había atrevido a llamarlo por ese nombre. Pero él sí, porque en verdad era el Hijo de Dios por naturaleza. Al responder así manifestaba la entrega total a la misión que el Padre le había confiado y que iría desvelando poco a poco.

San Lucas cierra el pasaje afirmando que el Niño obedeció y regresó a Nazaret, donde en compañía de José y María "crecía en edad, sabiduría y grada delante de Dios y de los hombres" (Leí, 52). De José aprende el oficio de artesano, al que se dedica hasta los treinta años como uno más. Pues Jesús, el Verbo encarnado, "trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre. Nacido de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de nosotros, en todo semejante a nosotros, excepto en el pecado" (GS 22).

Muy pronto dará pruebas de su fortaleza. Tras ser bautizado por Juan en el Jordán, el Espíritu lo conduce al desierto. Allí pasa cuarenta días en riguroso ayuno, al final 20 de los cuales es tentado por Satanás. Lleno de energía rechaza cada una de las tentaciones, en obediencia perfecta al Padre. Lo mismo hará más tarde en la cruz, cuando Satanás intente de nuevo interferir en sus planes redentores. Son tentaciones que ponen de manifiesto la hondura y la fuerza de su amor. Sí sufre es porque ama; y sabemos que nos ama porque libremente asumió nuestros pecados y miserias. En su misma Persona divina se realiza el intercambio de nuestra naturaleza con la suya, de nuestra debilidad con su fortaleza.

Jesús -Dios y hombre verdadero- ha venido para salvarnos. Comprende perfectamente nuestras angustias y temores, nuestras debilidades y pecados. Y porque tiene además el poder y la fuerza para sanarnos, no pasa de lejos; compadecido hace suyos nuestros sufrimientos y dolores. Pero lo hace a su modo, calladamente. No con la bravura o espectacularidad del Mesías que los judíos esperaban; ni con la impetuosidad del Bautista o la fuerza arrolladora de los hijos de Zebedeo. Se presenta como uno más entre los de su pueblo, con los que crece, trabaja y se divierte. Quien desee seguirle, habrá de aprender a ser como él "manso y humilde de corazón". Así había sido profetizado desde antiguo: no arremeterá contra nadie, no quebrará la caña cascada ni apagará la mecha que humea (Is42, 3; Mí 12, 20). Al contrario: acogerá a todos, comprenderá todas y cada una de nuestras debilidades. De ahí que no tenga inconveniente en acoger al publicano Mateo o al rico Zaqueo, ni siquiera a la mujer sorprendida en adulterio. El había venido para salvar, no para condenar. A todos pues perdona porque es infinita su misericordia. Pero, cuando están en

juego los intereses de su Padre Dios, actúa con prontitud y justicia. El que no opondrá resistencia y se dejará conducir "corno manso cordero al sacrificio", es el mismo que látigo en mano arrojará a los mercaderes del Templo. Su fortaleza nada tiene que ver por tanto con la blandenguería; su comprensión está muy lejos del sentimentalismo. Así, cuando es abofeteado en presencia del Sumo Sacerdote no presenta la "otra mejilla"; al contrario, reivindica sus derechos y pide explicaciones de por qué le han pegado (cf Jn 18, 25).

Aunque Jesús actúa con firmeza, su fortaleza está empapada de mansedumbre. A la vez que rechaza con energía la insolencia de los fariseos, acoge lleno de comprensión a los pequeños que se le acercan, a quienes propone como modelo de humildad e inocencia. Quien no se haga como ellos -asegura- "no entrará en el reino de los ciegos". A un doctor de la Ley, Nicodemo, le costará mucho entenderlo. Pensaba que la fuerza le vendría a Israel de un Mesías fuerte y poderoso, dotado de prerrogativas muy excepcionales. No le entraba en la cabeza que el Rabbí de Nazaret propusiera la humildad como modelo de fortaleza. Ni él ni muchos de los de su época habían asimilado lo profetizado por Isaías sobre el Siervo de Yahvéh. En el cuarto canto dice de él: "Creció ante el Señor como un pimpollo, como raíz en tierra seca... Despreciado, deshecho de la humanidad, varón de dolores, avezado al sufrimiento, uno ante el cual se oculta el rostro, despreciado y desestimado" (Is 53, 2-3). Tan alejada estaba esta profecía de las expectativas que aquellas gentes se hacían, que les resultaba muy difícil relacionarla con el verdadero Mesías.

A la luz de los esquemas rabínicos resultaba difícil entender la fortaleza predicada y practicada por el Maestro. Su fortaleza, mansa y humilde como la de un niño, se distanciaba no sólo de las concepciones mesiánicas de entonces, sino de las formulaciones filosóficas en boga, las cuales exaltaban al hombre como si de un semidiós se tratara; o de las que, pasándose al extremo opuesto, caían en el pesimismo, como sucedía y sigue sucediendo en muchos de los sistemas filosóficos orientales: buscan éstos la "fortaleza" en el contrasentido de eliminar del hombre su vigor, viendo en el "nirvana" la cumbre de la excelencia. Pensaban -y piensan aún- que anulando instintos y pasiones suprimirán el dolor y todo tipo de sufrimientos.

La fortaleza cristiana se mueve por un camino bien distinto. No se propone eliminar el dolor ni el sufrimiento. Jesús en ningún momento los rechaza sino que los asume, pero dándoles un sentido nuevo. Al participar de nuestra naturaleza y sanarla, la libera de sus taras mediante la fuerza (dynamis) del Espíritu. Fuerza que no convierte al hombre en un superdotado, y menos en un semidiós. La fortaleza del cristiano, paradójicamente, es compatible con la debilidad, asumida por el Hijo de Dios en su encarnación. De ahí que afirme la Carta a los Hebreos: "No tenemos un Pontífice que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino que fue probado en todo igual que nosotros, excepto en el pecado" (4, 15). Jesús, que es Dios pero también perfecto hombre, siente hambre y sed, se cansa, necesita dormir... No oculta sus sentimientos: ríe y llora, se compadece y se alegra, igual que nosotros. Pero aun así, da ejemplo continuo de fortaleza. Aunque sufre y padece, jamás sucumbe ante el dolor. Hace en cada momento lo que tiene que hacer, en identificación con la voluntad del Padre. Su capacidad de resistencia es admirable.

Los Evangelistas son unánimes al anotar que pasaba días enteros sin comer ni beber. Ayuna, por ejemplo, durante cuarenta días en el desierto antes de comenzar su predicación por tierras de Palestina. Un día, cansado y sediento, se detiene junto al pozo de Jacob. Quizá parezca un detalle insignificante, pero nos permite entender de dónde le venía su fortaleza. Está solo. Sus discípulos habían ido a comprar provisiones. Al regresar le dicen: "Rabbi, come". Pero él les responde: "Yo tengo para comer

23 un alimento que vosotros no conocéis". Ellos pensaban que alguien le había proporcionado algún pequeño refrigerio. Pero no, no había comido. Por eso les aclara: "Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y acabar su obra" (Jn 4, 31-34). Un alimento ciertamente superior al natural. En el hacer la voluntad del Padre que le ha enviado reside su fortaleza.

Fortaleza que en Getsemaní alcanza su punto culminante. Todo el ser de Jesús se estremece a la vista de lo que se le avecina. El evangelista san Marcos relata unas palabras que pueden parecer desconcertantes: "Mi alma está triste hasta la muerte". Se desahoga en su espíritu. Postrado en tierra, dialoga con su Padre, el único que en esos momentos puede entenderle. Como Hijo, exclama: "¡Abbá,

Padre!, todo te es posible: aparta de mí este cáliz; pero no sea lo que yo quiero, sino lo que quieres tú" (Me 14, 34.36). Tan grande llega a ser su sufrimiento, que san Lucas apostilla: "Se le apareció un ángel del cielo que le confortaba". Ora y sufre hasta entrar en agonía. De su frente brotan unas gruesas gotas de sangre que recorren todo su cuerpo. Nadie, ni entonces ni ahora, ha sufrido hasta esos extremos.

Sufre por nuestros pecados. No rechaza el dolor, al contrario, lo asume en plenitud. Con su entrega hemos sido salvados, devueltos a la vida. A Jesús le hubiera bastado con una palabra, con un simple gesto. Pero quiere apurar hasta el fin el cáliz del dolor. Por incitación del pueblo, Pilato libera a Barrabás, un delincuente; a Jesús, inocente y sin mancha, lo condena a muerte. Ha de soportar la flagelación, la coronación de espinas, las burlas más grotescas. Todo lo acepta sin rechistar. Ni una queja, ni un lamento. Se cumplía la profecía de Isaías sobre el Siervo de Yahvéh: "Eran nuestros sufrimientos los que llevaba, nuestros dolores los que le pesaban, mientras nosotros le creíamos azotado, herido por Dios y humilla-

24 do... Maltratado, se doblegaba y no abría su boca; como cordero llevado al matadero, como oveja muda ante sus esquiladores" (Is 53, 4.7). Su entrega, llena de fortaleza, es bálsamo para nuestras heridas; sus sufrimientos, impulso salvífico que nos levanta y nos conduce a la vida.

Ya en la cruz, a la hora sexta, la tierra se queda a oscuras. La creación asiste a un espectáculo infamante. Jesús, completamente solo, experimenta en lo más hondo de su ser un misterioso abandono. Es entonces cuando lanza aquel grito estremecedor: "Elí, Elí, lama sabacthani?, esto es: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" (Mt 27, 46). Era el descenso de su humanidad al abismo profundo del sufrimiento. Tan intenso llega a ser, que por un instante parece eclipsar su poder divino. Totalmente anonadado, se realizaba en el Gólgota en plenitud la kénosis del Verbo, su total despojamiento. Es aquí, justamente, donde se nos permite rastrear la raíz última de su fortaleza. Gracias a ella, su sacrificio llega hasta la abnegación, al holocausto. Una vez que todo lo ha entregado, exclama: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu" (Lc23, 46). Palabras de suprema donación, de perfecto sometimiento a la voluntad

de su Padre Dios. ¡Qué ejemplo de fortaleza para nuestras vacilaciones y cobardías!

Con su muerte y resurrección, hemos sido redimidos. "Cristo, Redentor del mundo, es Aquel que ha penetrado, de modo único e irrepetible, en el misterio del hombre y ha entrado en su 'corazón'... El, que es imagen de Dios invisible (Col 1, 15), es también el hombre perfecto, que ha devuelto a la descendencia de Adán la semejanza divina, deformada por el primer pecado. En él la naturaleza humana asumida, no absorbida, ha sido elevada también en nosotros a dignidad sin igual" (RH, 8; GS 22).

Sólo en Jesús, por tanto, reside para el cristiano la esperanza de llegar a ser fuerte, superando con su gracia sus personales limitaciones. Por supuesto que Satanás -y con 25 él, el mundo y la carne- seguirá tentando a quienes se decidan a ser fieles al Maestro, como antes lo tentaron a él. Pero el que vive de fe nada ha de temer. Porque Cristo, muerto y resucitado, al asumir nuestras debilidades convierte nuestras miserias en fortaleza. "Dios ha querido -afirma san Francisco de Sales- que tu miseria sea el trono de su misericordia, y tu impotencia la sede de todo su poder" (Epist. Frag. 10). Con la entrega generosa de Cristo se cumplía la predicción profética: "La piedra rechazada por los constructores se ha convertido en piedra angular" (Sal 118, 22; Mí 4, 11), en roca firme sobre la que podrán levantar los hombres el edificio de su propia santidad.

LA DEBILIDAD DE LOS DISCÍPULOS

Jesús, único mediador y salvador, "quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad" (1 Tm 2, 4). Ahora bien, para que esto se realice es preciso seguir sus pasos. Así lo pide expresamente: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niegúese a sí mismo, tome su cruz y sígame". A los discípulos les cuesta entender a la primera estas misteriosas palabras. Pasará mucho tiempo hasta que logren entender la pedagogía de la cruz. Impulsivos como eran, sus promesas de seguirle hasta la muerte pronto quedan en el olvido. Por esto, acusando su fragilidad, se escandalizan y huyen cuando Jesús es prendido en Getsemaní. Algunos le siguen, pero en cuanto se enteran de que ha sido condenado a muerte, se marchan

también. Ninguno está en el Gólgota a la hora del sacrificio supremo. Sólo Juan, el discípulo adolescente a quien Jesús amaba. Es evidente que poco o nada habían entendido sobre el significado de la cruz. La lección de fortaleza que el Maestro les daba, quedaba para ellos oculta, 26 como en la penumbra de lo enigmático. Su valentía se esfumaba; su bravuconería dejaba al descubierto su prepotencia.

Nada de todo esto era extraño al Maestro. Había sido él quien los había elegido, y al elegirlos sabía de sobra cómo eran: hombres corrientes, llenos de defectos y miserias. No le pillaba de sorpresa su reacción miedosa y cobarde a la hora de la verdad. Eran gentes corrientes, en las que quizá ningún líder humano se hubiera fijado. Pero el Rabbí de Nazaret, sí. Y los había llamado para hacerlos discípulos suyos, para convertirlos en instrumentos aptos con el fin de anunciar por el mundo entero la buena nueva de salvación. No le importaban a Jesús sus carencias y miserias; es más, y ahí está la paradoja, quiere apoyarse precisamente en ellas para que se viera con claridad que la misión que les encomendaba no era humana sino divina. Antes que superhombres, Jesús quiere a sus discípulos fieles, sinceros, humildes. Fijándose en este punto, comenta san Ambrosio: "No son los sabios, ni los ricos, ni los nobles, sino los pecadores y los publicanos los que él elige para enviarlos, a fin de que no parezca que habían sido manejados por la habilidad, redimidos por la riqueza, atraídos por el prestigio del poder" (Comentarios al Ev. de S. Lucas 5, 64-65).

Pescadores la mayoría de ellos, pertenecían a una región pobre e inculta, como era la Galilea de aquel tiempo. Jesús, al llamarlos, les pide que abandonen lo poco que tenían: barcas, redes, familia, su misma tierra. Los quería enteramente libres, dóciles y entregados para llevar a cabo su obra redentora. Pero debían ser realistas y tener presentes sus flaquezas. Es en este punto donde subyace, a nuestro entender, el misterio que tanta admiración ha suscitado a lo largo de estos veinte siglos de cristianismo: que unos hombres débiles, pobres e ignorantes consiguieran 27 alzarse hasta cotas tan increíbles de fortaleza y audacia, de generosidad y entrega.

El Señor los prepara y forma a partir de las virtudes humanas que ya poseían. Aunque de poca cultura, eran hombres recios y laboriosos, forjados en la dura brega de su oficio de pescadores.

Mateo parece que gozaba de un cierto nivel social por su profesión de recaudador de impuestos. Pero, en general, eran hombres corrientes, aunque de corazón grande, extrovertidos, rodeados de amigos. Entre ellos destacan los hijos de Zebedeo, Juan y Santiago, conocidos por el sobrenombre de Boanleges, hijos del trueno, por su impetuosidad y vehemencia. Otros, como Mateo o Santiago el Menor, parecen más reflexivos y ponderados. Aunque distintos por temperamento y carácter, todos coinciden en su fidelidad y entrega al Maestro. Sobre esta base humana se acabaría asentando la fidelidad a su vocación. No obstante, y sobre todo al principio, les costaba mucho calibrar el sacrificio que todo esto les supondría.

Se explica así que ante lo sobrenatural se atemoricen. Confiaban más en sus fuerzas que en el poder de Dios. El mismo Simón, a quien Jesús pone de nombre Cefas (roca, piedra), el que después sería cabeza visible del nuevo Pueblo de Dios, experimenta con frecuencia su fragilidad. No sólo huye de Getsemaní, sino que niega ser discípulo de Jesús ante una de las siervas del Pontífice. Y esto por tres veces, la última incluso bajo juramento. Sí, había sido testigo con Santiago y Juan de la transfiguración de Jesús en el Tabor, había visto con sus propios ojos la pesca milagrosa, la multiplicación de los panes y de los peces, las curaciones de ciegos, sordomudos, leprosos y paralíticos, además de varias resurrecciones de muertos: la de la hija de Jairo, la del hijo de la viuda de Naím, y la más sorprendente de todas, la de Lázaro. Sin embargo, a pesar de aquellos signos que mostraban el poder del Maestro, se atemoriza y acobarda jurando no conocerle. Una prueba palpable de su fragilidad.

Pero Jesús no había elegido a sus discípulos por sus talentos o valía personal. Contaba con sus altibajos, con aquella extraordinaria facilidad con que pasaban de la euforia más encendida al más grande de los desánimos. No obstante, poco a poco la gracia los irá transformando, hasta hacerles hombres fuertes en la fe. No olvidemos que Dios es capaz de convertir la fragilidad humana en fortaleza divina, como se ha podido comprobar innumerables veces a lo largo de la historia. Desde el principio de la historia de la salvación, Dios ha escogido a hombres cargados de flaquezas para convertirlos en instrumentos de su plan redentor. Basta recordar algunos casos.

Abraham, nuestro padre en la fe, es llamado por el Señor en su ancianidad, y porque teme morir sin dejar descendencia, lo fortalece y le llena de esperanza. Le promete que su mujer, Sara, ya anciana y estéril desde su juventud, le dará un hijo, de tal modo que con su bendición llegará a ser madre de naciones (Gen 17, 16). Abraham en un principio se sonríe, porque piensa que a sus den años eso es imposible. Pero no para Dios. Así que Sara, tal como le ha prometido, le da un hijo, a quien pone por nombre Isaac. Más tarde, y desafiando toda lógica humana, el Señor vuelve a poner a prueba su fe. Le pide lo que parece incomprendible: que le ofrezca en holocausto a Isaac, justo el hijo de la promesa (Gen 22, 1-18). Abraham no entiende nada, pero es el Señor quien se lo ordena y obedece. Luego entenderá que Dios, al mandár-selo, quiere su obediencia, no la muerte de su hijo ni la de ningún ser humano. Para Él, la obediencia del hombre vale más que todos los sacrificios.

Algo parecido ocurrirá años más tarde con Jacob. Después de casarse con Raquel y salir de la casa de Labán, 29 su suegro, unos mensajeros le informan que su hermano Esaú viene contra él acompañado de cuatrocientos hombres. Jacob se llena de temor (Gn 32, 7-8). Tras despedir a los que le acompañaban, se queda junto al vado de un río. Allí, solo y sin recursos humanos, hace oración. Tiembla ante la posibilidad de que su hermano lo encuentre y lo mate. Es entonces cuando tiene lugar un misterioso "combate". En realidad no es un hombre el que le sale al paso, como en un principio pensó; es el ángel del Señor quien le dice que pelee. Jacob se resiste, nunca lo había hecho. Pero el ángel le insiste. Al final de aquella original pelea, el ángel le cambia su nombre por el de Israel. En efecto, Jacob había sido fuerte con Dios. Aquel hombre miedoso y acobardado, se convierte por obra de la gracia en una persona fuerte y valiente, de la que procederán las doce tribus de Israel, origen del pueblo elegido.

El caso de Moisés es algo diferente, aunque también en él se manifiesta el poder y la fuerza de Dios. Después de matar a un egipcio por defender a sus hermanos hebreos, huye lleno de pánico y se refugia en Madián. Un día, mientras pastoreaba, tiene una visión muy particular: una zarza que ardía sin consumirse. Al acercarse, el Dios de sus padres le habla y le encomienda una misión. Nada menos que la de

sacar de Egipto al pueblo hebreo. A pesar de ser un hombre culto y extraordinariamente fuerte, no puede evitar el miedo. Se resiste a enfrentarse con el Faraón, por lo que pone al Señor todo tipo de excusas. Entre otras, que es tartamudo (Ex 4, 10-13). Se produce todo un forcejeo. Al final, Dios convierte su debilidad en fortaleza. Con la fuerza divina que recibe, Moisés saca de Egipto a su pueblo y lo conduce a la tierra prometida. Son cuarenta largos años de duro caminar por el desierto hasta llegar a Canaán. En ese tiempo será espectador de excepción de las manifestaciones de Dios en favor de todos ellos. Como es hombre humilde, aunque no llega a 30 entrar en la tierra prometida en la que tanto había soñado, acaba sus días bendiciendo a Dios y animando a los suyos a confiar en su providencia.

También en David, de cuya estirpe nacería el Mesías, se encuentra un ejemplo a la par de debilidad y fortaleza. No obstante sus grandes cualidades humanas, su vida está sombreada por una gran infidelidad. Cometió un doble pecado: el de adulterio, con Betsabé la mujer de Urías, un oficial suyo, y el de inducción a la muerte al dar órdenes para que colocaran a Urías en el punto más encarnizado de la batalla en la que muere peleando (2 S 11, 2-17). Dos pecados gravísimos de los que, a pesar de todo, Dios se sirve para mostrar su misericordia. Gracias a la intervención del profeta Natán, David comprende la magnitud de su ignominia. Lleno de dolor, se arrepiente y hace penitencia el resto de sus días. De adúltero y homicida, por gracia de Dios se transforma en guía ejemplar de su pueblo.

Todos ellos, y los que a lo largo de la historia de la salvación les han sucedido, son figuras paradigmáticas del poder y fuerza de Dios en favor de sus elegidos. A pesar de experimentar de cerca la fragilidad, se sienten lanzados por la fuerza de Dios hasta cotas altísimas de santidad. Sus flaquezas no serán obstáculo para que el Señor lleve adelante sus planes. Es más, como ya hemos dicho, se sirve de esas mismas miserias para que brille en todo su fulgor su fortaleza.

Son ejemplos que estimulan y llenan de esperanza. Cuando el hombre reconoce su nada y se abre a la misericordia divina, descubre horizontes insospechados de esperanza. De ahí que pueda exclamar con el Salmista: "Yo te amo, Señor, tú eres mi fortaleza, mi roca, mi

baluar-te, mi liberador" (Sal 18, 2-3), "mi suerte está en tu mano" (Sal 16, 5). Para el cristiano, la roca es Cristo. Él ha hecho suyas nuestras culpas y miserias, las ha expiado y nos ha dejado expedito el camino del cielo. Gracias a la fortaleza que de él recibimos, podemos superar los agobios y temores, recuperar la paz y la alegría. Siempre, naturalmente, que secundemos con generosidad sus inspiraciones.

Así lo hicieron los Apóstoles. Todos, salvo Judas, se entregaron del todo, fueron sinceros y reconocieron sus miserias. Tras negar a su Maestro por tres veces, Pedro se acuerda de lo que le había dicho Jesús, y lleno de dolor rompe a llorar. Débil pero humilde, sincero. Su llanto no es de rabia, sino de contrición por sus pecados, de dolor de amor hacia su Señor. Justo al contrario de Judas, que por soberbia rechaza la gracia y cegado por su orgullo traiciona a su Maestro por treinta miserables monedas. Consciente de su mala acción, no rectifica; lleno de rabia arroja aquel dinero en el templo -era precio de sangre inocente- y desesperado acaba quitándose la vida.

Debilidad en ambos discípulos, prepotencia en uno y otro. Sin embargo, Pedro por ser humilde se arrepiente, mientras que Judas, arrastrado por su orgullo, cae en la desesperanza. Entre estas dos actitudes discurre la historia de la Iglesia, la de la entera humanidad, la de cada uno de nosotros. Es el juego entre la debilidad humana y la fortaleza divina, entre el pecado y la gracia.

TRANSFORMADOS POR EL ESPÍRITU

Después de la Ascensión, los discípulos se quedan en Jerusalén tal como el Maestro les había indicado. Probablemente se reunirían en el cenáculo, intensificando su oración junto con María, la Madre de Jesús. De Ella aprenden a templar su espíritu, a ser dóciles a la gracia, a identificarse con la voluntad de Dios Padre. Allí, reunidos en oración, los encuentra el Espíritu Santo el día de Pentecostés, una de las tres fiestas grandes del pueblo judío. Es Lucas quien lo relata: "Y sucedió que, de repente, sobrevino del cielo un ruido como de viento huracanado, que invadió toda la casa en la que estaban. Se les aparecieron lenguas como de fuego, que se distribuían y se posaban sobre cada uno de ellos. Y todos se llenaron del Espíritu Santo, y

comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu Santo les impulsaba a expresarse" (Hch 1, 2-4).

Era el Espíritu profetizado por Isaías, que posándose sobre cada uno de los Apóstoles los llenó de "espíritu de sabiduría y de inteligencia, de espíritu de consejo y de fortaleza, de espíritu de conocimiento y de temor de Dios" (Is 11, 2). Ese día se convierten de hombres temerosos y cobardes, en hombres fuertes y audaces. En adelante ya no tendrán miedo de dar la cara por su Maestro. De otra parte, el Paráclito prometido por Jesús los transformaba no para que se dirigieran a un pueblo o nación determinados, sino al mundo entero, fin último de su plan salvador. La Iglesia surgía así desde el principio, por la voluntad y fuerza del Espíritu, abierta a todos los pueblos, y por lo tanto universal, católica. Lo observa el mismo san Lucas al hablar de los testigos de tan singular acontecimiento.

"Había por entonces en Jerusalén judíos piadosos venidos de todas las naciones que hay bajo el cielo. Al producirse aquel ruido, se reunió la multitud y quedó perpleja porque cada uno les oía hablar en su propia lengua. Asombrados y admirados, decían: ¿No son galileos todos los que hablan? Entonces, ¿cómo es que les oímos cada uno en nuestra propia lengua nativa? Partos, medos, elamitas, y los que habitan en Mesopotamia, Judea y Capadocia, el Ponto y el Asia, Frigia y Panfilia, Egipto y las regiones de Libia, próxima a Cirene, y los forasteros romanos, así como judíos y prosélitos, cretenses y árabes, los oímos hablar en nuestras lenguas las grandezas de Dios" (w. 5-11).³³

La transformación operada por el Espíritu en aquellos hombres era sin duda sorprendente. Podría pensarse que ya antes, cuando Jesús los llamó, habían respondido dejándolo todo: barcas y redes, casas y familias, posibilidades de fortuna, de prestigio o de poder. Con ser mucho, no lo era todo. El Señor les pedía más. No sólo que renunciaran a riquezas materiales, afectos nobles, posibilidades de futuro... Debían entregar también la cabeza y el corazón, los sentidos y las potencias, en definitiva, lo más noble de ellos mismos.

Aún no lo habían entendido. Sí, eran buenos judíos, y seguramente tendrían conocimientos precisos sobre las enseñanzas del Decálogo, sobre la fidelidad a la Ley y la obligación de dar culto al Dios único y verdadero; incluso esperarían con ilusión la llegada del

Reino que instauraría el Mesías. Más aún, después de oír al Maestro, captarían buena parte de las enseñanzas derivadas del Sermón de la Montaña. Sin embargo, todo ello bajo un prisma humano no exento de connotaciones nacionalistas. De ahí que les costara tanto entender las lecciones de su Maestro. Muy cuesta arriba se les hacía digerir el torrente de nuevas ideas que Jesús les iba comunicando. Habrán de esperar la llegada del Paráclito, que "os enseñará todo y os recordará todas las cosas que os he dicho" (Jn 26).

En efecto, el día de Pentecostés el Espíritu de Verdad los llena de sus dones y abre sus mentes para que entiendan a fondo el mensaje que han de transmitir, dándoles fuerza para resolver sus muchas dudas y dificultades. Entre los dones que reciben, aparece de modo especial el de fortaleza, tal como lo había prometido el Maestro. "Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que descenderá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría, y hasta los confines de la tierra" (Hch 1, 8). Ahora se cumplía con toda profusión. Con la fuerza de lo alto serán capaces de superar sus miedos y cobardías;³⁴

a partir de entonces nada ni nadie les hará vacilar en su fidelidad al Maestro. De un extremo a otro difundirán con inquebrantable valor la "buena nueva", el mensaje salvador que debían comunicar. El Espíritu Santo transformaba, a la vista de todos, su indecisión en valentía, su temor en audacia.

Una audacia que pronto se pondrá a prueba. Tras la masiva conversión en Pentecostés -en un solo día se bautizan cerca de tres mil-, comienzan las dificultades para aquella naciente Iglesia. La primera tiene lugar con ocasión de la curación del cojo de nacimiento. El pueblo congregado ante la Puerta Hermosa del Templo contempla estupefacto el milagro. De este prodigioso suceso se sirven las autoridades judías para mandar encarcelar a los discípulos y obligarles a guardar silencio. Pero ellos, sostenidos por el Espíritu, no se amilanán; al contrario, llenos de fortaleza resisten con valentía. Se sabían llamados a ser luz de Cristo, y callar hubiera sido una cobardía. Por su puesto que les hubiera resultado más cómodo huir, disimular, pero eso hubiera sido impropio de un cristiano. Por esto Pedro y Juan, en nombre de los Doce, toman la palabra y responden con firmeza a los miembros del Sanedrín: "Juzgad vosotros si es justo delante de Dios obedeceros a vosotros más que a Dios. Pues nosotros no

podemos dejar de anunciar lo que hemos visto y oído" (Hch 4, 19-20). Tan firme era la convicción con la que hablaban, que aquellos hombres, despiadados e intransigentes, no saben qué replicar. Y tras reconvenirlos y amenazarles, al fin los dejan marchar.

Nótese que quienes se atreven a responder de esta manera al Sanedrín son los mismos que días atrás habían huido de Getsemaní, los que por miedo se habían escondido y no salen de su escondite hasta la resurrección del Señor. Tal audacia y valentía no les venía de un pronto o de una simple reacción instintiva de supervivencia. Era la fuerza del Espíritu que actuaba en ellos. Al comentar poco después a los demás discípulos lo que les había sucedido, todos convienen en reconocer que era el Espíritu del Señor el que actuaba a través de ellos. De ahí que al unísono eleven su voz diciendo:

"Señor, tu hiciste el cielo y la tierra, el mar y cuanto hay en ellos (Ex 20,11); tú eres el que dijiste por el Espíritu Santo, por boca de nuestro padre David, tu siervo: '¿Por qué se han amotinado las gentes y los pueblos proyectan planes vanos? Se levantan los reyes de la tierra, los príncipes conspiran a una contra el Señor y contra su Ungido (Salí, 1-2)" (Hch 4, 24-26).

Las autoridades religiosas de Israel, en efecto, conspiraban contra ellos, como poco antes lo habían hecho contra su Maestro. Pero no temen. Aunque sufran calumnias y atropellos, saben que nada les ocurrirá. Dios, que es Todopoderoso, los defenderá. Confían plenamente en la fuerza que les dará, por lo que llenos de serenidad sopor-tan las iras del Sanedrín, sus insultos y vejaciones. Todo lo sufren con gusto por su Señor. Atraídos por un ejemplo tan sorprendente de fortaleza, muchos de los que escuchan sus enseñanzas les preguntan esperando resolver sus temores y angustias. Jesucristo se servía de sus discípulos para abrir las mentes y corazones de muchos, concediendo a no pocos la gracia de la conversión. En realidad era el Espíritu quien actuaba, fortaleciendo los corazones y llenándolos de eficacia. Tanto llega a crecer la actividad de los Apóstoles, que han de elegir siete diáconos para que les ayuden en el ministerio.

Uno de estos diáconos, Felipe, tiene una experiencia muy singular. Se encontraba tranquilamente en Jerusalén cuando el Espíritu le pide que vaya al encuentro de un hombre etíope, superintendente de

Candaces, reina de Etiopía. "Levántate -le dice- y ve hacia el mediodía, por el camino desierto que va de Jerusalén a Gaza" (Hch 8,26). 36 El texto sagrado indica que Felipe "se levantó y se puso en camino". Seguramente tendría que vencer su comodidad, pero no lo duda: responde con prontitud.

Encuentra en seguida al etíope, que en ese momento leía al profeta Isaías. Felipe lo observa, pero no se acerca. El Espíritu le insiste: "Acércate y ponte junto a ese carruaje". Felipe obedece y entabla una conversación con él. Le comenta el etíope que no entiende a quién se refiere el profeta cuando dice: "Como oveja fue llevado al matadero, y como cordero mudo ante el que lo esquila..." (Is 53, 7-8). Felipe le habla del Mesías prometido, para terminar anunciándole a Jesús, el Salvador de los hombres. Una vez instruido, aquel etíope pide ser bautizado. Recibe el Bautismo de manos de Felipe y prosigue su viaje lleno de alegría. Era el primer prosélito extranjero del que el Señor se servía para llevar la semilla de la fe cristiana más allá de las fronteras de Palestina.

Estamos en los comienzos de la expansión de la Iglesia. En su seno se había reunido una pequeña porción de hombres y mujeres, judíos y prosélitos, pertenecientes al pueblo de Israel. Animados por el mismo Espíritu, formaban parte del nuevo pueblo de Dios. El Espíritu Santo, alma de la Iglesia, realizaba lo que desde siglos atrás había sido profetizado: "Yo derramaré mi espíritu en toda carne. Vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán, vuestros ancianos tendrán sueños, y vuestros jóvenes visiones. Y hasta en los siervos y las siervas derramaré mi espíritu aquellos días" (J73, 1-2). Con su impulso, el Espíritu divino daba tono sobrenatural a personas y familias, a naciones enteras. Era El quien hablaba por boca de los Apóstoles, el que instruía y daba órdenes precisas, el que a través de la visión del centurión Cornelio hace entender a Pedro que también los gentiles podían formar parte de la Iglesia. En las mismas decisiones del concilio de Jerusalén está presente. Por mandato suyo, los Doce envían a 37 Bernabé y Saulo a predicar entre los gentiles; nombra a los obispos y obra milagros (cf Hch 10, 46; 19, 6). Su presencia en la Iglesia desde el principio es tan importante, que quien ignora su existencia, aun cuando crea en el Padre y en el Hijo, no puede considerarse en verdad auténtico discípulo del Maestro.

HOSTILIDAD Y PERSECUCIÓN

Jesús no había ocultado a sus discípulos que tendrían que sufrir calumnias y persecuciones por su nombre. "Bienaventurados seréis cuando os injurien y persigan y, mintiendo, digan contra vosotros todo mal por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos; así persiguieron también a los profetas que os precedieron" (Mí 5, 11-12). Y en otra ocasión les aclara: "Echarán mano de vosotros y os perseguirán, entregándoos a las sinagogas y a las cárceles, haciéndoos comparecer ante reyes y gobernadores por causa de mi nombre" (Le 21, 12). Y aún precisa: "Os expulsarán de las sinagogas; más aún, se acerca la hora en que quien os dé muerte piense que así sirve a Dios. Esto lo harán porque no conocieron a mi Padre ni a mí tampoco" (Jn 16, 2-3).

Elegidos para una misión que superaba con mucho sus fuerzas, muy pronto habrán de sufrir la hostilidad de quienes antes se habían opuesto a su Maestro. Sabían, eso sí, que su fe los sacaría de cualquier atolladero. Habían sido enviados con la misión de ser testigos del Señor hasta los últimos confines de la tierra, y él no podía abandonarlos. La luz que habían recibido no era "para ponerla bajo el celemín, sino sobre el candelero, para que ilumine a todos los que están en la casa" (Mí 5, 14-15). Haciendo operativa su fe mediante el ejemplo y la palabra, poco a poco iluminarían a muchos, aun a costa de pagar con su vida la fidelidad al Maestro. 38

Tal vez en un principio les costara comprender el alcance de las persecuciones que debían padecer. Pero la advertencia del Maestro era clara: "Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán" (Jn 15, 20). Sólo después de Pentecostés tomarán conciencia de las muchas dificultades y obstáculos que habrían de afrontar. Eran conscientes de su poquedad, pero tenían como credencial de su victoria la promesa de Jesús: "Sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo" (Mt 28, 20). Esto les bastaba para superar sus miedos, para creerse ante los obstáculos. En adelante nada los detendría. Todas las dificultades las superarían mediante su fe y abandono en Dios.

¿Quién hubiera podido imaginar que aquel pequeño grupo de hombres y mujeres de Galilea, sin letras ni bienes de fortuna, sin más recursos que la gracia de Dios y su inmenso amor a Jesucristo, podrían afrontar y superar tan grandes obstáculos y contradicciones? Ni se encogen ni se achican. Llenos de fe se ponen en marcha, dejando I casas, familias, amigos y hasta sus lugares de origen. Por i un tiempo viven en Jerusalén, donde el día de Pentecostés, tras el discurso de Pedro, se les unen unos tres mil. La fuerza que los mantenía unidos era la fe en Jesucristo resucitado, alimentada por la oración y el sacrificio. Acudían a diario al Templo para implorar la ayuda divina. Gracias a esa fuerza "perseveraban en la doctrina de los Apóstoles y en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones" (Hch 2, 42). Lo cual se traducía en una gran fortaleza y en una exquisita caridad. Lucas lo resume con frase emblemática: "La multitud de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma" (Hch 4, 32).

Aquellos cristianos estaban en condiciones de hacer frente a las hostilidades porque poseían la luz de Dios en sus inteligencias y un gran amor en su corazón. Con su fidelidad y celo apostólico superaron las impertinencias 39del fanatismo farisaico, que impedía que una parte impor-tante del pueblo reconociera en Jesús de Nazaret al Me-sías prometido, al Hijo de Dios hecho hombre, todo un escándalo para ellos. Prohibieron a los Apóstoles, como ya vimos, que predicaran en su nombre. Pero la gracia de Dios pudo más y no se dejaron intimidar. Aceptaron con entereza burlas y desprecios, confiados en la promesa de Jesús: "Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos" (Mt 5, 10).

Las consecuencias que se siguieron de esta valiente y perseverante actitud son escalofrantes. Muchos de ellos acabarán pagando con sus vidas lo que a todas luces era una imposición injusta. Las autoridades religiosas de Israel, llenas de odio y rencor, intentan cortar de cuajo la fe cristiana, aún incipiente, para evitar la más pequeña desviación de la ley mosaica. No querían comprender que, por expreso querer divino, el mensaje desalvación que los discípulos de Cristo anunciaban se dirigía a todos los hombres, sin distinción de raza, lengua o nación. Sin embargo, su empeño por exterminar la irradiación de la nueva doctrina iba a resultar vano. Ni las amenazas,

ni las hostilidades, aun persistentes, lograrán hacer mella en aquellos fieles.

Las persecuciones se suceden. La primera por instigación del Sumo Sacerdote, de la secta de los saduceos, cuyos esbirros "prendieron a los Apóstoles y los metieron en la cárcel pública" (Hch 5, 18). Contra todo pronóstico, el Señor interviene y los libera de modo milagroso. Llenos de inmensa alegría, aquellos hombres salen robustecidos en su fe. A la pregunta del Sumo Sacerdote: "¿No os habíamos ordenado expresamente que no enseñaseis en ese nombre?". Pedro y los demás responden: "Es preciso obedecer a Dios antes que a los hombres" (Hch 5, 28-29). Los miembros del Sanedrín, enfurecidos, quieren 40 matarlos. En ese momento interviene Gamaliel, rabino de gran prestigio y sentido común. Dirigiéndose a sus colegas del Sanedrín, les dice: "Israelitas, mirad bien lo que vais a hacer con estos hombres... Apartaos de ellos y dejadlos, porque si es obra de hombres, se desvanecerá por sí misma; pero si es de Dios, no podréis acabar con ellos. No sea que os encontréis luchando contra Dios" (w. 35. 38-39). Aceptan su consejo y, tras azotarles, los sueltan, prohibiéndoles predicar en nombre de Jesús. Ellos se retiraron llenos de gozo por haber sido dignos de sufrir tales ultrajes por el nombre de su Señor.

Muy pronto tiene lugar un nuevo incidente. En esta ocasión el protagonista es el diácono Esteban. De él se decía que era "hombre lleno de fe y del Espíritu Santo". Lo detienen y tras un proceso largo ante el Sanedrín, que recuerda el de Jesús, lo condenan y muere lapidado. Su muerte supone el comienzo de una despiadada persecución contra aquella Iglesia naciente. Encarcelan y dan muerte a Santiago el Menor, obispo de Jerusalén, que es el primero de los apóstoles en derramar su sangre por Jesucristo.

Esto que sucede en Judea, se traslada poco después más allá de las fronteras de Palestina. En el mundo gentil encuentran aquellos primeros un ambiente plagado de prácticas idolátricas, costumbres relajadas, todo un clima de inmoralidad que asfixiaba y corrompía por su falta de principios. Gracias a la fuerza que reciben del Espíritu, no se dejan apabullar: plantan cara y resisten. Ni huyen ni se apartan de aquella sociedad pagana que debían purificar e iluminar con su conducta y con su palabra. Es lo que había pedido expresamente Jesús

a su Padre la noche en que iba a ser entregado: "No pido que los saques del mundo, sino que los guardes del Maligno" (Jn 17, 15). Del mundo eran, pero no debían mundanizarse. Llamados a ser sal y luz de Cristo, era preciso que actuaran sin miedos, a cara 41 descubierta. De otro modo la luz se convertiría en tinieblas, la sal perdería su sabor y acabarían siendo guías ciegos que a nadie podrían ayudar.

Esto les lleva a una conclusión: en cualquier lugar debían comportarse con naturalidad, sin distinguirse de los demás, como no fuera por su fe y por la coherencia de su conducta. Lo cual debía traducirse en una vida limpia, honrada, transparente. En el Discurso a Diogneto, uno de los escritos más antiguos y expresivos de la época, se lee: "Los cristianos no se distinguen de los demás hombres ni por su tierra, ni por su habla, ni por sus costumbres. Porque ni habitan ciudades exclusivas suyas, ni hablan una lengua extraña, ni llevan un género de vida aparte de los demás". Lo único que les es propio es un estilo de vida nuevo, del todo singular, destinado a remover desde dentro al hombre y las estructuras mismas de la sociedad. Y sintetiza: "Lo que es el alma para el cuerpo, eso son los cristianos para el mundo" (VI, 1).

Así lo hicieron. La fuerza que les movía era su amor a Jesucristo, la confianza plena en su ayuda. Llenos de valentía y audacia nada les detenía. Superando obstáculos, van de casa en casa, hablan con cada uno, se ganan su amistad, transmitiéndoles un estilo nuevo de vida. A través de ese apostolado silencioso y operativo, acabará imponiéndose en poco tiempo un modo nuevo de ver las cosas, un sentido más humano de la vida. Las gentes que les tratan no pueden ocultar su admiración: los ven sinceros, optimistas, amigos leales, gentes sencillas y trabajadoras, siempre del lado de los indigentes. Las Cartas de san Pablo son un ejemplo vivo de esta imparable actividad. Abundan en ellas referencias a personas que se convierten al nuevo Camino, a través de un trato amistoso y desinteresado, atraídas por el respeto y cariño con el que se sentían tratadas. Como fruto de esta imparable actividad, en poco tiempo se incorporan a la Iglesia personas de toda edad y 42 condición. De ahí que comente san Juan Crisóstomo: "Joven era Daniel; José esclavo; Aquila ejercía una profesión manual; la vendedora de púrpura estaba al frente de un taller; otro era guardián de una prisión; otro, centurión,

como Cornelio; otro estaba enfermo, como Timoteo; otro era un esclavo fugitivo, como Onésimo; y, sin embargo, nada de eso fue obstáculo para ninguno de ellos, pues todos brillaron por su virtud: hombres y mujeres, jóvenes y viejos, esclavos y libres, soldados y paisanos" (Hom. en S. Mateo 43, 5).

Todos se sentían felices, y eso aun a sabiendas de que "quienes quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús sufrirán persecución" (2 Tm 3, 12). El mismo Saulo de Tarso, convertido de perseguidor de los cristianos en Apóstol de las gentes, presenta con sencillez una lista impresionante de las persecuciones y sufrimientos que ha de padecer por extender el Evangelio. "Por cinco veces -dise- recibí de los judíos cuarenta azotes menos uno, tres veces fui azotado, tres veces naufragué, un día y una noche pasé en los abismos del mar; viajes frecuentes con peligros de ríos, peligros de salteadores, peligros de los de mi raza, peligro de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en los desiertos, peligros en el mar, peligros entre los falsos hermanos; en trabajos y fatigas, en vigili- as frecuentes, en hambre y sed, en ayunos muchas veces, en frío y desnudez; y, junto con otras cosas, mi responsabilidad diaria: la solicitud por todas las Iglesias" (2 Co 11, 24-28). Su extraordinaria fortaleza para resistir no la atribuye a su esfuerzo o valía personal; al contrario, reconoce con humildad que "si hay que gloriarse de algo, me gloriaré de mi flaqueza" (v. 30).

Se explica así que, a pesar de tantos sufrimientos como hubo de padecer, no pierda en ningún momento la alegría. Y es que nada ni nadie puede hacer fracasar a quien, lleno de amor, permanece unido a Jesucristo. Así lo expresa el 43 Apóstol con un grito que parece salirle de lo más hondo de su alma: "¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación o la angustia, la persecución o el hambre, la desnudez, el peligro o la espada? (...) Sobre todas estas cosas triunfamos por Aquel que nos amó. Pues estoy convencido de que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los principados, ni lo presente ni lo futuro, ni las potestades, ni la altura ni la profundidad, ni criatura alguna podrá separarnos del amor de Dios que está en Cristo Jesús, Señor nuestro" (Rm 8, 35-39).

El clima de relajación moral que rodeaba a los cristianos de aquella primera hora no podía ser más desolador. A veces corremos el riesgo de pensar que nuestros tiempos son peores, que la relajación e

inmoralidad de las costumbres de hoy es mayor. Quizá sea así en algunos casos. Pero si leemos con atención las cartas de san Pablo comprenderemos que la dificultad de entonces era como mínimo igual o mayor que la padecemos hoy. Hacía falta mucha fortaleza para mantenerse fiel a Dios, un gran vigor espiritual para sobrevivir con dignidad y honradez en un ambiente tan depravado. Aquellas gentes se las daban de sabios y poderosos; una vana pretensión. En realidad se dejaron arrastrar por su soberbia y acabaron siendo "unos necios, que cambiaron la gloria del Dios incorruptible por una imagen semejante a la del hombre corruptible (...) Por esto Dios los entregó a las apetencias de su corazón, a la impureza con que deshonraron sus cuerpos entre sí; a ellos, que cambiaron la verdad de Dios por la mentira, y adoraron y sirvieron a la criatura en lugar de su Creador" (Rm 1, 22-25).

Alejados de Dios, acabaron debilitados en su mente y en su corazón. Su orgullosa estupidez les hizo incapaces de captar la verdad y, en consecuencia, de creer en Dios. Por esto cayeron de bruces en la inmoralidad, hasta el punto de entregarse "a pasiones deshonrosas; pues sus 44 mujeres invirtieron el uso natural por el que es contra natura. Igualmente, también los hombres, abandonando el uso natural de la mujer, se inflamaron en deseos de unos por otros, hombres con hombres, practicando la infamia y recibiendo en sí mismos el pago merecido por su extravío" (w. 26-27). La lista de vicios que enumera el Apóstol para describirlo ahorran cualquier comentario. Cegados, acabaron "repletos de toda injusticia, perversidad, codicia, maldad; rebosantes de envidia, de homicidio, de contienda, de engaño, de malicia; chismosos, calumniadores, enemigos de Dios, ultrajadores, altaneros, soberbios, vanidosos, inventores de maldades, desobedientes a sus padres, insensatos, desleales, sin compasión y sin piedad" (Rm 1, 26-31). Ocurrió entonces y ocurre cuantas veces intenta el hombre colocarse como centro del universo. Al idolatrarse a sí mismo, en lugar de adorar a Dios su Creador, queda a merced de sus instintos, esclavo de sus más bajas pasiones.

En un ambiente tóxico como aquel para la vida del espíritu, los cristianos debían actuar con prudencia y sensatez. Así lo habían aprendido del Maestro: "Mirad que os envió como ovejas en medio de lobos. Sed, pues, prudentes como serpientes y sencillos como

palomas" (Mi 10, 16). Siguiendo sus consejos, actuaron de modo enérgico, con aguante y paciencia, sin nerviosismos. Llenos de fortaleza hicieron frente a aquella presión de desenfreno moral, acompañando el ejemplo con la palabra, ofreciendo a todos una amistad verdadera.

CON LA FUERZA DE LO ALTO

No se piense, por lo que llevamos dicho, que aquellos primeros cristianos fueran hombres y mujeres extraños, raros o introvertidos. Nada más alejado de la realidad. Eran personas normales, rodeadas de amigos, que vivían 45 de su trabajo y compartían las preocupaciones cívicas y sociales codo a codo con sus conciudadanos. No vivían replegados sobre sí ni se refugiaban para sobrevivir en el ámbito estrecho de un recinto sagrado. Se sentían simplemente "revestidos con la fuerza de lo alto" (Le 24, 49). De ahí que, a pesar de la presión pagana que debían soportar, se mantuvieran firmes en la fe, valientes y decididos en su afán de extender el Evangelio por el mundo entonces conocido. Es lo que deja traslucir la recomendación del Apóstol a Timoteo: "Dios no nos ha dado espíritu de temor, sino de fortaleza... No te avergüences, por tanto, del testimonio de nuestro Señor, ni de mí, su prisionero" (2 Tm 1, 7-8).

Téngase en cuenta que esto lo escribe el Apóstol cuando se encuentra en Roma, prisionero y encadenado. Y aun así, se siente fuerte, con una fortaleza que le permite proclamar con alegría -sin recortes ni adulteraciones- el Evangelio que había recibido. Sus circunstancias ciertamente eran precarias, pero ardía en deseos de comunicar a otros la novedad del mensaje cristiano. Desde una óptica meramente humana, sus deseos parecen terminar en un estrepitoso fracaso. A pesar de su trabajo y muchos sacrificios, en lugar de ser reconocido y admirado como discípulo del Maestro, es tratado como un delincuente, privado de libertad, recluso en la pequeña habitación que le sirve de calabozo. Cualquiera en su lugar se habría venido abajo. Pero él no. ¿Por inconsciencia, por insensatez? No lo parece. Pablo rebosaba de amor a Dios, se siente lleno de una fortaleza que le viene de lo alto y que le impulsa a la identificación con Jesucristo. Consciente de ser un mero instrumento de la gracia, confiesa lleno de

humildad su nada y proclama sin empacho que todo lo ha recibido del Señor.

En ningún momento, pues, se siente Pablo un superhombre. Al contrario, reconoce con sencillez su propia 46 debilidad. De ahí que confiese: "Me complazco en mis flaquezas, en las afrentas, en las necesidades, en las persecuciones, en las angustias por Cristo: pues cuando flaqueo, entonces es cuando soy fuerte" (2 Co 2, 10). Y por si alguien pudiera dudarlo, apostilla: "Dios eligió lo débil del mundo para confundir a los fuertes" (/ Co 1, 27). Tal vez hubiera podido proceder de otro modo; pero Dios en su misericordia ha prestado al hombre su fortaleza, con el fin de que en su flaqueza brille de modo palpable todo su poder. Lo cual no exime al cristiano de su lucha por alcanzar la santidad, por llegar a la plenitud de su fe. Al contrario. Si Dios nos concede su gracia, es para que nos esforcemos por dar con la "senda estrecha" que conduce a la vida. ¿De qué modo? Con fe, humildad y constancia. Ya que es la gracia de Dios, su misericordia, la que nos permite superar nuestras personales limitaciones y crecer ante las dificultades. De ahí que siga siendo muy actual la recomendación del Apóstol: "Fortalécete en la gracia" (2 Tm 1, 1).

Sin la gracia, nadie podría hacer obra meritoria alguna. Buena quizá sí, pero carecería de valor sobrenatural. Dios nos llama para hacernos cooperadores suyos en la obra de salvación, algo que excede por completo nuestra capacidad humana. La gracia es "fuerza que transforma interiormente al hombre, como principio de una vida nueva que no se desvanece y no pasa, sino que dura hasta la vida eterna" (RH 18). Sin la gracia el hombre quedaría reducido al estrecho límite de su naturaleza, inerme y atemorizado ante cualquier dificultad. La gracia -fuerza interior que sana y eleva-, diviniza al hombre, hasta el punto de que viene a ser en él como un principio dinámico, una fuerza vital que le permite realizar acciones insospechadas, muy por encima de su naturaleza.

Más adelante veremos cómo la gracia fortalece el espíritu humano y lo capacita para afrontar cualquier dificultad. 47 Con esa fuerza, aquellos hombres y mujeres del comienzo difundieron el Evangelio por el mundo entonces conocido. Dios obraba en ellos y con ellos. Sin suprimir su libertad personal, les hacía participar de ese principio dinámico de acción que es la vida divina. Llenos de Dios,

actuaban como alma del mundo. La gracia potenciaba así, multiplicándolas, todas y cada una de sus facultades.

No obstante, aun revestidos con la fuerza de lo alto, aquellos primeros cristianos seguían experimentando en su propia carne sus miserias y debilidades. Sufrían, como todos, las consecuencias de la naturaleza caída. El relato del Apóstol a este respecto es muy ilustrativo. A pesar de los abundantes dones que había recibido, siente en su cuerpo lo que él llama el "agujón de la carne". No sabemos con exactitud a qué se refería. Pero una cosa es clara: sea lo que fuere le humillaba profundamente. Por tres veces pide al Señor que lo libre de aquel suplicio. Y, al final, como respuesta, oye unas palabras que lo marcarán para siempre. "Te basta mi gracia, pues mi fuerza se hace perfecta en la flaqueza" (2 Co 12, 9). Nunca olvidará Pablo esta lección. En adelante, su temor se convierte en esperanza, su debilidad en fortaleza.

En la vida de aquellos primeros aletea con fuerza la esperanza cierta de que la gracia de Dios no les faltaría. De ella vivían, ya que de sus virtudes y talentos poco podían esperar. Se imponía el realismo. Así se lo hace ver el Apóstol a los fieles de Corinto: "Mirad, hermanos, vuestra vocación. Pues no hay entre vosotros muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles. Dios eligió más bien lo necio del mundo para confundir a los sabios, y lo débil del mundo para confundir a los fuertes; lo vil y lo despreciable del mundo, lo que no es, para destruir lo que es, para que ninguno se gloríe delante de Dios" (/ Co 1, 26-29). 48

Aunque débiles y poca cosa, poseían sin embargo un tesoro valiosísimo: su vocación divina. De ella les venía la fuerza y valentía que necesitaban, una especie de coraza que los protegía del furor e insidias de sus enemigos. Vivían plenamente confiados en Dios. Todo un consuelo, un rayo de esperanza en medio de la dificultad.

FIELES HASTA EL, HEROÍSMO

Los primeros cristianos son todo un ejemplo de fe y esperanza. Por amor a Dios soportan con fortaleza el vendaval de persecuciones desatado contra ellos por las autoridades del Imperio. Bastaba llamarse o confesarse cristianos para ser proscritos y

denunciados. Nerón, en el colmo de su locura, los hace responsables del incendio de Roma en el verano del 64. Ignoraba afectadamente que ellos, en cuanto ciudadanos, no formaban un grupo aparte, ni como cristianos tenían unas ideas preconcebidas de tipo social o político. Se limitaban a vivir su fe y a ser consecuentes con ella, esto era todo. No profesaban ni defendían ningún tipo de ideología. Sin embargo, sobre ellos recayó la sospecha y fueron cruelmente perseguidos, sentenciados y condenados; en muchos casos a la pena capital, tras un juicio sumarísimo. Se cuentan por centenares los mártires de los tres primeros siglos. Según Tácito, "una muchedumbre ingente". Sometidos a crueles tormentos, unos murieron crucificados, otros arrojados a las fieras, otros quemados en la hoguera, otros pasados a cuchillo... Eran el hazmerreír de todos. Alimentaron espectáculos públicos, abarrotaron coliseos, fueron tratados como bestias y proscritos en muchas de las ciudades del Imperio. Pero no sucumbieron; todo lo sufrían por su Señor con enorme fortaleza.

Entre los mártires que dieron su vida en la sangrienta persecución del otoño del 64, figuran los apóstoles Pedro 49 y Pablo, considerados como firmes columnas de la Iglesia en Roma y, por extensión, de la Iglesia universal. Junto a ellos, familias enteras morían confesando su fe: padres e hijos, "una gran multitud de elegidos que, padeciendo suplicios y tormentos por envidia, fueron el mejor modelo entre nosotros" (S. Clemente Romano, Carta a los Corintios, 5). Poco después, en la persecución del emperador Domiciano (año 95), es el apóstol Juan, ya anciano, quien sufre destierro en la isla de Patmos, después de haber sido arrojado a una caldera de aceite hirviendo de la que, según la tradición, salió milagrosamente ileso. Aquella persecución alcanzó también a varias Iglesias de Asia Menor. Por lo que se refiere a Roma, se conocen los nombres de algunas personas ilustres que padecieron martirio. Entre ellas destacan el cónsul Flavio Clemente, primo hermano del emperador, que muere acusado de ateísmo; acusada fue también su mujer Domitila, que es desterrada a la isla Pandataria.

Lo más triste de estas persecuciones es que tan sólo por llamarse cristianos o estar próximos a la fe, muchos de aquellos hombres y mujeres fueron denunciados y ajusticiados. Así lo dispuso el decreto de Trajano. Los pocos cristianos que cultivaban la filosofía

no podían callar. Llenos de valor, emplearon en su defensa los mejores argumentos que tenían a mano ante un atropello que repugnaba a la razón. Atenágoras, por ejemplo, escribe: "Nosotros reclamamos el derecho común, es decir, que no se nos aborrezca o castigue porque nos llamamos cristianos -¿qué tiene que ver el nombre con la maldad?-, sino que cada uno sea juzgado por lo que se le acusa, y se nos absuelva si deshacemos las acusaciones, o se nos castigue si somos convictos de maldad. Que no se nos juzgue por el nombre, sino por el delito, pues ninguno por ser cristiano es malo, salvo que finja profesar el cristianismo".⁵⁰

Otro filósofo, Justino, alega: "Por llevar un nombre no se puede juzgar a nadie bueno ni malo, si se prescinde de las acciones que ese nombre supone (...) Porque se nos acusa de ser cristianos, que es tanto como decir buenos; mas odiar lo bueno no es cosa justa. Y hay más: con sólo que un acusado niegue de lengua ser cristiano, le ponéis en libertad, como quien no tiene otro crimen de que acusarle; pero el que confiesa que lo es, por la sola confesión lo castigáis. Lo que se debiera hacer es examinar la vida lo mismo del que confiesa que del que niega, a fin de poner en claro, por sus obras la calidad de cada uno".

Ninguna persona medianamente sensata podía poner en tela de juicio la coherencia de semejantes argumentaciones, y menos aún la vida y conducta de aquellos hombres. Pero las autoridades del Imperio obraban de mala fe. El único crimen del que les acusaban consistía en su fidelidad a Jesucristo. Por este motivo fueron considerados como sediciosos contra el Estado, un peligro público que era preciso exterminar. Y acusaban precisamente a los cristianos, que acataban con ejemplaridad las leyes cívicas que el Estado les imponía. No obedecían por un simple imperativo legal, sino por un estricto deber de conciencia. Ellos no eran hombres de sedición ni de guerra, sino de paz. "Nosotros -argumentaba san Justino- somos vuestros mejores auxiliares y aliados en el mantenimiento de la paz, pues profesamos doctrinas como la de que no es posible que se le oculte a Dios un malhechor, un avaro, un «conspirador, como tampoco un hombre virtuoso, y que ¡, cada uno camine según el mérito de sus acciones hacia el castigo o la muerte eterna".

Por mucho que insistieron, en ningún momento tuvieron eco sus argumentos. Las persecuciones continuaron y muchos cristianos fueron encarcelados, denigrados y Maltratados, hasta pagar con el martirio su fidelidad a Jesucristo. "Ninguno -dirá Justino- ha creído a Sócrates 51 hasta morir por su doctrina; pero, por Cristo, hasta los artesanos y los ignorantes han despreciado, no sólo la opinión del mundo, sino también el temor de la muerte" (II Apología, 10).

Fuera de Roma, fueron también muchos los cristianos que entregaron sus vidas por Jesucristo y alcanzaron muy pronto fama de santidad. Entre otros, Policarpo de Esmirna (+115), discípulo del apóstol san Juan, Justino (+163) y los mártires de Lyon, en la persecución decretada por el emperador Marco Aurelio. Asimismo dos mujeres, Felicidad y Perpetua, mueren mártires en Cartago en la persecución de Septimio Severo del año 203. Ninguna de las dos había sido bautizada. Pero, sorprendidas con un grupo de catecúmenos mientras oraban, en ningún momento niegan que no fueran cristianas. Felicidad era esclava, encinta de pocos meses; Perpetua, matrona de alta alcurnia, tenía un hijo de pocos meses que aún criaba. Las dos entregaron sus vidas en un ejemplo sorprendente de fortaleza.

Todos estos mártires, y muchos más, regaron con su sangre las arenas de los coliseos, conscientes de que -como afirma Hipólito- "el martirio implicaba para ellos la mayor dignidad, la suprema perfección, fruto y acto supremo de la caridad" (Stromata, 4,21). El martirio era para estos fieles y valerosos cristianos el punto culminante de su identificación con Jesucristo. Su efecto era, como afirma Orígenes, superior incluso al del sacramento del Bautismo. "Sólo hay un bautismo que puede dejarnos más limpios que el del agua: el bautismo de sangre" (Homilía VIH al libro de los Jueces).

La última y más dura de las persecuciones que tuvo que soportar aquella primera comunidad cristiana fue la decretada por el emperador Diocleciano a partir del año 303. En ella fueron muchos los cristianos que se convirtieron en mártires y confesores por el simple hecho de negarse a sacrificar a los dioses. Entre los más conocidos de esa época están las santas Inés, Cecilia y Lucía, los médicos Cosme y Damián, y Sebastián. España, la región más occidental del Imperio, fue en la que se dio un mayor número de mártires; entre los más

conocidos, el diácono Vicente, los dieciocho mártires de Zaragoza y santa Eulalia de Mérida.

Todos ellos vivieron en la convicción de que la felicidad no está en la salud ni en el dinero, como tampoco en la fama ni en los placeres terrenos, de por sí efímeros; ellos la encontraron en la fe en Cristo resucitado, en la esperanza de los bienes eternos. Los mártires, tanto pasados como recientes, son un testimonio vivo de la fe que hemos de imitar. "En esto -escribe Juan Pablo II- han seguido al Señor Jesús, que ante Caifas y Pilato, 'rindió tan solemne testimonio' (1 Tm 6, 13), confirmando la verdad de su mensaje con el don de la vida. Innumerables mártires aceptaron las persecuciones y la muerte antes que hacer el gesto idolátrico de quemar incienso ante la Estatua del Emperador (cf Ap 13, 7-10). Y no sólo esto, sino que rechazaron aun la simulación de semejante culto... Con la obediencia, confiaban y entregaban, igual que Cristo, su vida al Padre, que podía liberarlos de la muerte (rf 05, 7)"(VS91).

Es justamente en esta actitud valerosa, llena de fe, donde reside a nuestro entender la clave de su inquebrantable fortaleza. 53

II. HACIA METAS MÁS ALTAS

El espíritu sigue actuando
Llamados a ser "sal de la tierra"
Y. "luz del mundo"
Contar con las dificultades
Los miedos que acobardan
Miedo al dolor
Miedo al esfuerzo
Miedo al futuro
Miedo al "qué dirán"
Miedo al compromiso
Un querer a medias, no es querer
Amar a Dios, lo primero

Han pasado veinte siglos, y la bravura y coraje de aquellos primeros testigos de la fe son ejemplo y estímulo para los cristianos de hoy. En medio del mundo hostil que les tocó vivir, soportaron con entereza insultos y vejaciones -la misma muerte- por confesar su fe en Jesucristo, muerto y resucitado. Gracias a su fidelidad, en poco tiempo la buena nueva se extendió por territorios desconocidos de Asia y Europa, dando forma y contenido a un estilo de vida nuevo, más justo y humano.

El tercer milenio que con tanta ilusión hemos iniciado, es un tiempo propicio para plantearnos metas más altas y ambiciosas, para cultivar la fe y ganar en heroísmo. Nos empuja la fe de los que nos precedieron; pero, además, lo esperan las jóvenes generaciones. Contamos con el impulso del Espíritu Santo, gracias al cual el Pueblo de Dios, la Iglesia, mantiene -a pesar de las miserias y debilidades de sus miembros- una perenne juventud. Abierta al mundo, a todos nos brinda los medios para alcanzar la fuerza y madurez con las que hacer frente a las tentaciones de codicia, sensualidad o egoísmo que tratan de dominarnos. Su misión -como la del Maestro- no es sino la de liberarnos de la esclavitud de las pasiones, abriéndonos a través del Evangelio horizontes de esperanza.

La lucha para alcanzar esa meta no es fácil. Nos encontramos inmersos en un mundo convulsionado por el egoísmo y el afán de poseer. "El género humano -decía el pasado Concilio- se halla hoy en un período nuevo de su historia, caracterizado por cambios profundos y acelerados, que progresivamente se extienden al universo entero. Los provoca el hombre con su inteligencia y dinamismo creador; pero recaen luego sobre él mismo, sobre sus juicios y deseos individuales y colectivos, sobre sus modos de pensar y sobre su comportamiento... Tan esto es así, que se puede hablar de una verdadera metamorfosis social y cultural, que afecta también a la vida religiosa.

Esta transformación trae consigo dificultades y algún que otro contrasentido. Así, mientras el hombre amplía extraordinariamente su poder, no siempre consigue someterlo a su servicio. Quiere conocer con profundidad creciente su intimidad espiritual, y con frecuencia se siente más incierto que nunca de sí mismo. Descubre paulatinamente las leyes de la vida social, pero duda sobre la orientación que a ésta se le debe dar.

Jamás el género humano tuvo a su disposición tantas riquezas y posibilidades, tanto poder industrial y económico. A pesar de ello, una gran parte de la humanidad sufre hambre y miseria, y son muchedumbre los que aún no saben leer ni escribir. Nunca ha tenido el hombre un sentido tan agudo de su libertad, y entre tanto surgen nuevas formas de esclavitud social y psicológica. Mientras el mundo siente con tanta viveza su propia unidad y la mutua interdependencia en ineludible solidaridad, se ve injustamente dividido por la presencia de fuerzas contrapuestas... Afectados por tan compleja situación, muchos de nuestros contemporáneos difícilmente llegan a conocer los valores permanentes y a compaginarlos con exactitud a la vez con los nuevos descubrimientos. La inquietud los atormenta, y se preguntan, entre angustias y esperanzas, sobre la actual evolución del mundo. El curso de la historia presente es un desafío al hombre que le obliga a responder" (GS 4). 56

Un desafío, sobre todo, para el cristiano comprometido con su fe. Tarea nada fácil para nuestras escasas fuerzas, si no nos asistiera el poder del Espíritu Santo, el mismo que hizo fuertes hasta el heroísmo a los cristianos del principio. Es un reto que no podemos desperdiciar, si somos conscientes de lo mucho que nos jugamos. El Santo Padre así

lo advirtió: "A las puertas del nuevo milenio los cristianos deben ponerse humildemente ante el Señor para interrogarse sobre las responsabilidades que ellos tienen también en relación a los males de nuestro tiempo. La época actual junto a muchas luces presenta igualmente no pocas sombras.

¿Cómo callar, por ejemplo, ante la indiferencia religiosa que lleva a muchos hombres de hoy a vivir como si Dios no existiera o a conformarse con una religión vaga, incapaz de enfrentarse con el problema de la verdad y con el deber de la coherencia? A esto hay que añadir aún la extendida pérdida del sentido trascendente de la existencia humana y el extravío en el campo ético, incluso en los valores fundamentales del respeto a la vida y a la familia. Se impone además a los hijos de la Iglesia una verificación: ¿en qué medida están también ellos afectados por la atmósfera de secularismo o relativismo ético? ¿Y qué parte de responsabilidad deben reconocer también ellos, frente a la desbordante irreligiosidad, por no haber manifestado el genuino rostro de Dios 'a causa de los defectos de su vida religiosa, moral y social'?" (TM 36).

Para salir de esta espiral viciosa que, si no se remedia, conduce a una esclavitud cada vez más decadente, se impone reconocer con humildad la propia limitación. Con ello permitiremos que el Espíritu Santo actúe en nuestras almas, que nos llene de vigor y fuerza. Responderemos así a los grandes desafíos morales de nuestro tiempo, sin cobardías ni absentismos, con valentía y entereza. 57

EL ESPÍRITU SIGUE ACTUANDO

Las persecuciones e insidias contra la Iglesia y sus miembros no son sólo de ayer; por desgracia, se darán siempre. San Agustín lo explicaba con palabras que parecen actuales. "En otros tiempos se incitaba a los cristianos a renegar de Cristo; en éstos se enseña a negar a Cristo. Entonces se impelía, ahora se enseña; entonces se usaba de violencia, ahora de las insidias; entonces se oía rugir al enemigo; ahora, presentándose con aparente mansedumbre y rondando, difícilmente se le advierte. Es cosa sabida de qué modo se violenta a los cristianos a que renieguen de Cristo...; pero ellos, confesando a Cristo, eran coronados. Ahora se enseña a negar a Cristo y,

engañándolos, no quieren que parezca que se los aparta de Cristo" (Comentaría al Salmo 39).

Una advertencia que sirve para preservarnos de la ingenuidad. Los primeros cristianos fueron prudentes, no se dejaron amedrentar. Vivieron su fe sin complejos, apoyados en la palabra divina. La expansión apostólica que en poco tiempo conoció la Iglesia fue sorprendente. Con el impulso del Espíritu, aquellos hombres y mujeres se entregaron sin descanso a la tarea de proclamar la "buena nueva" por tierras para ellos desconocidas. No les importaba su personal flaqueza. Nutridos por la gracia, se crecían ante las dificultades, consiguiendo que la fe cristiana se extendiera con rapidez a través de familias enteras. En poco tiempo se dio un renacer colosal de las costumbres. Pueblos próximos y lejanos vieron transformarse sus instituciones: el matrimonio, la familia, las relaciones mercantiles o comerciales, las leyes civiles y laborales; todas ellas comenzaron a nutrirse de unos principios morales sólidos, que hacían más justa y pacífica la convivencia entre los hombres. Un desarrollo sin parangón, gracias a la acción callada pero eficaz del Espíritu Santo. 58 El matrimonio ganó en santidad, los negocios en honradez, la vida pública en transparencia.

Europa, el viejo continente, vio florecer su cultura y forma de vida gracias a las raíces cristianas que las sostenían. ¿Y hoy? ¿Sigue nutriendo la fe la vida de las personas y de las instituciones? A primera vista podríamos pensar que no. Son muchos los que se sienten de vuelta, cansados y escépticos. Basta auscultar el latido espiritual ¡de muchos de nuestros amigos, vecinos o parientes para comprobarlo. Los referentes morales por los que se rige la vida social y cultural son harto endebles. Domina la apatía religiosa, la indiferencia hacia la Iglesia, el abandono en la práctica de los sacramentos, el desinterés en la atención de los mayores... Es cierto que falta el tiempo, que se vive en continua trepidación, que muchos acaban cansados. Pero, con ser esto verdad, la raíz de fondo está en el egoísmo, en el alejamiento de Dios. Algunos excusan su abandono y falta de fe achacando que Dios no les escucha, que no atiende sus problemas. Y ponen como pantalla la injusticia que se padece en muchos lugares: guerras, muertes, hambre y sufrimiento, vidas segadas por el terrorismo, matrimonios rotos, drogadictos sin esperanza, desahuciados por el sida, parados sin

recursos, gentes de grandes suburbios que viven en condiciones infrahumanas.

Por supuesto que tales males existen. Son pruebas, muchas veces duras y aun traumáticas, que exigen una solución positiva e inmediata. Pero, ¿pueden considerarse realmente males? O mejor: ¿son los males más importantes? Sin una visión global, sin fe, es posible que todos esos males nos aplasten. Pero, veamos las cosas con una visión superior. Dios, que es nuestro Padre, no puede permitir semejantes situaciones si no es en vistas de un bien mayor, aunque a nosotros nos cueste entenderlo. El cristiano sabe que el verdadero mal no proviene de las 59 enfermedades, de la carencia de bienes, ni siquiera de los sufrimientos personales, por grandes que sean. El verdadero mal es moral, "incomparablemente más grave que el mal físico" (CEC 311). Su causa está en el pecado, que por apartarnos de Dios nos aleja de la fuente de la felicidad. Nuestro Padre Dios, infinitamente bueno y justo, no puede querer el mal para ninguno de sus hijos. Siempre nos da lo que más nos conviene. Unas veces lo hará calladamente, otras con clamorosa evidencia. Él siempre está a nuestro lado, jamás se olvida de nosotros. Quien lo tiene presente no se desploma. Al contrario: por fuertes que sean las pruebas sentirá que el Señor lo toma de su brazo, que lo llena de fortaleza.

Importa mucho no perderlo de vista. Dios nunca abandona a sus elegidos. Quizá en ocasiones pueda parecer que el horizonte se cierra, que faltan las fuerzas o se tambalea la esperanza. Pero, como en Jericó, el Espíritu del Señor puede derribar de un soplo los altos muros del egoísmo, de la sensualidad y de la soberbia, esos monstruos que tratan de dominarnos. No hay que remontarse mucho en el tiempo. Aún permanece fresco en nuestro recuerdo la caída del muro de Berlín, expresión de intransigencia y despotismo; la recuperación de la libertad en países dominados por la antigua Unión Soviética. De otra parte, también se comienza a vislumbrar un renacer de la vida espiritual, al menos en Occidente; un deseo de honradez en las relaciones sociales, políticas y culturales, una sensibilidad mayor en cuanto se refiere a la justicia y el diálogo, así como una solidaridad más generosa con los indigentes y desvalidos, con los inmigrantes y marginados. Ahí están para comprobarlo esas inmensas legiones de

voluntarios que, integrados en ONG, actúan por países de casi todo el mundo.

De manera oculta, pero real, el Espíritu actúa entre nosotros. El es, en realidad, el verdadero impulsor de esta 60 renovación humana y espiritual. Sin discriminación alguna, obra activamente en todo tipo de personas. Quizá algunas se resistan a admitirlo. Pero, cansadas de buscar la felicidad que no encuentran, acaban abriéndose a las exigencias del espíritu, a una vida más humana y comprometida. Esto explica el extraordinario entusiasmo que levantan las visitas del Vicario de Cristo, sucesor de Pedro, por todos los países que visita. Hombres y mujeres de todo tipo o condición, ricos o pobres, cultos o ignorantes, cristianos o de cualquier otro credo o religión, responden a sus requerimientos con respeto y admiración. Quedan atraídos por su conducta personal, por el espíritu de comprensión y tolerancia que predica. Ya débil y enfermo, con los estigmas aun frescos del atentado criminal que sufrió y que pudo costarle la vida, sigue dando un testimonio sorprendente y vivo de la fuerza del Espíritu que le anima. Los jóvenes le admiran, los ancianos le veneran, los pobres y enfermos le aguardan con esperanza, los ricos y encumbrados -aun con recelos-acaban admitiendo sus enseñanzas. Todos, en mayor o menor medida, le quieren porque barruntan en sus actuaciones el aleteo del Espíritu.

Sí, el Espíritu sigue actuando en la Iglesia de hoy, en cada uno de sus miembros, con la misma fuerza del principio. Es fuente inagotable de vida. Si somos dóciles a sus dones y carismas, convertirá nuestra oscuridad en foco radiante de luz, nuestro andar cansino, en paso ágil y decidido. Él dará eficacia sobrenatural a todo nuestro quehacer, nos estimulará a la búsqueda del bien y a la identificación con Jesucristo. Por esto dice el Romano Pontífice que es preciso "suscitar una particular sensibilidad a todo lo que el Espíritu Santo dice a la Iglesia y a las Iglesias (cf Ap 2, 7 ss), así como a cada uno de los individuos por medio de los carismas al servicio de toda comunidad... Lo sugiere a las distintas comunidades, 61 desde las más pequeñas, como la familia, a las más grandes, como las naciones y las organizaciones internacionales, sin olvidar las culturas, las civilizaciones y las sanas tradiciones" (TM 23).

La convicción de que el Espíritu Santo actúa en nuestras almas, en el entero Pueblo de Dios, debería llenarnos de paz y confianza, de un sano optimismo. Somos, por expreso querer divino, protagonistas de un cambio de milenio, con la responsabilidad que esto conlleva. El Señor desea servirse de nosotros -débiles como somos- para sembrar a manos llenas seguridad y confianza, serenidad y paz entre las gentes. Para ello nos fortalece con sus dones, impulsándonos hacia metas más altas y exigentes.

LLAMADOS A SER "SAL DE LA TIERRA"

En el Sermón de la Montaña, y tras la proclamación de las bienaventuranzas, Jesús había encomendado a sus discípulos una misión de gran alcance: "Vosotros sois la sal de la tierra...Vosotros sois la luz del mundo" (Mt 5, 13-14). El horizonte de tal misión no podía quedar reducido a la Palestina de aquel tiempo, ni siquiera a sus regiones limítrofes. Abarcaba la tierra entera, como se deduce del paralelismo con la luz, destinada a iluminar un mundo sin fronteras. Para esa misión cuenta el cristiano con la ayuda del Espíritu Santo, que es quien le permite ser sal para preservar de la corrupción a quienes se han contagiado de los virus del relativismo moral.

¿Por qué empleó el Maestro el símil de la sal? La sal, como sabemos, era un producto escaso y muy apreciado en la antigüedad. Se utilizaba en muchas de aquellas culturas como símbolo de paz y acogida, de alegría y hospitalidad. En el Antiguo Testamento, además, se prescribía su uso en las oblaciones ofrecidas al Señor (Lev 2, 13). A la sal se atribuía un valor purificador (Ez 16, 4), por preservar de la corrupción y ser símbolo de la sabiduría divina. Al ser un producto escaso, era muy cotizado; las amas de casa aprovechaban la sal con todo esmero, empleándola en bolsitas para condimentar los alimentos, que más tarde tiraban al perder su sabor. De esto se sirve el Maestro para advertir: "Si la sal se vuelve insípida, ¿con qué se le volverá el sabor? Para nada vale ya, sino para ser arrojada y pisada por las gentes" (Mt 5, 13). Como imagen se adaptaba muy bien a sus enseñanzas. Quedaba muy claro que quien corta su sintonía con el Espíritu acaba volviéndose insípido, incapaz de transmitir a otros la buena nueva de salvación.

La sal no se percibe, pero actúa calladamente dando sabor a todo lo que toca. El cristiano debe actuar sin que se note, transmitiendo su fe y optimismo a todos sin excepción. La sal que ofrece no es otra que la de su ejemplo de vida íntegra y entrega generosa, en servicio desinteresado a cuantos le necesitan, tanto en la vida familiar como en la profesional o social. Esta es la señal de su autenticidad, la credencial de su misión de apóstol.

Tanto más necesaria hoy cuanto mayor es el número de quienes se han sumido en el pesimismo, en la desilusión o la desesperanza. Todos, de manera más o menos consciente, buscan a Dios, quieren ser felices. Y es que, no lo olvidemos, "la aspiración y la necesidad de lo religioso no pueden ser suprimidos totalmente. La conciencia de cada hombre, cuando tiene el coraje de afrontar los interrogatorios más graves de la existencia humana, y en particular el sentido de la vida, del sufrimiento y de la muerte, no puede dejar de hacer propia aquella palabra de verdad proclamada a voces por san Agustín: 'Nos has hecho, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti'. Así también el mundo actual testifica, siempre de manera más amplia y viva, la apertura a una visión espiritual y trascendente de la vida, el despertar de 63 una búsqueda religiosa, el retorno al sentido de lo sacro y a la oración, la voluntad de ser libres en el invocar el nombre del Señor" (CL 4).

Lo presienten, lo atisban, pero la felicidad por la que muchos suspiran la ven lejana, su horizonte espiritual es más bien raquítico. ¡Mas qué alegría experimentan cuando conocen a alguien que con naturalidad vive lo que cree y les habla de Dios, abriéndoles con el ejemplo horizontes amplios de generosidad y entrega! Más que las palabras, lo que les mueve es el ejemplo. El ejemplo de una vida cimentada en la fe y en la esperanza. Sólo entonces puede iniciarse el diálogo, la conversación amable y distendida, con respeto exquisito a sus propias convicciones. Lo recomendaba el Apóstol: "Que vuestra conversación sea siempre agradable, sazónada con la sal de la gracia, de modo que sepáis responder a cada uno como conviene" (Col 4, 6). Palabras cordiales, incisivas, que den tema de reflexión a quienes ignoran o han olvidado el sentido trascendente de la vida. Seguramente se sentirán removidos. Su frialdad e indiferencia desaparecerá si confían en Dios, si tienen la humildad de rectificar.

Pero también dependerá de nosotros. Grave cosa sería que, destinados a ser sal, desvirtuáramos su eficacia por comodidad o apatía. A todos sin excepción hemos de ofrecer libre de contaminación el caudal de gracia y doctrina que hemos recibido. Por esto es preciso que cultivemos una serie de virtudes, en especial la humildad, para ser serviciales sin llamar la atención; la sinceridad, para no pactar con la doblez y mostrarnos auténticos en todas nuestras acciones; la discreción, que lleva a ser oportunos sin pretender ser la sal de todos los platos; la alegría y el buen humor, que permite aliviar las penas y tristezas de quienes lo pasan mal; la reciedumbre, traducida en gestos de comprensión y cariño, de paciencia y misericordia. 64

Y... "LUZ DEL MUNDO"

Junto al símil de la sal, el Maestro utiliza también en sus enseñanzas el de la luz. Con él se refiere a la necesidad que tienen los hombres de ser iluminados desde arriba para alcanzar la verdad y combatir las insidias del padre de la mentira (cf Jn 8, 44). No olvidemos que desde el comienzo de la creación la luz adquirió un protagonismo especial. Fue la luz la que disipó las tinieblas que se cernían sobre el mundo, la que hizo posible que hubiera frutos sobre la tierra, la que permitió la vida de los animales y finalmente la del hombre (cf Gn 1, 3-4). La luz es desde entonces símbolo de vida, ya que las tinieblas venían a significar el desorden y el caos, el dominio del mal, la misma muerte. El cristiano, continuador de la misión de su Maestro, ha de orientar y guiar a otros desvaneciendo la oscuridad de sus conciencias con la luz de su doctrina y la calidad de su conducta.

Lo enseña expresamente Jesús a sus discípulos: "Vosotros sois la luz del mundo. No se enciende una lámpara para ponerla bajo el celemín, sino sobre el candelero, para que ilumine a todos los que están en la casa. Brille así vuestra luz ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos" (Mt 5, 14-16). Emplea un ejemplo casero, seguramente tal como lo había contemplado en la pequeña aldea de Nazaret. Las casas se iluminaban entonces con lámparas de barro cocido, alimentadas con aceite. Solían colocarlas en el lugar más alto para que toda la estancia quedara iluminada. Era una imagen bien conocida para sus oyentes y

muy clara para la enseñanza que deseaba transmitir. Quería y quiere que sus discípulos no sólo participen de su luz, sino que además iluminen a cuantos les rodean con la luz de la doctrina y el ejemplo de su vida. Si emplea esta imagen tan expresiva de la luz, es para que no se le olvide al bautizado su responsabilidad. La luz que ha 65 recibido no es para ocultarla sino para iluminar a cuantos le rodean. En esto no cabe pasividad, ni refugiarse en la falsa humildad del que piensa que no tiene condiciones. Tal actitud frenaría la acción del Espíritu Santo, que cuenta con sus fieles para iluminar a enteras multitudes.

Los primeros cristianos, en efecto, se comportaron "como luceros en el mundo" (Flp 2, 15), conscientes de ser transmisores de la luz de Cristo, que no podían ni debían ocultar. Es lo que también hoy pide el Señor a todos los bautizados. No podemos quedarnos impasibles ante la ignorancia religiosa que sufren tantos en nuestra sociedad. En muchos casos no por mala fe, sino por falta de doctrina, de luz y claridad en la inteligencia. Es una ignorancia dañina, que se manifiesta en errores prácticos en la conducta, en el dominio de la subjetividad, en la falta de objetividad para ver el mundo y las personas como realmente son. Subjetividad que lleva al apasionamiento, a la terquedad en los juicios, a la miopía espiritual. Pues cuando se carece de luz en la conciencia, se llega a confundir el vicio con la virtud, lo malo con lo bueno, la ética con la estética. Y cegados en lo espiritual, ¿cómo se podrá ayudar a los demás? Ya lo recriminaba el profeta Isaías: " ¡Ay de aquellos que llaman al mal bien, y al bien mal; que dan oscuridad por luz, y luz por oscuridad; que dan amargo por dulce, y dulce por amargo!" (Is 5, 20).

Una conciencia insensibilizada, cegada por la pasión, difícilmente se abrirá a la luz de la verdad. Necesita de alguien que, con la luz de Cristo, le ilumine y le muestre el camino de la verdad y del bien. A veces una reflexión honda y sincera basta para comprender lo equivocado que se estaba. Esta misión le incumbe a la conciencia. En ella "descubre el hombre la existencia de una ley que él no se dicta a sí mismo, pero a la cual debe obedecer, y cuya voz resuena, cuando es necesario, en los oídos de su corazón, advirtiéndole que debe amar y practicar el bien y que debe evitar el mal: haz esto, evita aquello... En la obediencia a esta ley consiste la dignidad humana, por la que el hombre será juzgado personalmente. La conciencia es el núcleo más

secreto y el sagrario del hombre, en el que éste se siente a solas con Dios..." (GS 13).

Importa clarificar la conciencia. Ya lo advirtió el Maestro: "La lámpara del cuerpo es el ojo. Si tu ojo es sencillo, todo tu cuerpo estará iluminado; pero si tu ojo es malo, todo tu cuerpo estará en tinieblas. Y si la luz que hay en ti son tinieblas, cuan grande será la oscuridad" (Mt 6, 22-23). Si la conciencia -ojo del alma- está enferma, distorsiona la visión y, en consecuencia, deforma la realidad. El efecto es inmediato: el hombre acaba engañándose a sí mismo, hurta la verdad a cuantos le rodean y puede incluso llegar a pensar que la realidad es tal como la captan sus ojos enfermos. El error en la fe o en las costumbres debilita al hombre; en cambio, una vida honesta, basada en la verdad, lo fortalece. De que procedamos con rectitud depende a fin de cuentas nada menos que nuestro destino eterno. No es para tomárselo a bromas. Poco o nada importaría que alguien se equivocara de hora; en todo caso perdería el tren, el avión o llegaría tarde a una cita. Mas si el que se equivoca es un abogado o un médico, su error es más grave, porque pondría en riesgo la seguridad jurídica o la salud física de su cliente. Más grave aún sería si el que se equivoca es un cristiano, porque entonces es su misma vida, su felicidad eterna la que pondría en juego.

El hombre que carece de rectitud se dejará llevar de sus instintos, actuará movido por sus deseos. La libertad se convierte así para él en libertinaje, la rectitud en arbitrariedad. Pues la conciencia recta se "manifiesta por el vínculo de la libertad con la verdad (...) y se expresa con actos de juicio, que reflejan la verdad sobre el bien, y no por decisiones arbitrarias" (VS 61). El obrar sin reflexión, precipitadamente, hace a las personas imprudentes en sus juicios, arbitrarias en sus decisiones. De donde proceden las envidias, los celos y rencores, que pueden conducir al odio, a la violencia y a la misma muerte. Tan perniciosa se vuelve la conciencia privada de la luz de Dios, que las personas que la sufren se hacen víctimas de su propia contradicción.

Es sencillo de ver. Empujados por un egoísmo enfermizo, buscarán a toda costa, al precio que sea, su propio bien. Pero, por otra parte, al dar la espalda a Dios, acaban rebelándose precisamente contra el único que puede saciar sus anhelos de felicidad. Y todo

porque en el fondo han caído en el utilitarismo, en el sentido pragmático que hoy impera. Según este criterio, es verdadero y bueno lo que me conviene, lo que place mis sentidos. La subjetividad se hace así reina y señora del actuar humano. Todo un despropósito, una soberana incoherencia.

Es preciso salir cuanto antes de esa espiral viciosa que no conduce a la felicidad. Para el cristiano supone tomarse en serio la santidad, que es decidirse a vivir de fe y a cultivar las virtudes que enredan el espíritu; entre otras, la prudencia, la sinceridad y la templanza. Se hará así dueño de sí mismo, y con rectitud en su obrar evitará que las pasiones nublen la claridad de su conciencia.

Por vivir de espaldas a Dios y a sus mandamientos, muchos han perdido la brújula de su vida: ni saben de donde vienen ni adonde van, Viven en una continua inestabilidad, desorientados y nerviosos. Van por la vida con el rumbo perdido, tristes y desesperanzados, al haberse alejado voluntariamente de la luz. Habría que recordarles, con el buen humor y gracia con que lo dice la santa de Ávila: "¡Qué disparate huir de la luz para andar siempre tropezando!" (Vida 19, 5). Por supuesto que todos podemos caer en ese error. Pero el que se decide a buscar a Cristo en su corazón, el que procede con conciencia recta, es fácil que reconozca sus fallos y se decida a cambiar de actitud. Recuperará así la esperanza y la luz que procede de la fe, y hará suyas las palabras del Apóstol: "En otro tiempo fuisteis tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor. Vivid como hijos de la luz. Pues el fruto de la luz consiste en toda bondad, justicia y verdad. Examinad qué es lo que agrada al Señor, y no participéis en las obras infructuosas de las tinieblas, antes bien, denunciadlas (...) Mirad atentamente como vivís: que no sea como imprudentes, sino como prudentes, aprovechando bien el tiempo presente, porque los días son malos" (E/5, 8-11; cfl Ts 5, 4-8).

Somos, en efecto, luz de Cristo, con el gustoso deber de instruir a otros en la fe, comunicándoles la esperanza y el optimismo que se derivan para el bautizado de su unión con Él. Una tarea de tan grandes dimensiones no se improvisa, ni puede afrontarse con la simple "fe del carbonero". Obliga a estudiar, a tener buena doctrina, a fin de sacar de su ignorancia a los que viven en el error. Porque se trata de darles a conocer los elementos básicos de la fe, aclarando sus dudas, resolviendo sus dificultades, ayudándoles a formar sus conciencias.

Muchos podrán recibir así la luz de Dios en plenitud, alcanzando el gozo y la paz que anhelan sus almas. Comprenderán entonces lo que significa en verdad amar con la libertad de los hijos de Dios, sin tacañerías ni mediocridades. Y liberados de la esclavitud de la sensualidad, contemplarán cuanto les rodea con ojos nuevos, pues "para los limpios todas las cosas son limpias" (Tí 1, 15).

Con esa actitud vital, profunda y luminosa, podremos "recuperar y presentar el verdadero rostro de la fe cristiana, que no es simplemente un conjunto de proposiciones que se han de acoger y ratificar con la mente, sino un conocimiento de Cristo vivido personalmente, una memoria viva de sus mandamientos, una -verdad que se ha de hacer vida". No se trata de transmitir un simple postulado

69de principios, pues "una palabra no es acogida auténtica-mente si no se traduce en hechos, si no es puesta en prác-tica. La fe es una decisión que afecta a toda la existencia; es encuentro, diálogo, comunión de amor y de vida del creyente con Jesucristo, Camino, Verdad y Vida (cf Jn 14, 6). Implica un acto de confianza y abandono en Cristo, y nos ayuda a vivir como él vivió (cf Gall, 20), o sea, en el mayor amor a Dios y a los hermanos" (VS 88).

contar con las dificultades

No obstante, para los que se deciden a ser conse-cuentes con su fe, las cosas a veces pueden complicarse. "En el mundo -había anunciado el Maestro- tendréis tribulación, pero confiad: yo he vencido al mundo" (Jn 16, 33). Por lo que comenta san Pablo: "Todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús sufrirán perse-cución" (2 Tm 3, 12). Son muchas las dificultades que a lo largo de la vida se presentarán. Pero también es cierto que unidos a Cristo las superaremos. El Señor nos ha dejado en el mundo para que nos santifiquemos. La palestra de nuestra lucha por alcanzar la madurez cristiana puede presentarse dura, en ocasiones difícil. Pero es preciso contar con esa realidad, porque de lo contrario seríamos unos imprudentes, y tarde o temprano tendríamos que lamentar nuestro error. No es que las dificultades de hoy sean mayores que las de hace veinte siglos. Puede decirse que en parte son iguales y en parte diferentes, como en parte son iguales los hombres y en parte diferentes

sus actitudes, deseos y apetencias. Junto al bien ha existido y existirá el mal, una realidad con la que se ha de contar.

Lo recuerda el Maestro: junto al trigo, habrá siempre abundancia de cizaña. Ambas crecerán juntas hasta el tiempo de la siega (c(Mí13, 24-30). Sería una ingenuidad de nuestra parte pensar que llegará un día en el que 70 podamos vivir sin dificultades, libres de pruebas y tentaciones. El trigo y la cizaña, el bien y el mal, coexistirán hasta el fin. El contenido de la parábola es trasvasable a la realidad cotidiana. Pues "así como en el campo evangélico crecen juntamente la cizaña y el buen trigo, también en la historia, teatro cotidiano de un ejercicio a menudo contradictorio de la libertad humana, se encuentran arri-mados el uno al otro y a veces profundamente entrelazá-is dos, el mal y el bien, la injusticia y la justicia, la angustia I y la esperanza" (CL 3). Habría que salir del mundo, cerrar los ojos a la realidad, para vernos libres de esta omnipresente polaridad.

Pero no exageremos. La dificultad mayor no está íbera, sino dentro del mismo hombre. Pues cuando con sinceridad "examina su corazón, comprueba su inclinación al mal y se siente anegado por muchos males, que no pueden tener origen en su santo Creador. Al negarse con frecuencia a reconocer a Dios como su principio, rompe la debida subordinación a su fin último, y también toda su ordenación, tanto por lo que toca a su propia persona como a las relaciones con los demás y con el resto de la creación". Esta "división íntima" explica que toda la vida humana, la individual y la colectiva, se presente como lucha, y por cierto dramática, entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas" (GS 13).

División causada en última instancia por el pecado de origen, que ha afectado al hombre hasta tal punto, que lo ha debilitado en su razón y ha mermado sus fuerzas físicas, desordenando de paso su concupiscencia. Con ésta se "designa toda forma vehemente de deseo humano (...) Procede de la desobediencia del primer pecado (Gen 3, 11)- Desordena las facultades morales del hombre y, sin Ser falta en sí misma, le inclina a cometer pecados" (CEC *515). De la concupiscencia desordenada procede la rebeldía, el orgullo y la suficiencia, que alejan al hombre 71de Dios y de su prójimo. No es que por el pecado haya-mos perdido la libertad, pero sí tenemos

grandes dificultades para hacer el bien. Tanto, que muchas veces no hacemos el bien que queremos sino el mal que aborrecemos. Tendemos a lo cómodo, a lo fácil y placentero, mientras que rechazamos lo que exige esfuerzo, lucha, tenacidad. En cuanto algo nos cuesta, desistimos, sin importarnos el bien que dejamos de hacer o el servicio que esperan los demás. Es una constante que a todos, en mayor o menor medida, nos afecta.

De otra parte, justo es reconocer que junto a la cizaña sigue creciendo el buen trigo. Existen -y lo comprobamos a diario- personas olvidadas de sí, sacrificadas, que luchan por ser fieles. Por amor saben hacer frente a las dificultades sin estridencias, sin llamar la atención. Son testimonios que, en medio de las tinieblas de este mundo, abren una luz a la esperanza. Aún tenemos reciente el testimonio heroico y ejemplar de la Madre Teresa de Calcuta. Con su vida abnegada y su servicio generoso en favor de los pobres y enfermos, supo ganarse la admiración de todos, hasta que agotada dio su salto al cielo. Admirable es también el ejemplo del Padre Maximiliano María Kolbert, quien en la segunda guerra mundial, con una generosidad heroica, se ofreció para sustituir en la cámara de gas a un padre de familia condenado a muerte. De igual modo admira la fe extraordinaria de la filósofa judía Edith Stein, quien por amor a la verdad, una vez convertida al cristianismo, se hace carmelita descalza y entrega su vida llena de juventud y alegría en el campo de exterminio de Auschwitz. Son muchos los ejemplos, pasados y recientes, de personas que han dado testimonio heroico de su fe, sobreponiéndose -con la ayuda de la gracia- a innumerables obstáculos y dificultades.

No obstante, la admiración que despierta en nosotros tal heroicidad quedaría estéril si en lugar de tratar de imitarles nos sumiéramos en la apatía o en la indolencia. Es más cómodo refugiarse en el "no puedo" o "esto no es para mí", que responder con valentía y ser coherente con la fe. No es la miseria humana, sino la indiferencia o desidia -falta de amor en definitiva- lo que paraliza la vida del espíritu. Ante los requiebros divinos, el cristiano no puede -no debe- comportarse como un espectador pasivo. Tal actitud, por su mediocridad, es propia de quienes revisten su falta de generosidad de escepticismo, olvidando que "Militia est vita hominis super terram",

como afirma el libro de Job (7, 1). La vida es lucha, y mientras caminamos nos toparemos con un sinfín de obstáculos; los vencerá quien mantenga vibrante su espíritu, el que no se doblegue ante la adversidad.

La cizaña, no lo olvidemos, siempre estará al acecho. La siembran quienes presumen de indiferentismo religioso, los que se tienen por liberales, aunque en realidad e sean unos sectarios rabiosos. Se rebelan ante lo que supone orden, obediencia, norma moral objetiva. Actúan así I porque en realidad rechazan al hombre tal cual es: cuer-po y espíritu, un ser capaz de trascenderse a sí mismo. |Por esto son partidarios de leyes reductoras, dictadas por su egoísmo más que por el bien del prójimo. En un ejer-cicio inusitado de despotismo, se atreven a corregir al mismo legislador divino. Ahí están para confirmarlo leyes tales como las del aborto, el divorcio o la de la eutanasia, que se ha introducido ya en algunos países. Añádase a esto un activismo descarado en pro de la contracepción, de las relaciones prematrimoniales, de las parejas de homosexuales y otros desmanes por el estilo. Todo, además, presentado bajo la bandera de un progresismo que podría devolvernos a la ley de la selva.

Ante semejantes despropósitos, muchos no pueden ocultar su perplejidad. Son personas sensatas, honestas, se sienten zaheridas, maltratadas, sin saber qué hacer 73 o qué responder en un mundo en el que la ética y la moral brillan por su ausencia. Por fidelidad a sus principios han de sufrir el ser tachados de intransigentes, inmovilistas y enemigos del progreso, precisamente por quienes presumiendo de progresistas no respetan más norma moral que la suya; llenos de orgullo, tratarán con displicencia y agresividad a quienes se atreven a disentir de sus opiniones. Y para colmo, parece que la vida les sonríe: tienen éxito en sus negocios, viven con holgura, disfrutan libremente de lo que les apetece. No así los que tratan de ser fieles a sus principios, los que por ser honrados muchas veces sufren estrecheces y no rara vez aun lo que tenían lo pierden. En su perplejidad se preguntan: ¿No seremos nosotros los equivocados? ¿Para qué afinar tanto, si al fin de cuenta son ellos los fuertes y nosotros los débiles?

Hace ya siglos, los israelitas deportados en Babilonia se hacían una pregunta parecida. Corría el siglo octavo antes de Cristo; aquel país pasaba por ser uno de los más ricos y avanzados de Oriente.

Sus habitantes, sumamente transigentes y cordiales, cayeron en una vida cómoda y relajada, dando culto al dios Marduk, sin ningún compromiso moral. A primera vista parecía lógica la pregunta que se hacían aquellos israelitas: ¿No será Marduk el verdadero Dios? ¿Cómo entender que estos babilonios abundan en riquezas y nosotros aquí, fuera de nuestra tierra, nos muramos de hambre? ¿Qué hace Yahvéh, nuestro Dios, que no viene en ayuda de su pueblo? No pasó mucho tiempo, y gran parte del pueblo israelita sucumbió y acabó apostatando de su fe. Sólo un pequeño resto permaneció fiel; aquellos que escucharon y pusieron en práctica las enseñanzas del profeta Ezequiel, quien en destierro alentaba a la esperanza. Confirmándoles en fe, superaron unas pruebas tan duras.

También hoy pasamos los cristianos por pruebas parecidas. Algunos incluso han pagado con sus vidas la fe en 74 Jesucristo. La estadística es escalofriante. Sólo en el último año murieron asesinados dos misioneros al mes en diversas partes del mundo. Junto a esta persecución brutal, existen otras más sutiles y diabólicas, sin víctimas sangrientas. Son las que se dirigen a cercenar las raíces mismas de la fe. Se dan en escuelas e institutos, hasta en la misma universidad. Y las protagonizan personas investidas de autoridad, que sin escrúpulos no tienen reparo en ridiculizar a los que practican su fe, a los que mantienen con firmeza principios éticos de honradez, de fidelidad, de lealtad y de práctica religiosa. En cambio no tienen inconveniente en alabar a quienes ceden sin escrúpulos a la corrupción, a los amigos del fraude y de la mentira, a los que corren tras el dinero fácil, a los de vida disoluta, a todos cuantos viven al margen de los principios morales más elementales.

La cizaña, en efecto, se ha introducido por todas partes. Basta fijarse, por ejemplo, en esas cadenas de radio o de televisión que, presumiendo de "liberales" y "tolerantes", lanzan a través de sus programas auténticas oleadas de basura sobre nuestros hogares. O esos grandes grupos editoriales que, en lugar de dedicarse a informar e instruir, inundan el mercado de panfletos sensacionalistas; o esas empresas cinematográficas que, por enriquecerse, no tienen reparo en producir películas obscenas y nauseabundas, presentando como modelos de virtud a auténticos engendros. Son medios de comunicación que perdieron hace mucho tiempo el norte y tratan de

ahogar el buen trigo de la verdad con la cizaña de la mentira, confundiendo a las personas sencillas y desconcertando incluso a las cuerdas.

A simple vista podría parecer que la cizaña arrasa y crece más aprisa que el buen trigo, con el riesgo de ocultarlo. Y en parte es verdad. Se detecta el influjo de la cizaña en la confusión mental de jóvenes y mayores que 75 andan como enloquecidos, sin rumbo ni criterio. Incluso familias enteras se tambalean por falta de principios morales. En pocos años hemos -asistido al nacimiento de una generación de hombres y mujeres blandos de carácter, mediocres y aburguesados, proclives a transigir con todo por carecer de principios. Aun los mejor formados se han quedado sin fuerza interior, sin recursos para detener el avance devastador de la cizaña. Muchos han sucumbido a la corriente de los llamados filósofos de moda. El testimonio de fe y de fortaleza que por cristianos deberían dar "brilla" por su ausencia.

Ante tal situación, de nada sirve el lamento ni la queja. A las dificultades se les ha de hacer frente con realismo, con la fe y la audacia de los hijos de Dios. Esto es lo positivo. Apoyados en Dios, inyectaremos savia nueva en los foros más diversos: asociaciones profesionales, sindicatos, aulas universitarias, mundo de la moda, del arte, de los medios de comunicación, asociaciones de padres, comunidades de propietarios, de vecinos... Lugares todos ellos propensos al encuentro, al diálogo, a la convergencia de opiniones. Ningún cristiano debería permanecer inactivo viendo cómo los enemigos de Dios siembran cizaña trabajando a destajo. Nos jugamos la felicidad y nuestro destino eterno.

LOS MIEDOS QUE ACOBARDAN

Por falta de convicciones profundas, por falta de fe, el hombre se llena de miedo e inseguridad. Un miedo que puede ser real, pero también imaginario, tal como lo define la Academia de la Lengua: "Perturbación angustiosa del ánimo por un riesgo o mal que realmente amenaza o que se finge en la imaginación". Es, por lo general, un sentimiento de rechazo ante lo que se presenta como contrario al bien que se desea, ya se trate de un mal 76 presente o futuro; en el fondo es

la aprensión a que suceda una cosa contraria a la que se desea. Nadie está libre de padecer este sentimiento, que genera cobardía, indecisión y nerviosismo.

Sucede aun en personas equilibradas, incluso cumplidoras leales del deber. En este caso no se trata del temor de Dios, que "es principio de sabiduría" (Pr 1, 7), ni de un simple temor, que puede llegar a ser santo si es por evitar una ofensa a Dios. Es más bien un miedo que debilita y mina las fuerzas del alma, que acobarda y deja sin aliento. Acecha a diario, a cada paso, y nadie está libre de no padecerlo.

Con todo, una precisión: no es el simple sentir miedo lo que debilita al hombre, sino el dejar que el miedo nos domine. El miedo es una realidad con la que se ha de contar. ¿Quién no ha sentido miedo alguna vez? Lo sienten, y a veces en grado intenso, el cirujano ante una operación de riesgo, el asesor financiero al aconsejar una complicada inversión en bolsa, el torero que en la plaza se juega la vida, el policía ante el terrorista o el militar al entrar en combate; incluso los novios, ante el «decisivo con el que se prometen fidelidad en el matrimonio; y no digamos la mujer a la hora del parto, el enfermo terminal ante la muerte ya próxima, el opositor que se lo juega todo en el último examen... El miedo, queramos o no, forma parte de nosotros. Su bondad o maldad depende de cómo lo encaremos, porque puede hacernos héroes o cobardes, santos o apostatas.

También los discípulos de Cristo sintieron miedo. Recordemos, por ejemplo, la tempestad en el lago de Tiberíades. Cuenta Marcos que "se levantó un fuerte vendaval y las olas saltaban por encima de la barca, hasta el punto de que ya se anegaba". Trataron con esfuerzo de achicar el agua, pero fue en vano. Por momentos veían sus vidas. Llenos de pánico y a punto de sucumbir, caen en la cuenta de que Jesús está con ellos. Dormía sobre un cabezal, en la popa. ¿Acaso no lo sabían desde el principio? Sí, pero confiaron en sus fuerzas. Su fe era aún muy floja. Sintiéndose perdidos lo llaman. "Maestro, no te importa que perezcamos?". La respuesta no se hace esperar. Jesús, "levantándose, increpó al viento y dijo al mar: ¡Calla, enmudece! Y el viento cesó y sobrevino una gran bonanza. ¿Por qué tenéis miedo?, les pregunta, ¿todavía no tenéis fe? Ellos se llenaron de

un gran temor y se decían unos a otros: '¿Quién creéis que es éste, que hasta el viento y el mar le obedecen?'" (Mc 4, 37-41).

El miedo está estrechamente relacionado con la falta de fe. Cuanta menos fe se tiene, más se temen las dificultades. ¿Qué hacer? Cada uno reacciona a su manera. Hay quienes al faltarles la fe quedan como abatidos, sin fuerzas. Metidos en sí, caen en el conformismo, en la apatía, a la espera de que las cosas se resuelvan por sí solas; otros, en su prepotencia, tratan de superar sus miedos con la pericia o la destreza que creen poseer, pero acaban arrojando la toalla cuando, cansados, ven que nada consiguen; los hay también que, imprudentes e impulsivos, se lanzan a la desesperada, sin calibrar sus fuerzas ni los medios con que cuentan. Y como los discípulos en el lago, terminan rotos, agotados, dominados por el pánico al comprobar su propia impotencia. Unos y otros olvidan que el Señor, en su providencia, cuida de cada uno de los hombres, hasta el punto de que "hasta los cabellos de vuestra cabeza están contados" (Mt 10, 30).

Los miedos se disparan todavía más cuando falta una visión clara y trascendente de la vida. Dejan entonces sin ánimos para encarar con audacia los retos del vivir cotidiano. Sufren, no ya miedo sino pánico, personas que han marginado a Dios, que se atemorizan por los asuntos más banales. Veamos cuáles pueden ser sus posibles causas.

Miedo al dolor

El miedo al dolor es una de las experiencias más universales. Todos, en alguna medida, podemos experimentarlo. Sin embargo, lo importante no es sufrirlo, sino saber cómo reaccionar ante él, cómo captar su verdadero sentido. Porque no hay nada más absurdo que sufrir y no saber por qué se sufre. Y, al revés, nada tan gratificante y liberador como saber por qué y para qué se sufre. Es ésta una cuestión vital. Porque hay quienes consideran el dolor como un mal, pensando que atenta contra su salud, si de un dolor corporal se trata, o contra su equilibrio psíquico o anímico, si la raíz es moral. En uno y otro caso intentarán rechazarlo por todos los medios, ya que se opone abiertamente a la realización de sus planes y proyectos.

Paliar los efectos nocivos del dolor es bueno, siempre que se empleen, como es lógico, los medios adecuados. Pero, de ordinario, los dolores punzan más cuanto con mayor fuerza se intenta rechazarlos. Ocurre, sobre todo, cuando se trata de una enfermedad que no se esperaba, de una contradicción familiar o profesional. No es raro en estos casos que muchos se depriman y acobarden. Más que responder con entereza a lo imprevisto, responden con el grito de los vencidos. "¡No aguanto más!". "¡Esto es superior a mis fuerzas!". Y, llenos de furia, acaban "tirando la toalla". No comprenden que el dolor -cuando se interioriza lo llamamos sufrimiento- tiene un sentido. Kant lo definió como el aguijón de la acción y la base del sentido real de la vida. El hombre, si es prudente, sabe que lo que vale cuesta, y que el amor, cuando es verdadero, se alcanza a través del dolor. El sufrimiento es una Prueba de autenticidad en el amor. Lo han testimoniado con sus vidas ininidad de personas generosas y sacrificadas que, por amor, descubrieron lo que significa sufrir por . Es preciso esforzarse por mirar más allá del dolor. Porque, como afirma J. Cardona en Los miedos del hombre, "detrás de cada dolor, y de forma más segura e inmediata, después del dolor de la muerte, nos aguarda una vida en un mundo nuevo: la vida es la reproducción de la gestación dolorosa que finaliza con la muerte que, como el parto, abre paso a la luz de la nueva vida".

La experiencia es universal: la vida se valora de verdad cuando se pierde la salud, como se aquilata el amor al faltar el ser querido. Cuanto más se ama, tanto mayor capacidad se tiene para sobrellevar el sufrimiento. El dolor, bien entendido, es el punto culminante del amor. Algo parecido sucede -aunque en otro plano- cuando se pierden los bienes materiales y aparece la inseguridad por el futuro. Se constata entonces con lucidez que nada de lo que hasta entonces se consideraba como propio, casi en exclusividad, nos pertenece verdaderamente. Por naturaleza, los bienes terrenos están abocados a la destrucción. Y ese dolor de la orfandad que aparece cuando se pierden, en realidad nos beneficia, ya que nos empuja a buscar el sentido verdadero de la vida en los bienes que están más allá de la pura materia. Es en ese límite, justamente, donde el hombre se encuentra consigo mismo, donde comienza a atisbar la luz superior del espíritu. Comprende entonces que el sufrimiento, si lo acepta por

amor, lo libera de la vana complacencia en sí mismo, impulsándole a ser más modesto y prudente en sus planes, más generoso y servicial con sus semejantes, más fiel a sus compromisos. El dolor hace así a las personas más realistas, más humildes. E. Rojas, en su libro Una teoría de la felicidad, afirma que "en la escuela del sufrimiento y de la soledad, de los fracasos y de los desengaños, nos curamos de nuestra profunda y enraizada soberbia y nos inclinamos amorosamente hacia los demás".

El que vive de fe sabe que el dolor, cualquier sufrimiento, no hunde sino que fortalece. "El sufrimiento, 80 penetrado por el espíritu del sacrificio de Cristo, es el mediador insustituible y autor de los bienes indispensables para la salvación del mundo. El sufrimiento, más que cualquier otra cosa, es el que abre el camino a la gracia nueva transforma las almas. El sufrimiento, más que todo lo demás, hace presente en la historia de la humanidad la fuerza de la Redención" (SD 27). Para el cristiano, el dolor es fuente de paz y de vida, de paciencia y fortaleza. Cuanto con mayor intensidad se presenta, tanto mayor es la gracia que se recibe. De ahí que, si permanecemos atentos, oiremos en los momentos de mayor dificultad: "Sé fuerte, ten ánimo. No temas ni te asustes, porque el Señor tu Dios está contigo" (Jos 1, 9). De esta confianza vivimos. El hombre de fe ni se angustia ni se resigna ante el dolor. Ve en él la voluntad de Dios y por eso lo acepta gustosamente. Es entonces, y sólo entonces, cuando el dolor sana, estimula y fortalece.

Miedo al esfuerzo

El camino de la santidad nunca fue fácil ni tiene por qué serlo. El cristiano está llamado a reflejar la imagen del Dios vivo, en identificación plena con Jesucristo. Una tarea que requiere gran finura de espíritu, magnanimidad y una entrega sin condiciones, de modo que la melodía de nuestra vida suene en perfecta sintonía con la divina. Una meta ambiciosa y apasionante, difícil de alcanzar si sólo contáramos con nuestras fuerzas. Quizá sea ésta la razón por la que muchos, aun con buena voluntad, dejan aparcados sus buenos propósitos tan pronto como se topan con la dificultad. Es la factura que nos pasa el pecado que gravita sobre nosotros y que nos hace

costosa la identificación con la voluntad divina. Decía Goethe que en ocasiones puede resultar fácil hacer un sacrificio, superar una dificultad, incluso grande, ¡pero qué difícil resulta esforzarse en los pequeños y continuos sacrificios! 81

Sin un esfuerzo sostenido es difícil que los planes y proyectos de mejora personal se realicen. Se requiere constancia, tenacidad, espíritu de lucha y de resistencia al cansancio. Sucede así desde la caída de nuestros primeros padres. Desde entonces experimentamos la fatiga, nos vemos inclinados a lo fácil y placentero. La comodidad, la inconstancia y la pereza pueden dominarnos si no luchamos por vencerlas. Es más fácil y cómodo vivir sin trabajar, sacarle a la vida el máximo provecho con el mínimo esfuerzo. Obsesionados por el bienestar material, muchos han descuidado la vida de su espíritu, sin prestar atención a lo que Dios espera de ellos. Desconocen la lucha ascética, y poco o nada les importa la voluntad de Dios. Prefieren esconder la cabeza bajo el ala, como el avestruz, y que nadie les complique la vida.

No comprenden que la felicidad que anhelan, la que llena y estimula, exige grandes dosis de generosidad y esfuerzo. No es necesariamente feliz el que logra alcanzar un alto nivel de bienestar económico o social. Por supuesto que todo progreso material es bueno. Pero lo es en la medida que permite al hombre ser más hombre, más fuerte en su espíritu, más abierto, servicial y generoso. Quien, por egoísmo, se preocupa sólo de su bienestar físico, acaba vacío interiormente. La estrechez de miras vuelve a las personas egoístas, incapaces de sacrificarse por algo que no sea la satisfacción de sus sentidos. Un objetivo a todas luces raquítico; mientras buscan con fruición disfrutar de la vida, dejan helada su alma, insensibles a los requerimientos divinos. Y así, incapaces de amar y de sufrir, mirarán con desprecio a quienes se atrevan a contradecirles o a echarles en cara su egoísmo.

Es fácil imaginar las consecuencias de semejante actitud. El que trata de eliminar de su vida el sacrificio, no sólo da mal ejemplo a los demás, sino que se hace cómplice de sus extravíos. Son los que consienten a sus 82 hijos desde pequeños comodidades y caprichos. Instalados en lo fácil, rechazarán de mayores todo lo que les suponga esfuerzo, exigencia de tarea bien hecha. A la primera dificultad

protestarán, dominados por la flojera. ¡Cuántas anorexias, bulimias y demás enfermedades síquicas se hubieran podido evitar si los padres en lugar de educar en la comodidad, hubieran enseñado a sus hijos a ser fuertes, a robustecer la voluntad, a atenerse a unas normas de conducta!

El miedo al esfuerzo alcanza su cota más alta cuando se trata de luchar por ser santos. Hay quienes se acobardan y angustian ante la posibilidad de que Dios pueda pedirles más. Si un amigo les sugiere que corten con un vicio que les perjudica o luchan por adquirir la virtud que necesitan, darán largas a esos consejos o se harán los "locos". Preferirán ir a lo suyo antes que dejar que Dios les complique la vida. En el fondo, por falta de fe, no se atreven a superar su cobardía. De ahí que les cueste escuchar las palabras del Señor, cuando dice: "Mira que estoy a tu puerta y llamo. Si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él y cenaré con él y él conmigo. Al que venza, le concederé sentarse conmigo en mi trono " (Ap 3,20-21).

Para escuchar y seguir la invitación del Maestro se requiere una gran generosidad. Porque se trata de querer su voluntad, con ganas y sin ganas, lo mismo si se está sano que enfermo, tanto si apetece como si desagrada. De la respuesta que se dé, dependerá en definitiva la Propia felicidad, el que nos tomemos en serio la santidad ° nos conformemos con el "ir tirando" propio de los mediocres. Es importante decidirse a combatir la apatía, a nacer examen para descubrir lo que se ha hecho mal y ° que se podía haber hecho mejor. Dios no pide imposibles, pero sí el esfuerzo por superarnos. ¿Cómo? San Agustín nos brinda un sabio consejo: "Haz tú lo que 83 puedas, pide lo que no puedas, y Dios te dará para que puedas" (Sermón 43). Dios no niega su gracia al que hace lo que puede. "Dad y se os dará - ha dicho-: una medida buena, apretada, colmada, rebosante echarán en vuestro regazo" (Lc 6, 38). Por tanto, junto con su gracia, hemos de proponernos metas cada vez más altas de generosidad y entrega.

Miedo al futuro

Nadie sabe con certeza lo que ocurrirá mañana, ni siquiera dentro de unas horas. Estamos en la era de los horóscopos y muchos recurren a ellos con la vana pretensión de adivinar el futuro. A veces

por simple curiosidad, otras por la inquietud o el temor de lo que les pueda ocurrir. En su afán por escudriñar el futuro, hacen todo tipo de cabalas y conjeturas, sin lograr prevenir sus miedos y temores. Pierden el tiempo, de paso que dan rienda suelta a su imaginación. Y cuando la imaginación campa por sus fueros, hace ver fantasmas donde no existen. Entonces, a semejanza de don Quijote, se acaba viendo gigantes enormes creados por una imaginación enfermiza.

El hombre es incapaz de prever el futuro, que es libre y sólo puede ser conocido por Dios en su sabiduría infinita. Lo más sensato, por tanto, es vivir el presente, pidiendo al Señor con fe y confianza que nos dé "el pan de cada día". Es decir, la fuerza que necesitamos para afrontar con éxito cada jornada, para vivir de fe y esperanza sin desalentarnos. No es que con esto se nos ahorre ningún tipo de esfuerzo. Al contrario, de lo que hagamos hoy dependerá el fruto que recojamos mañana. Como el sembrador, que si es responsable se esfuerza a diario para que la tierra que cultiva dé su fruto. Por eso está pendiente de quitar las malas hierbas, de roturar y regar el terreno, previendo hasta donde le es posible las 84 inclemencias del tiempo: fríos, heladas, tormentas, pedriscos. Quien actúa así, responsablemente, recogerá en su momento el fruto de su esfuerzo.

A pesar de la buena voluntad, habrá que hacer frente a circunstancias imprevistas, a situaciones que pueden dar al traste total o parcialmente con los planes que habíamos hecho. Así, la quiebra económica que no se esperaba, la enfermedad grave que no avisa, la pérdida repentina de un ser querido... ¿Qué hacer en estos casos? ¿Entristecerse, deprimirse? De ninguna manera, que sería señal de desesperanza. Lo mejor es no perder la calma, levantar la mirada al cielo y confiar en la misericordia divina. No olvidemos que es el Señor quien, en su providencia, gobierna el mundo. Por esto, el que está unido a Él y acepta su voluntad jamás fracasa.

Con los imprevistos se ha de contar. ¿Qué duelen? Es evidente. No sólo duelen sino que para muchos son causa de encogimientos y temores. Padres hay que se vienen abajo al observar con estupor la rebeldía de sus hijos, sus salidas de tono, la falta de cariño para con ellos. El esfuerzo que pusieron por educarlos acaba en ocasiones en un rotundo fracaso. Se sienten defraudados. Por supuesto que los hijos son muy libres para hacer lo que les venga en gana,

desde mostrar cariño a sus padres hasta responder con displicencia a sus continuos desvelos. Pero no deja de chocar que sea en su ancianidad cuando esos padres, generosos y sacrificados, se vean abandonados. Sufren en su soledad sin tener a nadie que los consuele. ¿Es justo que en el declive de su vida reciban semejante desafecto? Sin un plus de fortaleza, ¡qué difícil será que Puedan superar con alegría tanto desconsuelo!

El futuro ciertamente es imprevisible. Pero para el que vive de fe, es acicate para encararlo con serenidad, con alegría y espíritu deportivo. Convendría que no lo perdieran de vista esos matrimonios que, al poco de casarse, 85 perdida la ilusión del principio, comienzan a verlo todo negro. Sin motivos justificados, a veces por simples pequeñeces de carácter, se enfadan y pierden los nervios. Pesimistas, condicionan su fidelidad futura y la felicidad de sus hijos. En el fondo por simplezas: por no saber encajar una contrariedad, por no aceptar la forma de ser del otro. Dominados por la ira y el mal humor, pierden la serenidad y también la perspectiva para resolver una situación tan simple y ordinaria. Si no reaccionan con rapidez, es por causa de su orgullo herido, por no querer reconocer los fallos, por no pedir perdón. Son conflictos que podrían evitarse con una pequeña dosis de sensatez y sentido del humor.

Nos acechan también otros miedos, quizá más menudos pero no por ello menos importantes. Son los provocados por la oposición que se suspende, por el noviazgo interrumpido, por el puesto laboral que se pierde o la enfermedad que se alarga. Miedos, en efecto, que condicionan el futuro. Nadie los desea, pero si llegan han de encajarse con garbo, sin quejas ni protestas que nada resolverían. Es la hora de la paciencia, de aceptar la realidad tal como es, sabiendo que todo es querido o al menos permitido por nuestro Padre Dios. Lo positivo en esos casos es mirar el futuro con esperanza, confiar en la gracia y luchar con ahínco por corregir lo que esté de nuestra parte, en la seguridad de que al final la victoria será nuestra.

Miedo al "qué dirán"

El Señor quiere que vivamos sin miedos, con el orgullo y el coraje de sabernos hijos suyos. En cualquier situación nuestro

razonamiento debería ser: "El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién he de temer? El es la fortaleza de mi vida, ¿por qué he de temblar?" (Sal 27, 1). Quien proceda de este modo, por grandes y desafortunadas que sean las críticas que reciba, ni se vendrá abajo ni se refugiará en la timidez para ocultar su condición de cristiano. En todo caso, las críticas le servirán de estímulo para defender los intereses de Dios. No podremos evitar toparnos con gentes que no nos entiendan. Pero, en esos casos, ¿nos avergonzaremos del don precioso e inmerecido de la fe que hemos recibido? Callar por miedo al "qué dirán" sería una canallada, una vergonzosa cobardía. Bien claro lo advirtió el Maestro: "A quien me niegue delante de los hombres, yo también le negaré delante de mi Padre que está en los cielos" (Mt 10, 33). Por justicia, no podemos silenciar nuestra fe ni hacer el paripé por quedar bien; es preciso que mostremos con las obras nuestra condición e discípulos del Maestro. Por tanto, hablaremos cuando es preciso con total claridad. Callar, cuando podemos y debemos aportar claridad, es una patente villanía. Y más cuando nuestros interlocutores, sin miramientos, se declaran enemigos de Dios o de la Iglesia. Es el momento de ayudarles, con valentía y sin timideces, a corregir sus puntos de vista, con respeto y comprensión.

Consuela oír las palabras del Maestro: "No los temáis, pues nada hay oculto que no haya de manifestarse, ni secreto que no llegue a conocerse. Lo que os digo en la oscuridad, decidlo a la luz, y lo que oís al oído, pregonadlo sobre los terrados" (Mt 10, 26-27). Lo que Jesús hablaba a las muchedumbres, lo aclaraba después en la intimidad a sus discípulos. Quería dejarles claro lo que les decía para que luego lo transmitieran a otros a plena luz, sin miedo a los que con mala intención pudieran retorcer sus argumentos o interpretar mal sus palabras. Emplea Para ello una imagen entonces muy popular, la de "pregonar sobre los terrados". Era práctica habitual que el hazan, ministro o sacristán de la sinagoga, eligiera el viernes por a tarde un lugar alto de la ciudad para comunicar a los fieles a son de trompeta el comienzo del sábado, día de oración y de especial santidad. El Maestro quiere que sus discípulos -los de entonces y los de ahora- proclamen públicamente sus enseñanzas, a voz en grito, por campos y ciudades, sin miedos ni temores.

Después de veinte siglos, hay miedo. A veces un miedo vergonzoso a dar la cara, a hacer frente al error o la insidia de quienes se levantan contra Dios y sus mandamientos, contra la Iglesia o el Romano Pontífice. Y esto por temor a distinguirse, a llamar la atención; en el fondo, responde a una situación de egoísmo. Se prefiere quedar en el anonimato antes que pasar un mal rato. Es el miedo "al qué dirán", "al qué van a pensar", en previsión de los comentarios irónicos, zafios o hirientes que se puedan seguir. Por temor a quedar mal o a que puedan etiquetarnos como cristianos, con el lastre que esto podría suponer en la vida política o profesional, se rehuye la confrontación, el dar la cara y hablar claro. Y callan precisamente quienes con más fuerza deberían hablar, sin darse cuenta de que con su silencio niegan en la práctica su fe y su condición de discípulos del Maestro.

Los tiempos que corren no son tiempos para la cobardía, y menos para la infidelidad o la apostasía. Se han de aprovechar para afianzar la fidelidad al Señor, para proclamar la verdad sin ambages, convencidos de que la ignorancia, el error o la mentira son los mejores aliados que tiene Satanás en su pretensión de desviarnos de nuestro camino. El seguidor de Cristo ha de desenmascarar con valentía la falsedad de muchos de los planteamientos que se nos ofrecen como ciertos, iluminando con la luz de la verdad campos tan conflictivos como los de la honradez en los negocios, la lealtad en las relaciones profesionales, la objetividad en los medios de comunicación, la decencia en el mundo de la moda, la fidelidad matrimonial o el valor de la vida, desde la del no nacido, hasta la del anciano desprotegido o el enfermo terminal.

Quien callara ante tamaños desmanes, se haría cómplice de pecados gravísimos. Urge, por tanto, defender con 88 fortaleza y sin ambigüedad los intereses de Dios, colaborando para que se respeten los derechos inalienables del hombre. En estos puntos no caben las excusas, los miedos o los encogimientos. Es hora de plantearse una lucha abierta y decidida por clarificar cada uno de estos campos a la luz de la fe. En otros tiempos, por fidelidad a estos principios, hubo quienes no dudaron en entregar su vida antes que hacer un paripé innoble. Thomas Moro, Thomas Becket o John Fisher son ejemplos, entre otros muchos, de lo que significa superar con fortaleza el miedo

al "que dirán". Por fidelidad a Dios mantuvieron firme su criterio, sin concesiones. Les costó la vida, ciertamente. Pero, conscientes de su responsabilidad, defendieron hasta el final sus convicciones.

Una actitud así, mantenida con gallardía, quizá reporte hoy también críticas despiadadas, acosos y murmuraciones sin fundamento, incluso por parte de quienes se proclaman amigos y defensores de la libertad. A la vista está. Quienes más atacan la fe son precisamente los que tratan de imponer a otros el imperio de su fanatismo. No es para asustarse. Con tenacidad, sin retroceder, hemos de decir con el Salmista: "Aunque acampe contra mí un ejército, mi corazón no teme; aunque una guerra estalle contra mí, estoy seguro" (Salí!, 3). Por tanto, aunque por momentos nos falten las fuerzas, no temamos; oiremos que el Señor nos dice: "¡Adelante, sé fiel, te basta mi gracia!".

Miedo al compromiso

Es normal que se haga con gusto lo que apetece e fusiona, mientras se refunfuña ante lo que cuesta o exige sacrificio. Por extensión puede aplicarse a un compromiso estable, al mantenimiento de la palabra dada, a una entrega fiel y sin condiciones. Todos estos grados de compromiso reclaman sin duda sacrificio, amor y esfuerzo por cuanto se trata en el fondo de una donación 89 personal, desinteresada y responsable. Cualquier compromiso significa entrega, un dar y darse de lo que más íntimamente nos pertenece. Tal entrega pone en juego dones y cualidades personales, justamente en lo que tienen de más noble y valioso. Ante un compromiso así, son muchos los que se asustan y lo eluden por cobardía. Tal vez porque no se han planteado seriamente lo que significa una entrega generosa.

Para que exista, el compromiso debe basarse en una virtud humana indispensable: la lealtad, que debe serlo a la palabra dada, junto con la fidelidad que se debe a la persona objeto del compromiso. Tal fidelidad es percibida como un bien, como algo por lo que vale la pena darse. Sin embargo, antes de tomar una decisión en la que uno se compromete con toda su alma -por ejemplo, los novios antes de su sí definitivo en matrimonio, o los seminaristas antes de su ordenación-, por prudencia se han de sopesar los pros y los contras para evitar un

paso en falso del que después podrían arrepentirse. Si, tras una reflexión madura y responsable, se responde que sí, esa decisión obliga en conciencia, es un compromiso con todas sus consecuencias. De otra manera hablaríamos de irresponsabilidad o infantilismo.

El que se decide y acepta un compromiso, lo ha de hacer por caballerosidad, por lo que en castellano denominamos "honorabilidad". No es cuestión de largos y sesudos discursos, que podrían quedar en vana palabrería. "Sea vuestra palabra sí, sí; no, no. Lo que pasa de esto, viene del mal" (Mt 5, 5, 17). Exaltaba así el Maestro el valor de la palabra dada, la sinceridad en la conducta, la lealtad con Dios y con el prójimo. De ahí que el «dado tras una prudente deliberación, no puede convertirse de la noche a la mañana en un no en función de los estados de ánimo, de los gustos o de las alternativas opcionales que se presenten. 90

El compromiso fiel, y por ello permanente, nace de la flexión y madurez de la persona. Buena parte de las crisis de personalidad proceden del miedo al compromiso, de la falta de sinceridad con uno mismo y con los demás. Un círculo vicioso del que urge salir. Por miedo a un compromiso estable, hay novios que rehúsan el matrimonio y se llenan de excusas a la hora de dar un sí; que les comprometa para toda la vida; es más, mucho más, de lo que ellos están dispuestos a dar. Igualmente hay esposos que se llenan de miedo al percibir que Dios les pide una generosidad mayor, una apertura más plena a la vida; se excusan aduciendo la falta de medios económicos, o de tiempo, o de incompatibilidad con sus compromisos sociales. El miedo puede dispararse cuando se trata de un compromiso absoluto y sin condiciones, para toda la vida, como el que exige la respuesta a la vocación divina; se responde entonces con evasivas, con la excusa de que una entrega así condiciona la libertad personal, hipoteca toda opción de futuro. Hablemos claro. Una reacción de este tipo, cuando es Dios quien llama, procede en realidad de falta de fe, esperanza y amor.

La fidelidad a un compromiso estable es, ante todo, atributo divino. Dios es el único que puede cumplir con fidelidad plena cuanto promete. Por grandes que sean nuestras miserias e infidelidades, El permanece siempre fiel a su palabra. Por amor hacia nosotros entregó a su propio Hijo, el cual dio prueba de su infinito amor haciéndose

obediente hasta la muerte y muerte de cruz. En el hombre, en cambio, la fidelidad al compromiso se encuentra limitada por su misma naturaleza. Nuestro amor y entrega están como envueltos por nuestra propia fragilidad y miseria; por esta razón nos cuesta tanto mantener la palabra dada, ser fieles a un comprobó estable. El episodio del joven rico sigue siendo Aquel muchacho se sintió impulsado a seguir al 91 Maestro. Pero tan pronto como se percató de la exigencia que tal seguimiento le suponía, se llenó de miedo. Su corazón era esclavo de sus riquezas. El Señor le había pedido un compromiso de por vida; mas él, por egoísmo, se acobardó y no dio el paso. La consecuencia fije inmediata: en lugar de hallar la felicidad que buscaba, se topó con la tristeza que rehuía al elegir el camino de la cobardía. Era un hombre débil, inmaduro.

Las relaciones con Dios -y por Él con el prójimo- no pueden quedar condicionadas por parámetros económicos, y menos por el gusto o el sentimiento. Dios, al darnos su gracia, nos ha dado con ella la capacidad para que libremente nos decidamos a hacer su voluntad. No acepta una entrega a medias, un servicio a regañadientes. Espera de todo aquel al que llama un sí humilde, incondicionado, fruto maduro de su fe y de su amor. Ese compromiso fiel y para siempre se aprecia sobre todo, de modo ejemplar, en la doncella de Nazaret. Tras una reflexión serena pronuncia el fiat, un «sí responsable, sin condiciones, que antes de salir de sus labios había sido pronunciado en su corazón.

UN QUERER A MEDIAS, NO ES QUERER

El miedo desaparece cuando nos mueve el amor. El amor es como un soplo de aire puro que rejuvenece el corazón, permitiéndonos ver el mundo y a las personas que lo habitan con ojos de esperanza e ilusión. "El amor perfecto rechaza el temor" (1 Jn 4, 18), escribe el apóstol san Juan. Hemos nacido para amar, no para temer. En una de las obras de Sófocles -Antígona- se afirma algo parecido. Cuando Creonte intenta atemorizar a Antígona conculcando su libertad, ésta se rebela y le responde con energía: "Has de saber que nací no para compartir con otros odio, sino amor".⁹²

El amor, en efecto, es el motor de la vida, la fuerza que os mantiene jóvenes, valientes y decididos en la adversidad. A quien ama le resulta fácil llevar a cabo lo que se propone. Del amor que pongamos en cada cosa va a depender en última instancia la felicidad que buscamos. Qué bien lo comprendió san Juan de la Cruz cuando, en frase que ha hecho pensar a más de uno, escribe: "A la tarde te examinarán en el amor. Aprende a amar como Dios quiere ser amado, y deja tu condición" (Dichos de luz y amor, 57). La asignatura del amor es la más difícil, y a la vez la más importante que hemos de cursar en la vida; de que amemos o no dependerá que seamos felices o, por el contrario, unos desgraciados.

El hombre de hoy, empeñado en vivir para sí, no sabe lo que es amar. Por eso se llena con tanta facilidad de miedos y temores. La falta de amor envejece su espíritu, de paso que empequeñece su horizonte mental. Le cuesta captar más allá de lo puramente material, de lo que escapa a sus deseos y apetencias. Incapacitado para amar de verdad, se sume sin querer en el pozo de su propia incoherencia. Y así no es extraño que sienta náuseas, como una especie de vacío existencial. Se repite lo que había sido profetizado por Jeremías: "Un doble crimen ha cometido mi pueblo: dejarme a mí, fuente de aguas vivas, para excavar cisternas agrietadas, incapaces de retener el agua" (Jrl, 13). Es claro que quien da la espalda a Dios, causa y raíz de toda felicidad, acaba "llenándose" de vacío, haciéndose egoísta e insolidario.

Casi todos los miedos y temores tienen su origen en una desviación de la voluntad que lleva a la autocomplacencia. Engreído y orgulloso, el hombre se constituye en centro del universo, pretendiendo de modo insensato suplantar a Dios y corregir sus planes. Al fin cae en una ceguera espiritual, descarada y ridícula. Y ya se sabe, no hay peor ciego que el que no quiere ver. Hay quienes, de modo insolente, cierran a Dios la entrada a su vida íntima, y también a los asuntos que consideran de su exclusiva incumbencia: trabajos, negocios, descanso, diversiones... En realidad lo rechazan porque ni le conocen ni le aman. De ahí que lo tilden de "huésped" incómodo, de "aguafiestas" que interfiere y da al traste con el propio capricho. Una actitud que no puede ser más tacaña y mezquina.

Se olvida que el hombre, por expreso querer de Dios, ha nacido para amar, para ser feliz. Y no lo será mientras no aprenda a amar, a querer de verdad. Porque falso amor es todo aquel que se opone al querer de Dios, el que impide ganar en madurez, el que aísla y vuelve egoístas. En este punto surge una pregunta: si sólo puede ser feliz el que ama a Dios con todo su corazón, ¿por qué tanta resistencia a amarle sobre todas las cosas? Importa dar una respuesta correcta a este interrogante, ya que en la medida que queramos lo que Dios quiere, se disiparán nuestros miedos y temores, seremos en verdad fuertes y felices.

En tiempos de Jesús se discutía entre los rabinos de Israel sobre cuál era el primero de los mandamientos, a fin de conocerlo y practicarlo. Según las escuelas llegaban a distinguirse hasta 613 mandamientos, de los cuales 248 eran positivos y 365 negativos. Las listas y clasificaciones eran interminables y las distintas escuelas no acababan de ponerse de acuerdo. Un hombre sabio, doctor de la Ley, preocupado también él por esta cuestión, hace a Jesús la siguiente pregunta: "Maestro, ¿cuál es el primero de los mandamientos?". A lo que Jesús responde: "El primero es: Escucha Israel: el Señor Dios nuestro, es el único Señor. Y amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas. El segundo es éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. No hay otro mandamiento mayor que estos" (Mc 12, 29-31).⁹⁴

La cita corresponde a Deuteronomio 6, 4. En efecto, Dios y solo Él es el único Señor. Sin Él nuestra vida carecería de sentido. Esto exige del hombre una confesión explícita de su omnipotencia y señorío. Pero tal confesión sería inoperante si no fuera expresión de la identificación con su voluntad, es decir, si no se amara a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente y con todas las fuerzas. Son cuatro formas semánticas de decir lo mismo para expresar un amor de totalidad, absoluto y comprometido. Un amor en el que están implicadas las dos facultades del alma, el entendimiento y la voluntad. Veamos cómo.

La voluntad, como facultad intelectual, inclina al bien, a todo cuanto de bueno puede llenar el corazón del hombre. El entendimiento, por su parte, mueve a la voluntad proponiéndole el bien, determinando su objeto. En el Cielo, ante Dios perfectamente

conocido por el entendimiento, el bien infinito se hace irresistible a la voluntad, que lo quiere necesariamente. En la tierra, en cambio, por ser limitado el entendimiento puede equivocarse y presentar a la voluntad un bien finito como si fuera el bien absoluto o supremo. Ciertamente pertenece a la voluntad, en razón de su libertad y de su imperio sobre el entendimiento, decir sí o no, querer o no querer. Con lo cual puede acertar o equivocarse en su elección. Esto último ocurre por el influjo que recibe de las pasiones, de la afectividad o el sentimiento, de manera que en lugar de optar por el bien verdadero prefiere el bien falso, en su equivocada aureola de bien supremo. El gusto o capricho personal se constituye entonces en árbitro del bien y del mal y así, quien busca su propio interés en lugar de querer lo que quiere Dios, termina por vender su primogenitura por un miserable plato de lentejas.

Se nos plantea otro problema: si somos limitados, sujetos a ignorancia y error por el influjo de las pasiones, ¿cómo podemos amar a Dios, bien supremo, con todo el corazón y sobre todas las cosas? Además, si nadie puede amarle sin conocerle, ¿cómo podemos estar seguros de que no nos equivocamos al decir que le conocemos? Empecemos por el principio. Aunque nuestro entendimiento es limitado, conserva su capacidad de conocer de modo natural la existencia de Dios. De otra parte, Dios mismo viene en nuestro auxilio, por medio de la revelación, aumentando la capacidad natural que tenemos de conocer. Lo cual nos permite conocerle, no sólo como el Bien supremo, sino como Ser personal, como un Padre de infinito amor y misericordia. Conocido así, es la voluntad la que tiene la última palabra. Es libre, y a ella le corresponde imperar el acto de amor, hasta emitir el "sí quiero" con todas sus consecuencias. En esto consiste amar a Dios con todo el corazón, incluidos afectos y sentimientos. Quien ama con amor de plenitud, fortalece su espíritu y puede afrontar con garbo todas sus tareas. Así lo expresa un sabio aforismo: "nihil difficile volenti" nada es costoso para el que ama de verdad.

No obstante, es preciso tener presente que el protagonismo de la voluntad no significa una supremacía absoluta sobre el entendimiento. Si malo es el racionalismo, peor aún lo es el voluntarismo, un error de funestas consecuencias. Quiere esto decir

que el hombre ha de buscar en todos sus actos no sólo el bien, sino el bien verdadero. Pues es justamente ahí donde "se manifiesta el vínculo de la libertad con la verdad... La madurez y responsabilidad de los juicios humanos se demuestran no con la liberación de la conciencia de la verdad objetiva, a favor de una presunta autonomía de las propias decisiones, sino, al contrario, como una apremiante búsqueda de la verdad, dejándose guiar por ella en el obrar" (VS 61).

Querer así, con todas sus consecuencias, se convierte en el acto más libre y soberano del hombre, garantía última de su rectitud moral. Cuentan a este respecto los biógrafos de Tomás de Aquino una anécdota muy significativa. Cuando iba camino del concilio de Lyon, tuvo la desgracia de tropezar y caer herido. Lo condujeron en seguida al monasterio benedictino de Fossanova. Allí cerca vivía su hermana Teodora. Un día en que ésta lo visitaba, y consciente de la fama de santidad que rodeaba a su hermano, mantienen este diálogo que reproduce Louis de Wohl en *La luz apacible*.

- Tomás, ¿cómo se convierte uno en santo?

- A lo que él le responde: Queriendo.

- Ella exclama sorprendida: ¿Queriendo? ¿Eso es todo?

- Todo -subraya el santo- lo que uno puede hacer. Dios pone el resto. Pero recuérdalo bien: el amor es cosa de la voluntad. Se ama queriendo querer. *Amare est velle*.

En este diálogo, tan sencillo como profundo, se aclaran muchos de los interrogantes que se hace hoy el hombre. Si hemos de amar a Dios con todo el corazón y con todas las fuerzas, ¿por qué son otros los amores que nos atraen?, ¿por qué tanta resistencia a querer lo que Dios quiere? Dentro de nosotros, ciertamente, hay una fuerza que nos impulsa a actuar de modo distinto al que queremos. Lo constata el Apóstol cuando afirma: "El querer está en mí, pero no el hacer lo bueno. Pues no hago el bien que quiero sino el mal que aborrezco (...) ¡Pobre de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? ¡Gracias a Dios por Jesucristo, nuestro Señor!" (Rom 7, 18-25).

La fragilidad nos acompaña de por vida, y es natural que nos topemos con flaquezas y rebeldías interiores. Mas lejos de deprimirnos, han de servirnos para llenarnos de confianza, "porque el amor de Dios se ha derramado en nuestros corazones por el Espíritu

Santo que nos ha sido dado (Rom 5, 5). Basta acercarse a la fuente de la gracia para superar cualquier miseria. Dios, como padre bueno y

97sumamente generoso, nos comprende y sabe lo que necesitamos. Es como si nos dijera: ¡Que sepas que estoy contigo, que te comprendo y no te abandono, pídemelo lo que quieras!". Si en alguna ocasión permite que nuestras pasiones se desboquen, no es para hacernos sufrir, sino para afianzarnos en la virtud, para que ganemos en humildad. Esta es su pedagogía. Pero, aun sabiéndolo, no siempre captamos lo que quiere decirnos. Perdemos entonces una ocasión espléndida para identificarnos con su querer, para cambiar o rectificar lo que sea preciso. San Juan Crisóstomo se repetía: "¡Señor, hágase tu voluntad!: no lo que quiere éste o aquél, sino lo que tú quieres que haga. Este es mi alcázar, y ésta es mi roca inamovible, éste es mi báculo seguro" (Homilía antes del exilio, 1-3).

Todo lo cual nos permite sacar dos consecuencias: a) seremos fuertes en la medida en que amemos a Dios sobre todas las cosas; b) mas para que ese amor sea auténtico, es preciso que amemos al prójimo como a nosotros mismos. Veámoslo brevemente.

Amar a Dios, lo primero

Amar a Dios sobre todas las cosas es un deber de justicia hacia quien nos ha creado y nos ha hecho participar de su amor. De ahí que a menudo debamos preguntarnos: ¿Amo a Dios tal como Él espera? Por supuesto que no se trata de pasarse el día haciendo actos explícitos de amor, y menos que sea imprescindible ir al templo o quedarse en quietud durante horas. Lo que Dios quiere y espera de nosotros es que, habiéndole conocido y sabiendo cuáles son sus mandamientos, nos empeñemos en obedecerle y amarle. Proponiéndonos hacer en cualquier lugar donde nos encontremos lo que le agrada, nuestro querer se identificará con el suyo y todas nuestras obras serán rectas.

Tal rectitud, de otra parte, requiere que pongamos la cabeza y el corazón en lo que hacemos. Nos servirá de 98 ayuda una jerarquía precisa de valores, en la que pueden distinguirse tres prioridades: Dios, familia y trabajo. Cuando se respeta este orden, el alma se llena de paz, la vida en serenidad y fortaleza. Es Dios quien nos acompaña

como objeto de nuestros amores. Mas quien ama a Dios, debe amar también a los que tiene más próximos. Y primera beneficiada será la familia, al facilitar la armonía en el hogar, el entendimiento entre los cónyuges y la dedicación a los hijos. Todo ello envuelto en el cultivo de virtudes como la laboriosidad, la reciedumbre y el orden. Se desarrollará así el buen humor, se facilitará la comprensión y se pondrán las bases para aceptar con agrado cualquier contrariedad.

El amor de Dios se ha de ejercitar en todo momento. Para ser fuertes en tiempos de dificultad, es preciso serlo en tiempos de bonanza. Lo cual se consigue cumpliendo con fidelidad y abnegación los propios deberes, trabajando con competencia, viviendo los horarios. De este modo, todo, hasta el mismo descanso, las fiestas o las diversiones -si son honestas- servirán para dar gloria a Dios, para madurar en el espíritu, para hacer agradable la vida a quienes nos rodean. Todo lo contrario del que margina de su vida a Dios, que para el hombre de fe sería una hipocresía, por aparentar y mostrar ante los demás una conducta huera de contenido. El suyo sería un querer sin querer, propio del que sabe lo que tiene que hacer, pero Por comodidad o desidia no lo hace. Quizá para tranquilizar su conciencia masculle alguna oración, pensando Dios hará lo que él por pereza no quiere hacer. Pero Dios le responderá: "No todo el que dice: ¡Señor, Señor!, entrará en el Reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre" (Mt 7, 21).

Cuando recitamos el Padrenuestro nos comprometemos a cumplir la voluntad de Dios. El hágase tu voluntad no Puede quedar en una frase bonita, en algo que se promete 99 pero no se vive. Pues "quien dice que le conoce y no guarda sus mandamientos, miente, la verdad no está con él" (1 Jn 2, 2-4). Miente, en efecto, quien afirma que ama a Dios pero vive según su capricho o conveniencia. El amor verdadero se forja en la rectitud del corazón. "¿Quiénes -se pregunta san Agustín- son los rectos de corazón?". Y responde: "Los que quieren lo que Dios quiere (...) No quieras torcer la voluntad de Dios para acomodarla a la tuya; corrige en cambio tu voluntad, para acomodarla a la voluntad de Dios" (Comentario al Salmo 93).

Para que el amor a Dios sea auténtico, ha de ser ante todo recto, limpio y desinteresado. Es lo que se manifiesta en un soneto del siglo XVI, atribuido al agustino fray Miguel de Nevara. Dice así:

No me mueve mi Dios para quererte
el cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor, muéveme el verte
clavado en una cruz y escarnecido,
muéveme ver tu cuerpo tan herido,
muévenme tus afrentas y tu muerte.

Muéveme, en fin, tu amor, y en tal manera,
que aunque no hubiera cielo, yo te amara,
y aunque no hubiera infierno, te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera,
pues aunque lo que espero no esperara
lo mismo que te quiero te quisiera.

Con el Salmista deberíamos exclamar llenos de humildad:
"Yo te amo, Señor, tú eres mi Roca y fortaleza, mi Roca a quien me
acojo, mi escudo, y mi cuerno de salvación, mi asilo y mi refugio"
(Sal 18, 3). Pero, por favor, enséñame a amarte como tú quieres ser
amado, préstame tu fortaleza porque me siento débil. 100

Y al prójimo, como a uno mismo

Afirma san Juan que "quien no ama a su hermano, a quien ve,
no puede amar a Dios, a quien no ve. Este mandamiento tenemos de
El: que quien ama a Dios, ame también a su hermano" (1Jn 3, 20-21).
Esto significa amar a quienes tenemos más próximos: a los de la
propia familia, a los compañeros de trabajo, a los amigos y vecinos. .
. A todo aquel, por tanto, que Dios ha colocado a nuestro lado con el
fin de que le ayudemos. El Señor tendrá misericordia de nuestras
flaquezas si nos compadecemos de nuestro prójimo y le ayudamos.
Para que no se nos olvidara, el Maestro nos propuso la parábola del
buen samaritano. Comentándola, dice Juan Pablo II que prójimo es

"todo el que se para junto al sufrimiento de otro hombre, de cualquier género que éste sea. Esta parada no significa curiosidad, sino más bien disponibilidad. Es una determinada disposición del corazón, que tiene también su expresión emotiva. Buen samaritano es todo hombre sensible al sufrimiento ajeno, el que se conmueve ante la desgracia del prójimo" (SD 28).

Querer a nuestros hermanos, amigos o allegados es relativamente fácil; pero querer a quienes nos ofenden, a quienes se declaran nuestros enemigos, es más difícil, casi un imposible. Sin duda es éste uno de los deberes más costosos para el cristiano. Amar a los que nos aman es fácil, pero amar al que nos desprecia, al que nos odia o mira con indiferencia, exige un grado heroico de virtud. Porque lo primero que nos sale es la protesta: "¿Cómo se le ocurre a Dios imponernos una carga tan pesada! ¿No habremos tergiversado sus enseñanzas? No, ciertamente. Las palabras del Maestro son bien claras: "Habéis oído se dijo: Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre está en los cielos" (Mt 5, 43-45). 101

A semejanza de Cristo, el cristiano ha de ser misericordioso y perdonar de corazón a quienes le ofenden Pero, "¿hasta cuántas veces, Señor, he de perdonar a m' hermano?, ¿hasta siete veces?". Pensaba Pedro al hacer esta pregunta que ya era bastante con siete veces. Pero Jesús le aclara: "No digo yo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete" (Mt 18,21). Es decir, hemos de perdonar siempre. En el perdón no podemos poner límites como no los hay en el amor. Las flaquezas del prójimo reclaman de continuo nuestra misericordia. Se requiere para ello una gran fortaleza de espíritu, puesto que lo que nos sale espontáneo es responder al mal con el mal, guardando rencor al que nos ofende. Cuesta olvidar los agravios, apagar la llama de la indignación. Sobre todo cuando la imaginación se dispara, y entonces no es ya sólo la ofensa presente la que se ve, sino los agravios pasados que se levantan como gigantes ante nuestros ojos. Tanto, que a veces de un granito de arena hacemos una inmensa montaña. Quien no sujeta con rapidez su imaginación, luego se arrepentirá de caer en la crítica, en la murmuración. Quizá se excuse, protestando: ¿Por qué

me pides tanto, Señor; por qué me exiges que perdone y ame a quien tanto me ofendido?

Dios no pide imposibles. El nos da la capacidad para amar. En definitiva, para perdonar a quien nos ha ofendi-do como prueba de que nuestro amor a Dios es sincero. No es, por tanto, cuestión de simple talante personal; es consecuencia de un amor, que por ser sobrenatural, esta por encima del sentimiento y de la emoción. Un amor que engrandece y fortalece el alma, que nos permite ver en nuestros semejantes -aun con sus defectos y miserias-personas por las que Cristo se entregó. ¿Cómo nos atre-veríamos a ir, en nuestra mezquindad, contra su iními misericordia? No es lógico que condenemos a quienes él, con un amor sin límites, les brinda de continuo su perdón.¹⁰²

Perdonar es, como escribe Dietrich Von Hildebrand en obra "El corazón", disolver cualquier rencor, deseo de venganza, amargura, enemistad o malhumor. Es cancelar nuestra alma la cuenta en la que podemos haber graba-rl o cuidadosamente el mal que se nos ha hecho". No es tarea fácil. Requiere junto al amor de Dios, un aprendiza-je continuo para responder al mal con el bien. Sin resen-timientos, habremos de pisotear el orgullo herido, hacer borrón y cuenta nueva, tomar la iniciativa, buscar el diálo-go y ofrecer el perdón. Es una obligación que, por cristia-nos, tenemos. Pues "nosotros, los fuertes, debemos soste-ner las flaquezas de los débiles y no complacernos a noso-tros mismos" (Rom 15, 1).

Meta altísima, sin duda, para la que se requiere una gran entereza. Porque se trata, en definitiva, de hacer realidad el "mandamiento nuevo", del que comenta san Agustín: "Este breve mandato se te ha dado de una vez para siempre: ama y haz lo que quieras. Si te callas, calla por amor; si hablas, habla por amor; si corriges, corrige por amor; si perdonas, perdona por amor. Ten la raíz del amor en el fondo de tu corazón: de esta raíz solamente puede salir lo que es bueno" (Comentario a 1 Jn 7).

Así lo vivieron los cristianos del principio. Aquellos nombres y mujeres tenían "un solo corazón, una sola alma", se querían de verdad. Ésta era la fuerza que los unía, la que atraía a cuantos les trataban, consecuencia de vivir en plenitud el mandamiento del amor. Con el fuego del amor de Dios en sus corazones, fueron capaces de

extender la buena nueva por pueblos para ellos desconocidos, transformando las tinieblas en luz, la debilidad en fortaleza, el odio en amor.103

III. EL CAMINO DE LA FORTALEZA

La fortaleza procede de Dios
Dios cuenta con nuestro querer
Afectos y sentimientos
Querer de verdad
Fuertes por la gracia
Recios por la virtud
fieles en el obrar
La pereza
La imaginación
El disimulo
El desaliento
pacientes en la adversidad
Paciencia con nosotros mismos
Paciencia con los demás
En el dolor y la tribulación
Evitar las quejas
Huir de la murmuración

Como en las carreras de relevos, a los cristianos de hoy se nos exige que pasemos el testigo a las nuevas generaciones. Una grave responsabilidad. Son muchos, y lo sabemos bien, los que sufren el influjo de una sociedad materializada, casi pagana, que los ha vuelto flojos en la fe y blandos en su vida espiritual. En nuestra mano está el antídoto. Como ocurrió al principio del cristianismo, hemos de prestarles fortaleza en su debilidad. No nos consideramos superiores a nadie, pero contamos con la gracia que nos viene de lo alto, fruto del amor de Cristo, muerto y resucitado. Unidos a él, queremos morir al "hombre viejo" para convertirnos en hombres nuevos, dispuestos a dar fruto y fruto abundante.

Sabemos que el espíritu se fortalece por la abnegación y el sacrificio, sin los cuales serían estériles nuestros deseos de santidad.

Así procedieron los primeros discípulos del Maestro. Una auténtica lección de audacia que les llevó hasta el heroísmo en el ejercicio de la virtud. Gracias a ella convirtieron, como vimos, en auténticos testigos de Cristo, iluminando con el ejemplo y la palabra la sociedad corrompida de su tiempo. En su aparente debilidad, brillaron por su magnanimidad, tesón y constancia. Virtudes

todas ellas que, junto con la paciencia, les llevó al dominio de sí, al señorío frente a la esclavitud.

A los cristianos de hoy no se nos pide menos. ¡Quién hubiera podido imaginar que a la vuelta de los siglos 105tildarían a los cristianos de gentes fofas, blandas o aburguesadas! Por desgracia, son muchos los que han olvidado que para identificarse con el Maestro es preciso tomar la cruz la de cada día, y seguirle de cerca. Mareados en su espíritu por el atractivo de lo terreno, no cuentan con la gracia divina: es más, la heroicidad en la virtud les suena a cosa rancia, trasnochada. Arrastrados por la mediocridad, viven pendientes de lo que les halaga, de lo que satisface sus sentidos.

No es ciertamente la santidad un camino de rosas; más bien es senda estrecha, plagada muchas veces de dificultades. La persona tibia y aburguesada -la que no lucha- se quedará rezagada y no pasará el testigo a quienes le piden paso. Tal vez por un error de planteamiento, por subordinar el querer de Dios al "me gusta" o al "me apetece", se hacen esclavos de su egoísmo. A. McIntyre llama a esto "antropología de la miseria", por hurtar al hombre su capacidad volitiva y reducirlo a lo emocional, a lo puramente afectivo. Disminuido y debilitado como persona, su conducta queda reducida a los estrechos límites de su afectividad, a la emoción efímera del momento. El desaliento y la desilusión los tiene servidos.

Frente a esta visión reductora del cristiano, Dios nos pide que seamos audaces en nuestros planteamientos espirituales. Audaces fortuna iuvat, reza el viejo aforismo; la fortuna ayuda a los audaces. Audacia, pues, para plantearnos cada día metas más altas y exigentes. Apoyados en la virtud de la fortalezapodremos dirigir mejor nuestros instintos y pasiones, hasta tener los mismos sentimientos que Jesucristo tenía en su corazón. Y junto con la fortaleza hemos de cultivar la prudencia, que protege tanto de la cobardía del que por miedo rehuye el sacrificio, como de la temeridad del que por

atolondramiento se lanza a la acción sin reparar en los peligros. No perdamos de vista que, como el gigante de la visión profética, tenemos los pies de barro. Nuestra audacia se hunda en la acción de la 106 gracia, en nuestra fiel correspondencia. De ahí que el diga a los acobardados y pusilánimes: "¡Fortaleced las manos flojas, robusteced las rodillas débiles! Decid a los apocados de corazón: ¡Ánimo, no temáis! Mirad, es vuestro Dios..., viene Él mismo a salvaros" (Is 35, 3-4). Los miedos y angustias se superan cuando se responde humilde y generosamente a la gracia de Dios.

LA FORTALEZA PROCEDE DE DIOS

Son innumerables las personas, hombres y mujeres, que a lo largo de la historia lograron adquirir una admirable fortaleza. Podríamos pensar que fueron desde su nacimiento seres extraordinarios. No es así. Tuvieron que luchar contra sus instintos y pasiones, ahondar en la realidad de quiénes eran. La clave está en que no se fiaron de sí sino de Dios. Lo confiesa con humildad el santo de Hipona: "Cuando tú deseabas poder por tus solas fuerzas, Dios te ha hecho débil, para darte su propio poder, porque tú no eres más que debilidad" (Confesiones 19, 5).

Es, entre otras, la historia de las dieciséis carmelitas sacada a la luz por Gertrude von Le Fort y que luego

adaptaría magistralmente para el teatro Berrnanos. Estas carmelitas fueron ejecutadas durante la Revolución francesa y beatificadas por san Pío X. El personaje principal es una novicia, Blanca de nombre, que en los años anteriores a la Revolución había entrado en el convento con el fin de preservarse del mundo. Tenía miedo, se sentía cobarde. Pero la persecución religiosa aumentó aún más su temor huyendo de la vida, se topó con la muerte. Pensaba que refugiándose en el convento cumplía con Dios, sin precaverse que podía serle infiel por su comodidad y cobardía. El señor le hace trastocar sus planes y le obliga a elegir entre la traición o el martirio. Ella, acobardada, huye. Pero 107 Dios insiste y le ayuda con su gracia. Blanca finalmente responde. Por primera vez se siente generosa y es capaz de hacer frente a sus miedos y temores. Sus compañeras, de convento son condenadas. De camino al cadalso van cantando el Veni,

Creator Spirítu. Un canto, inicialmente alegre y brioso, que se va haciendo más débil a medida que ruedan en la guillotina las cabezas de aquellas inde-fensas carmelitas. Cuando ya sólo queda la Priora, apare-ce inesperadamente Blanca. Ha tomado el testigo y corno una más sigue cantando. Con una fortaleza inusitada entrega también ella su vida por Jesucristo.

Un consuelo para cuantos nos sentimos llenos de miserias. Ningún santo se ha sentido libre de ellas. Todos, en mayor o menor medida, experimentaron sus flaquezas; pero lucharon hasta el final y se alzaron con la victoria. Contamos para nuestra debilidad con la fortaleza de Dios, que todo lo puede. "Es Él quien cubre los cielos de nubes, el que prepara la lluvia para la tierra, el que hace germinar la hierba de los montes, y las plantas para el uso del hombre, el que da al ganado su sustento, y a las crías del cuervo cuando chillan" (Sal 147, 8-9). La creación entera canta la gloria de Dios. El cuida y gobierna amorosamente a todos, en especial al hombre, creado a su imagen y semejanza. Esta certeza que por la fe tenemos en el poder de Dios, hizo fuertes a los patriarcas y a los profetas, y más tarde a los apóstoles y discípulos del Maestro. Todos, a pesar de su vulnerabilidad, fueron fuertes por confiar en la omnipotencia divina.

La Carta a los Hebreos, en el capítulo once, expone en síntesis la fuerza que acompaña a quienes viven de fe. Gracias a su fe, Abraham se llena de fortaleza y obedece. Abandona Ur, en Caldea, y se dirige a Canaán, un país para él desconocido. Como ya vimos, Dios lo prueba pidiéndoles que inmole a Isaac, su hijo primogénito, dispone a hacerlo, pero Dios detiene su brazo; su 108 obediencia de fe le ha justificado. Siglos después, otro hombre, Moisés, recibe por la fe la fortaleza que le lleva a rehusar de las delicias y comodidades de la casa del Faraón para convertirse en instrumento de la liberación del pueblo hebreo. Igualmente por la fe, Josué recibe una fortaleza que le permite hacer frente a las dificultades que se le presentan; gracias a ella atraviesa con su pueblo el Jordán, cuyas aguas se abren a su paso. Ve igualmente como sin lucha alguna caen los muros de Jericó. Y el texto sagrado termina diciendo: "Faltaría espacio para hablar de Gedeón, Barac, Sansón, Jefté, David, Samuel y los profetas. Todos ellos, por la fe, subyugaron reinos, ejercieron la justicia, alcanzaron las promesas, cerraron la boca de los leones, apagaron la violencia del

fuego, escaparon al filo de la espada, convalecieron de la enfermedad, fueron valientes en la guerra, ahuyentaron las invasiones extranjeras. Por la fe, se dejaron torturar, soportaron irrisiones y azotes, incluso cadenas y cárceles, pasados a filo de espada; anduvieron errantes, cubiertos con pieles de oveja y de cabras, desprovistos de todo, oprimidos, maltratados..." (Hb 11, 8-37).

La fe es, en efecto, la que hace fuerte al hombre, la que le permite obedecer a la voluntad divina. Porque, en definitiva, se trata de aceptar el "juego" al que el Señor nos llama, en ese entremezclarse de libertad y gracia, de querer divino y querer humano. Pero si el hombre rompe voluntariamente su relación con Dios, entonces queda indefenso, vulnerable por sus muchas miserias. Es el caso, entre otros, del profeta Elías. Un hombre ciertamente celoso de la gloria de Dios, valiente y audaz; pero un momento de vacilación, de pensar en sí mismo, fue suficiente para venirse abajo.

Había quedado solo en su lucha contra los profetas de Baal. Acorralado, les hace frente (1 R 18, 21-40). Quería que el pueblo comprobara por sí mismo quién era el Dios verdadero. En su desafío les pide que hagan bajar fuego del cielo que consuma las víctimas que ha puesto sobre un altar. Los profetas de Baal imploran a su dios, gritan desafortadamente, pero tras largas horas nada consiguen. Elías ora a Dios, y por su fe es escuchado. Del cielo llueve un fuego que consume el holocausto. El pueblo, entusiasmado, prorrumpen en vítores a Yahvéh; luego, en su euforia, acaban pasando a cuchillo a los profetas de Baal. Al enterarse la reina Jezabel de lo sucedido, ordena a su ejército que den muerte a Elías. Éste, lleno de pánico huye a todo correr por espacio de una jornada. Completamente extenuado, se desea la muerte. "Basta ya, oh Yahvéh -murmulla-. Toma mi vida, pues no soy mejor que mis padres". Después de pronunciar estas palabras, se queda dormido.

Dios, sin embargo, tenía otros planes para él. Un ángel le despierta y le ofrece pan y agua. Con la fuerza de aquel alimento continúa Elías su marcha por espacio de cuarenta días, hasta llegar al monte Horeb. Es allí donde tiene una experiencia singular. Situado en una de aquellas grutas le pregunta el Señor: "¿Qué haces aquí, Elías?" A lo que él responde: "Me abraso en celo por Yahvéh, porque los hijos de Israel han abandonado tu alianza, han derribado tus altares, han

pasado a espada a tus profetas. He queda-do yo solo y me buscan para quitarme la vida". Entonces Dios le dice: "Sal y quédate de pie en la montaña ante la presencia de Yahvéh". Dios le hace comprender por medio de elementos del todo naturales quien es y lo que quiere de él. "Sopló un viento fuerte e impetuoso que descuajaba los montes y quebraba las peñas, pero Yahvéh no estaba en el viento. Después del viento, un terremoto pero Yahvéh no estaba en el terremoto. Tras el terremoto, un fuego, pero Yahvéh no estaba en el fuego. Al fuego finalmente, siguió el susurro de una brisa suave. Al oírlo Elías, cubrióse el rostro con su manto y, saliendo fuera, 110 se quedó en pie a la entrada de la gruta. Y he aquí que una voz le pregunta: '¿Qué haces aquí, Elías?' (1 R 19, 11-13). Era Dios mismo quien le hablaba.

Esta experiencia de Elías viene a decirnos que la conquista del Reino de Dios, la santidad, no se consigue a fuerza de codos. No es algo duro y difícil que supere nuestras fuerzas. Dios jamás pediría tanto a sus criaturas. Al manifestarse el Señor por medio de una brisa suave, que simboliza la espiritualidad de Dios y la intimidad de su trato con las criaturas, vine a decirnos que no desea violentar nuestra naturaleza, que nunca nos pedirá más de lo que podemos dar. El camino que conduce a la Vida, aunque heroico, es suave. El Señor no quiere que tensemos hasta límites insospechados las cuerdas de nuestro espíritu, y menos desea que suframos por sufrir. No. La fortaleza cristiana nada tiene que ver con el rigo-rismo estoico. Se funda en la fe y en el amor. Un camino accesible no a los altivos y orgullosos, sino a los sencillos y humildes de corazón, a los que todo lo esperan de Dios y nada de sí mismos.

En el horizonte mental del cristiano, por tanto, no cabe el encogimiento y menos el desánimo. Aunque palpe de cerca su debilidad, aunque sean grandes sus miserias, la gracia no le faltará si vive de fe. En momentos de pesi-mismo viene muy bien recordar las palabras de san Francisco de Sales: "Dios quiere que tu miseria sea el trono de su misericordia, y tu impotencia la sede de su poder" (Carta sobre la fragilidad, 10). Palabras reconfortantes que invitan a levantar la mirada a lo alto, a confiar más en el señor, en la fuerza de sus palabras: "Contemplad cómo crecen los lirios del campo: no se fatigan ni hilan, y yo os digo que ni Salomón en toda su gloria se vistió como uno de ellos. Pues si la hierba del campo, que hoy es y mañana se echa

al fuego, Dios así la viste, ¿no hará mucho más por vosotros, hombres de poca fe?" (Mt 6, 25-30) 111.

La fe atrae la gracia de Dios. Lo demuestran los innumerables milagros realizados por Jesús. Fijémonos en dos-la curación del muchacho epiléptico y la del leproso. En el primero es el padre del muchacho quien se dirige a Jesús y le ruega: "Si algo puedes, ayúdanos, apiádate de nosotros". Jesús le corrige: "¡Si puedes! ¡Todo es posible para el que cree!". A lo que aquel padre responde: "Creo ayuda mi incredulidad" (Mc 9, 22-24). En el segundo, es el propio epiléptico el que implora: "Señor, si quieres puedes limpiarme" (Mt 8, 2). Mientras el padre dudó en un principio del poder divino de Jesús, el epiléptico lo afirma lleno de fe. En ambos casos, tras el acto de fe, Jesús actúa y el milagro se realiza. Así lo hace también con el criado del centurión, la hemorroisa, la mujer cananea o Bartimeo, que movidos por la fe se acercan a Jesús pidién-dole su curación. Lo mismo que, no ya en lo físico sino en lo espiritual, podemos ver en Saulo de Tarso, que de perseguidor de los cristianos se convierte en Apóstol de las gentes; o en Agustín de Hipona, que alejado de Dios llega a ser un gran santo; o en Teresa de Ahumada, mujer frágil y enfermiza que alcanza cotas increíbles de valentía y audacia. El mismo Señor que llenó de fortaleza a los mártires e hizo santas a personas extremadamente ende-bles, sigue robusteciendo a quienes, por la fe, se deciden a seguirle de cerca.

DIOS CUENTA CON NUESTRO QUERER

La voluntad de Dios respecto del hombre es bien precisa: "Quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad" (1Tim 2, 4). Es lo que llamamos voluntad salvífica universal. Y como quiere lo mejor para cada uno, a nadie le desea el mal. AL contrario: quiere hacernos felices, por eso nos adopta como hijos y nos llena de sus dones. Sin embargo, 112 como recuerda san Agustín, "Dios, que te creó sin ti, no te salvará sin ti" (Sermón 169). Podía haberlo hecho de otro modo, pero ha respetado nuestra libertad, quiere contar con nuestra colaboración.

Si observamos con detenimiento los Evangelios, veremos que Jesús nunca se impone despóticamente. Sugiere, invita, con

comprensión y ternura, para que nadie se asus-te ni le siga con desagrado. Esto no quita para que, a la vez, no oculte las exigencias de su seguimiento, pues el suyo es un camino de cruz, de sacrificio y abnegación. Así lo dice abiertamente: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Pues quien quiera salvar su vida, la perderá; pero quien pierda su vida por mí, la encontrará" (Mt 16, 24-25). Y de igual manera responde al joven rico cuando éste le pregunta qué ha de hacer para alcanzar la vida eterna. "Si quieres entrar en la Vida, guarda los mandamientos". Y como él insistiera en que los había guardado desde su infancia, le invita: "Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos; luego ven y sígueme" (Mt 19, 17-22).

El "si quieres" es una invitación amable del Señor, que al conceder su gracia espera la respuesta libre del hombre. Sin embargo, a veces por pereza o comodidad nos hacemos los remolones, y aun nos atrevemos a ponerle condiciones. Nos ocurre lo que san Juan de la Cruz echaba en cara a los de su tiempo. "Querrían quisiese Dios lo que ellos quieren, y se entristecen de querer lo que quiere Dios, con repugnancia de acomodar su voluntad a la suya. De donde les nace que muchas veces, en lo que ellos no hallan su voluntad y gusto, piensan que no es voluntad de Dios, y que, por el contrario, cuando ellos se satisfacen, crean que Dios se satisface, midiendo a Dios consigo y no a sí mismos con Dios" (Noche oscura, 1, 7, 3).

La sintonía con el querer de Dios hará eficaces y meritorios todos nuestros actos. Por tanto, de que queramos 113 lo que Dios quiere, va a depender en definitiva felicidad y destino eterno. De muy diversas maneras, pero sobre todo a través de las parábolas, quiso inculcarnos Jesús sus enseñanzas. Bien ilustrativa es a este respecto la parábola de los invitados a las bodas. El banquete estaba preparado, todo magníficamente dispuesto. Los criados siguiendo instrucciones de su señor, salen por calles y plazas para invitar a los comensales. Pero los invitados se excusan y no corresponden. Uno porque había comprado una hacienda y necesitaba ir a verla; otro porque había comprado cinco yuntas de bueyes y tenía que ir a probar-los; otro, en fin, porque se había casado. Excusas, en apariencia razonables, pero que dejan de serlo cuando es el Señor quien invita y llama.

De estas parábolas, quizá sea la del sembrador la que nos permite comprender mejor cuáles son las interferencias que se oponen al querer de Dios. El Señor -que es el sembrador- siembra la palabra generosamente en el corazón del hombre; por medio de ella le da la posibilidad de conocer su voluntad, para que conociéndola pueda identificarse con El y hacer suyo su querer. Pero ese querer puede no llegar a término a causa de la torcida inclinación de su corazón, de los sentimientos desordenados que en él anidan. Dejando aparte el corazón cauterizado -al que Jesús compara con lo sembrado en el camino-, puede decirse que todos por lo general aceptan sus palabras e incluso las reciben con gusto. No debe extrañar, ya que son palabras divinas que atraen y abren insospechados horizontes de generosidad y entrega. Pero también es verdad que ante los requiebros divinos, el corazón duro puede convertirse en un auténtico pedregal. De ahí que aunque el hombre escuche la palabra con atención; alegría, por falta de amor puede volverse inconstante y abandonado en la lucha. Jesús compara, por último, corazón a un abrojo. Es la situación en la que se encuentra quien escucha la palabra con atención, pero en 114

seguidase viene abajo seducido por las riquezas y las preocupaciones de la vida; la consecuencia es inmediata: ahogándose en ellas, queda sin fruto.

Por esta dureza del corazón humano, por su falta de correspondencia al querer divino, lloró Jesús sobre Jerusalén. Lo había intentado todo por su Pueblo, al que venía a salvar. Una vez y otra se lo demuestra con obras y palabras. Pero aquellas gentes se resisten y no aceptan la misericordia que el Señor les brinda. Obstinados en su incredulidad, no permiten que la gracia divina entre en sus corazones. Se ponía de relieve una vez más el misterio profundo de la libertad humana. El hombre, limitado por naturaleza, conserva no obstante la triste capacidad de oponerse a los planes divinos. Y esto a pesar de comprobar de cerca, como los coetáneos de Jesús, su poder y fuerza, su misericordia e infinito amor.

Pasó y sigue pasando. No debería sorprendernos: son las debilidades que todos arrastramos como consecuencia de nuestros pecados. Debilidades que casi siempre proceden de un desorden de la afectividad y del sentimiento, que oscurece la inteligencia en su búsqueda de la verdad. Surgen entonces todo un cúmulo de afectos y

de apetitos contradictorios: de amor y de odio, de placer y de dolor, de alegría y de tristeza, de amistad y de aversión. Es lo que en el lenguaje habitual llamamos deseos o impulsos, que no son en sí mismos ni buenos ni malos, pero que Pueden acabar siéndolos según estén regidos por la virtud vicio, convirtiéndonos en personas honradas o indignas, tristes o felices.

nuestra época -señala el profesor Leonardo Polo en su artículo "El hombre en nuestra situación"- "se han

producido hipertrofias y atrofiadas; alguna dimensión del ser humano se ha agigantado..., otras, en cambio, han sufrido una paralización o una regresión... Se han atrofiado el pensamiento y la voluntad, mientras que la afectividad ¹¹⁵ ha alcanzado una especie de papel principal, asumiendo funciones que ya no cumplen las otras dimensiones humanas, precisamente porque se han atrofiado". Se explica así ese modo tan particular que algunos tienen de "ver" la vida, de entender al hombre y sus relaciones con el prójimo, hasta condicionar el amor a Dios al propio egoísmo Actitud que da paso al permisivismo, al hedonismo, a la preponderancia de los valores subjetivos. Es el imperio del "me gusta" o "me apetece", sin importar poco ni mucho si aquello que gusta es bueno o malo, verdadero o falso. Debilitado en su entendimiento y voluntad, el hombre se hace esclavo de su propia subjetividad, de la emoción efímera del momento. Quienes caen en sus redes, lejos de sintonizar con la voluntad de Dios y de identificarse con su querer, acaban replegándose en sí mismos, hurtando a Dios el amor que le deben.

Afectos y sentimientos

No pensemos por esto que los afectos y los sentimientos sean perniciosos. El amor a Dios puede convertirlos en buenos, incluso en altamente positivos, cuando se trata de servir a la verdad y al bien. Negar el valor de los sentimientos llevaría a un error funesto, en el que caen quienes ven la afectividad humana como algo opuesto a la naturaleza, al querer divino. Jesús, nuestro modelo, ha vivido también de sentimientos. Y lo mismo les ha ocurrido a quienes le han seguido de cerca. Es, como hemos visto, el apasionamiento por la verdad el que movió a Saulo de Tarso, y antes a Simón Pedro, o años después a

Ignacio de Antioquía, Felicidad y Perpetua, Agustín de Hipona o Teresa Jesús, y a tantos más. Todos ellos supieron integrar ate tos y sentimientos en una personalidad preclara, en u voluntad libre y a la vez inconvencible.

Sin afectos y sentimientos, nuestros actos no ser verdaderamente humanos. "La perfección moral 116 consiste en que el hombre no sea movido al bien sólo por su voluntad, sino también por su apetito sensible según tas palabras del salmo: "Mi corazón y mi carne gritan de alegría hacia el Dios vivo" (CEC 1770). Pues aunque la afectividad pertenezca al orden sensible y sea inferior rango a la voluntad, tiene su mismo principio: el alma espiritual. Esto significa que, por lo que se refiere a la sensibilidad, en nada se parece el hombre al animal, ni siquiera al más perfecto. El hombre, y sólo él, puede diri-gir sus afectos y controlarlos, porque es libre para buscar la verdad y poseer el bien. Es, por tanto, en la libertad donde reside su grandeza espiritual, su dignidad como persona.

Esto lleva a una doble precisión: ni somos sólo afecti-vidad (impulsos, corazón, instintos), ni sólo espíritu. En el primer caso caeríamos en la animalidad; en el segundo, en un falso espiritualismo. Tan empobrecedor sería para el hombre vivir de la pura emoción, en cualquiera de sus facetas (sentimentalismo, hedonismo, etc.), como aferrar-se a un voluntarismo estoico, que le llevaría irremisiblemente a la frialdad afectiva. En ambos casos el resultado vendría a ser el mismo: por exceso o por defecto, la per-sona se deshumanizaría, no viviría el amor pleno para el qué ha nacido.

Aunque limitado por naturaleza, Dios ha dado al hombre la capacidad de apasionarsepor la verdad y el bien. Rechacemos, por tanto, los falsos temores a mostrarnos como lo que realmente somos: hombres, no ángeles animales. El surgir espontáneo de los afectos, el irrumpir vehemente de la afectividad, no se ha de considerar "extrano" a la naturaleza del ser humano. Extraño sería si fuésemos fríos e insensibles, que no nos apasionáramos ni sintiéramos los afectos, que dejáramos endurecer el corazón como el pedernal. Entonces sí que seríamos seres deformes, robots sin alma y sin vida.¹¹⁷

Otra cosa es que, sintiendo la pasión, la afectividad o cualquier otro impulso, los considerásemos como fin y no los dirigiésemos a la búsqueda del verdadero bien, o lo que es aún peor:

que consintiéramos en la desviación de los afectos cuando se nos hace patente su nocividad. Incumbe a la razón dirigirlos. Lo contrario sería signo de inmadurez, de una afectividad enfermiza. Los afectos son sólo eso: modificaciones que nos afectan pasivamente y que de ordinario se hacen presentes sin una participación activa de la voluntad. Ahora bien, una vez que se "sienten", es la voluntad la que debe convertirlos en vehículos del amor, en estímulo de la fidelidad.

Se impone, por tanto, una primera conclusión: aunque las decisiones que tomemos dependan directamente de nuestra libre y soberana voluntad y no de los afectos o sentimientos, no cabe duda de que éstos representan un papel muy valioso y a veces decisivo en la propia conducta. Porque no sólo influyen en la toma de decisiones, sino que facilitan su misma realización, ayudando cuando la tarea se hace costosa y exige sacrificio su realización. Los afectos y sentimientos juegan un papel importante en el cultivo de la virtud, en el empeño y coraje por hacer el bien. Su resonancia en el espíritu se produce en forma de gozo y de alegría, tanto por el bien realizado como por la satisfacción del deber cumplido. Aunque no se trata de actuar por afecto o por sentimiento, que sería tomar lo que es medio por fin, sí es bueno que al actuar lo hagamos con afecto, con sentimiento.

Con todo, siendo la afectividad un componente inseparable de nuestra conducta, no debemos dejar que se constituya en rectora de nuestro comportamiento. Pues aunque falte el entusiasmo o haya decaído la ilusión, aunque a veces podamos sentirnos fríos o desilusionados, hemos de procurar hacer las cosas por amor a Dios, por compromiso de fidelidad. La madurez humana, y con ella 118

fortaleza, se alcanza cuando se saben integrar armónicamente los afectos y los sentimientos con esa otra parte, la más noble de nuestro ser, que es el entendimiento y la voluntad. Esto nos permite querer con agrado en cada momento lo que quiere Dios. La santa de Ávila lo resume así: "En lo que está la suma perfección, claro está que no es en regalos interiores ni en grandes arrobamientos ni visiones ni en espíritu de profecía; sino en estar nuestra voluntad tan conforme con la de Dios, que ninguna cosa entendamos que quiere, que no la queramos con toda

(nuestra voluntad, y tan alegremente tomemos lo sabroso como lo amargo, entendiendo que lo quiere su Majestad... Esta fuerza tiene el amor, si es perfecto, que olvidamos nuestro contento por contentar a quien amamos" (Fundaciones, 5, 10).

Querer de verdad

De nuestra identificación con el querer divino procede la fortaleza. &Pero, ¡qué difícil resulta identificarse con lo que Dios quiere! Vamos a lo nuestro, somos egoístas, sin importarnos a veces saber lo que Dios espera de nosotros. Bueno sería que nos detuviéramos a preguntar en muchos momentos del día: "¿Señor, qué quieres que haga?". "Palabra breve -comenta san Bernardo-, pero muy llena, viva y eficaz, y digna de ser atendida. ¡Qué pocas personas se encuentran en esta disposición de obediencia perfecta, que hayan renunciado a su voluntad hasta el punto de que su corazón no les pertenezca! Se encuentran muy pocos que en cada momento busquen, no lo que ellos en particular quieren, sino lo que quiere Dios y le digan: ¿Qué quieres que haga?, o estas palabras de Samuel: Habla, Señor, que tu siervo escucha" (1 S 3, 10) (Sermón 1, sobre la conversión de S. Pablo).

Aceptar la voluntad de Dios de verdad, de corazón, exige una entrega incondicional. Quien no está dispuesto a entregarse del todo se engaña a sí mismo. Son muy expresivas a este respecto las palabras del santo autor de Camino: "Me dices que sí, que quieres. - Bien, pero ¿quieres como un avaro quiere su oro, como una madre quiere a su hijo, como un ambicioso quiere los honores o como un pobrecito sensual su placer? - ¿No? -Entonces no quieres" (Camino, 316). Querer de este modo enreca el alma llena de paz. Porque no amamos a Dios por el bien que nos pueda reportar, sino por las alegrías que le damos al hacer su voluntad. Así lo hizo Jesús, a quien hemos de imitar. Su alimento no era otro que cumplir la voluntad de su Padre (Jn 4, 34). Tanto la quiso, que se entregó por entero, poniendo en juego su inteligencia y voluntad, con todos sus afectos y sentimientos.

Quien ama de esa manera, tarde o temprano palpará la mano providente del Señor detrás de cada suceso: en la salud o en la

enfermedad, en la alegría o en el dolor, en la sequedad o en el consuelo. El amor de Dios ensancha el corazón, hace crecer en magnanimidad, permite entrar en sintonía con su querer. ¿Nos ilusiona amar así? Triste cosa sería que, por falta de generosidad, la luz se convirtiera en tinieblas o que la sal se volviera insípida.

FUERTES POR LA GRACIA

Aunque Cristo nos ha librado del poder del pecado y de la muerte, aún permanece en nosotros el fomes peccati, esa tendencia al mal que nos hace especialmente vulnerables. De ahí que no sea del todo cierto, al menos en el plano espiritual, la afirmación de que "querer es poder". La voluntad es extremadamente frágil y puede ceder cuando se topa con la dificultad. &Sobre todo, cuando en su lucha por la santidad, las cosas se le hacen cuesta arriba. Comprendemos entonces con claridad que no es lo mismo querer, que hacer lo que se quiere.¹²⁰

La voluntad, por naturaleza, tiende al bien que le presenta la razón. Pero en su obrar está condicionada por las pasiones, en especial por la pereza o la comodidad, puede querer, y a veces con vehemencia, un bien concreto. Mas eso mismo que quiere puede abandonarlo con hastío al poco tiempo. La cabeza señala lo que se debe hacer; pero no siempre la voluntad responde, porque seducida por la pasión puede inclinarse a lo que más le apetece. Esta es la razón de que algunos vivan en un continuo sobresalto; experimentan el antagonismo entre lo que saben que deben hacer y lo que realmente hacen. Libre para decidir lo mejor, la voluntad es afectada por los "valores" de moda, por los que la televisión, radio o revistas le presentan como más atractivos. Seducida y cautivada por la presión hedonista que asfixia la vida del espíritu, la voluntad se lanza con fruición tras unos bienes que sólo lo son en apariencia, ya que al poco el alma queda decepcionada y como vacía.

La voluntad, que es soberana, recupera su señorío cuando se deja iluminar por la luz de la razón. Al entendimiento compete reflejar la luz de la verdad, aprehender en su profundidad la realidad de las cosas. Pero si además la voluntad está iluminada por esa otra luz superior que procede de la fe, entonces podrá distinguir con precisión

el bien falso del verdadero, dejando al descubierto la falacia de quienes intentan imponerle unos "valores" contrarios a las exigencias del espíritu. Más que valores son en realidad "contravalores", por actuar como virus de gran potencia contra el organismo sobrenatural.

Afecta en especial a quienes por vivir de espaldas a Dios han caído en el utilitarismo, despreciando con contumacia la vida de la gracia. Se convierten así en auténticos impostores, que ni aman a Dios ni al prójimo a quien dicen defender. Se presentan como paladines de la justicia, abanderados de la solidaridad; pero en realidad sólo les importa su bienestar material, el dinero y cuanto con él se relaciona. Proclaman a los cuatro vientos su lucha por la libertad, su oposición a la violencia, mientras defienden con pertinacia el divorcio, el aborto o la eutanasia, sin importarle violar unos derechos tan elementales. En su hipocresía se atreven a presumir de fieles valedores del progreso, pero se enriquecen a costa de los indigentes, de los que carecen de lo más esencial para su subsistencia.

Son muchos, por desgracia, los que sufren la hipocresía de los prepotentes. En su dolor, no les cabe más que resignarse a esperar que aparezcan gentes honradas, coherentes y serviciales, que les entiendan y consuelen. Es comprensible que, cansados de esperar, no acepten a los que hoy les dicen una cosa y mañana hacen la contraria. Todos, en mayor o menor medida, somos responsables de semejantes situaciones. ¿Podremos hacer algo por remediarlas?

Es aquí donde entra en juego el papel fundamental de la gracia. &Solos nada podríamos. Apoyados en la gracia, somos capaces de poner en juego el inmenso potencial de talentos que Dios nos da en forma de virtudes y dones. &La gracia viene a ser como el reconstituyente del alma. Antes que del dinero, del que lógicamente no podemos prescindir, hemos de fiarnos de los dones divinos. Afirma santo Tomás que "el bien sobrenatural de un solo individuo supera al bien natural de todo el universo" (S. Th., I-II, q.113, 9 ad 2). Por tanto, de la respuesta que demos a la gracia y no de una simple planificación humana, dependerá que podamos remediar las carencias que sufren millones de seres humanos. A la sociedad de nuestro tiempo le sobran ideas, planes y proyectos; pero le faltan hombres de fe, fuertes y honrados que confíen en la gracia divina y la pongan por obra.

La correspondencia a la gracia nos permite alcanzar la fortaleza de espíritu que necesitamos. La fortaleza es un 122 "virtud moral que asegura firmeza en las dificultades y constancia en la búsqueda del bien. Reafirma la resolución de resistir a las tentaciones y de superar los obstáculos en la vida moral..., capaz de vencer el temor, incluso a la muerte, y de hacer frente a las pruebas y a las persecuciones. Capacita para ir hasta la renuncia y el sacrificio de la propia vida por defender una causa justa. Mi fuerza y mi cántico es el Señor (Sal 118, 14)" (CEC 1808). En palabras de san Agustín, la fortaleza es "el amor que todo lo soporta por el objeto de sus amores; el amor que todo lo sufre sin pena, con la vista fija en Dios" (De moribus Ecclesiae, 1, 15).

Como cualquier otra virtud moral, la fortaleza crece y se desarrolla mediante actos continuos de paciencia y mansedumbre, de tenacidad y valentía. El hombre -lo experimentamos a diario- suele responder por su fragilidad con un "no" ante lo que le cuesta o le incomoda. "Teme el peligro, las molestias, los sufrimientos. Por esto es preciso -en palabras de Juan Pablo II- buscar hombres valientes no solamente en los campos de batalla, sino también en los pasillos de los hospitales o junto al lecho del dolor". Y puesto que los hay, termina diciendo el Santo Padre, "deseo rendir homenaje a todos esos valientes desconocidos. A todos los que tienen el valor de decir "no" o "sí" cuando esto cuesta. A los hombres que dan un testimonio singular de dignidad humana y de profunda humanidad. Justamente porque son desconocidos merecen un homenaje y una gratitud particular" (Alocución, 15-XI-1978).

Es fuerte, en efecto, no el que alguna vez hace un acto heroico, sino el que por amor a Dios es tenaz y constante cada día cumpliendo sus compromisos. Un compromiso que es preciso rubricar con el corazón, con la alegría de la entrega. No olvidemos que el Señor prefiere el espíritu a la letra, la virtud que se ejercita al mandamiento que 123 no se cumple. Desea que le adoremos "en espíritu y en verdad", con actos de fe procedentes de un corazón fuerte e indiviso, abierto al bien de los demás.

Para fortalecer el corazón endurecido, Dios promete: "Os daré un corazón nuevo y pondré en vosotros un espíritu nuevo; os arrancaré ese corazón de piedra y os daré un corazón de carne" (Ez 36,

26-27). O sea, un corazón sensible a sus requerimientos, capaz de captar su voluntad y entregarse por entero a su querer. Y para que no erremos, dice: "Yo hablaré a su corazón" (Os 1, 16).

Corazón y espíritu, voluntad y gracia, conforman los elementos necesarios para llegar a la identificación con Jesucristo. El nos quiere humanos y divinos a la vez, conjugando en perfecta armonía la gracia con la libertad. Sumamente respetuoso con nuestra libertad, no se impone: habla al corazón de todo el que quiere escucharle para que, conociéndole, pueda amarle. Ese "conocer" y "amar" implica la acción de la gracia santificante en el alma. Lo que era difícil de vivir a los hombres de la Antigua Alianza, lo es hoy al cristiano por la redención operada por Jesucristo. Con su sacrificio en la cruz, no sólo ha cancelado la deuda debida por nuestros pecados, sino que nos ha hecho capaces de participar de su misma vida divina. No es extraño que, asombrada ante tal maravilla, la liturgia proclame con agradecimiento: Oh felix culpa!, pues "donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia" (Rom 5, 20).

De esta experiencia habla el Apóstol. Cansado y débil, por tres veces pide al Señor que le libre del "aguijón de la carne". Como ya dijimos, no sabemos a qué aguijón se refina, pero es claro que se siente incapaz de superarlo. La respuesta del Señor no se hace esperar: "Te basta mi gracia, pues mi fuerza se hace perfecta en la flaqueza". Con estas palabras, el Apóstol se siente reconfortado. Desde ahora repetirá: "Con mucho gusto me gloriaré en 124 mis flaquezas, para que habite en mí la fuerza de Cristo, por eso me complazco en mis flaquezas, en las afrentas, en las necesidades, en las persecuciones, en las angustias por Cristo: pues cuando flaqueo, entonces es cuando soy fuerte" (2 Co 12, 9-10). Convicción que le lleva a escribir a los de Filipo: "Todo lo puedo en Aquel que me conforta" (Flp 4,13). Un grito humilde, realista, en el que atribuye su fuerza a la gracia, así como la eficacia de su apostolado a Jesucristo, con el que se ha identificado.

RECIOS POR LA VIRTUD

Fortalecidos por la gracia, nos adentramos seguros por el camino de la virtud. Una "virtud -recordémoslo- que se fortalece en la debilidad" (2 Co 12, 9). La persona virtuosa no se conforma con las mediocridad ni con las medias tintas. Al contrario, se excede en el amor, ya que en todo busca la excelencia. Situada por encima del "justo medio", busca la plenitud de su fe, sin detenerse a calcular hasta dónde puede llegar en la frontera entre el bien y el mal. Es éste un equilibrio que siempre resulta peligroso. Es como si alguien pretendiera sortear un terreno minado sin tener los planos de su colocación. La virtud -no lo olvidemos- está en la cumbre, alejada tanto del egoísmo del calculador como de la pasividad del indiferente. El hombre virtuoso, porque ama, no se conforma con un "ir tirando", ni dice "hasta aquí he llegado". Seguramente flaqueará, y tal vez le lleguen a faltar las fuerzas. Pero una y otra vez se levantará con redoblado afán de superación. Es lo que, en un plano humano, refleja Antoine de Saint-Exupéry en su famosa novela "Tierna de hombres". Basta trasladar su narración al plano sobrenatural para comprender lo que es la fortaleza cristiana.

Relata un accidente aéreo ocurrido en la Laguna Diamante, al fondo de una especie de embudo formado por

125 el volcán Maipú. Se sitúa, pues, a unos seis mil novecientos metros de altura sobre la vertiente chilena de los Andes. Un piloto, Guillaumet, ha capotado con su aparato después de sobrevolar con dificultad hasta agotar el combustible. Al intentar salir del aparato lo derriba una fuerte tempestad. Una vez que ha cesado, se pone en marcha. Camina cinco días y cuatro noches. Sin bastón, sin sogas ni víveres, escala cuellos de hasta cuatro mil quinientos metros, sangrando por pies, rodillas y manos, soportando temperaturas que alcanzaban los cuarenta grados bajo cero. Avanzaba con la testarudez de una hormiga. El frío le petrificaba. No podía concederse ni un minuto de reposo. Después de dos o tres días de marcha, su obsesión era dormir, dominado como estaba por el sueño. Pero se decía: "si mi mujer cree que vivo, cree que camino. Los compañeros creen que

camino. Todos tienen confianza en mí y soy un canalla si no camino". En cierto momento, rendido y agotado, resbala y cae sobre la nieve; renuncia a levantarse. Se dice: "He hecho lo que he podido y ya no tengo esperanzas, ¿por qué obstinarme en este martirio?". Efectivamente, le bastaba cerrar los ojos para lograr la paz que apetecía. Sus manos y sus pies estaban entumecidos. Piensa, en efecto, que le ha llegado la hora de la muerte. Pero vuelve a pensar en su mujer. "Si cree que vivo, pensaré que camino". Y tras un esfuerzo sobrehumano, consigue moverse. Trata de levantarse una y otra vez, pero vuelve a caerse. En cada uno de los intentos se repite: "Si creen que vivo, pensarán que camino, y soy un canalla si no sigo". De su interior saca fuerzas de flaqueza. Insiste, se sobrepone al dolor y al miedo. Avanza lentamente. Cuando al fin lo encuentra un amigo, exclama jadeante: "Lo que hice, te lo juro, ningún animal lo hubiera hecho".

Por supuesto que no. Ningún animal puede amar, carece de voluntad. Pero Guillaumet amaba; ése fue su 126 resorte interior, el que le permitió superarse y sobreponerse a sus sentimientos. No capituló porque no pactó con la mediocridad. Gracias al amor tan inmenso que profesaba a su mujer, le plantó cara a la muerte. Es el amor el que cualifica a la persona y hace recia su virtud. Una virtud que se realiza por la repetición de actos, como los de Guillaumet, cada vez más intensos y empapados de amor. Es éste camino seguro para llegar a la madurez personal. Quien vive de fe y amor no se deja arrastrar por la cobardía. Insistirá una día y otro, luchará con tenacidad. Gracias a su fortaleza y a la que le presten sus hermanos, será como "ciudad amurallada" (Pr 18, 19), inexpugnable a los embates del enemigo.

Existen sí los "enemigos" de la tenacidad y de la perseverancia. No son imaginarios. El apóstol san Juan afirma que actúan en tres frentes distintos y simultáneos, a los que denomina "concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida" (1 Jn 1, 16). Tres concupiscencias que, al intentar apartarnos de Dios, ponen a prueba la rectitud de intención y la fortaleza de nuestra fe. Por concupiscencia de la carne se entiende el amor desordenado al placer, que lleva si no se encauza bien a condescender con las apetencias de la sensualidad en sus más variadas

formas: pereza, lujuria, tendencia desordenada a la "buena vida". De la concupiscencia de los ojos procede a su vez el afán desordenado de riquezas, la avaricia y la codicia, junto con la envidia y la tristeza. Por lo que se refiere a la soberbia de la vida, raíz última de los vicios más internos y ocultos del hombre, puede decirse que de ella procede el orgullo, la vanidad y la exaltación de la propia excelencia, así como el odio, el rencor y la impenitencia. Son tres concupiscencias en las que se camuflan los "enemigos" más fieros y temibles del alma, denominados desde antiguo "mundo", "demonio" y "carne".

¿Cómo vencerlos? Está claro que con nuestros escasos medios nada podríamos. Además de la gracia divina, que 127 no nos faltará, es preciso que respondamos con el ejercicio de la virtud, para ganar en reciedumbre y evitar los altibajos. Si no, acabaríamos como marionetas movidas por los instintos y las pasiones desbocadas. Venceremos sí obramos varonilmente, si cultivamos la reciedumbre. Nuestros mejores propósitos de mejorar quedarían en pura quimera si perdemos de vista nuestro fin último, si no trabajamos con seriedad por conseguirlo. Dice Séneca que al nauta que no sabe a qué puerto se dirige, todos los vientos se le vuelven contrarios. Y es que cuando se carece de un norte preciso, cuando nos dejamos dominar por la soberbia o la pereza, acabamos como veletas zarandeadas por cualquier vientecillo. En nuestro caso por los de la sensualidad, la vanidad o el egoísmo. El hombre sin carácter, el que carece de voluntad de lucha, se hace presa fácil de los "enemigos" de su alma, y no es raro que sucumba a la primera tentación.

Son muchos, por desgracia, los que navegan sin rumbo, los que no tienen una meta definida. Perdida la ilusión por mejorar su conducta, ceden con facilidad a las pasiones, se dejan dominar por el desaliento o por unos injustificados arrebatos de ira. Dejan así al descubierto su fragilidad. Impacientes por llegar -aunque en realidad no saben a dónde se dirigen-, todo les molesta y les hace sufrir. Si no se deciden a practicar la virtud, harán muy difícil la convivencia con sus más próximos. Olvidados de Dios y de sus mandamientos, cederán sin resistencia en cuanto aparezca la dificultad, que verán como insuperable. Su falta evidente de virtud, hace que se conformen con una vida a medio gas, sin metas ni aspiraciones profundas.

Actitud diametralmente opuesta de la que se espera del buen cristiano. Había dicho el Maestro: "Desde los días de Juan el Bautista hasta ahora, el reino de los cielos padece violencia y los esforzados lo arrebatan" (Mt 11, 12). Seremos fuertes si nos decidimos a luchar por conquistar la virtud, sin medianías, sin recortes ni concesiones. Si Jesús propone al Bautista como ejemplo de vida austera, de reciedumbre y fidelidad, es para que no caigamos en el pasotismo. Juan era hombre sobrio y austero, recio de espíritu, humilde. De él ha escrito san Agustín: "Vio donde estaba la salvación, comprendió que él era sólo una antorcha y temió ser apagado por el viento de la soberbia" (Sermón 293). Su conducta recuerda a aquel otro personaje recio y austero, el profeta Elías, tanto que muchos pensaron al ver a Juan que había vuelto Elías en persona.

La reciedumbre del Bautista es real, no aparente. No habitaba en palacios, sino en el desierto; no usaba ricas vestiduras, sino una túnica tejida con pelos duros y ásperos de camello, y se alimentaba con langostas y miel silvestre. El pueblo, atraído por su vida austera, acudía a él para recibir un bautismo de penitencia. De todos modos, su bautismo no se reducía a un simple acto ascético; se trataba de una auténtica metanoia, una conversión de la mente y el corazón, que se traducían en un modo nuevo de pensar y de sentir. En sentido semítico, tal cambio debía afectar a la persona en su totalidad, por cuanto se trataba de un volver a Dios como lo habían predicado los Profetas. El pueblo no sólo lo tomó por Elías, sino por el mismo Mesías al que todos esperaban. Pero Juan, amante de la verdad, dice que él sólo es el precursor, el que debía preparar el camino del Salvador.

Juan, por ser justo y honrado, era coherente. No tiene reparo en recriminar una y otra vez a Herodes Antipas su adulterio con Herodías, la mujer de su hermano Filipo. Lo dice sin irritarse, sin perder la calma. Herodes no le hace caso. Lo estimaba, pero era un hombre voluble. Por eso cede ante el rencor y capricho de Herodías, y lo manda decapitar. Juan no opone resistencia. Sufre en silencio, no se queja. Y cuando considera que su misión ha concluido, envía desde la cárcel a sus mejores discípulos al Maestro. Sabe que Jesús es el Mesías esperado, el que bautizaría en "el Espíritu Santo" (Jn 1, 34). Por eso, sin llamar la atención, termina su vida haciendo realidad lo

que había predicado: "Conviene que él crezca y yo disminuya" (Jn 3, 30). Una vez cumplida su misión, desaparece.

De su ejemplo de vida recia y sacrificada se sirve Jesús para proponerlo como modelo. Su justicia y coherencia contrastaba ciertamente con la de las autoridades religio-sas de Israel, en especial con la de escribas y fariseos. Pensaban ellos que participarían del Reino tan solo con esperarlo, como si fuera un derecho adquirido por su simple pertenencia al Pueblo elegido. Eran unos hipócritas: decían, pero no hacían; echaban pesadas cargas sobre los hombros de los demás, y ellos ni con un dedo las movían. Al contrario que el Bautista, que callaba cuando no tenía que hablar, y no dudaba en corregir con fuerza cuando se ofendía a Dios.

Jesús -importa subrayarlo- corrige el error farisaico sobre la espera del Reino. Por eso afirma que sólo los que se esfuerzan y luchan podrán entrar en él; es decir, los que sufrirán violencia por mantener su fidelidad al Señor. Clara alusión a las persecuciones que muy pronto se desencadenarían sobre la Iglesia naciente y al heroísmo de los cristianos, a los que se pediría grandes dosis de tesón y paciencia por mantenerse fieles. No lo conseguirían de la noche a la mañana. Debían antes doblegar las pasiones, tensar la voluntad, enredar el carácter; en definitiva, conquistar la virtud. No una virtud cualquiera, y menos abstracta, porque como recuerda Juan Pablo II, al hablar de virtud "se ha de tener siempre ante los ojos al hombre real, al hombre concreto. La virtud no es algo abstracto, separado de la vida, sino, al contrario, tiene 130 profundas 'raíces' en la vida misma, brota de ella y le da forma. La virtud incide sobre la vida del hombre, sobre sus acciones y sobre su conducta. Se deduce de ello que, de todas estas reflexiones nuestras, no hablamos tanto de la virtud como del hombre que vive y actúa "virtuosa-mente"; "hablamos del hombre prudente, justo, valiente" (Alocución, 22-XI-1978).

Estas tres cualidades hacen al hombre fuerte en su fe, C. Lewis, en su famoso libro "Cartas del diablo a su sobrino", pone en labios del diablo un lamento: el de que tanto él como sus compañeros difícilmente podrán triunfar sobre el hombre porque Dios está con él. Pues Dios ha hecho de tal modo el mundo y cuanto contiene que, a pesar de las aflicciones y peligros que por todos lados le asaltan, se manifiesta igualmente la belleza singular de la fortaleza y su

necesidad. Gracias a ella el hombre puede resistirlas tentaciones, enredarse y sobreponerse a los embates del enemigo.

Fuertes, pues, hasta el heroísmo. Sin heroísmo no es posible la virtud, y menos la santidad. Quizá alguno se excuse diciendo: "Pero, ¿si yo me conformo con ser un cristiano "normalito", no pretendo ser ningún héroe!". A lo que P.T. Geach en su libro "Las virtudes" le replica: "Eres un héroe en el sentido griego de la palabra: un hijo no sólo de padres mortales, sino de Dios". E invoca en su favor un comentario de Alejandro Magno. Según parece, Alejandro Magno creyó la historia que le contó su madre de que en realidad era hijo de Zeus y no de su padre mortal. Alejandro reacciona y llega a la convicción de que debía vivir de acuerdo con la dignidad de su origen divino. Debía amar la sabiduría y la virtud (no en vano tenía a Aristóteles como maestro), gobernar con justicia, ser el primero en fortaleza y en la resistencia en sus campañas, y mostrar misericordia hacia sus enemigos a la hora de la victoria.

131 Nosotros no somos hijos de Zeus, ciertamente, sino de Dios. Y aunque nos da la gracia, a la vez nos pide correspondencia. Y es ahí donde aparece la reciedumbre imprescindible para afrontar cualquier desafío, para superar los miedos y temores. Recia y audaz es la persona humilde, la que combate los vicios que la dominan y lucha por adquirir las virtudes que necesita. ¿Quién podría presumir de fuerte si ante la más pequeña contrariedad se deja dominar por el temor o la cobardía? En verdad, nadie nacería -afirma Chesterton- si no fuera por la fortaleza de sus madres. Si muchos retrasan la fecha de su matrimonio o simplemente no lo contraen, si son escasos los nacimientos por considerarlos un artículo de lujo, ¿no será por falta de fe y de fortaleza en quienes por cristianos deberían dar ejemplo de confianza en la Providencia? Por cobardía, por pasividad, permiten que la luz de Cristo, que deberían propagar, se apague y conviertan en tinieblas cuanto tocan.

fieles en el obrar

Cuando la fe no influye en la conducta, quiere decir que espiritualmente se está muerto, que se ha fracasado en el amor. "Obras son amores y no buenas razones", reza el dicho popular. Obras de fidelidad pide el Señor, para que su palabra no quede estéril y dé fruto por las buenas obras. Cuando no se vive según lo que se cree, la fe se marchita, muere. Y entonces ya no es la fe la que informa la vida, sino el egoísmo, que se convierte en brújula traicionera del propio obrar.

En tiempo de Jesús, escribas y fariseos se tenían por perfectos conocedores de la Ley. Pero era un conocimiento vacío, no traducible en obras. Al no practicar lo que creían, su piedad se quedaba en mera apariencia. Por esto el Rabbí de Nazaret, sin ambages, una y otra vez les recrimina su hipocresía. Los llama "sepulcros blanqueantes de hermosa apariencia por fuera, pero por dentro llenos de huesos de muertos y de toda podredumbre" (Mt 23,27). Gustaban de echar pesadas cargas sobre los demás, como ya vimos, pero ellos nada hacían. Presumían de fidelidad, mas su corazón estaba muy alejado de Dios.

Entre las escuelas rabínicas era frecuente la disputa sobre qué era más importante, si el estudio de la Ley o su práctica. Tales discusiones eran interminables. El Maestro, que las conocía, no podía quedarse al margen. Con el fin de ilustrar a sus oyentes sobre la necesidad de traducir en obras la fe, propone una parábola: "Todo el que escucha mis palabras y las cumple es semejante al varón prudente que edificó su casa sobre roca. Cayó la lluvia, vinieron los torrentes, soplaron los vientos e irrumpieron sobre aquella casa, pero no cayó, porque estaba cimentada sobre roca. Más todo el que oye mis palabras y no las cumple es como el hombre necio que edificó su casa sobre arena. Cayó la lluvia, vinieron los torrentes, soplaron los vientos e irrumpieron sobre aquella casa, y cayó y fue grande su ruina" (Mt 7, 24-27).

Contrasta en la parábola la solidez de la casa construida sobre roca con la edificada sobre arena. Esta fue levantada a toda prisa, fruto de la improvisación del constructor, a quien se tacha de

"necio"; en cambio aqué-lla es fruto de la responsabilidad y sensatez del que la I construyó, a quien se le llama "prudente". En apariencia, ambas casas eran iguales. Pero pronto se demuestra que no es así. Cayó la lluvia, se salieron los ríos de madre, ¡soplaron los vientos... La que estaba bien cimentada no se derrumbó; en cambio, la construida sobre arena, se vino abajo con gran estrépito.

El Señor llama la atención sobre la importancia de poner por obra la fe recibida. Se sirve en la parábola de la imagen del hombre "prudente", reflexivo y práctico, que lejos de pactar con la comodidad se pone manos a la obra. Viene a decirnos, referido a la vida espiritual, que es preciso ahondar, echar cimientos sólidos. Sólo cuando la fe se interioriza se hace fecunda, hasta dar fruto por las buenas obras. Así, sobre la roca firme de una fe hecha vida, se estrellarán las olas bravías de las pasiones des-controladas, de las tentaciones, que cuando no se dominan llevan al abandono y a la infidelidad. El hombre "necio", al que le falta hondura en su fe y firmeza en su voluntad, es fácil que ante una exigencia de lucha se refugie en el "no puedo", y con la excusa de que es débil no haga nada. Mientras el "prudente", por vivir de fe, dirá "¡puedo!", no porque confíe en sus fuerzas, sino en el poder de Dios, que es infinito. Aun cuando ambos saben lo que tienen que hacer, sólo el que practica lo que cree vive la virtud.

Decía Aristóteles que el hábito del bien obrar lleva a la virtud, al dominio de sí, y en consecuencia, a la seguridad, a la paz. Cuando el cristiano vive según lo que cree, no sólo da con ello gloria a Dios, sino que a la vez gana en libertad de espíritu, en paz y sosiego interior. Recordemos que la virtud se alcanza por la repetición de actos buenos, cada vez más intensos, más llenos de amor. Es así como los actos de fortaleza, de reciedumbre y valentía, permiten alcanzar el dominio sobre uno mismo, con el consiguiente equilibrio físico y mental. Si hay quienes se acobardan y reaccionan con miedo ante la más pequeña contrariedad, es por falta de coraje, de valentía y decisión para luchar contra los propios defectos; pero también hay quienes, pasándose al extremo opuesto, caen en la temeridad, por la insensatez de confiar en sí mismos. Actúan éstos como el necio de la parábola: con precipitación, alocadamente, sin detenerse a reflexionar.

La prudencia obliga a cimentar la vida espiritual sobre la roca firme de la fe, garantía de victoria ante las 134 dificultades. Supone obrar con rectitud, con serenidad y sensatez, buscando ante todo el bien de los demás. La persona imprudente, por lo general, procede al revés; es decir, alocadamente, con prisa, sin reflexión, buscando ante todo lo que satisface sus sentidos. No es raro que termine cansándose, infeliz y desilusionada. Todo por no cimentar su vida sobre la roca firme de la fe, sino sobre la arena movediza de sus propias pasiones; de ahí que le baste un pequeño resbalón -la aparición de un defecto- para hundirse en el terreno pantanoso de su egoísmo. Carece de lo que santo Tomás llamaba fortitudo mentis, es decir, de la necesaria fortaleza intelectual para permitir que su vida quede iluminada por la luz de la fe. Y si además su voluntad es frágil, ¿qué difícil le resultará ser firme y constante en la práctica del bien! Debe cuanto antes aclarar sus ideas, fortalecer su voluntad, para superar el temor a lo imprevisto y resistir con valentía cualquier contrariedad. Una audacia que debe estar moderada por la prudencia, para no actuar sin reflexión y a la ligera como hicieron las vírgenes necias.

Además de la reflexión, el tesón y la constancia, es menester ser realistas. Somos limitados, y es lógico que tengamos faltas e imperfecciones en el obrar de cada día. Mas, como advierte san Juan Crisóstomo, "lo grave no es que quien lucha caiga, sino que permanezca en la caída; lo grave no es que uno sea herido en la guerra, sino desesperarse después de recibido el golpe y no curar la herida" (Exh. Ha Teodoro, 1). Los fallos y errores, el temor o la angustia, no deberían desconcertarnos si vivimos de fe y en todo buscamos agradar a Dios. Es a través de los fallos como el Señor nos prueba, "como oro en el crisol" (Sap 3, 6), con el fin de purificarnos y enseñarnos a rectificar para ser fieles.

"Procurad -recomendaba el apóstol Pedro- ofrecer en vuestra fe, la virtud; en la virtud, la ciencia; en la ciencia, 135 la templanza; en la templanza, la paciencia, en la paciencia, la piedad; en la piedad, el amor fraterno; y en el amor fraterno, la caridad" (2 Pet1, 5-7). Virtudes todas ellas necesarias para vencer miedos y temores, para hacer el bien y evitar el mal. Afirmo Pieper que el temor y el amor se condicionan mutuamente, pues cuando nada se ama, nada se teme. Y nada se ha de temer tanto como perder al que es el Amor de nuestros

amores, el Sumo Bien, el único que puede hacernos felices. Por esto advierte el Maestro: "No temáis a los que matan el cuerpo y no pueden hacer más... Temed al que después de dar muer-te tiene poder para arrojar en el infierno... Hasta los cabellos de vuestra cabeza están todos contados. No temáis..." (Lc 11, 5-7). No son palabras de temor, sino de esperanza para los que aman a Dios.

La esperanza se relaciona muy directamente con la fortaleza. Pues quien vive de esperanza luchará con deci-sión por superar la mediocridad, no se conformará con las medianías. La santa de Ávila refiere una experiencia personal que la fortaleció y la llenó de valentía. Llevaba casi veinte años, según cuenta, "en vida tan baja de perfec-ción, que ningún caso hacía de pecados veniales, y los mortales, aunque los temía, no como había de ser, pues no me apartaba de los peligros... Andaba mi alma cansa-da y, aunque quería, no le dejaban descansar las ruines costumbres que tenía. Acaecióme que, entrando un día en el oratorio, vi una imagen que habían traído allá a guar-dar... Era de Cristo muy llagado y tan devota que, en mirándola, toda me turbó de verle tal, porque representa-ba bien lo que pasó por nosotros. Fue tanto lo que sentí de lo mal que había agradecido aquellas llagas, que el corazón me parece se me partía, y arrójeme cabe él con grandísimo derramamiento de lágrimas, suplicándole me fortaleciese ya de una vez para no ofenderle" (Libro de la vida, 8, 2; 9, 1).¹³⁶

Fue éste el comienzo de su conversión. En un instante comprendió todo cuanto el Señor había hecho por ella y lo poco que ella -hasta ese momento- había hecho por él. No era sensiblera, pero lloró y pidió perdón. Aquel encuentro con Cristo le sirvió para tomar una decisión firme: luchar contra la desidia y flojera, comenzar de nuevo. Años más tarde escribe: "Digo que importa mucho, y el todo, una grande y muy determinada determinación de no parar hasta llegar a ella (se refiere a la santidad), venga lo que viniere, suceda lo que sucediere, trabájese lo que se trabajare, murmure quien murmurare, siquiera llegué allá, siquiera se muera en el camino o no tenga corazón para los trabajos que hay en él, siquiera se hunda el mundo" (Camino de perfección, 21, 2). Olvidada de sí, a partir de entonces se entrega por entero al amor de Dios.

El Señor necesita personas fieles, generosas, que aporten a la Iglesia el mérito de sus buenas obras. El cristiano vencerá así el mal con la abundancia de bien, el odio con el amor, el miedo con la valentía, sembrando por doquier a manos llenas la buena semilla de la caridad.

Dios quiere que nos decidamos a ser fieles. ¿Cómo? En primer lugar, luchando con decisión por eliminar los vicios que nos dominan y cultivando las virtudes que nos faltan. Entre los vicios más nocivos para la fidelidad están, entre otros, la pereza, la imaginación, el disimulo o el desaliento, a los que es preciso hacer frente con los antídotos oportunos. Veámoslo brevemente.

La pereza

Es uno de los vicios capitales más dañinos. Debilita la voluntad y hace remisos al querer de Dios. Desenmascarándolo con prontitud, estaremos en el buen camino de luchar contra él. La pereza, en cualquiera de sus grados, es una reacción de fuga ante lo que se debe hacer, pero porque cuesta y no apetece se deja de hacer. Es fácil que la persona perezosa recurra al "no me gusta", "estoy cansada", dejando pasar el tiempo sin aprovechar sus talentos. Sin embargo, el ocio, el simple no hacer nada, es sólo uno de los aspectos de la pereza y no el más grave. Hay una pereza más insidiosa, más dañina, que a veces pasa inadvertida. Es la del que hace lo que le gusta, incluso con esfuerzo, pero deja para un "después" que nunca llega lo que primeramente debería haber hecho. No es una pereza física, sino mental. Se cae en ella por falta de disciplina, por carecer de un hábito serio de trabajo, por elegir las tareas al dictado del capricho, de lo que resulta más cómodo. La pereza mental lleva a emprender muchas cosas y a no acabar por lo general ninguna. Si no hay más remedio que hacerlas, se harán, pero refunfuñando, con cara larga, a disgusto. Así es muy difícil poner en la tarea ese remate de calidad, de finura, que corresponde al que ama. Se rehuye la entrega, el sacrificio, con la excusa de que se está cansado. Pero, como respondió el mariscal Foch a sus oficiales cuando le pidieron un poco de descanso para la tropa agotada: "las victorias han sido siempre ganadas por soldados cansados".

Aunque se canse, al cristiano nunca le faltará el alien-to de Dios. Nos ronda un enemigo pegajoso: la pereza. Cuando no se combate con decisión, lleva a la disipación, al desaliento. Y ya se sabe: la persona desalentada rehuye el esfuerzo; no porque sea costoso, sino porque al faltarle amor queda vencida aun antes de empezarlo. Se hace así cómplice de su propia indolencia, proclive al "mariposeo". Y, disipada la mente, aparecen como en tromba toda una multitud de pensamientos inútiles, un afán de novelería que hace inconstantes y lleva a la ociosidad, "madre de todos los vicios".

En su Regla Pastoral, dice san Gregorio Magno que "al perezoso se le ha de hacer saber que muchas veces, cuando no queremos hacer oportunamente las cosas que 138 podemos, poco después, cuando queremos, ya no podemos. Porque la desidia del alma, cuando no se sacude con oportuno ardor, aumenta furtivamente con el sopor, el cual hace cesar totalmente el deseo de bien (...). Se dice que la pereza hace venir el sueño porque cuando se deja de querer obrar bien, poco a poco se pierde además el cuidado de pensar bien. Por lo que acertadamente se añade: Y el alma negligente padecerá hambre, porque el alma cuando no aspira con ardor a lo más alto, se derrama perezosa por los bajos deseos, y por lo mismo que se dispensa de someterse a disciplina, se derrama en deseos de placeres".

El antídoto contra la pereza es la diligencia, virtud fundada en el amor a Dios. La persona diligente se marca cada día metas concretas, realistas, cultiva las virtudes, enreda I la voluntad, con la decisión por encima de todo de alcanzar la santidad.

La imaginación

Santa Teresa la llamaba la "loca de la casa". Sí no se sujeta vuelve a las personas veleidosas, sin criterio. Empuja a olisquearlo todo, a meterse en cuestiones que no son de nuestra incumbencia, al parloteo y a la locuacidad desmedida. Quien no lucha con decisión por controlar-la, perderá el tiempo y no ahondará en un trabajo serio, profundo, convirtiéndose en títere de una voluntad fofa, carente de lucha.

Atrapada por la disipación, la persona imaginativa se hace esclava de su fantasía. No sólo pierde el tiempo, sino que se expone a tentaciones peligrosas. Entre otras, las de juzgar a los demás, sin importarle caer en la mur-muración y en la crítica, con grave lesión de la justicia y la caridad. Aislada en su mundo, la persona imaginativa suele llenarse de susceptibilidades, quejándose de conti-nuo al pensar -sin objetividad- que nadie la comprende. 139 Pensamientos vanos derivados de una imaginación en-fermiza, que agranda o empequeñece la realidad según el estado de ánimo en que se encuentre.

De la imaginación descontrolada nace la curiosidad. Muchos de los agobios e inquietudes proceden de querer curiosarlo todo, de andar desparramados en mil cosas que no nos atañen. Se desperdician así tiempo y energías para encarar con decisión las tareas que nos competen. La persona curiosa dedica gran parte de su tiempo a meterse en asuntos ajenos, a preocuparse por cuestiones que nada tienen que ver con ella; en su afán por conocer e indagar, no es raro que viva pendiente de los horóscopos, de los rumores o de las noticias más peregrinas. Su vida no sólo será ineficaz, sino que se llenará de dudas y temores. Le convendría aplicarse el mensaje de una coplilla popular:

No te mates por saber
que el tiempo te lo dirá,
pues no hay cosa mejor
que saber sin preguntar.

Un sabio consejo que puede servir de antídoto para educar la imaginación, para dominar la curiosidad. Equivale a vivir el hoy y ahora, a hacer en cada momento lo que se debe, poniendo los cinco sentidos en lo que se hace, sin dejar para mañana, por pereza o comodidad lo que quizá guste menos o cueste más. Cualquier tarea valiosa exige esfuerzo, sacrificio. Y al cristiano, llamado a actuar como sal y luz de Cristo, se le exige que sea ejemplar. Además de controlar su imaginación, debería apartar de su memoria recuerdos que pueden hacerle perder el tiempo. Fiado de Dios, no dará pábulo al miedo ni se dejará llevar por el temor a un futuro. "Encomienda todas tus obras a Yahvéh y sus proyectos se llevarán a cabo" (Prov 16, 3). Proceder así es garantía de eficacia, de serenidad y esperanza. 140

El disimulo

A pesar de la buena voluntad, lo normal es que surjan dificultades, que nos topemos con contrariedades que no se esperaban. De otra parte, nuestra conducta a pesar de ser recta puede provocar reacciones de rechazo, sobre todo entre aquellos que viven al margen de Dios o en abierta oposición a sus principios. Abandonados en su vida espiritual, se sienten incómodos cuando ven que otros viven de acuerdo con unas normas, con unos principios rectos. Ese contraste les resulta molesto y a veces insultante. No saben qué replicar, por eso responden con sus armas favoritas: la ironía, la burla, los comentarios hirientes o las insidias. En lugar de reconocer y aceptar la bondad de una vida íntegra, no les importa pasar sin más a la descalificación, a la difamación y hasta la calumnia.

Es lógico que todo esto resulte costoso de soportar a quienes desean vivir de modo coherente su fe, por lo que supone de injusto e inoportuno. Y más cuando tales comentarios hirientes e insultantes son lanzados a sus espaldas. Quizá los disculpen sí proceden de colegas o compañeros de trabajo, de los que a veces por desgracia nada les sorprende; pero distinto es cuando provienen de amigos íntimos o parientes próximos. Ciertamente se requiere una gran fortaleza para encajar con deportividad semejantes ataques. Pero es, no lo olvidemos, la cruz que el Señor ofrece a sus amigos, la que todavía hoy algunos siguen considerando un escándalo, una locura, por vivir de espaldas a Dios.

En esa tesitura, hay cristianos que sucumben y eligen el camino del disimulo. Callan por miedo a chocar con ésta o aquella persona que comparten puntos de vista distintos a los suyos. Y por comodidad, hay quienes terminan cediendo a la tentación del disimulo, sin importarle ocultar su condición de discípulos del Maestro. Olvidan el ejemplo de fidelidad que dieron los primeros

141 cristianos, que prefirieron dar la cara, exponer sus vidas, antes que renegar de su Maestro y Señor. Tenían ellos aun fresco un ejemplo admirable. El de un anciano, Eleazar, que a sus noventa años no le importó dar su vida antes que apostatar de su fe. Aunque varios amigos suyos habían cedido a la presión del rey, cuando intentan persuadirle para que haga lo mismo, o al menos simule para evitar la

muerte, responde: "¡Enviadme al sepulcro! No es digno de mi edad ese engaño. Van a creer los jóvenes que Eleazar a los noventa años ha apostado, y si miento por un poco de vida que me queda, se van a extraviar con mi mal ejemplo. Esto sería manchar e infamar mi vejez. Y aunque de momento me librase del castigo de los hombres, no me libraría de la mano del Omnipotente, ni vivo ni muerto" (2M6, 18-31).

Condenado a muerte, torturado y a punto de morir, aun exclama: "Bien sabe el Señor que, pudiendo librarme de la muerte, aguanto en mi cuerpo los crueles dolores de la flagelación, pero mi alma los sufre con gusto en el temor de Dios".

Se necesita mucho amor a Dios, una gran fortaleza, para mantenerse fieles hasta el final. Lo fácil y cómodo es callar, simular por miedo. Mas para dar la cara por el Señor, procediendo en todo momento como auténticos discípulos del Maestro, es preciso ahondar en el amor a Dios, practicar la fe con valentía y audacia, dando testimonio de ella sin vergüenzas ni tapujos.

El desaliento

La persona cuerda y sensata, enamorada de Dios, no camufla su cobardía en una mal entendida "prudencia". Se sabe limitada, ciertamente, pero no confunde la prudencia con la frescura. Fresca y no prudente es la persona que cae en la mediocridad, la que no lucha contra sus defectos, la que por falta de humildad se hunde en el pesimismo primero y más tarde en desaliento. Olvida que aunque sus fuerzas sean limitadas, Dios le ha confiado unos talentos con los que puede llegar a superar sus dificultades. Un hijo de Dios ni se aflige ni se desalienta. Las palabras que el Espíritu nos dirige por boca de Nehemías son todo un estímulo: "No os aflijáis, porque la alegría en Dios es vuestra fuerza" (Ne 8, 10). Quien vive fe ni se desanima ni desconfía; al contrario, se siente muy orgulloso, feliz de saberse querido por su Padre Dios.

El desaliento es reflejo de la personal fragilidad. Se supera con fe, con esperanza y amor. Pues quien ama y confía en Dios ve siempre el lado positivo de las cosas, es optimista, capta la voluntad de Dios en todos los acontecimientos, aunque en apariencia parezcan

negativos. El cristiano sabe que "todas las cosas contribuyen al bien de los que aman a Dios" (Rm 8, 28). Esta es la razón de su talante alegre y optimista, de su capacidad para abordar empresas de altura. Con todo, no se debe dejar llevar de la presunción de creerse un genio. Optimistas sí, pero a la vez hemos de ser humildes, ya que dependemos en todo de Dios. Es la experiencia del hoy San Josemaría, que afirma con plena convicción: "Somos la oscuridad, y Él es clarísimo resplandor; somos la enfermedad, y Él es salud robusta; somos la escasez, y Él la infinita riqueza; somos la debilidad, y Él nos sustenta; quia tu es, Deus, fortitudo mea (Sal 42, 2), porque siempre eres, oh Dios mío, nuestra fortaleza" (Es Cristo que pasa, 80).

pacientes en la adversidad

Afirma el doctor Angélico que de los dos actos de la virtud de la fortaleza, atacar y resistir, el principal y más difícil es el de resistir, aunque se tienda a valorar más el primero. La razón que da es ésta: más penoso y heroico es resistir a un enemigo que por el hecho mismo de atacar ¹⁴³se considera más fuerte y poderoso que nosotros, que atacar a un enemigo a quien, por lo mismo que tomamos la iniciativa contra él, consideramos más débil (Suma Teológica, 1-1, q. 123, a.6).

Para resistir sin desfallecer, necesitamos ejercitarnos en la virtud de Impaciencia. Ya lo dijo el Señor: "Por vuestra paciencia salvaréis vuestras almas" (Le 21, 19). No se trata de aguantar sin más en actitud estoica. Tampoco es la paciencia un simple tolerar, y menos capitular ante las intrigas de quienes nos quieren mal con el fin de evitar disgustos o problemas. Como parte de la virtud de la fortaleza, la paciencia nos capacita para soportar por amor a Dios los sufrimientos físicos y morales. Un antiguo Padre de la Iglesia, san Cipriano, afirma que "la paciencia mitiga la ira, refrena la lengua, gobierna el alma, conserva la paz, endereza las costumbres, dobliga la rebeldía de la pasión, reprime el tono del orgullo, apaga el fuego de las discordias y enconos, contiene la prepotencia (...), hace fuertes en la adversidad y mansos frente a las injusticias y afrentas" (Tratado sobre la paciencia, 20).

La paciencia es la mejor ayuda para soportar sin tristezas ni abatimientos las pruebas que el Señor nos envía, aun a costa de los sufrimientos físicos y morales que conllevan. Pruebas, que no tentaciones, puesto que Dios nunca tienta al mal. "Ninguno diga cuando es tentado: 'Soy tentado por Dios', pues Dios no es tentado por los males, ni tienta a nadie. Cada uno es tentado por su propia concupiscencia, que le arrastra y seduce" (St 1, 13-14). Tertuliano decía que el diablo tienta, mientras Dios prueba. Sería una contradicción ciertamente que Dios -que quiere nuestro bien- nos tentara hasta hacernos pecar. No. En las pruebas nos hace participar de sus dones para que nos ejercitemos en la virtud y alcancemos la vida eterna. Si permite las tentaciones es siempre buscando nuestro bien. Por esto 144 afirma el Apóstol: "Fiel es Dios, que no permitirá que seáis tentados por encima de vuestras fuerzas" (1 Co 10,13)

Se puede apreciar en el caso de Job. Satanás lo tienta. Y lo hace porque Dios, que conocía bien la fidelidad de aquel hijo suyo, se lo permite en la seguridad de que superaría la prueba. A través de ella, Job demuestra la calidad de su fe, su confianza en Dios. No tenía conciencia de haber hecho mal alguno que explicara el cúmulo de desgracias que en poco tiempo le sobrevienen. En un abrir y cerrar de ojos pierde sus rebaños, cosechas y enses, hasta sus hijos y su misma salud. Aquel hombre justo no entiende nada. Apoyado en Dios, en quien ha puesto su confianza, sufre con entera conformidad y paciencia su inmenso dolor. No se derrumba ni se lamenta. Calla y sufre en silencio, resiste aunque el corazón le estalle roto de dolor. Sus amigos, y hasta su propia mujer, piensan que algo malo ha hecho y por eso Dios le castiga. Pero él les responde con una frase llena de sensatez, fruto de su fe: "Desnudo salí del vientre de mi madre, desnudo allá regresaré. Dios me lo había dado, Dios me lo ha quitado: sea bendito el nombre de Dios" (Jb 1, 21). Job resiste el envite de Satanás. Su fe es grande e inmensa su paciencia. Y Dios, que es infinitamente justo y misericordioso, no permite que Satanás le tiente por encima de sus fuerzas. "Orgullosa" de su hijo, al final le restituye la salud y le devuelve duplicados sus bienes. El Señor premia la fidelidad de Job, y sobre todo su tenacidad y paciencia.

Toda una lección que conviene no olvidar, en especial cuando las pruebas se prolongan y escasean las fuerzas. Hemos de estar

prevenidos, porque sufriremos pruebas y contradicciones muy diversas; unas veces venceremos, otras seremos vencidos. Pero si luchamos sin desalentarnos, saldremos robustecidos. Las pruebas, lejos de constituir un obstáculo para la fe, se convierten en un tesoro inmenso de méritos sobrenaturales. Basta que levantemos la mirada al cielo e imploremos la misericordia divina. Lo recomienda el Salmista: "Descarga en el Señor tus cuidados que El te sustentará" (Sal 55, 23). Por que si no, tras la impaciencia aparecería el mal humor, la irritabilidad y la rabia, que tanto daño causan al alma y producen finalmente la quiebra de la paz y de la alegría.

Son muy variados los frentes en los que podemos ejemplificar la paciencia. Apuntamos algunos.

Paciencia con nosotros mismos

En primer lugar para aceptar con paz, sin acritud, los propios defectos. Sobre todo cuando después de un tiempo razonable de lucha no logramos superar un vicio o vemos difícil la conquista de una determinada virtud. Sin desconcertarnos, es importante tener paciencia, redoblar la confianza en Dios y pedirle su gracia. Nuestros buenos deseos se realizarán, si nos planteamos metas concretas y luchamos con tesón por alcanzarlas. La paciencia será nuestro mejor aliado, por cuanto nos ayudará a crecer en magnanimidad y finura de espíritu, en tenacidad y buen humor, hasta lograr que los actos de virtud nos sean naturales. No pensemos, sin embargo, que la superación de un defecto o la adquisición de una virtud se logra de la noche a la mañana. Es preciso insistir una y otra vez, redoblar el esfuerzo, crecer en amor a Dios, en sensatez y juventud de espíritu.

Sin confundir, claro está, la paciencia con la pasividad, y menos con la inoperancia. La persona paciente jamás se da por vencida, aunque se tope con abundantes dificultades. Sin perder la serenidad, con energía, luchará un día y otro por superarlas. Si vive de fe, aunque los obstáculos -internos o externos- sean grandes, no "arrojará la toalla pensando que nada puede hacer. El hombre paciente, afirma Pieper, "no se deja arrebatar la serenidad ni la clarividencia del alma por las heridas que recibe mientras

hace el bien". Al contrario, con la ayuda de lo alto reanuda una vez y otra su lucha con la confianza de que Dios le asiste y premia su esfuerzo. Y esto aunque vea que pasan os años y no logra superar del todo el vicio que le avergüenza o el defecto que le humilla.

La persona paciente lucha por superarse, creciéndose en la adversidad. El apóstol Santiago recomienda: "Her-manos, tened paciencia hasta la venida del Señor. Mirad, el labrador aguarda el fruto precioso de la tierra, esperán-dolo con paciencia, mientras caen las lluvias tempranas y las tardías. Tened vosotros también paciencia, fortaleced vuestros corazones, porque la venida del Señor está cerca" (SÍ 5, 7). Un corazón fortalecido por la gracia resis-te las tentaciones, se crece en la adversidad, es constante en lo que se propone y encara con optimismo el futuro. Sin olvidar, como advierte Santo Tomás, que "el alma de la constancia es el amor; ya que sólo por amor se puede ser paciente" (S. Th., II-II, q. 136, a.3).

La paciencia es, en definitiva, fruto del amor a Dios. Sangre y lágrimas le debió costar a la santa de Ávila dominar su impaciencia. Gracias al gran amor que tenía a su Señor, pudo al fin saborear los frutos de la paciencia. Así se colige de una letrilla escrita por ella misma y que llevaba en su breviario el día que falleció en Alba de Tormes. Dice así:

Nada te turbe,
nada te espante,
Dios no se muda
todo se pasa,
la paciencia
todo lo alcanza.
Quien a Dios tiene
nada le falta.
Sólo Dios basta.
146

Paciencia con los demás

La paciencia es el ingrediente imprescindible de toda convivencia. Entre otras cosas porque supone aceptar con agrado los defectos del prójimo, sufríroslos en silencio, sin lamentos ni quejas.

Escribe san Gregorio en su *Moralia*, que la paciencia "consiste en tolerar todos los males ajenos con ánimo tranquilo, y en no tener ningún resentimiento con el que nos lo causa". La persona paciente espera sin cansarse, pondera las cosas antes de emitir un juicio, no exagera los problemas. Al impaciente, por el contrario, le cuesta percatarse de que aquellas personas a quienes con tanta facilidad crítica pueden estar luchando por superar sus defectos, por dominar su mal genio, sus reacciones de mal humor, sus susceptibilidades. Soportar los defectos del prójimo -viendo en ellos los nuestros- es un deber no sólo de paciencia sino de caridad, una de las principales obras de misericordia, por cuanto significa amar con obras y no sólo de palabra.

Lo sabemos bien, pero tendemos a justificarnos. ¿Cómo conservar la calma si los defectos de las personas con las que convivimos se repiten a diario? Tarea nada fácil si no se aprende a sufrir, a esperar y confiar. Supone grandes dosis de generosidad, de apertura de alma; de lo contrario nos replegaríamos sobre nosotros mismos, dando pábulo a la crítica, a la murmuración o a la indiferencia. Es mejor pedir la gracia de Dios para la persona que nos incomoda, redoblar los detalles de servicio con ella, mostrarle una mayor cordialidad, dándole ejemplo de serenidad y aliento. A veces será precisa la corrección. Pero se ha de hacer con tacto, sin herir, como nos gustaría que hicieran con nosotros. Así procede el Señor. El "corrige a quien ama como un padre al hijo querido" (Pr 3, 12). La corrección es un deber de amor, ni de lejos consecuencia de la ira que pueda sentirse por la herida recibida. Y un deber de justicia, por lo que se requiere un gran dominio de sí, capacidad de reflexión, hablar lo preciso, en el momento y lugar oportunos. "Una palabra dicha a tiempo, ¡cuánto bien reporta!" (Pr 15, 23). Hablar sin herir, escuchar con interés y hacerse cargo de los problemas ajenos, nos ayuda a crecer en paciencia.

Dice el Apóstol que "la caridad es paciente, es servicial..., no se irrita, no piensa mal" (/ Co 13, 4-5). Por caridad, pues, hemos de abstenemos de juzgar porque no es esa nuestra misión. Y sí mostrar delicadeza y cordialidad con todos, sin excepción. Toda persona, por ser hija de Dios, es digna de respeto y de comprensión, por grandes que sean sus fallos. De ahí que la paciencia, cuando es verdadera,

lleve a "alegrarse con los que se alegran, a llorar con los que lloran" (Rm 12, 15), dándoles lo mejor de nosotros mismos. ¡Cómo agradecen, por ejemplo, los en-fermos, los ancianos o las personas que viven en desam-paro y soledad las muestras de cariño que se tienen con ellos! Les reconforta que se les ponga buena cara, que se les dedique un rato de conversación, que se les brinde la mejor de las limosnas: una generosa sonrisa. Si lo hace-mos, que no sea por compasión o filantropía, que poco mérito sobrenatural tendría, sino por amor a Dios, sir-viendo en ellos al mismo Cristo. Es esto lo que en verdad mueve el corazón del prójimo. Lo atestigua una vieja sentencia del Talmud: "El mejor predicador, el corazón; el mejor libro, el mundo; el mejor maestro, la vida; el mejor amigo, Dios". Tener corazón es dar un paso de gigante para ganar en paciencia, para ser compasivos.

La paciencia crece por tanto y se desarrolla cuanto más nos esforzamos por comprender y consolar a los que nos necesitan. Son multitud los enfermos, ancianos y des-validos que sufren en soledad su desamparo, sin el calor ni el consuelo de sus seres queridos. Basta acercarse a una de estas personas para oír de sus labios, en débil susurro, algunas de sus penas y lamentos. Como si recibieran una

149lluvia del cielo, agradecen que se les escuche, que se les sonría y comprenda. De una de estas personas proceden las "bienaventuranzas del anciano". Son éstas:

Dichosos los que con su cariño alegran mi soledad
Dichosos los que con su sonrisa reconfortan mi debilidad
Dichosos los que sin pedírselo me hacen compañía
Dichosos los que escuchan con gusto mis relatos repetidos
Dichosos los que con su paciencia enderezan mis torpezas
Dichosos los que aprietan con calor mis manos temblorosas
Dichosos los que con su estímulo alivian mis penas
Dichosos los que aman a Dios y me enseñan a quererlo
Dichosos los que consuelan mis últimos días

¡Cuánto bien se les puede hacer! Y ellos, a la vez, ¡cuánto pueden ayudarnos! Son, no cabe duda, un auténtico tesoro, un maravilloso ejemplo de fortaleza en su paten-te debilidad. En la tierra -decía Rabindranaz Tagore- no seremos plenamente felices, pero sí

tendremos al menos la felicidad que seamos capaces de dar a los demás.

En el dolor y la tribulación

Los dolores físicos o morales -queramos o no- son compañeros inseparables de nuestro caminar diario. No sólo afecta a los ancianos, sino también a los más jóvenes. Ahora bien, según se reaccione ante ellos pueden hacer-nos felices o desgraciados. La enfermedad, el cansancio, la fatiga, hasta la misma muerte, tienen para el cristiano un sentido eminentemente positivo. Han sido asumidos por Cristo en la cruz, y por lo tanto son un auténtico tesoro de méritos sobrenaturales. Si a pesar nuestro vienen, son para enriquecernos, para que nos los tomemos como medios de expiación y purificación interior.

El dolor, la contradicción, hemos de verlos como ocasiones irrepetibles de crecer en la virtud y progresar en la vida espiritual. Convencido de ello, afirma el 150 Apóstol: "Nos gloriarnos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación engendra la paciencia; la paciencia, una virtud probada; y la virtud probada, la esperanza" (Rom 5, 3-4). Una esperanza que nada tiene que ver con la resignación, y menos con la rebeldía, de quienes pretenden alcanzar la paz, ser felices, rechazando lo que les disgusta o protestando ante lo que les contraría. La paz del alma, la que llena de alegría, se alcanza cuando se acepta con agrado la voluntad de Dios, aun cuando lógicamente se pongan los medios para evitar el dolor o paliar el sufrimiento. Pero no confundamos esa paz con la "tranquilidad" del que por egoísmo no quiere complicarse la vida, o del que trata de evitar a toda costa el sufrimiento. La paz que llena, la que hace feliz al hombre, procede de querer sinceramente lo que quiere Dios, aunque cueste, aunque se nos parta el alma.

La paz del alma se forja en la fragua del amor a Dios. Quienes se resisten a amar la voluntad de Dios, afirma san Francisco de Sales en su Introducción a la vida devota, no pueden "sufrir con paciencia, no sólo el estar enfermos, sino el estarlo de la enfermedad que Dios quiere, en el lugar que quiere y con las incomodidades que quiere, y lo mismo cabe decir de las demás tribulaciones". Sólo es paciente quien

conserva en todo momento la serenidad, quien es dueño de sí, el que ve detrás de cada contrariedad la mano amorosa de su Padre Dios. En una de sus cartas, poco antes de ser ejecutado, escribía Tomás Moro desde la Torre de Londres a su hija Margarita: "Ten buen ánimo, hija mía, y no te preocupes por mí, sea lo que sea que me pase en este mundo. Nada puede suceder que Dios no lo permita. Cualquiera cosa que quiera, aunque a nosotros pueda parecernos un mal, es sin embargo lo mejor". Este hombre, que debería ser consolado, consuela. Gracias a la fortaleza de su espíritu, a su serenidad y paciente espera, supo aceptar la muerte plenamente abandonado en Dios. Había asimilado perfectamente las palabras del Apóstol: "Sobre todas estas cosas triunfamos por Aquel que nos amó. Pues estoy convencido de que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los principados, ni lo presente ni lo futuro, ni las potestades, ni la altura ni la profundidad, ni criatura alguna podrá separarnos del amor de Dios que está en Cristo Jesús, Señor nuestro" (Rom8, 37-39).

Evitar las quejas

De la impaciencia ante los defectos, propios o ajenos, no puede salir sino la indignación o la queja, el mal humor. Es la reacción, a veces extemporánea y explosiva de quien, débil de carácter, no asimila la contrariedad. Responde con el lamento o la queja amarga ante lo que considera un mal irremediable. Esa actitud inconsiderada y desabrida alimenta el caldo de cultivo del pesimismo. El pesimista se atrinchera en su egoísmo, y no rara vez en la ira o en el rencor, dando pábulo a envidias, celos y susceptibilidades. Quizá no se dé cuenta, pero con su modo de proceder no sólo no resuelve sus problemas, sino que de ordinario los agranda. Y todo por su obsesión de eliminar de su vida, al precio que sea, el dolor y el sufrimiento, lo que le desagrada o incomoda.

Hace falta una gran fortaleza para sobreponerse a la contrariedad y evitar las quejas. En la dificultad, lo mejor es dirigir la mirada a Jesús y aprender de él, modelo de sufrimiento paciente y silencioso. Por amor a los hombres acepta todo género de acusaciones, vejaciones e insultos. Su respuesta ante el dolor, lejos de ser lastimera o resignada, está llena de serenidad; asume la adversidad

gustosa-mente, sin rebeldía A nadie acusa, de nadie se queja. Al contrario, Heno de infinito amor muere perdonando, inclu-so a quienes por odio lo clavan en la cruz.

Jesús es modelo acabado de paciencia. Nadie, pues, que quiera ser su discípulo debe responder con la 152 indignación o la ira al agravio, ni siquiera con la queja. San Francisco de Sales, en su Introducción a la vida devota, recomienda: "Quéjate lo menos que puedas de los agra-vios que recibas, pues de ordinario peca el que se quiere-lla. Porque el amor propio siempre nos pinta las injurias mayores de lo que son; y, ante todo, no expresas jamás tus resentimientos a personas propensas a indignarse y pensar mal. Sí acaso conviene dar a alguno la queja, bien para remediar la ofensa o para aquietar tu espíritu, ha de ser a personas pacíficas y que amen mucho a Dios. De otra manera, lejos de aliviar tu espíritu, lo llenarían de mayores inquietudes, y en lugar de sacar la espina que pinchaba te la hincarían aún más".

Huir de la murmuración

En el himno a la caridad, escrito por el Apóstol bajo la inspiración del Espíritu Santo, se dice que quien vive la caridad "no se irrita, no piensa mal, no se alegra de la injusticia, se complace en la verdad" (1 Co 4-7). Todo un programa para aprender a comportarnos como "sal" y "luz" de la tierra, para irradiar con nuestra conducta el "buen olor de Cristo" (2 Co 2, 15). ¡Qué lejos están de la identificación con Jesucristo los que alimentan la ira, la sospecha o la envidia, sin importarles juzgar y hablar mal del prójimo! Faltan así no sólo contra la caridad, sino también en ocasiones contra la justicia. Quien murmura habla en perjuicio de quien, por estar ausente, no puede defenderse. Hablar mal a espaldas de alguien es una mez-quindad; no decirle las cosas a la cara, una falta clara de nobleza, de lealtad. La caridad obliga a hablar bien del pró-jimo, o todo lo más a callar cuando se advierte algo nega-tivo para evitar la murmuración.

De ordinario, la murmuración lejos de construir, des-truye. Destruye sobre todo al propio murmurador, que lo vuelve impaciente, atolondrado; al perder el dominio de 153 sí, no podrá evitar hablar más de lo que debe, dando rien-da suelta a su indignación. ¡Qué

ocasión más estúpida pierde de callar, de contar mil antes de hablar! Cuando no se ataja con prontitud ese defecto, la murmuración puede acabar en difamación. Y todo por no controlar la lengua Dice el apóstol Santiago que la lengua "es un fuego, un mundo de iniquidad; inserta en nuestros miembros contamina todo el cuerpo, e inflamada por el infierno inflama a su vez el curso de la vida. Toda clase de fieras, aves, reptiles y peces se doman y han sido domados por el hombre. Pero ningún hombre ha podido domar jamás la lengua; es un mal incontrolable, llena de veneno mortal. Con ella bendecimos al Señor y Padre, y con ella maldecimos a los hombres, que han sido hechos a imagen de Dios. De la misma boca procede la bendición y la maldición. Esto, hermanos míos, no debe ser así. ¿Acaso echa la fuente por el mismo caño agua dulce y amarga? ¿Acaso la higuera, hermanos míos, puede producir acei-tunas o la vid higos? Tampoco el agua salada puede dar aguadulce" (St3, 9-12).

De la locuacidad -falta de dominio de la lengua- proceden las discordias, las peleas entre hermanos y hasta las mismas guerras. Como en todo, también en esto el cristiano ha de dar ejemplo. En primer lugar, evitando las críticas negativas, rechazando por injusta cualquier murmuración. Luego habrá que poner grandes dosis de paciencia, con el fin de lograr que las relaciones entre parientes, compañeros o amigos sean cordiales, aunque no falten personas ariscas o esquinadas que torpedeen nuestra actuación. Es preciso dar tiempo al tiempo, aprender a esperar. Sin esto es difícil llegar a la verdadera amistad, a esa siembra de comprensión y lealtad.

Quien ama es paciente. Si no murmura no es porque todo le parezca bien, sino porque sabe que lo positivo es decir las cosas en su momento, a la cara, con nobleza. 154 Sabe distinguir bien el vicio de la virtud, el pecado del pecador. Pues por muy pecador que alguien sea, merece todo respeto y comprensión. Otra cosa es que transijamos con el error. Pero aun así, no podemos justificar una at- contra la dignidad de las personas, una injuria contra nuestra propia familia o la Iglesia, un atentado contra la vida humana. Es evidente que, desde un punto de vista ético, estamos obligados a poner los medios para que lo que es un mal sea corregido, contribuyendo a crear un clima de paz y confianza, de justicia y concordia, expresión de amor y fortaleza. 155

IV. LA ESPERANZA DE LLEGAR

En dirección a la meta
El realismo del "hoy y ahora"
Motivos para la laboriosidad
Trabajar bien
Trabajar con rectitud
Ofrecer el trabajo a Dios
Dos defectos: el activismo y la ociosidad
Eficaces por la oración
Tiempo para la oración
Coherentes en la conducta
El ejercicio de las virtudes morales
Prontitud para rectificar

Han sido muchos los intentos de escalar el Everest por su cara norte. Una de las últimas expediciones lo intentó además a puro pulmón, sin la ayuda de oxígeno. Muy a su pesar, se toparon con dificultades con las que no contaban: temperaturas de más de cuarenta grados bajo cero, ráfagas fortísimas de viento huracanado y un sin fin de imprevistos. Venciendo sed y cansancio, sacando fuerzas de flaqueza cuando las piernas apenas les respondían, a duras penas y sólo unos pocos lograron alcanzar la cumbre. Y para eso, en el último tramo tuvieron que doblarse y recurrir al oxígeno. Una aventura al filo de lo imposible. Pero la ilusión y esperanza podía más y no se ahorraron esfuerzos ni sacrificios, algunos rayanos a la heroicidad. Y todo ello, para alcanzar una gloria efímera, pasajera.

Por cristianos estamos llamados a conquistar una cumbre no efímera ni pasajera, sino al mismo Cristo, con quien hemos de identificarnos. Aunque alta y difícil, se trata de una meta accesible, más por supuesto que la del Everest. El cristiano dispone de una fuerza muy superior, no humana sino sobrenatural: la gracia de Dios, con todo su cortejo de dones y virtudes. Es éste el oxígeno que necesita el alma para internarse por las alturas de la vida interior. Porque aunque la meta es clara, para recorrer el camino que a ella

conduce debe emplearse a fondo, con 157 grandes dosis de fortaleza. Los obstáculos y dificultades no le faltarán, por lo que -en frase de Machado- más de una vez tendrá que hacer camino al andar, al golpe de sus propias pisadas. Pero aun así, sabe que su caminar es seguro, esperanzado, pues Dios mismo le asiste, le anima y fortalece.

La aspiración a una meta tan alta -la santidad- no es compatible con el caminar cansino, con el "ir tirando" propio de los tibios y aburguesados. La santidad supone heroicidad en la virtud; está en la cumbre, no en el llano. Quien desee alcanzarla debe cultivar las virtudes teologales, junto con aquellas otras "que se refieren a las relaciones sociales, como son la honradez, el espíritu de justicia, la sinceridad, los buenos sentimientos, la fortaleza del alma, sin las cuales no puede darse una auténtica vida cristiana" (AA 4). Con el ejercicio de la virtud se enreca el alma, se recupera la alegría del vivir, se alcanza una visión más clara y positiva del mundo y de las cosas. Pero la virtud, que está en la cumbre, no se conquista en un abrir y cerrar de ojos. Requiere entrega, sacrificio generoso, heroísmo. Quizá algunos piensen que se trata de una exageración, que para salvarse no se necesita tanto. Con-fían que basta con ir a misa los domingos, con rezar una oración al acostarse, con dar alguna que otra limosna... Y como, de otra parte, están convencidos de que no hacen daño a nadie, piensan que así cumplen sobradamente con lo que Dios les pide. De ahí que queden tranquilos dicien-do que tal como están hoy las cosas, ya es bastante con

lo que hacen.

O muy poco, según se mire. Porque la meta que el Maestro propone a sus discípulos es alta, muy alejada de la mediocridad. "Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto" (Mt 5, 48), dijo y sigue diciendo. Esta claro que no es suficiente con no hacer daño a nadie o aparecer ante los demás como gentes "buenacitas" 158 Señor pide más, mucho más. Aguijonea la conciencia del cristiano para que se decida a elevar su tono espiritual, para que sin medianías ni ambigüedades sea en verdad saly luz de Cristo en medio de una sociedad que ha perdido en muchos casos su referente sobrenatural. Quien no sea coherente con la fe, será arrastrado por la corriente del escepticismo o la indiferencia. No es sensa-to quedarse cruzados de brazos, diciendo "yo a lo mío y que los demás solucionen sus

problemas". Por egoísta tal respuesta no es válida. Se nos pide mayor vibración, de modo que en todo momento se manifieste la fe en nues-tra conducta.

Para ser perfectos -santos-, es preciso decidirse a caminar por las sendas estrechas y escarpadas de la virtud. Obstáculos los habrá siempre, pero los vencere-mos si renovamos a diario el amor a Dios. Sin mirar atrás, sin detenernos en el camino. No olvidemos lo que le sucedió a la mujer de Lot. Por mirar atrás, por pensar en sí misma, perdió las ventajas de su liberación. Hemos sido creados a imagen de Dios, somos obra de sus manos, con capacidad para emprender obras de altura y también -si somos egoístas- para caer en verdaderas ignominias. Dios nos hizo con auténticos "materiales de derribo". Tal vez para ahuyentar de nuestra alma cual-quier tentación de orgullo o vanidad. Si nos levanta por encima de nuestra debilidad es para que colaboremos con El, para que con su fuerza nos decidamos a serle heles. Es importante no perder de vista estas luces y sombras de nuestra condición de criaturas. Porque si nos Ataran las fuerzas o se nublara el horizonte sobrenatural basta con que nos dirijamos a nuestro Padre Dios y hagamos con sencillez: "¡Señor, ya ves, me siento débil, y poquita cosa, pero soy hijo tuyo, te pertenezco;dametu gracia, enséñame a cumplir tus mandatos!". Seguro que vendrá de inmediato en nuestra ayuda, y 159 renovada nuestra fortaleza reemprenderemos llenos de es-peranza el camino.

"No caminamos en la carne, sino en el Espíritu" (Rm 8, 4). Y el Espíritu es el que nos llena de alegría y de opti-mismo, el que nos impulsa a la esperanza. Por Él espera-mos contra toda esperanza. Así lo dice por boca del profeta Isaías: "El Señor es un Dios eterno que creó los confines del orbe. No se cansa, no se fatiga, es insondable su inteligencia. El da fuerza al cansado, acrecienta el vigor del inválido; se cansan los muchachos, se fatigan; los jóve-nes tropiezan y vacilan; pero los que esperan en el Señor renuevan sus fuerzas, les nacen alas como de águilas, corren sin cansarse, marchan sin fatigarse" (Is 40, 28-31).

Quien camina en esperanza mantiene joven su espíri-tu, es capaz de sobreponerse al cansancio, no se confor-ma con poco, aspira a lo mejor. No olvidemos que a la esperanza "corresponde el anhelo de felicidad puesto por Dios en el corazón de todo hombre (...);

protege del desaliento, sostiene en todo desfallecimiento, dilata el corazón en la espera de la bienaventuranza eterna..." (CEC 1818). La esperanza nos brinda, por tanto, lo que le está vedado a la simple esperanza humana: protección, seguridad, amor de Dios. Es ella la que hace fuertes a los débiles, resistentes a los cansados, animosos a los angustiadados, pacientes a los inquietos y agobiados. No es virtud de gentes bullangueras, charlatanas o noveleras, sino de personas sensatas que viven de fe y de amor.

Con todo, no se piense que la esperanza es un narcótico que lleve al cristiano a dormirse en los laureles. Todo lo contrario. Puesto que la santidad requiere heroísmo, la esperanza impulsa, fortalece y anima a avanzar por el camino siempre difícil de la virtud. Es un caminar al compás del don divino, puesto que la esperanza, como afirma santo Tomás, "no se apoya en la gracia ya obtenida, sino en la divina omnipotencia y misericordia, de modo que el que no tiene la gracia puede conseguirla hasta alcanzar la vida eterna. Y de la omnipotencia y misericordia de Dios está seguro todo el que tiene fe" (S Th II-II, q. 18, a. 4 ad 2).

EN DIRECCIÓN A LA META

Como el atleta, el cristiano está llamado a participar en una olimpiada, no humana sino divina. San Pablo recurre al símil de las competiciones de su tiempo para ilustrarlo. "¿No sabéis que los que corren en el estadio, aunque todos corren, sólo uno recibe el premio? Corred de modo que lo consigáis. Los que compiten se abstienen de todo, y eso para alcanzar una corona corruptible; pero nosotros por una incorruptible. Yo, por tanto, corro, no como a la aventura; peleo, no como quien da golpes al aire, sino que castigo mi cuerpo y lo esclavizo, no sea que, habiendo predicado a los demás, yo mismo quede reprobado" (1Co 9, 24-27).

En su carrera por alcanzar la santidad, el cristiano sabe que Dios le dará todo cuanto necesita. Por eso confía en Él y no en sus talentos, siempre limitados. Se sabe sostenido por la benevolencia divina, por la ayuda inigualable de la gracia. Para que le proteja. Dios le ha asignado un ángel que lo acompañe en las travesías de su vida (cf Ex 23, 20-23). Su caminar es así esperanzado, ágil y brioso, lleno

de optimismo. Ahora bien, no se le ocurre confundir la esperanza con una simple espera, ya que si es responsable no espera sin más a que Dios actúe y de una zancada le lleve a la meta. Esa espera nada tiene que ver con la virtud cristiana de la esperanza. Se puede esperar, por ejemplo, que nos toque la lotería, las quinie-las o la "primitiva". Pero quien así espera nada puede hacer para que sus sueños se realicen. Se puede esperar también, a veces durante horas, que llegue el autobús, el 161tren o el avión. Si no llega, aunque se tenga mucha prisa, nada se puede hacer sino seguir esperando, o en todo caso cancelar el viaje.

La esperanza cristiana es bien diferente. Tiene como meta la unión con Dios, un anhelo activo -no pasivo-de búsqueda, que no para hasta alcanzar al Amor de sus amores. Nada tiene que ver, por tanto, con el fatalismo, la resignación o el conformismo. El "¡tenía que ocurrir!", el "¡qué se le va a hacer!", pronunciado por muchos en sus horas bajas, desmoraliza. En cambio, la esperanza ni hunde ni paraliza. Es una virtud dinámica, propia de quienes al vivir de fe se mantienen en vigilante espera. Por grandes que sean los obstáculos, si perseveran y no desisten acabarán por superarlos. El camino siempre está a la vista, ya que Cristo no sólo indica por donde hemos de ir, sino que él mismo nos dice que es el Camino (Jn 14, 6). Y siendo esto así, si "se ha hecho para nosotros cami-no -razonaba el santo de Hipona-, ¿podremos perder la esperanza de llegar? Este camino no puede tener fin, no se puede cortar, no lo pueden corroer la lluvia ni los diluvios, ni puede ser asaltado por los ladrones. Camina seguro en Cristo, camina; no tropieces, no caigas, no mires atrás, no te detengas en el camino, no te apartes de él. Con tal que cuides esto, habrás llegado" (Sermón 170, 11).

Con Cristo caminamos seguros, con la alegría y espe-ranza de llegar. Sólo nos pide que no perdamos de vista la meta, que avancemos cada día un poco, que nos propon-gamos metas concretas. El Maestro lo ejemplificó con el símil del labrador: "Nadie que pone la mano en el arado y mira hacia atrás es apto para el reino de Dios" (Le 9, 62). El labrador, lo sabemos bien, vive de esperanza. Si siem-bra es con la esperanza de recoger multiplicada la simien-te, el fruto de su esfuerzo. Por eso trabaja con afán, sin mirar atrás, sin detenerse. Antiguamente se utilizaba el 162 arado romano para labrar la tierra y prepararla para la siembra. Agarrado a él, el labrador

removía los terrones y los destripaba para hincar después con fuerza la pava en el surco y roturar las capas duras y resacas. Gracias a ese trabajo esforzado y perseverante, podía contemplar después los surcos rectos y profundos sobre los que caería la semilla.

Aunque fatigado, el labrador no se deja dominar por el cansancio o la pereza. Pone la cabeza en lo que hace; y si se equivoca, rectifica. Aunque esté rendido, seguirá arando, abriendo los surcos, sin dejar que la imaginación le domine. Le importa sobre todo concluir bien su tarea. De ahí que luche contra la flojera, aprovechando el tiempo y exprimiendo cada hora. Al fin, orgulloso del trabajo realizado, regresará a su hogar con la alegría y felicidad del que ha aprovechado el tiempo.

Jesús quiere que nos comportemos con esa misma responsabilidad, poniendo cabeza y corazón en la tarea de cada día. No podemos esperar que la gracia divina resuelva nuestros problemas, sobre todo cuando está en nuestra mano dar con la solución. El Reino de Dios al que nos dirigimos exige que nos empleemos a fondo, que no escatimemos esfuerzo. Es cuestión de ir paso a paso, con constancia, como si todo dependiera de nosotros y, a la vez, todo lo confiáramos a la gracia. En definitiva, es conjugar el "sin mí, no podéis hacer nada" (Jn 15, 5), con aquella otra frase del Señor: "porque has sido fiel en lo poco, yo te confiaré lo mucho" (Mt 25, 21). Por tanto, lo poco que podemos hacer -somos limitados-, hemos de hacerlo. Recordemos que Jesús no condenó al siervo que había recibido un solo talento por haberlo malgastado, sino por haberlo dejado improductivo a causa de su holgazanería. Preciso es, pues, que junto a la gracia, que nunca nos faltará, pongamos todo nuestro esfuerzo para que la voluntad de Dios se realice.

163

Así lo entendió Saulo de Tarso. Desde que Jesús se metió en su vida, el Apóstol trabajó con toda su alma por identificarse con su voluntad. A partir de entonces, vivió de fe y esperanza, sin ninguna vacilación. Era consciente de que su fuerza procedía de lo alto. "Por la gracia de Dios -dirá- soy lo que soy". Y con santo orgullo añade: "La gracia de Dios no ha sido estéril en mí, antes bien, he trabajado más que todos ellos". Se refería a los falsos apóstoles, que trataban de confundir y amedrentar a los recién conversos al cristianismo. Y para

que nadie pensara que era un presuntuoso, puntualiza: "Pero no yo, sino la gracia de Dios que está conmigo" (1Co 15,10). Es ésta la raíz de su eficacia, la fuerza que explica su tesón y audacia. Sin su esfuerzo por colaborar con los dones divinos que había recibido, sería difícil explicar la prodigiosa obra de evangelización que llevó a cabo.

Para alcanzar la santidad, es preciso caminar con prontitud y alegría, sin vacilaciones ni titubeos. Los buenos deseos no bastan. Es preciso avanzar cada día un poco, proponiéndose metas concretas. No cabe en la vida espi-ritual el conformismo, el decir hasta aquí he llegado, ya que "quien no avanza, retrocede". Avanzar, aunque sea poco, es del todo imprescindible para llegar a la santidad. Detenerse equivale a arrojar la toalla, perder el ritmo, conformarse con lo fácil. Si alguna vez nos encontramos en esa tesitura, oigamos el consejo de san Agustín: "Examínate y no te contentes con lo que eres, si quieres llegar a lo que todavía no eres. Porque allí donde te consideraste satisfecho, allí te paraste (...) Si dijeras: ya basta, periclitaste. Crece siempre, progresa siempre, avanza siempre; no te pares en el camino, no vuelvas atrás, no te desvíes. Se detiene el que no adelanta; vuelve atrás el que vuelve a pensar en el punto de donde ha partido; se desvía el que apostata. Mejor es el cojo en el camino, que el que corre fuera del camino" (Sermón 169). 164

Cuando el corredor de competición se propone ganar, sabe que ha de imprimir a su marcha un ritmo constante, dinámico, aunque en ocasiones tenga que hacer un parón para recuperar el aliento. Lo que le importa es avanzar y llegar. Un dicho italiano afirma que "qui va piano va sano e arriba lontano"; el que avanza, aunque sea despacio, conserva la salud y llega muy lejos. Así es. Por lo general, no alcanza la meta el que imprime a su marcha un ritmo acelerado desde el principio, sino el que dosifica sus fuerzas, el que mantiene un ritmo constante, sin mirar atrás y sin detenerse más de lo imprescindible. Y eso aunque por momentos las piernas no le respondan.

La conquista de la virtud -la santidad- requiere también un empeño decidido por superar la pereza, la comodidad. Con la cabeza y el corazón puestos en Dios, conociendo la meta, es preciso caminar con la viva esperanza de llegar. Dice un proverbio quikuyu que "en el camino del amado no se encuentran montañas". No hay dificultad cuando se ama. Y Dios es nuestro ser amado que siempre aguarda. No

sólo nos espera, sino que alien-ta nuestro espíritu para que lleguemos sin desmayos. ¡Qué fácil resulta así caminar con alegría y optimismo, espe-ranzados, sin miedo a las dificultades! Gracias a la forta-leza que recibimos de lo alto se vencen los obstáculos, se renueva la lucha, se crece en esperanza.

el REALISMO DEL "HOY Y AHORA"

El tiempo es corto y nos urge aprovecharlo. Tan corto, que Bécquer en una de sus rimas dice que "al brillar un relámpago nacemos, y aún dura su fulgor cuando mori-mos: ¡tan corto es el vivir!". Se impone por tanto la sensa-tez. No acabamos de convencernos de que somos pere-grinos, que estamos aquí de paso. Aunque el tiempo del que disponemos para santificarnos es breve, con todo es 165 un tiempo para la esperanza. Así lo recuerda Juan Pablo II: "Gracias a la venida de Dios a la tierra, el tiempo humano, iniciado en la creación, ha alcanzado su plenitud (...) En Jesucristo, Verbo encarnado, el tiempo llega a ser una dimensión de Dios" (TM 9-10).

En esa dimensión, por gracia de Dios, vivimos. Por lo tanto, nuestro destino eterno lo labramos en el "hoy y ahora" de cada jornada, si vivimos como hijos de Dios, si exprimimos con intensidad cada uno de los instantes. Nadie, y menos el cristiano, puede quedarse como extasiado mirando el ayer, del que ya nada se puede esperar, ni preocuparse tanto por el mañana como si se careciera de esperanza. Precisamente porque caminamos en la presencia de Dios, hemos de vivir al día, aprovechando el "hoy y ahora", con inteligencia y amor. San Agustín afir-ma que el presente pertenece al amor de Dios, el pasado a su misericordia, el futuro a su providencia. Es de sabios pues vivir el presente, para hacerlo rendir por amor a Dios. Cada día se nos presenta cargado de posibilidades de hacer el bien. Saquémosle partido, ya que como diría Lope de Vega, "al final de la jornada, aquel que se salva sabe, y el que no, no sabe nada".

Vivir el "hoy y ahora" de cada jornada, nos hará ganar en realismo, en madurez, y en consecuencia en fortaleza y esperanza. Preocuparse tontamente del futuro alimentan-do sueños imaginarios, sería precipitar sin fundamento lo que aún no ha sucedido. Esa preocupación entibia, baja las defensas del espíritu, hace a la persona

dubitativa, esclava de su imaginación, desconfiada. Y ya se sabe, tras la desconfianza viene la inquietud, el nerviosismo. Se oscurece así el sentido de la vida, se enturbia la piedad y es fácil que se termine cayendo en la desesperanza. Pero el Señor es un Dios de paz, no de inquietud. Por eso nos advierte: "No os inquietéis por el día de mañana, pues el mañana tendrá su propia inquietud. A cada día le basta su 166 contrariedad" (Mí 6, 34). Es importante que grabemos a fuego esta idea clave: que la paz, y con ella la alegría, no se fonda en la seguridad del mañana -para nosotros incierto-, sino en la fe en Dios, en su providencia. No basta con saberlo, es preciso vivirlo. Aprovecharemos así mejor el tiempo, combatiremos con más energía la pereza, no nos conformaremos con las medianías.

Dice un dicho popular que al que madruga Dios le ayuda. Y así es. Levantarse en punto, a la hora prevista, por amor a Dios, llena de moral, da optimismo. Ofreciendo al Señor desde el primer momento la tarea que se va a realizar, se cuenta con un plus de fortaleza que facilita la virtud. Y, como queramos o no, nos toparemos con la dificultad, la Iglesia recomienda a sus fieles que inicien "su jornada, sus oraciones y sus acciones con la señal de la cruz, 'en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén'... La señal de la cruz nos fortalece en las tentaciones y en las dificultades" (CEC 2157).

Signados pues con la cruz, cada jornada se nos presenta repleta de ocasiones de hacer el bien. Si por apatía o negligencia las desaprovechamos, malograríamos el plan salvador de Dios. Por tanto, con serenidad, sin inquietud, debemos plantearnos el modo de sacar partido al tiempo, trabajando con rectitud. Si hubiera fallos, que siempre los habrá, lo más prudente es pedir perdón y volver a empezar. Se fortalece así la voluntad, se gana en amor. Los ojales pueriles, las imaginaciones tontas, distraen, nos hacen perder intensidad, malgastando el tesoro de gracias que hemos recibido.

Vivir el "hoy y ahora" supone, como vamos viendo, aprovechar el tiempo y abordar con heroísmo el deber de cada jornada. Pero además tiene otra consecuencia: dedicar lo mejor de uno mismo a lo más prioritario: la familia, el trabajo, las relaciones sociales. Si nos excusamos con un "no tengo ganas" o "mañana lo haré", causaríamos

167un daño -en ocasiones irreparable- a quienes dependen de nosotros. Y esto sería señal de inmadurez, de incoherencia. Afirma el Apóstol Santiago que "quien sabiendo hacer el bien no lo hace, comete pecado" (4, 17). Y todo por no combatir la pereza, la desidia, por no hacer en cada momento lo que se debe, por dejar para mañana lo que con un poquito de sacrificio se puede hacer hoy.

Aunque el tiempo es una criatura de Dios, hay quienes con manifiesta irresponsabilidad se ufanan de "matarlo". Quien mata el tiempo es un auténtico parásito social. Si Dios nos lo concede, no es para consumirlo en beneficio propio -sería egoísmo-, sino para aprovecharlo y hacerlo rendir, para dar en definitiva gloria a Dios. Todo lo demás, aun lo más perentorio -alimento, casa o vestido- tiene desde esta perspectiva carácter de medio, no de fin. De ahí que advierta el Maestro: "No os preocupéis acerca de qué comeréis, ni respecto a vuestro cuerpo, acerca de qué os pondréis. ¿Acaso no es la vida más que el alimento y el cuerpo más que el vestido?.. Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura" (Mí 6, 25). Buscándole a Él, en primer lugar, ahuyentaremos las preocupaciones vanas, los pensamientos inútiles, los miedos y temores. Lo conseguiremos si luchamos decididamente contra lo que se opone a Dios: el hedonismo, el utilitarismo y la sensualidad en sus más variadas manifestaciones. Apoyados en Dios, venceremos la apatía, la tendencia a la comodidad, para volcarnos con generosidad en hacer el bien a cuantos lo necesiten.

Si vivimos centrados en lo que debemos hacer, si aprovechamos bien los instantes de cada jornada, enredaremos la voluntad, ganaremos en magnanimidad, viviremos mejor la presencia de Dios. Será fácil entonces que en el lugar donde estemos, en la tarea que llevemos entre manos, nos salga espontánea la oración que a muchos hizo santos: 168

"Quiero lo que quieres,
quiero porque quieres,
quiero como quieres,
quiero hasta que quieras".

Cuando se recita con sinceridad, el alma se llena de paz, se ven las cosas con objetividad, se recupera la serenidad y se gana en alegría. El gozo y la paz son frutos del Espíritu Santo, que lo

experimentan quienes se aban-donan por completo en sus manos, los que con docili-dad se deciden a identificarse con su querer.

Siendo esto así, no es malo sino todo lo contrario pre-ver las cosas, hacer una razonable previsión del futuro. Tal previsión no se opone ni a la fe ni a la esperanza. Lo que el Señor prohíbe es que andemos inquietos o angustiados, como personas sin fe ni esperanza. De modo que no es la previsión, sino la preocupación la inquietud la que nos hacen perder la paz, la que nos desmoralizan. Sabemos bien que por mucho que cavilemos sobre el futuro, no somos capaces de suprimir las desgracias que tememos; al revés, lo más probable es que sin quererlo las aumentemos, por anticiparlas y no resolverlas. Decía Shakespeare que "los cobardes mueren muchas veces antes de que les llegue la muerte". Y es que la angustia por el futuro, la inquietud por el mañana, es de lo más corrosivo para el alma. Que se lo pregunten si no a quienes durante años vivieron con la preocupación de ahorrar para asegurar su vejez. Basta un revés económico, una mala administración, para dar al traste con la paz y el sosiego que para sus años finales habían soñada No siempre ocurre así. Pero hemos de escarmentar en cabeza ajena. La prudencia aconseja prever las cosas, estudiar los problemas, hacer planes, para que e' futuro -siempre incierto- no nos sorprenda más de lo debido.

La sabiduría oriental es altamente previsoras. Asegura la mejor manera de prevenir el futuro es 169 aprovechando bien el presente. Un chino llamado Knan-Tsu, que vivió hace veintiséis siglos, aconseja:

Si tus proyectos son para un año, siembra grano.

Si son para diez, planta un árbol.

Si son para cien, instruye al pueblo.

Sembrando grano una vez, recogerás una vez.

Plantando un árbol, recogerás diez veces.

Instruyendo al pueblo, recogerás cien veces.

Y resumía:

Si das un pescado a un hombre, se alimentará una vez.

Si le enseñas a pescar, se alimentará toda la vida.

En efecto, de lo que hoy hagamos dependerá lo que recojamos en los años venideros. No obstante, si a pesar de prever y poner los medios los planes no salen, no per-damos por ello la serenidad. Es

preciso aceptar la realidad de buen grado, sin resignación ni fatalismo. Dios sabe más: en su providencia vela de continuo por sus hijos. Cuando lo estime conveniente, nos dará lo que necesitamos, más incluso de lo que podíamos soñar. Saberlo reconforta, llena de paz, nos impulsa a ser más generosos, prudentes y laboriosos.

MOTIVOS PARA LA LABORIOSIDAD

Todo esto no se consigue lógicamente en un día; requiere tiempo, fidelidad en la lucha, tenacidad y constancia. Y como además pasamos la mayor parte del tiempo dedicados a una tarea profesional, justamente ahí es donde debemos luchar por santificarnos, trabajando bien, a conciencia. El trabajo se convierte así para el cristiano en uno de los medios más asequibles y directos para alcanzar la santidad. Pero hemos de estar prevenidos, porque existen dos enemigos de la laboriosidad: la ociosidad y la improvisación. Lo advierte el Maestro con una 170 parábola. "Un hombre tenía una higuera plantada en su viña, y fue a buscar fruto en ella y no lo encontró. Dijo entonces al viñador: hace ya tres años que vengo a buscar fruto en esta higuera y no lo hallo. Córdala. ¿Para qué hacer baldía la tierra? Pero él respondió: señor, déjala también este año mientras cavo a su alrededor y le echo estiércol, por si en adelante da fruto; si no es así, la cortas" (Le 13, 6-9).

Aquel labrador no había cultivado la tierra como era su obligación, por lo que la higuera no había dado fruto. El amo, que había esperado pacientemente durante tres años, le pide que la arranque. Pero él reacciona y le promete que trabajará en adelante. Aunque referida al pueblo de Israel, la enseñanza de esta parábola nos afecta a todos. El tiempo como don de Dios se nos concede para que lo hagamos fructificar. Pues como dice el texto sagrado, "todo tiene su momento, y cada cosa su tiempo bajo el cielo: un tiempo para nacer y un tiempo para morir; un tiempo para plantar y un tiempo para arrancar lo plantado" (Sf 3, 1-2). Es el eco del libro del Génesis, cuando dice: "Puso Dios al hombre en el jardín del Edén para que lo cultivase y lo guardase" (Gn 2, 15). Para completar la obra salida de las manos de Dios, el hombre debía trabajar a conciencia,

aprovechando el tiempo, lo cual le ayudaría a crecer y de-sarrollarse como persona.

Sin embargo, la maravillosa armonía de la creación quedó muy pronto rota por la rebeldía de nuestros prime-ros padres. Condenado a comer el pan con el "sudor de su frente", el hombre experimenta desde entonces el zarpa-zo del dolor y del sufrimiento. La tierra que debía cultivar y someter, se vuelve en su contra, dándole cardos y abro-jos en lugar de la felicidad que anhelaba.

Mas Dios, que por amor creó al hombre, no lo podía dejar en manos de Satanás, aislado en su fragilidad y miseria. Al llegar la plenitud de los tiempos (Ga 4, 4), 171envió a su propio Hijo, que se hace hombre por obra del Espíritu Santo en las entrañas virginales de María. Jesús Dios y Hombre verdadero, viene para salvarnos de la muerte y del poder de Satanás, dándonos ejemplo para que sigamos sus pisadas. Como uno más se somete a la ley, también a la del trabajo. La mayor parte de su tiem-po la pasa dedicado a un trabajo artesanal. Espera hasta los treinta años para comenzar su ministerio público. Los paisanos de Nazaret no le reconocen como un erudito de las Escrituras, sino como el artesano, el hijo del artesano (Mí14, 55). Su prestigio era grande, porque trabajaba a conciencia. Tanto, que dirán con admiración: "Todo lo ha hecho bien" (Me 7, 37). Las cosas menudas y ordinarias, las que a primera vista pueden parecer insignificantes, todas las realiza Jesús, el Hijo de Dios encarnado, con total perfección. Quería darnos ejemplo de laboriosidad, subrayando la importancia que todo trabajo tiene para alcanzar la santidad.

A través de esa dedicación laboriosa, Jesús devolvía al trabajo, a toda tarea humana, su genuino poder santificador. Lo liberaba así de su carácter de pena y lo convertía en camino para que pudiéramos ganarnos el cielo. El sudor y la fatiga, el cansancio y el sufrimiento, se trans-formaban por sus méritos en un tesoro de valor infinito. No es que con esto desaparezcan las penalidades anejas al trabajo, ni que resulte más fácil realizarlo, pero sí ad-quieren una nueva dimensión, santificante y santificadora. Unido al Maestro, el cristiano se hace corredentor a través del trabajo. De ahí que pueda distinguirse su traba-jo del que realiza un pagano. Aun cuando en apariencia los dos sean iguales, en realidad sólo el del cristiano, por su

unión vital con Cristo, posee la capacidad de santificar a quien lo realiza.

Para que esto se cumpla, es preciso que se den, entre otras, tres condiciones: que esté bien hecho, que se haga con rectitud, que se ofrezca a Dios. 172

Trabajar bien

Para imitar la laboriosidad del Maestro, lo primero que hemos de hacer es trabajar bien, realizar a conciencia la labor que llevamos entre manos. Lo cual requiere orden y constancia, condiciones imprescindibles para santificar el trabajo y para que éste nos santifique. El hombre, como nos recuerda el libro del Génesis, ha sido creado ut operaretur, para trabajar. Si alguien por desidia, imprudencia o insensatez pasara los días sin hacer nada o por pereza convirtiera el trabajo en una chapuza, incumpliría un mandamiento expreso del Señor. Ante los demás quizá podrá disimular su holgazanería aparentando una cierta actividad. Pero no ante Dios. Vendría a ocurrirle lo que a la higuera de la parábola: su frondosidad era aparente, carecía de frutos. Los dones y talentos recibidos del Señor son para hacerlos fructificar.

Nadie, pues, mínimamente responsable, puede sentir-se eximido de trabajar, y de trabajar bien. Y menos el cristiano, que está llamado a ser sal y luz de la tierra. Su misión es la de dar ejemplo de virtud, de vida coherente en los ambientes que, por estar alejados de Dios, son difíciles y conflictivos. Nada podría hacer si le faltara prestigio profesional, que es una parte de la sal y luz que debe ofrecer. Y no lo alcanzará si no dedica tiempo y esfuerzo al estudio, si no se toma en serio su formación. Esto es válido tanto para el catedrático como para el alto ejecutivo, para la madre de familia como para el vendedor de periódicos. A todos, sin excepción, pide el Señor prestigio profesional, responsabilidad para cumplir con el deber de cristianizar la sociedad.

Refiriéndose a los fieles laicos, el pasado Concilio afirmaba: "Con su competencia en los asuntos profanos y en su actividad elevada desde dentro por la gracia de Cristo, contribuirán eficazmente a que los bienes creados, de acuerdo con el designio del Creador y la iluminación 173 de su Verbo, sean promovidos, mediante el trabajo

humano, la técnica y la cultura civil, para utilidad de todos los hombres sin excepción... Así Cristo, a través de Ios miembros de la Iglesia, iluminará más y más con su luz salvadora a toda la sociedad humana" (LG 36).

Trabajar con rectitud

Que el trabajo esté bien hecho, es la primera condición para que pueda convertirse en instrumento redentor. La segunda condición es hacerlo con rectitud, por amor a Dios. Sería un contrasentido que en lugar de buscar la gloria de Dios buscáramos una satisfacción personal, el reconocimiento de los demás. Sería pura vanagloria. Para no caer en ese error, advierte el Espíritu Santo por boca de Jeremías: "No se gloríe el sabio en su sabiduría, ni el fuerte en su fuerza, ni el rico en su riqueza; sino que en esto se ha de gloriarse quien desee gloriarse: en tener inteligencia y conocerme, pues Yo soy Yahvéh, que hago misericordia, derecho y justicia en la tierra" (Jr9,23-24). Es la gloria de Dios, el bien de los que nos rodean, lo que debe impulsarnos a trabajar, y a trabajar cada día mejor. Trabajar por quedar bien, hace estéril la gracia, produce cansancio, desilusión y desesperanza. Es importante velar, luchar con decisión para apartar semejante tentación. Y lo conseguimos cuantas veces rectificamos la intención, cuando buscamos en todo la gloria de Dios.

De todos modos, es lógico que como fruto del trabajo bien hecho y de la personal competencia se reciban enhorabuena y congratulaciones. Mas quien trabaja por amor a Dios, esos halagos no le sirven para envanecerse; al contrario, los aprovecha para referirlos a su Dios y Señor» para ahondar en la humildad y comprender que todo cuanto posee se lo debe a Dios. Actuando así, manifestara con naturalidad su agradecimiento. Y es probable que colegas, parientes y amigos se sientan atraídos por la

espontaneidad de su conducta, por la sencillez de su trato. Más de uno se preguntará el porqué de semejante actitud. Quizá sea el momento oportuno de hablarle de laboriosidad, de rectitud en el trabajo, abriéndole horizontes más amplios y mostrándole la trascendencia de un trabajo bien hecho. Es probable que se sienta

impulsado a obrar de otro modo, a imprimir un rumbo nuevo a su tarea.

"El trabajo es un bien del hombre -es un bien de su i humanidad-, porque mediante el trabajo no sólo transfor-ma la naturaleza adaptándola a las propias necesidades, sino que se realiza a sí mismo como hombre, es más, en un cierto sentido 'se hace más hombre'" (LE, 9). Estamos convencidos de ello. Pero hemos de ser consecuentes para ayudar a otros a mejorar en su propio trabajo, llevándoles a madurar como personas, a ganar en seguridad, a I crecer en fortaleza. Contribuiremos así a llenar de claridad y honradez esos ámbitos tan necesitados de rectitud, I como son el mundo de la empresa, de la política o de las I artes, de la moda o de la comunicación. Siendo de verdad \luz de Cristo, iluminaremos hasta los más ocultos rincones de cualquier actividad humana. Sería triste que por negli-gencia o apatía quedara oculto el mensaje cristiano, la luz |del Evangelio. "No se enciende una lámpara -había dicho Maestro- para ponerla bajo el celemín, sino sobre el candelero, para que ilumine a todos los que están en la casa. Brille así vuestra luz ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos" (Mt 5, 15-16).

Ofrecer el trabajo a Dios

El trabajo se convierte en fuente de fortaleza si, además de hacerlo bien y con rectitud, se ofrece a Dios. Acordemos que el Señor aceptó el trabajo de Abel y en cambio rechazó el de Caín. ¿Por qué? Pues porque mientras la ofrenda de Abel era fruto de su fe, la de Caín 175 procedía de su egoísmo. Lo dice la Carta a los Hebreos-"Por la fe, Abel ofreció a Dios un sacrificio más acabado que el de Caín; por ella fue declarado justo, dando Dios testimonio favorable de sus ofrendas y, por ella, aun muerto, habla todavía" (Hb 11, 4). Por su ambición y orgu-llo, Caín ofreció a Dios lo peor. Pero Dios, entonces y ahora, pone como condición para recibir la ofrenda, que sea sin defecto (cf Lv 22, 19-20). Ofrecerle algo imperfec-to, inacabado, denota incompetencia, falta de amor, poca finura de espíritu.

No se piense por esto que la competencia que el Señor pide es fruto de una especial habilidad o de una pene-trante o sutil

inteligencia. Si así fuera, pocas serían las personas que podrían aspirar seriamente a la santidad. No. Dios lo único que pide es que le ofrezcamos un trabajo bien hecho, de acuerdo con nuestras personales dotes o condiciones, con todo el amor que podamos. Pero no olvidemos que el amor, para que sea de calidad, ha de estar marcado por la cruz, por el sacrificio. Sólo entonces, gracias a la entrega y abnegación que se pone en él, se convierte el trabajo en medio de santificación. Por eso no debe extrañar que, al realizar la tarea diaria, nos topemos con la cruz. Es así como algunos han descubierto la trascendencia del trabajo bien hecho. En el libro de Camino se refiere una experiencia en este sentido. "Me preguntan: ¿por qué esa Cruz de palo? -Y copio de una carta: 'Al levantar la vista del microscopio la mirada va a tropezar con la Cruz negra y vacía. Esta Cruz sin Crucificado es un símbolo. Tiene una significación que los demás no verán. Y el que, cansado, estaba a punto de abandonar la tarea, vuelve a acercar los ojos al ocular y sigue trabajando, porque la Cruz solitaria está pidiendo unas espaldas que carguen con ella'" (Camino,277).

Unida a la cruz de Cristo, cualquier tarea honesta es susceptible de ser ofrecida a Dios. Y es que, además, tal sacrificio sirve para completar -en frase del Apóstol- lo que falta a la pasión de Cristo por su Iglesia (Col 1,24). ¡Qué estimulante resulta entonces trabajar bien, con rectitud, hasta el final aunque acabemos agotados, si estamos redimiendo con Cristo en favor de su Iglesia! Un corazón entregado, alegre y enamorado -decía Emerson-, llega hasta el fin del camino; un corazón triste se muere de cansancio apenas ha comenzado. Sí, el Señor sólo acepta el sacrificio que procede de un corazón generoso, alegre, enamorado. Y, como es más generoso que nosotros, responde siempre dándonos en abundancia sus dones. Entre otros, uno que necesitamos especialmente: el de fortaleza, que es energía para la voluntad, flexibilidad para la inteligencia, finura para captar rectamente el sentido de las cosas.

Dos defectos: el activismo y la ociosidad

Laboriosa no es la persona que hoy se "mata" por trabajar y mañana se queda de brazos cruzados. Laboriosa es la que cada día,

con perseverancia y amor, se some-te a un plan de trabajo, la que hace con orden y discipli-na no lo que le gusta sino lo que debe hacer. Cuando falta el amor a Dios, aparece la desgana, la apatía, de donde se sigue la negligencia, que muchos confunden con el olvido o la falta de memoria. Quien no hace lo que debe, no sólo ofende a Dios, sino que se expone a faltar contra la justí-cia, y puede llegar a lesionar su dignidad como persona. La apatía, la desgana o el desinterés es como el sepulcro del amor, todo un fracaso para el cristiano que por el Bautismo ha recibido en abundancia la semilla del verdadero amor.

En la raíz del desamor está la pereza. No sólo en el sentido físico de dejar pasar el tiempo sin hacer nada, lo al es fácil de advertir; sino esa otra pereza que ya vimos, insidiosa por más invisible: la pereza mental, que zam-bulle en la rutina, en la comodidad, y hace que la 177 persona actúe sin orden ni concierto. Quien cae en sus redes dará la impresión de que hace muchas cosas, pero se en-gaña, porque en realidad pierde el tiempo llevada de aquí para allá por un incontrolado activismo. Todo por falta de orden mental, por no tener un plan al que sujetarse. Se moverá mucho, será capaz de trabajar en mil cosas a la vez, pero alocadamente, sin metas ni exigencia. Elegirá lo que más le gusta y arrinconará lo que le cuesta, aquello que le exige meter la cabeza, trabajar a conciencia. Quien se deja llevar del activismo, más que trabajar mariposea, malgastando su tiempo en asuntos marginales. Y porque no sabe acabar sus trabajos, se pasa la vida comenzando. Para ser eficaces, humana y sobrenaturalmente, hemos de atenernos a un plan riguroso de trabajo, sujetando la imaginación, poniendo los medios para luchar contra las distracciones. Ganaremos así en orden y seriedad.

Si el activismo es dañino, aún más lo es la ociosidad. Un mal que aqueja al hombre desde antiguo. El ocioso no sólo deja improductivos sus talentos, sino que además se expone a todo tipo de tentaciones. Al vivir sin hacer nada, con demasiado tiempo para sí mismo, dejará que la imagi-nación campe por sus fueros, y acabará arrastrado por la novelería, el chisme o la crítica, o por lo que es más grave aún: la murmuración, la difamación o la calumnia. La virtud de la fortaleza ayuda a salir de esa espiral viciosa. Recuerda san Juan Crisóstomo, en su Homilía sobre Priscila y Águila, que cuando "el hierro yace ocioso, consumi-do por la herrumbre, se torna blando e

inútil; pero si se lo emplea en el trabajo, es mucho más útil y hermoso y apenas si le va a la zaga a la misma plata. La tierra que se deja baldía no produce nada sano, sino malas hierbas, cardos y espinas y plantas infructuosas; mas la que se cultiva, se llena de suaves frutos. Para decirlo en una palabra: todo se corrompe por la ociosidad y se mejora por la actividad que le es propia". 178

La ociosidad puede combatirse mediante un plan de trabajo exigente, que ayude a fortalecer la voluntad y facilite el aprovechamiento del tiempo. Esto será imposible sin un mínimo de orden, sin un pequeño plan que nos indique lo que se ha de hacer en cada momento. "Guarda el orden y orden te guardará", aconsejaba san Agustín. No bastan los buenos deseos ni las buenas intenciones. Quien no se sujeta a un plan concreto, a un horario preciso, atropellará su tiempo y caerá en la inquietud y en el desasosiego. Es importante tener en la mente a este respecto una jerarquía de valores, clara y operativa, de modo que prestemos atención a lo más prioritario. En esta jerarquía pueden distinguirse tres niveles, como ya apuntábamos: Dios, la familia y el trabajo.

* Dios. Es el primero, porque debemos amarle con todo el corazón, con toda la mente, con todas las fuerzas. Se trata de un amor de plenitud, que abarca todo cuanto por cristianos tenemos obligación de hacer, tanto en el terreno espiritual, como en el profesional o social. Este amor crece y se desarrolla mediante la oración, el cultivo de las virtudes y la recepción de los sacramentos. A esto se han de añadir las obras de misericordia, tanto corporales como espirituales, ya que para que el amor a Dios sea auténtico debe proyectarse necesariamente en el prójimo.

* La familia. Ocupa un lugar preferente en la vida del cristiano. A ella se le debe dedicar lo mejor del tiempo disponible, con generosidad, poniendo cabeza y corazón en lograr que todos se sientan unidos por un mismo amor. Lógicamente, para esto habrá que recortar el tiempo dedicado a otras tareas u ocupaciones que, respecto de la familia, son secundarias. En la familia, además, se ha de prestar atención especial a la formación humana y espiritual de los hijos, al descanso, al cuidado del hogar, a todo cuanto pueda contribuir a 179 crear una atmósfera grata, en la que todos participen y se sientan a gusto. En aras de esa pacífica convivencia, muchos han prescindido

del televisor a la hora de las comidas con el fin de poder conversar con sus hijos compartiendo con ellos experiencias y gozando de una sobremesa tranquila.

* El trabajo. Aunque en tercer lugar, es imprescindible para sacar adelante a la familia. Pero sin olvidar que es un medio y no un fin. De ahí que dedicarle más tiempo del necesario sería un desorden, y más aún si nos dejáramos absorber por él con menoscabo de nuestras relaciones con Dios o con la familia. Es preciso por esto alejarse tanto del activismo como de la pasividad. Del primero, porque acabaríamos agotados, hurtando fuerza e ilusión a la familia, que tanto nos necesita. Del segundo, porque la pasividad, el hacer las cosas con desgana, aumenta el desaliento, incapacitándonos para transmitir alegría y optimismo a los demás.

Con un orden claro de prioridades se tiene mucho ganado a la hora de actuar. Es garantía de paz y serenidad, antídoto eficaz contra el mal humor o las salidas de tono. El equilibrio interior de la persona ordenada, le permite sacarle partido al tiempo, trabajar con ilusión, tenacidad y constancia. Supera así con facilidad los desánimos, evita las quejas inútiles, persevera en el trabajo, sonríe en las dificultades. Todo lo cual tiene una repercusión directa en la familia. Los hijos esperan como agua de primavera el buen ejemplo de sus padres. De ellos aprenden a trabajar con orden, a ser constantes, recios y animosos. En una palabra, la familia entera sale beneficiada cuando se dan a las cosas el valor que tienen, cuando no se pierde de vista el querer de Dios.180

eficaces por la oración

Metidos de lleno en la labor diaria, no es extraño que la vida espiritual de muchos se resienta por falta de oxígeno. Y para un cristiano el oxígeno es la oración. Es donde el alma entra en sintonía con Dios, se enreca la voluntad y el entendimiento adquiere una visión más profunda de las cosas. La oración viene a ser como el combustible del espíritu, fuerza y estímulo para afrontar con tesón y optimismo la tarea diaria. Pero es preciso saber qué es orar. Porque sería un error pensar que se trata de un simple mascullar de palabras,

repetición mimética o rutinaria de frases sueltas e inconexas. No. La oración no consiste "en decir 'Señor, Señor', sino en disponer el corazón para hacer la voluntad del Padre (Mt 7, 21)" (CEC2611).

La oración, como afirma santo Tomás, "es el acto propio de la criatura racional" (S. Th. 2-2 q. 83, a. 10). Pues el hombre, hecho a imagen y semejanza de Dios, es en la oración donde comprende en profundidad que es limitado, que depende en todo de su Creador. Sí, "la oración -enseña Juan Pablo II- es el reconocimiento de nuestros límites y de nuestra dependencia: venimos de Dios, somos de Dios y retornamos a Dios. Por tanto, no podemos menos de abandonarnos en Él, nuestro Creador y Señor, con plena y total confianza (...) La oración es ante todo, un acto de inteligencia, un sentimiento de humildad y reconocimiento, una actitud de confianza y de abandono en Aquel que nos ha dado la vida por amor" (Alocución, 14-111-1979).

Impulsado por su prejuicio ateo, Nietzsche llega a afir-mar: "Es cosa vergonzosa orar". A lo que Alexis Cairel, Premio Nobel de Medicina, le responde: "Realmente es tan vergonzoso orar como beber o respirar. El hombre tiene tanta necesidad de Dios como del agua o del oxígeno. Sí, el hombre necesita del influjo de la oración para 181 remontarse a las alturas de la unión con Dios; sólo así dará sentido sobrenatural a su vida y conseguirá que todas sus acciones sean eficaces. En la oración, a la vez que se saborea el inmenso amor que Dios nos tiene, se consigue la fuerza para superar las tendencias desordenadas. Pero necesitamos que alguien nos guíe y enseñe. En Jesucristo se encuentran las claves para introducirnos en un diálogo vivo y confiado con Dios. En primer lugar llamándole Abbá -papá-, como él mismo hacía, reflejo de la infancia espiritual que tenía como hombre. Era a su vez reflejo de ese otro diálogo que se da de continuo en el seno de la Santísima Trinidad, entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Un diálogo intratrinitario del que Jesús, como Dios, gozó en todo momento.

Los evangelistas dejan constancia de que Jesús hacía oración todos los días, al comienzo y final de cada jorna-da. Donde se encontrase, con entera naturalidad, se apar-taba de la multitud para orar a solas con su Padre Dios. El suyo era un coloquio íntimo y confiado, un diálogo de amor del que -como hombre- tenía necesidad.

Templaba así su espíritu, restauraba fuerzas, pedía consejo en los momentos más decisivos. En tres ocasiones narran los evangelistas la intensidad de su oración: durante los cuarenta días que pasa en el desierto antes de iniciar su vida pública, en la elección de sus discípulos y en la agonía de Getsemaní. Son tres momentos en los que pasa la noche entera en oración.

Podemos observar en la oración de Jesús una nota especialmente significativa, resumen de todas las demás: su obediencia rendida al Padre. En Getsemaní, por ejemplo, aun roto de dolor, se identifica plenamente con lo que el Padre le pide. Así lo describe Mateo, junto con los otros sinópticos: "Y adelantándose un poco, cayó rostro en tierra, mientras oraba diciendo: 'Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz; pero no sea como yo quiero, sino como quieres Tú'" (Mí 26, 39). Tan grande llega a ser su dolor, que un ángel -una criatura- tiene que reconfortar-le. Y más sorprendente aún: de su frente brotan gotas de sangre que caen en tierra, como para subrayar la intensidad de su sufrimiento (cf Le 22, 44). Con todo, ni una queja ni un lamento. Se abandona por completo en las manos de su Padre Dios.

Tal oración es reflejo de la filiación divina de Jesús. Una actitud filial de abandono, que desde entonces va a caracterizar la oración de sus discípulos. La síntesis más perfecta de esta oración la encontramos en el Padrenuestro, la oración cristiana por excelencia. Pero es preciso aprender a orar. Pues aunque sus discípulos le habían visto levantarse temprano, casi de madrugada, para orar, no sabían de qué hablaba ni cómo lo hacía. Tal vez en un principio movidos por la curiosidad, le preguntan. Y él les señala el camino: para orar debían dirigirse a Dios llamándole con toda naturalidad Padre, Abbá. Haciéndolo así, no sólo lo alabarían y le darían gracias, sino que podrían pedirle cuanto necesitaran. Y todo con sencillez, llenos de confianza. Les costó entenderlo a la primera. Porque pasará tiempo y se les ve aún dominados por sus pasiones, por unos puntos de vista tan estrechos que muchas veces sucumben a sus egoísmos. ¿Es que dudaban de la eficacia de la oración? Probablemente no. Pero, si la hacían, no acababa de influir en sus vidas. Encorsetados por unos planteamientos tan terrenos, se quedan en una visión plana de las cosas. Jesús, que lo sabe, les advierte poco antes de ser prendido en el

huerto: "Velad y orad para no caer en la tentación; pues el espíritu está pronto, pero la carne es débil" (Mt 26, 41).

Ni siquiera en un momento tan sublime como aquél prestan atención a lo que les dice. Son débiles y se duermen. Un sueño producido más por la tristeza que por el cansancio. Estaban desalentados. Por eso caen primero presa del abatimiento y luego de la infidelidad, para acabar abandonando a su Señor. Y es que el hombre, sin el impulso de la oración, queda atenazado por sus miserias, impotente para seguir de cerca al Maestro. Pero Jesús ni se impacientó entonces ni se impacienta ahora. Conoce nuestras debilidades, nuestra pereza e inconstancia para llevar a cabo lo que nos proponemos. A los Apóstoles les dirá que aguarden en Jerusalén la llegada del Paráclito, el Consolador, que los fortalecerá y les dirá lo que tienen que hacer. Y allí permanecen en oración hasta Pentecostés.

La eficacia, no lo olvidemos, le viene al cristiano por la oración. Somos débiles y en muchas ocasiones no sabemos cómo orar, ni siquiera qué pedir. Hemos de dejar que intervenga el Espíritu Santo, que se manifiesta -escribe el Santo Padre- "ante todo y sobre todo como el don que Viene en auxilio de nuestra debilidad"... 'Nosotros no sabemos cómo pedir para orar como conviene; mas el mismo Espíritu intercede por nosotros con gemidos inefables' (Rm 8,26). Por consiguiente, el Espíritu Santo no sólo hace que oremos, sino que nos guía 'interiormente' en la oración, supliendo nuestra insuficiencia y remediando nuestra incapacidad de orar. Está presente en nuestra oración y le da una dimensión divina (Orígenes)... La oración por obra del Espíritu Santo llega a ser la expresión cada vez más madura del hombre nuevo, que por medio de ella participa de la vida divina" (DeV 65).

De este modo, los gemidos provocados por nuestras miserias se transforman por el poder de la oración en gritos de alabanza, y nuestra misma debilidad, fortalecida por la gracia, se hace capaz de emprender obras de altura. Ciementada pues en la fe y alentada por la esperanza, la oración llena de optimismo, hace resistentes al desaliento, recios en la virtud. El Paráclito ora e intercede por nosotros cuando somos humildes, cuando dóciles a sus inspiraciones, respondemos con prontitud. Ciertamente Dios, como Padre, sabe muy bien lo que necesitamos, pero quiere que se lo

pidamos con fe y humildad, seguros de que nos escuchará. Por esto dice: "Pedid y se os dará; buscad y encontraréis; llamad y se os abrirá. Porque todo el que pide, recibe; y el que busca, encuentra; y al que llama, se le abrirá" (Mt7, 78). Recibiremos lo que necesitamos si lo pedimos con fe, si nos abandonamos en sus manos. Ahora bien, es importante observar que Jesús no dice "se os dará lo que pedís", sino sólo "se os dará". Pues aunque la oración es siempre eficaz, esto no quiere decir que consigamos todo lo que pidamos. El Señor, y sólo El, sabe lo que nos conviene. Por tanto, identificados con su voluntad, siendo pacientes, a su debido tiempo recibiremos lo que más nos conviene, que será siempre lo mejor. "Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar a vuestros hijos cosas buenas, ¡cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará cosas buenas a quienes se las pidan!" (Mt7, 11).

Tiempo para la oración

Quizá estemos convencidos de la necesidad y eficacia de la oración. Pero seguramente nos preguntaremos: ¿cuándo hacerla? Responder a esta pregunta es una cues-tión personal. Porque evidentemente el tiempo lo tenemos contado, a nadie por lo general le sobra. Lo normal es que nos excusemos diciendo que nos es imposible hacerla. Aun los mejor dispuestos pueden disculparse diciendo: "¡Cómo puedo dedicarle un tiempo si cuando llego a casa estoy rendido!". Y lo más probable, además, es que tengan que echar una mano en las tareas del hogar. Ciertamente no es fácil dar con un tiempo para la oración. Sin embar-go, no podemos quedar tranquilos viendo como pasan los días sin dar con la solución. Por desgracia son pocos los que la practican. Unos porque se escudan en la falta de tiempo; otros por falta de Interés, ya que incluso olvidaron las oraciones que aprendieron de labios de su madre. En

185definitiva, ni siquiera practican la oración -vocal, que no exige apenas tiempo ni interfiere en el trabajo ni en la dedica-ción a la familia. Al alcance de todos está la posibilidad de recitar una breve oración al salir de casa, al comenzar el trabajo, al ir de viaje, al comer o al acostarse... El efecto de esa breve oración es inmediato: robustece

el alma, llena de paz y nos hace personas agradecidas, capaces de emprender cualquier tarea con serenidad.

No obstante, aunque la oración vocal es importante, no es la única ni la principal. Existe otra más interior y profunda, que no brota de los labios sino del corazón: es la oración mental, en la que el hombre se recoge unos minutos y se abre al diálogo con Dios. En este tipo de oración el corazón tiene un papel principal, pues el corazón es la morada del Señor, como Él mismo dice: "donde yo estoy, o donde yo habito (según la expresión semítica o bíblica: donde yo 'me adentro'). Es nuestro centro escondido (...), el lugar de la verdad, allí donde elegimos entre la vida y la muerte. Es el lugar del encuentro..." (CEC 2563), de donde brota el diálogo con Dios, de modo silencioso, sin ruido de palabras. Basta dirigirse a Él con piedad de niños, con entera confianza, seguros de recibir la fuerza que necesitamos.

Vale la pena dedicar unos minutos al día a entablar diálogo con el Señor. Nuestro ser entero saldría beneficiado. V eso aunque emocionalmente estemos fríos o nos encontremos cansados. No debe importarnos. Si la afectividad acompaña, bien; pero si falta, basta al menos el deseo de querer. La clave de la oración está en el amor. Por eso, refiriéndose a ella, decía la santa de Ávila que "no es otra cosa, a mí parecer, sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama" (Vida, 8). Las palabras en este caso son elemento secundario. Lo que importa es amar a Dios, dándole gracias de corazón por habernos hecho hijos suyos. Sí nos vemos algo egoístas, pidámosle perdón con sencillez y la gracia necesaria para ser más generosos. Un rato diario de oración es suficiente para no quedarnos raquíticos espiritualmente, sin fuerzas ni coraje para ascender hasta las cumbres del amor de Dios.

No es preciso disponer de mucho tiempo, pero sí es imprescindible convencerse de la importancia de la oración y de la posibilidad de hacerla. A nadie se le ocurre decir, por ejemplo, que no tiene tiempo para comer o para dormir. Es evidente que si descuidara algo tan elemental atentaría gravemente contra su vida. Con la oración pasa igual: nos va la vida. En el fondo es cuestión de querer, ya que hace más el que quiere que el que puede. Quien se empeña en hacer oración, acaba encontrando un hueco en su jornada para quedarse a solas con su Padre Dios. De ahí que "no se hace oración cuando se

tiene tiempo, sino que se toma el tiempo de estar con el Señor con la firme decisión de no dejarlo y volverlo a tomar, cualesquiera que sean las pruebas y la sequedad del encuentro. No se puede meditar en todo momento, pero sí se puede entrar siempre en contemplación, independientemente de las condiciones de salud, trabajo o afectividad..." (CEC 2710).

Dedicando un rato a la oración, luego a lo largo del día sentiremos de cerca la presencia de Dios, su estímulo y delicadezas de Padre. Son momentos, cuando se advierten, para hacer un pequeño parón y dejar que hable el corazón. Puede suceder en el trabajo o al ir por la calle, en casa con los nuestros o cuando disfrutamos de un merecido descanso. Son ocasiones todas ellas para que aflore un diálogo encendido con el Señor, preludio de esos otros encuentros más remansados junto al sagrado o recogidos en cualquier otro lugar. Importa que en esos momentos sujetemos la imaginación, que luchemos contra las distracciones, para escuchar lo que Dios quiere decirnos. 187

Lo normal es que en la oración, además de alabar a Dios y agradecerle sus dones, le pidamos cuanto necesitamos para nosotros mismos y para nuestras familias. Sin olvidar, lógicamente, a cuantos nos rodean, al entero Pueblo de Dios. Pues "en el ámbito espiritual - recuerda Juan Pablo II- nadie vive para sí mismo. La saludable preocupación de la salvación de la propia alma se libera del temor y del egoísmo sólo cuando se preocupa también de la salvación del otro. Es la realidad de la Comunión de los Santos, el misterio de la 'realidad vicaria', de la oración como camino de unión con Cristo y con sus santos. El nos toma consigo para tejer juntos la blanca túnica de la nueva humanidad, la túnica de tela resplandeciente de la Esposa de Cristo" (IM 10).

Con el grato deber de pedir por las personas más próximas, parientes o amigos, tengamos presentes también a los vecinos, colegas y conocidos. Sin olvidar, como es lógico, a quienes en la Iglesia esperan el influjo de nuestra oración: desde el Papa, obispos, sacerdotes y religiosos, hasta el último de los bautizados. Todos ellos han de ser objeto de nuestra oración. Y, si somos consecuentes, hagamos también nuestros los problemas que aquejan hoy a la humanidad: guerras y terremotos, con sus secuelas de hambre,

desnutrición y pobreza, junto con esas otras carencias espirituales aún más perentorias: las de millones de personas que aún no conocen a Dios porque nadie se lo enseñó, o habiéndolo conocido viven de espaldas a sus mandamientos.

coherentes en la conducta

Sin oración es muy difícil que la fe se traduzca en obras, que haya coherencia de vida cristiana. Un peligro siempre latente nos acecha: el de la doble vida. Caen en él quienes no practican su fe, los que abandonan su vida espiritual, los que en la práctica viven al margen de Dios. Unas veces porque les avergüenza aparecer como cristianos, otras por pura frescura o descaro. Al dejar aparcadas sus creencias, se produce en tales personas una especie esquizofrenia espiritual: creen en Dios, pero lo niegan con sus obras. No se dan cuenta de que la fe exige coherencia entre lo que se cree y lo que se vive. No es una ideología ni se funda en teorías. La fe tiene por fundamento una persona: Jesucristo. Descubrirlo e identificarse con él, obliga a actuar con coherencia, responsabilidad y cordura.

Vimos cómo los cristianos del principio fueron ejemplarmente coherentes: llevaron el mensaje cristiano a todos los pueblos, confesando públicamente su fe sin temor a exponer sus vidas. Y no sólo ellos. También los mártires de todos los tiempos han demostrado una fe inquebrantable, actualizada por su amor a Dios. Desafiando el ateísmo o el agnosticismo de su tiempo, vivieron como creyeron. Se cumplía en ellos lo que afirma san Gregorio Magno: "No cree verdaderamente sino quien, en su obrar, pone en práctica lo que cree. Por eso, a propósito de aquellos que de la fe no poseen más que palabras, dice san Pablo: profesan conocer a Dios, pero le niegan con las obras" (Homilía a los Evangelios, 26.9).

Crear una cosa y después hacer la contraria es pura hipocresía. Así lo hacían los fariseos, a quienes Jesús dirige este duro reproche: "¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que sois semejantes a sepulcros blanqueados, de hermosa apariencia por fuera, pero por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda podredumbre!" (Mt 23, 27). Tenían buena doctrina, sabían cómo debían actuar, pero por comodidad no lo hacían. Querían ante todo que los admirasen, que

los tuvieran por buenos. Por esto advierte el Maestro a sus discípulos: "Haced y cumplid todo lo que os digan, pero no hagáis según sus obras, porque ellos dicen y no hacen" (Mt 23, 3). Al 189 cristiano debe importarle ante todo la sinceridad en su conducta, la autenticidad en sus obras. No para ser visto y aplaudido, sino para dar gloria a Dios, demostrando con las obras su fe y su rectitud. Cuando la fe se traduce en obras, transforma la entera existencia, aporta a la persona una nueva escala de valores, un sentido más real y trascendente de la vida. Algo de esto debía barruntar Nietzsche cuando, a pesar de su ateísmo, exclama: ¡Ay del día en que los cristianos pongan por obra su fe!

La fe, es importante subrayarlo, está llamada a influir en la vida. Queramos o no estamos ante los demás como en un escaparate: se nos mira y observa, se nos exige por cristianos coherencia en nuestra conducta. Del ejemplo que demos dependerá que quienes nos tratan se acerquen a Dios o, por el contrario, se alejen de El. Al recibir el Bautismo, nos hemos comprometido a vivir la fe, y de modo más pleno y consciente al recibir la Confirmación. No caben por tanto las componendas o las medias tintas. A los tibios el Señor los vomitará de su boca (Ap 3, 16), es decir, a los que en su conducta diaria ni son fríos ni calientes. En la vida de un hombre de fe no cabe el disimulo, la hipocresía. Por congruencia, debe ser firme de carácter, valiente y decidido. No se trata, claro está, de caer en la actitud del fanático que por intransigencia tergiversa la verdad, ni en la del "pasota" o aburguesado, que por miedo o cobardía no la defiende.

La coherencia, fundada en la fe, supone respeto por la verdad, comprensión y tolerancia para captar los puntos de vista de los demás. No es que con esto se arrojen por la borda las propias convicciones, o que se sucumba al dictado de una moral de circunstancias. Cuando hay rectitud, la verdad no asusta; simplemente se acepta sin manipularla ni adulterarla. Vivir de modo coherente es actuar con libertad de espíritu, por encima de instintos y pasiones; es amar la verdad, disfrutar con el bien, sin dejarse arrastrar por las corrientes de moda. 190

El ejercicio de las virtudes morales

Desde antiguo se ha relacionado el equilibrio personal con el ejercicio de las virtudes morales; en concreto, con la prudencia, la justicia, la fortaleza y la templanza. Forman éstas como el soporte humano de las virtudes teologales, base de la coherencia y madurez a la que todo bautizado está llamado. Veámoslo brevemente.

La prudencia. Capacita esta virtud para razonar y discernir acertadamente sobre el bien verdadero y los medios adecuados para alcanzarlo. Nada tiene que ver con la timidez, y menos con el temor, el disimulo o la debilidad. No es prudente la persona que por principio se somete o lo que otros le dicen, ni la que por sistema responde a todo con un "amén" sumiso. Tampoco lo es la que por rebeldía y haciendo alarde de libertad se compla-ce en llevar siempre la contraria, o la que pretende impo-ner su criterio, sin considerar las razones que asisten a los demás. En cambio, es prudente quien se esfuerza por ser objetivo, el que se alegra por el bien del prójimo, el que expone con sencillez sus puntos de vista, el que acepta los consejos que otros le dan con docilidad, sin querer impo-ner a toda costa sus propias opiniones. Si falta la pruden-cia, las otras virtudes no se sostienen. Así, la misma fortaleza, fuente de audacia y valentía, se convertiría en temeridad por falta de moderación o ecuanimidad.

La justicia. Inclina a dar a cada uno lo que le pertene-ce, tanto en el plano material como en el espiritual. No debe confundirse con el sentimentalismo, y menos con el paternalismo o la compasión mal entendida. Por ser virtud, no depende de la simpatía o antipatía, ni es un simple dar o conceder al dictado del gusto o el capricho que se experimenta en un determinado momento; eso, más que dar a otros lo que es suyo, sería signo de vani-dad, deseo de recibir injustamente una recompensa no

merecida. Se pretendería dar a los demás en función de los propios intereses. Pero la justicia excluye el egoísmo; supone honradez, rectitud, constancia. Es ver en los demás personas dignas de respeto, merecedoras de la verdad que les pertenece. Y, naturalmente, tanto si se trata de personas encumbradas como de

pobres vergon-zantes. Todos ellos, por su dignidad personal, tienen derecho a que se les reconozca su categoría, prestigio y fama. La persona justa debe ser por tanto prudente, equilibrada, ya que ha de mantener la cabeza fría al tomar las decisiones, para dar a cada uno lo suyo por encima de sus propios intereses. Y por ser justa, ha de ser también ecuánime en sus juicios, comprensivo y tolerante, abierto de mente, sin caer en ningún tipo de fanatismo.

La fortaleza. Como vamos viendo, es la virtud que nos capacita para perseverar en la búsqueda del bien, a veces arduo y difícil, haciéndonos resistir los obstáculos y contradicciones que se presentan. Protege y vigoriza la voluntad, manteniéndonos firmes en las pruebas y fieles en los compromisos. Gracias a la virtud de la fortaleza se supera el egoísmo, se combate la pereza y el alma se hace capaz de amar a Dios, sumo bien, hasta el heroísmo. La fortaleza es antídoto eficaz contra la cobardía, medio imprescindible para defender la fe y todo lo que en conciencia se considera justo. Robustecida así la voluntad, el cristiano queda liberado de sus miedos, pronto a dar su vida por Jesucristo. El acto más perfecto de esta entrega es el martirio, cumbre por excelencia de la virtud de la fortaleza

La templanza. Ayuda como virtud a moderar la tendencia desordenada al placer, al gusto o capricho personal, garantizando un justo equilibrio en el uso de los bienes. Supone dominio de sí, autocontrol, indispensable para actuar en la vida pública o privada con sensatez, moderación y honradez. Sin templanza, nadie puede reclamar para sí respeto o confianza. Ni los padres podrían exigírsela a sus hijos, ni los jefes a sus súbditos, ni los políticos a sus conciudadanos. El campo de esta virtud es amplísimo: abarca todo cuanto se refiere al comer y beber. Su aspecto más característico es la sobriedad, que es moderación en el uso de bebidas y alimentos. La persona sobria, recatada, conquista con facilidad la estima y el respeto de quienes le tratan; además exhala con naturalidad el bonus odor Christi, propio del que se ha identificado con Jesucristo.

El ejercicio heroico de estas cuatro virtudes morales permitió a los primeros cristianos superar sus debilidades hasta alzarse con la victoria. Fueron coherentes con su fe, vivieron con fortaleza y templanza de acuerdo con lo que creían. Quizá les resultara difícil codearse con los personajes ilustrados de la época por ser su cultura

más bien escasa. Pero ante los prejuicios que pudieran tener sobre ellos, esgrimían un argumento de lo más contundente: la calidad de sus obras, la congruencia de su conducta. De esto toma pie Atenágoras, cristiano filósofo y gran orador, para responder a quienes les injuriaban. "Entre nosotros -escribe- encontraréis gente ignorante, obreros manuales, inteligencias modestas; si con las palabras parecen incapaces de convencer sobre la utilidad de la doctrina, con las obras muestran la solidez de sus principios; no saben pronunciar bellos discursos, pero os muestran sus obras buenas" (Alegatio pro christianis, 11).

Se trataba, ciertamente, de obras marcadas por la sinceridad de sus vidas, por su conducta intachable. De ahí que a pesar de las persecuciones, calumnias y lisonjas que sufrieron, jamás ocultaron su condición de cristianos ni temieron ser conocidos por su fe en Jesucristo. Trans-mitían libremente, sin respetos humanos, lo que vivían. Ningún poder humano, ninguna circunstancia por hostil que fuera, les amilanaba. 193

Después de veinte siglos, se espera de los cristianos de hoy algo parecido: una fidelidad enteriza y el ejercicio coherente de las virtudes morales, lo cual obliga a dar la cara sin respetos humanos ni ambigüedades. Por tanto, sin encogimientos ni cobardías, sin miedo al "qué dirán" -sería señal de inmadurez-, es preciso actuar con una fortaleza moderada por la prudencia, sobre todo cuando los obstáculos aumentan o nos topamos con la contradicción. "Es fácil -afirmaba Juan Pablo II en la Catedral de México- ser coherente un día o algunos días. Lo difícil es serlo toda la vida. Es fácil ser coherente en la hora de la exaltación, difícil serlo en la hora de la tribulación. Y sólo puede llamarse fidelidad a una coherencia que dura a lo largo de toda la vida" (26-1-79).

Por coherencia, pues, se ha de plantar cara con mayor razón cuando están en juego los intereses de Dios. Así lo hizo, entre otros, Tomás Moro, canciller de Inglaterra, hombre de prestigio y gran humanista. No era obispo, ni cura ni fraile; era simplemente un honrado padre de familia, que aceptó la muerte sin buscarla. Con dolor, lógicamente, pero sin quejas. Se ventilaba una cuestión de la que él no podía desentenderse: el pretendido divorcio del rey Enrique VIII. Después de agotar todos los recursos, en la disyuntiva entre

seguir el dictamen de su conciencia o el juicio de los hombres, prefirió obedecer a la ley de Dios. Y fue ejecutado por mandato del rey en la torre de Londres. Allí entregó su vida a Dios lleno de paz, como un buen cristiano.

Unos siglos antes, algo parecido le había ocurrido a Tomás Beket. También él cayó en manos de otro rey verdugo, Enrique II, por preferir obedecer a Dios antes que someterse a sus caprichosas órdenes. Unos emisarios, enviados por el rey, le asesinaron en la catedral de Canterbury. Sus últimas palabras fueron: "Muero gustoso por el nombre de Jesús y en defensa de la Iglesia". 194

Tanto uno como otro entregaron sus vidas por amor a Dios, en coherencia con su fe. Es lo que a los cristianos de hoy se nos pide también, en razón de la fe que hemos reci-bido y con la prudencia que ha de caracterizar a los hijos de Dios. Porque es evidente que más de una vez tendre-mos que hacer frente a la presión de un ambiente adverso, a personas beligerantes que ni entenderán nuestra fe ni la congruencia de nuestra conducta. No debe extrañarnos que, en ocasiones, incluso lleguen a interpretar de modo torcido nuestros razonamientos. Si sucede, lo prudente será callar y rezar por ellos; luego, con toda la amabilidad de que seamos capaces, debemos hacerles caer en la cuen-ta de la inconsistencia de sus argumentos. Callar por miedo sería una cobardía. Con valentía y firmeza, hemos de mostrarles sin herir la solidez de nuestras convicciones. Actuando así, daremos tono humano y sobrenatural a quienes nos rodean, despertaremos de la indolencia y de la rutina a quienes han caído en el conformismo, o a los que por cobardía adoptaron una actitud de indiferencia.

prontitud para rectificar

Sin fe, con una visión insustancial de la vida, es fácil dejarse arrastrar por la ambición o el deseo de bienestar material. La felicidad que los bienes materiales reportan es efímera, transitoria. Esperar de ellos la satisfacción que buscamos como si fueran la panacea, es alimentar una esperanza ilusoria. Y, no obstante, hay quienes trabajan y se afanan, hasta exponer sus vidas por conseguir ese único fin. Al final, les ocurre lo que al rico insensato de la parábola, quien tras

almacenar en sus graneros el fruto de una gran cosecha, dice para sí: "Alma, tienes ya muchos bienes almacenados para largos años: descansa, come, bebe y pásalo bien". No se percataba, por su visión chata y rutinaria, que son otros los bienes que hacen feliz al 195 alma, aquellos que por ser espirituales ni se planifican ni se pueden destruir. De ahí la amonestación del Señor: "¡In-sensato!, esta misma noche te pedirán tu alma. Y lo que has preparado, ¿"para quién será?". "Así es -termina dicien-do el texto sagrado- el que atesora para sí y no es rico ante Dios" (Lc12, 16-21).

Quien vive de fe se siente impulsado a buscar una felicidad más consistente. No olvidemos que, a diferencia del animal, el hombre está dotado de inteligencia y voluntad. Por esto siente en lo más profundo de su ser el anhelo de una felicidad que nada ni nadie en la tierra puede colmar. Sólo puede hacerlo Dios, ser del todo espiritual e infinitamente misericordioso. Como Padre, quiere lo mejor para sus hijos; ilumina nuestra inteligencia y nos hace comprender dónde hemos de buscar los bienes que sacian nuestros anhelos. Por lo cual exclama el Salmista: "Oh Señor, mi Dios, te busco ansioso, sedienta de ti está mi alma, en pos de ti mi carne desfallece cual tierra seca, sedienta, sin agua" (Sal 63, 2). Sólo Dios, fuente genuina de felicidad, puede llenar el corazón del hombre, cansado de buscar en mil fuentes la felicidad que ansia.

Aunque lo sabemos, en la práctica lo olvidamos con gran facilidad. Y lo que es peor, cuando lo experimentamos, ni nos arrepentimos ni rectificamos. En unos casos por falta de tiempo para reflexionar; en otros, a causa de una conciencia laxa y a veces hasta cauterizada. No rectificamos, en el fondo, por falta de humildad, por no querer reconocer que nos hemos equivocado. Para rectificar y volver a empezar es preciso clarificar la conciencia, ver con objetividad. Porque junto a virtudes patentes, detectaremos también vicios o errores de bulto. Aceptarlos es dar el primer paso para ser felices, para ganar en sensatez. Dicen los alemanes que el hombre llega a la madurez, a la felicidad, cuando ha cometido mil errores. Siem-pre, claro está, que los reconozca. Sólo entonces estará en condiciones de cambiar de rumbo y reemprender una nueva vida.

Rectificar es muy importante, y más si se hace con prontitud. Mejora la salud mental, se tranquiliza el espíritu, desaparecen los

agobios. Es reconfortante poder decir: ¡me he equivocado! No por rabia o coraje -sería infanti-lismo-, sino por amor a la verdad, por justicia, en definitiva por dar gloria a Dios. Los aviones suelen disponer en cabina de un cuadro de mandos, a veces altamente sofisticado. Repleto de lucecitas que se apagan y encienden, advierten al piloto de los posibles errores que pueden darse en la navegación. Obedecer con prontitud a sus señales es tanto como evitar que el avión se estrelle. Más de un piloto se ha estrellado por no advertir que iba en vuelo invertido. Algo parecido sucede en las travesías del espíritu. En ocasiones se encienden en nuestro interior una especie de lucecitas que nos advierten que algo no va bien. Es la falta de paz, o de alegría, o de interés por el trabajo, o el fastidio por las cosas del hogar. A lo que le sigue toda una reata de reacciones extemporáneas en forma de mal humor, enfados, críticas, rabietas, y un largo etcétera. En esas circunstancias, el mareo del espíritu está servido. A lo más protestamos: "¡Voy de cabeza!, y así es; pero en realidad no sabemos el porqué. Perdido el norte, hemos dejado de ser dueños de nosotros mismos. Más aún, por falta de conocimiento personal, no rectificamos aunque vayamos boca abajo. Se ve entonces antes lo negativo que lo positivo, el vicio que la virtud. Las lucecitas de los indicadores siguen encendidas, indicándonos la falta de un combustible imprescindible: la humildad, y con ella la esperanza. Si se encienden es para advertirnos que debemos rectificar, si no queremos estrellarnos.

De todos modos, no confundamos tales indicadores con esos otros que son consecuencia del cansancio, de la fatiga, del estrés o el desencanto. Aparecen la mayoría de 197 las veces sin la menor culpa de nuestra parte. Lo prudente en esos casos será obedecer los consejos de una persona prudente, y si la situación lo requiere, acudir al médico y seguir con docilidad el tratamiento que indique. Ahora bien, si la causa de nuestro agotamiento más que patológica es espiritual, entonces lo sensato será recurrir a los medios espirituales que como cristianos tenemos al alcance de la mano: la oración, la frecuencia de sacramentos, el consejo de un sacerdote experimentado... Restablecido el equilibrio físico o mental, se recupera la paz, se alcanza una visión más alegre y positiva de la vida, se emprende con energía y nuevos bríos la brega diaria. En lances

como estos, nos vendrá bien recordar las palabras del Señor, que conoedor de nuestras flaquezas, nos invi-ta: "Venid a mí todos los que estáis fatigados y sobreca-r-gados, que yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas. Pues mi yugo es suave y mi carga ligera" (Mt 11, 28-30).

No quiere esto decir que se vayan a suprimir de un plumazo, como por arte de magia, el cansancio, el dolor o la fatiga; aun no se ha inventado el elixir de la eterna juventud. Sin embargo, se nos abre una puerta a la espe-ranza. Con la fuerza que nos viene de lo alto se superan los temores y los agobios, se gana en humildad y se reco-nocen mejor los fallos y errores. Se dice que rectificar es de sabios. Y así es. Sólo los testarudos, los orgullosos, se resisten a rectificar porque no admiten sus errores. Por eso, su falta de paz no es tanto producto del cansancio cuanto de la falta de humildad, de la excesiva confianza que tienen en sí mismos. "Sostenella e non enmendalla" so-lían decir los caballeros ilustres del medievo cegados por su arrogancia y espíritu altanero. En su estupidez, no se percataban de que quienes confían en sus fuerzas tarde o temprano acaban vencidos. 198

En la medida que el hombre rectifica, crece y madura en personalidad. Jesucristo llama a cada uno, como el buen pastor a sus ovejas, para ayudarnos a crecer en sensatez, para que ganemos en personalidad. Porque sabe de qué pie cojeamos, quiere curarnos. A nadie obliga; desea que nos acerquemos a él libre, voluntariamente. Pero a veces le respondemos con la ingratitud. Se cumple de nuevo la expresión dolorida que narra san Juan: "Vino a los suyos, pero los suyos no le recibieron" (Jn 1, 11). En efecto, aque-llos hombres habían contemplado con sus ojos la multitud de signos y prodigios que demostraban -y demuestran-que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios; pero ni creían entonces ni tampoco muchos creen ahora. El dolor del Señor es inmenso, parecido al que experimentó a la vista de Jerusalén cuando comprobó su impenitencia. Fue la obstinación y falta de voluntad de aquellas gentes lo que les impidió rectificar. Tan grande llega a ser su dolor, que como registra san Lucas lloró sobre la ciudad, diciendo: "¡Si supieras en este día lo que te lleva a la paz! Pero ahora está oculto a tus ojos. Días vendrán sobre ti en que tus enemigos te

rodearán..., te cercarán y te estrecharán..., porque no has conocido el tiempo de la visita que se te ha hecho" (Le 19, 41-44).

Es el drama que se reproduce a diario en el interior de cada persona cuando, por ir a lo suyo, da la espalda al Hijo de Dios encarnado. Nacidos para amar, para ser felices, rechazamos al que viene a salvarnos, a llenarnos de alegría y de paz. Todo un despropósito. Pero es la condición del hombre. Por un miserable plato de lentejas -pasiones, ambiciones, egoísmos-, rechaza al Príncipe de la paz, al que trae el sosiego y la fortaleza que necesitamos, al que viene para devolvernos la libertad. Y sabiéndolo, ni nos arrepentimos ni rectificamos.

Al hacernos a su imagen y semejanza, Dios nos ha concedido junto con la gracia el maravilloso don de la libertad personal. Quiere al hombre dueño y señor de sus actos, no esclavo ni autómatas; y esto aun a riesgo de que abusando de su libertad se vuelva contra El. Podría haber-nos hecho irresistibles a su gracia. Pero ha querido hacer-nos libres, y en consecuencia plenamente responsables. Aunque nos rebelemos y caigamos, siempre está abierto al perdón si nos arrepentimos. En un abrir y cerrar de ojos puede convertir a un empedernido pecador en un santo de altura. Y esto tanto por obra de su misericordia, que es infinita, como por la correspondencia libre del hombre, que tiene capacidad para rehacer su mala vida.

La Sagrada Escritura está repleta de testimonios que llenan de esperanza. Entre otros, el caso del rey David, que ya vimos. Hombre bueno y piadoso. No obstante, a pesar de sus muchas virtudes se deja arrastrar por la pasión y comete dos pecados gravísimos: uno de adulterio con Betsabé, la mujer de Urías, uno de sus oficiales; otro de colaboración directa en la muerte del propio Urías, al mandar que le pongan en primera línea de un encarnizado combate (2 S 11). Advertido el rey por el profeta Natán de la gravedad de estos dos pecados, los reconoce y llora profundamente. A solas, en su oración ante el Señor, confiesa: "Contra Ti solo he pecado, y lo malo a tus ojos cometí" (Sa/51,5-6). Después del arrepentimiento, la esperanza de recuperar la gracia, y con ella la amistad con Dios. "Crea en mí, oh Dios -le pide confiado-, un corazón puro, renueva en mi pecho un espíritu firme... Devuélveme la alegría de tu salud, afianza en mí un

espí-ritu generoso... Un corazón contrito y humillado, oh Dios, tú no lo desprecias" (Sal51,12.19).

Dios sólo pide al pecador que sea humilde, que se arrepienta y rectifique. Y pecadores somos todos, nadie es impecable. Santa no es la persona que nunca ha pecado, sino la que llena de humildad, sinceramente arrepentida, sabe pedir perdón en cuanto se da cuenta de que ha 200ofendido a Dios. Si nos cuesta rectificar, pidámosle al Señor, como el rey David: "Dame, Señor, un corazón contrito y humillado, que me llene de esperanza, me proteja en las tentaciones, me defienda de los egoísmos y me salve de las actitudes soberbias". Cuando se pide con fe, la bene-volencia divina se vuelca con el pecador arrepentido, dán-dole la gracia que le hace saborear la alegría y fortaleza de ser hijo de Dios.

Rectificar -y mejor si se hace con prontitud- es cami-no seguro de reconciliación con Dios y con el prójimo. Supone "una reorientación radical de toda la vida, un retorno, una conversión a Dios con todo nuestro corazón, una ruptura con el pecado, una aversión del mal, con repugnancia hacia las malas acciones que hemos cometi-do. Al mismo tiempo, comprende el deseo y la resolución de cambiar de vida con la esperanza de la misericordia divina y la confianza en la ayuda de su gracia. Esta conversión del corazón va acompañada de dolor y triste-za saludables que los Padres llamaron "animi cruciatus" (aflicción de espíritu), "compunctio cordis" (arrepentimien-to del corazón)" (CEC 1431).

Dios, repitámoslo, purifica y fortalece a quien se arre-piente, aun cuando hayan sido muchas sus ofensas y pe-cados. "Yo no me complazco en la muerte de nadie -nos recuerda-, sea quien sea. Convertios y vivid" (Ez18, 32). Si reconocemos nuestra personal fragilidad, estaremos en condiciones de decir: "Conviértenos, Señor, y nos conver-tiremos" (Le 5, 21; Jr3í, 18), dispuestos a reiniciar la lucha con más amor. Muy claramente lo expresa san Agustín, cuando dice: "¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé! He aquí que Tú estabas dentro de mí y yo fuera, y por fuera te buscaba... Tú estabas conmigo, mas yo no estaba contigo. Me tenían lejos de Ti las cosas que, si no estuviesen en Ti, no serían. Tú me llamaste 201claramente y rompiste mi sordera; brillaste, resplandecis-te y curaste mi ceguedad" (Confesiones 10, 27.38).

No caigamos, por tanto, en el error de pensar que la santidad está reservada a seres extraordinarios, libres de deficiencias y malas inclinaciones. La santidad depende de la gracia divina y de nuestra personal correspondencia. Por tanto, "todos los cristianos, de cualquier clase o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección del amor" (LG 40). Porque, aunque cargados de miserias, Dios nos ama con locura. Basta que, como el hijo pródigo, rectifiquemos y pidamos perdón. El Espíritu Santo nos inspirará sentimientos de profundo dolor, y las oscuridades del alma se transformarán por obra de la gracia en luz y claridad, en amor abrasador. 202

V. CON EL PODER DEL ESPÍRITU

Señor y dador de vida
Fortaleza para nuestra debilidad
En sintonía con el espíritu
Humildad
Docilidad
Purificación interior
Fidelidad
Retorno a la casa del padre
Necesidad de conversión
Perdonar para ser perdonados
Alimento para el caminante
La intercesión de María

La meta que como cristianos nos proponemos es ciertamente atractiva, apasionante. Pero seríamos unos ilusos si pensáramos que podríamos alcanzarla por nuestras propias fuerzas. Para superar nuestras debilidades, para llegar a ser realmente sa/y luz de la tierra, necesitamos la fuerza de lo alto, el poder de Dios que es infinito. El nos ayuda con el impulso de su Espíritu, nos reviste de su fortaleza.

En la antigua Grecia se ungía con aceite a los atletas y a los luchadores para hacerlos fuertes, combativos, y que pudieran alzarse con la victoria. Dios lo hace mejor. Nos unge con óleo en el sacramento del Bautismo, y luego en el de la Confirmación, no para que alcancemos una gloria efímera, sino otra de mucho mayor calado: la posesión del mismo Dios, y con Él la felicidad eterna. El mismo nombre de cristiano significa eso: "ungido". A semejanza de Cristo, a quien "Dios ungió con el Espíritu Santo" (Hch 10, 38), el cristiano recibe por la unción la plenitud del Espíritu, don por el que se robustece el alma y se capacita para dar testimonio de Cristo sin ningún temor, con total audacia y valentía.

Con esa fuerza, el cristiano puede realizar su misión de difundir la "buena nueva", el mensaje de Cristo, con el ejemplo y la palabra, en todos los ámbitos y culturas. En el lugar en que se

encuentre, de acuerdo con los talentos recibidos, siendo uno más en ese gran teatro del mundo 203 que tan magistralmente escenificó Calderón de la Barca. Sus armas son espirituales: los dones y las virtudes, junto con la oración y la práctica de los sacramentos. Viviéndolos, será capaz de transmitir una visión positiva y optimista de la vida, comunicará paz y alegría a quienes las necesitan. Se topará sin duda con el cansancio, sentirá de cerca el zarpazo de sus miserias, pero si confía en Dios y lucha, llegará hasta el final. No es propio del cristiano quejarse o responder con un "no puedo". Lo suyo es volver cada día al tajo con más amor en su corazón, con la mirada puesta en lo alto.

Resulta muy aleccionador a este respecto el ejemplo de Viktor E. Frankl, siquiatra vienes, superviviente del holocausto de Auschwitz. También él experimentó de cerca la fatiga, lo que significa llegar al límite de las fuerzas y decir "no puedo más", "ya basta". Un día, cuando su desaliento era extremo, descubre en el amor la fuerza que necesitaba. Lo relata en su obra *El hombre en busca de sentido*. En una de las habituales caminatas que daban los prisioneros por los campos helados próximos al campamento, pensó en la inutilidad de su dolor y sufrimiento. No sabía si su mujer, detenida como él, vivía o no. Caminaba a duras penas y con enorme dificultad conseguía levantar la vista del suelo. De pronto, sin saber cómo, "mi mente se aferraba a la imagen de mi mujer, a quien vislumbraba con extraña precisión. La oía contestarme, la veía sonriéndome con su mirada franca y cordial... Su mirada era más luminosa que el sol del amanecer... Fue entonces cuando aprehendí que la salvación está en el amor y a través del amor. Comprendí cómo el hombre, desposeído de todo en este mundo, en una situación de total desolación, puede realizarse en la amorosa contemplación del ser querido".

Sumido hasta ese momento en el dolor y la desesperanza, descubre que por encima del dolor y del 204

sufrimiento existe un resquicio para la esperanza. Gracias a esa luz, consigue dar con el sentido de su vida hasta desafiando los obstáculos que le atenazaban. Termina diciendo: "Si hubiera sabido entonces que mi mujer estaba muerta, creo que hubiera seguido entregándome a la contemplación de su imagen y que mi conversación

mental con ella hubiera sido igualmente real y gratifican-te". Había descubierto en el amor la fuerza, el sentido real de la existencia.

Al cristiano -saberlo reconforta- le asiste una fuerza mucho mayor: la del Espíritu. Fue El quien llenó de fuer-za y vigor a los Apóstoles en el cenáculo, el que los trans-formó y convirtió en hombres valientes y audaces. Una fuerza que reside justamente en el amor. Porque el Espíri-tu Santo es el amor mutuo y personal que desde la eter-nidad se tienen el Padre y el Hijo. Amor infinito, inmuta-ble, soberanamente perfecto en el que el Padre y el Hijo, amándose el uno al otro, aman de continuo a sus criatu-ras. Esta es la maravilla: que el Espíritu del Señor venga en nuestra ayuda, que actúe dentro de nosotros, que nos preste su poder. Gracias a su influjo, los primeros cristia-nos fueron capaces de hacer frente a las situaciones más hostiles, venciendo el miedo y plantando cara a todo tipo de obstáculos y contrariedades. Se cumplía en ellos la promesa de Jesús: "Cuando os entreguen, no os preocu-péis de cómo o qué habéis de hablar, porque os será dada en aquella hora lo que habéis de decir. Pues no sois voso-troslos que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre el que habla en vosotros" (Mí 10, 19-20).

Después de veinte siglos, el Espíritu sigue actuando, llenándonos de fortaleza. Por si lo hubiéramos olvidado, el Apóstol nos recuerda: "No recibisteis espíritu de servi-dumbre para recaer en el temor, sino que recibisteis el Espíritu de hijos adoptivos, con el cual clamamos: ¡Abbá, Padre! Pues el Espíritu mismo da testimonio junto con 205 nuestro espíritu de que somos hijos de Dios" (Rm 8, 15, 16). Y se lo recuerda especialmente a los tibios, a los inde-cisos, a los atemorizados, a todos aquellos que en lugar de comportarse como hombres libres, actúan como esclavos ¿Acaso hay obstáculo, por grande que sea, que no pueda superar un hijo de Dios? Cuando lo olvidamos, aparece el desánimo, la desesperanza y hasta la depresión, que estrangulan la vida del espíritu. Y esto es grave. ¿Quién transmitiría entonces la paz y la alegría, el verdadero gozo en el Espíritu, a quienes aún "gimen y sufren dolores de parto (...) a la espera de la manifestación de los hijos de Dios"? (w. 22 .19).

SEÑOR Y DADOR DE VIDA

Cuando recitamos el símbolo de fe -el Credo-, invocamos al Espíritu Santo como "Señor y dador de vida". Lo proclamamos con la convicción de que actúa en nuestra alma, en la de cada cristiano. Al cantar o recitar el "Veni, Creator Spiritu", lo reconocemos como don del Altísimo, como fuente de agua viva por medio de la cual podemos saciar nuestra sed de verdad y de bien, de libertad y amor.

A ese don y a esa agua viva se refería Jesús cuando hablaba con la Samaritana junto al pozo de Jacob. Cansado y sediento le había pedido de beber. Pero la mujer se excusa, no le atiende. Es entonces cuando le dice: "Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice 'dame de beber', tú le habrías pedido y él te habría dado agua viva" (Jn 4, 10). Ante la flaqueza y miseria de esta mujer, Jesús se "olvida" de beber. Ya no le pide, le da; o mejor, se da él mismo. Le habla del agua viva con la que en adelante podrá saciar su sed de felicidad. "Quien beba del agua que yo le daré será en él una fuente que salta hasta la vida eterna" (v. 14). La mujer queda sorprendida, como fuera de sí. Aún no comprende, pero siente que se le incendia el corazón. Sin más preámbulo, le suplica: "Dame, Señor, de esa agua para que no tenga sed ni haya de venir hasta aquí para sacarla" (v. 15).

Jesús reconduce su petición y le habla abiertamente del "don de Dios", de la vida nueva en el Espíritu. El agua viva que le promete es el Espíritu divino que enviará en su nombre, el que la transformará y fortalecerá. Pero debe pedirlo confiadamente al Padre, porque "los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad. Dios es Espíritu" (v. 23). La mujer presiente que se halla ante un profeta, aunque no sabe con exactitud de quién se trata. Por esto dice: "Sé que el Mesías, el llamado Cristo, está al llegar. Cuando él venga nos manifestará todo". A lo que Jesús le responde: "Yo soy, el que habla contigo" (vv. 25-26). Tal revelación abre definitivamente el alma de aquella mujer. Será luego el don del Espíritu el que termine de fortalecerla.

Poco antes lo había revelado también a Nicodemo, doctor de la Ley. A pesar de su ciencia, este hombre no acababa de entender las palabras del rabbi de Nazaret. Porque le había dicho: "Te lo aseguro: quien no nace de nuevo, no puede ver el reino de Dios" (Jn 3, 3). Su mente no captaba aquel nacer de nuevo. Se imaginaba un nacimiento natural, físico. Pero la "nueva vida" de la que el Maestro le hablaba no procedía de la carne, sino del Espíritu. Por esto tiene que aclararle: "Quien no nace del agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Lo nacido de la carne, carne es; y lo nacido del Espíritu, espíritu es...El viento sopla donde quiere y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni adonde va. Así es todo el que ha nacido del Espíritu" (Jn 3, 6-8).

Este Espíritu ("rúaj" en hebreo, "viento" o "soplo" en castellano) es el que aleteaba ya al comienzo de la creación, cuando Dios de la nada creó el universo y todo lo que en él se contiene (Gn 1, 2). Ahora, con la venida del Hijo de Dios a la tierra, recrea al hombre, lo "renueva", dándole vida por el Espíritu. Esta vida nueva en el Espíritu, operada en cada alma por la gracia, es lo que a Nicodemo le resultaba ininteligible. Sin embargo, no era una novedad en la enseñanza del Maestro. Del Espíritu había hablado también en la sinagoga de Cafarnaún tras la multiplicación de los panes y de los peces. En un contexto nada "espiritualista", antes de hablar del Espíritu que habría de enviar, comienza por satisfacer una necesidad material perentoria. Aquellas gentes llevaban tres días sin comer, extasiadas escuchando sus palabras. Alimentándolas, entenderían mejor su enseñanza sobre el pan de vida. Sin embargo, para nuestro asombro, se resisten a creer, tanto que muchos se escandalizan y le abandonan. El mismo camino emprenden algunos de sus más íntimos. A solas con sus discípulos, les dice: "El Espíritu es el que da la vida (...) Las palabras que os he dicho son Espíritu y vida. Sin embargo hay algunos entre vosotros que no creen" (Jn 6, 63-64). Es la gran tragedia con la que Jesús se topa desde el principio. Cuanto mayor es su proximidad a los hombres, parece como si éstos temieran sus consecuencias. Jesús no se impacienta. Al revés, una y otra vez buscará ocasiones para hacerse entender.

En la fiesta de los Tabernáculos vuelve a retomar Jesús su enseñanza sobre el Espíritu Santo. Esta vez ante una numerosa

conurrencia. Con fuerza, y a la vez con inmensa ternura, les dice: "Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. Quien cree en mí, como dice la Escritura, de sus entrañas brotarán ríos de agua viva". San Juan comenta: "Esto lo dijo refiriéndose al Espíritu que iban a recibir los que creyeran en él" (Jn 7, 37-39). El agua viva de la que habla es símbolo del Espíritu; no como fuerza o virtud, sino como Persona divina que santifica al hombre. Por

esto invita a todo el que tenga sed a que haga un acto de fe explícito en la divinidad de su Persona. Sólo Dios puede saciar la infinita sed de felicidad que experimentamos en nuestro espíritu.

En la Última Cena vuelve a insistir: "Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre lo amará y vendremos a él y haremos morada en él (...) El Paráclito, el Espíritu Santo que el Padre enviará en mi nombre, El os enseñará todo y os recordará todas las cosas que os he dicho" (Jn 14, 23.26). Promesa que, como ya vimos se hizo realidad en Pentecostés. Del Espíritu, que lo es de fortaleza, ha vivido la Iglesia a lo largo de estos veinte siglos. Pero ha de entenderse como fuerza espiritual e interior. Porque todavía hay quienes se imaginan al Espíritu divino como si se tratara de un ser corpóreo; quieren verlo, palparlo, identificarlo. No comprenden que su acción es de orden estrictamente espiritual. Aunque real, por ser una de las tres Personas divinas, permanece oculto, lejos del alcance de los sentidos. Actúa en el alma silenciosamente, por medio de sus mociones, inspiraciones y afectos. No se impone ni violenta la voluntad, pues "la violencia - como afirma santo Tomás- no se compagina con la dulzura divina, que mueve a todos los seres de acuerdo con su naturaleza" (S. Th. I-II, q. 110, a. 2).

Sumamente respetuoso, pues, con nuestra libertad, a nadie fuerza; quiere que sin ningún tipo de coacción decidamos nuestro propio destino. Por esto, al comunicarnos sus dones, no destruye lo que nos es propio, nuestra naturaleza. Al contrario, quiere que la gracia que nos ofrece forme en nosotros un principio unitario de operaciones. Se transforma así nuestra debilidad en fortaleza, gracias al poder que nos viene del Espíritu del Señor. Sin su ayuda nada podríamos en el orden sobrenatural, ni siquiera decir: "Jesús es el Señor" (1 Co 12, 3).209

fortaleza para nuestra debilidad

A lo largo de la historia Dios ha mostrado su ayuda y protección a quienes encomendó un encargo o misión singular. Gracias a su fortaleza, hombres débiles, extre-madamente frágiles, se alzaron hasta cotas increíbles de valentía y audacia. Lo hemos constatado en los patriarcas y profetas, y más tarde en los apóstoles; en general, en todos cuantos a largo de los siglos han tomado parte activa en el anuncio de su mensaje salvador.

Con el poder del Espíritu fueron capaces de superar miedos y desalientos, decaimientos y abandonos. Entre otras, es la experiencia de Moisés. Hombre culto, fuerte y religioso, se encoge no obstante y acobarda cuando el Señor le pide que saque a su pueblo de Egipto. Hasta llega a temblar viéndose sin fuerzas; pero logra superar su miedo e indecisión cuando el Señor le asegura: " Yo estare contigo" (Ex 3, 12). Con el poder de Dios, que estacón ély le sostiene, lleva a cabo una hazaña de increíbles proporciones. Dios, en efecto, le apoya como puede observarse a través de pequeñas intervenciones. Así, por ejemplo, envía una serie de plagas sobre Egipto para liberar a su Pueblo de la esclavitud que padece. En la última, la de la muerte de los primogénitos, muere hasta el hijo del Faraón. Los israelitas, que han sido salvados, celebran la Pascua y pasan después sin dificultad el mar Rojo. Un milagro portentoso con el que Dios muestra ante todos su poder. Se suceden otros muchos signos a lo largo de los cuarenta años que dura la travesía por el desierto. El Señor cuida de cada uno; los alimenta con el maná y las codornices, sacia su sed, los libra de mordeduras mortales, y eso tan sólo con mirar la serpiente de bronce que Moisés mantenía levantada.

Todo ello como figura de la salvación que siglos después nos traería Jesucristo. Inspirado en estos acontecimientos, el Salmista se complace en resaltar la debilidad humana, 210 a la par que proclama con humildad la grandeza de Dios y su poder en favor de sus fieles. "Los que teméis a Yahvéh, confiad en El, porque es nuestro auxilio y nuestro escudo" (Sal 115, 11). Pues, "los que confían en Yahvéh son como el monte Sión, que es incommovible, estable para siempre"

(Sal125, 1). Dios, en efecto, es poder y fortaleza para cuantos creen en El, para los que son dóciles y colaboran con su gracia.

El cristiano recibe este poder en plenitud por medio del Espíritu Santo. Tras su resurrección, Jesús manda a sus discípulos que aguarden la promesa del Padre en Jerusalén, donde serán "revestidos con la fuerza de lo alto" (Le 24, 49). Se refería al "espíritu de fortaleza" anunciado por Isaías (Is 11, 2). Con la ayuda del Espíritu, es decir, a través de su fuerza vivificadora, los Apóstoles llevarían a cabo la misión que el Señor les encomendaba. Gracias a esa fuerza, serán sus "testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría, y hasta los confines de la tierra" (Hch 1, 8). Es la misma fuerza que desde entonces da el Espíritu a cada cristiano para que lleve a cabo su misión con valentía y sin desmayos.

La fuerza y el poder de Dios no conocen límite, ni de lugar ni de tiempo. Primero fue en Jerusalén, el día de Pentecostés, donde los Apóstoles se convierten en hombres nuevos, con una fuerza y valor inauditos. Atrás quedaban egoísmos, cobardías y temores. El Espíritu hizo de ellos, pobres e ignorantes como eran, instrumentos aptos para realizar obras divinas. De ahí que exclame el Apóstol, con humildad y a la vez con un santo orgullo: "Todo lo puedo en Aquel que me conforta" (Flp 4, 13). Es el reconocimiento explícito y agradecido al poder de Dios, que ha hecho en él maravillas. Un agradecimiento que debería también salir espontáneo de nuestros labios Por haber sido bautizados en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; gracias a la inhabitación de la 211 Santísima Trinidad en nuestra alma, podemos encarar sin encogimientos cualquier dificultad.

Tal fuerza la recibimos en forma de gracias, virtudes y dones, que forman en el cristiano como el entramado de su organismo espiritual. Con esto no pierde su condición de criatura, frágil y limitada, sino que por el Espíritu Santo queda dotado con los medios adecuados para actuar en un plano sobrenatural. Como hombre, actuará al modo humano, según la recta razón y el ejercicio de las virtudes; mas por las gracias y dones que recibe, puede actuar también de un modo divino, si es dócil a las mociones del Espíritu. Se nos capacita así no sólo para progresar en la virtud, sino para aspirar a la cumbre del amor divino, a la santidad. De la interrelación, pues, de las

virtudes y los dones se sigue que podamos realizar en plenitud el espíritu de las buena-venturanzas.

Se comprenderá mejor con un ejemplo. El de la barquilla que, tras un naufragio, queda a la deriva. Los naufragos han de emplear a fondo remos y velas si quieren salvarse. La barquilla viene a representar al alma expuesta de continuo al influjo de las pasiones. Con el Bautismo se reciben las virtudes (los remos) y los dones del Espíritu Santo (las velas). Son "instrumentos" imprescindibles para sortear el mar bravío de la concupiscencia, de la sensualidad o de la soberbia. Para salvarse se han de emplear, en primer lugar, los remos (las virtudes), con lucha y esfuerzo, al modo humano. Pero ganaremos en facilidad y prontitud si desplegamos las velas (los dones), los cuales por impulso del Espíritu nos permiten actuar al modo divino. En ese complementarse de lo humano y de lo divino reside la fuerza del cristiano, que le lleva a superar su personal debilidad y a responder con prontitud al querer de Dios.

La persona tibia o aburguesada, atrapada en su pereza o apatía, difícilmente responderá a los impulsos del Espíritu. Y, lo que es peor, si se resiste a colaborar cada vez se

hundirá más en su propia debilidad y miseria. Sorda a las inspiraciones del Paráclito, egoísta e insolidaria, acabará perdiendo el norte de su vida, y con él la paz y alegría que podrían hacerla feliz. Se librará de su esclavitud cuando se decida seriamente a abrirse a la acción de la gracia, cuando permita que el Espíritu actúe en su alma. Entonces, y sólo entonces, superará la amargura, la intranquilidad y zozobra que la dominan. "Su problema" más que de pereza o apatía, es en realidad de pura soberbia, por su obstinación en dar la espalda a lo que tan generosamente Dios le ofrece.

EN SINTONÍA CON EL ESPÍRITU

"Nos has hecho, Señor, para ti -exclama san Agustín- inquieto está nuestro corazón hasta que descansa en ti". "En esta inquietud creadora late y pulsa lo que es más profundamente humano: la búsqueda de la verdad, la insaciable necesidad del bien, el hambre de libertad, la nostalgia de lo bello, la voz de la conciencia" (RH 18).

Es la aspiración del alma que desea llenarse de paz y sosiego, pero que bien a su pesar se encuentra asediada por sus infidelidades y flaquezas. Acelerada por su actividad diaria, necesita quietud, silencio para acallar el ruido interior de sus pasiones, para entrar en sintonía con el Espíritu. Sin ese silencio, ¡qué difícil resulta responder a sus inspiraciones! El Señor se sirve de hechos en apariencia insignificantes para llamarnos la atención. Son sucesos normales, pero que por su especial significado nos impresionan. Así la muerte de un ser querido, la curación de un enfermo que dábamos por desahuciado, la solución de un problema económico, un trabajo que se consigue... Son circunstancias de las que Dios se sirve para zarandearnos, para advertirnos que está a nuestro lado, que nos quiere e invita a que busquemos su ayuda.²¹³

Hay personas que al sentir esos reclamos divinos, se apresuran a entrar en una iglesia. Allí, en recogido silencio, les sale espontánea del alma una oración agradecida y confiada. Casi sin darse cuenta entran en sintonía con Dios, saborean su cariño, experimentan su cercanía. Tal vez no sepan cómo, pero perciben que algo importante se opera dentro de ellas. Son mociones, inspiraciones que el Espíritu les concede gratuitamente, en gesto amoroso, como un padre que desea lo mejor para sus hijos. Quizá les resulte luego difícil relatar esas vivencias tan íntimas y personales. Pero no cabe duda que dejaron grabadas en su alma algo hasta entonces desconocido, resultado de una fuerza impetuosa que las ha empujado a un cambio de vida, a un modo nuevo de plantearse las cosas. Lo experimentaron personas tan singulares como Saulo de Tarso, Agustín de Hipona, Teresa de Avila, Domingo o Ignacio, Javier..., y tantos otros. Fue el Espíritu quien abrió los ojos de su alma, los fortaleció y, llenos de generosidad, cambiaron y se pusieron a su servicio.

A todos nos puede ocurrir lo mismo. Con la ayuda del Espíritu divino, podemos superar nuestras debilidades, decidirnos a apartar lo que estorba y empaña nuestra visión de las cosas. Entrar en sintonía con el Consolador de los pobres, con el que llena de fuerza a los humildes, es recuperar una visión más positiva y optimista del mundo, de las personas y de las cosas. No hay que hacer nada raro. Su acción en el alma es serena, no causa confusión ni produce nerviosismo; al contrario, fortalece y llena de paz. Bajo sus

inspiraciones, el cristiano se llena de Dios, recupera el sentido del tiempo y nada le importa tanto como permanecer en la presencia de su Señor. Con Él se esfuman los miedos, se recupera la alegría, se desarrolla la audacia y se gana en valentía.

De todos modos, bueno será recordar que el Espíritu Santo fortalece la voluntad y llena de luz el 214 entendimiento cuando libremente nos decidimos a colaborar con Él, cuando somos dóciles a sus mandatos. En esto nos ayuda la humildad y la docilidad, previa una labor de purificación interior, sin la cual difícilmente se llega a la fidelidad. Veámoslo brevemente.

Humildad

Sin humildad no puede haber crecimiento en el amor a Dios y, por lo tanto, no sería posible la santidad. La humildad, decía san Agustín, es la morada de la caridad. Y santa Teresa afirmaba de ella que es andar en la verdad, camino seguro para ganar en fortaleza y superar la debilidad. El Espíritu no se manifiesta a los sabios y prudentes según el mundo, sino a los pequeños, a los humildes (Mt 11, 25); con otras palabras, da su poder a los sinceros y veraces, a los sencillos y transparentes en todas sus manifestaciones.

El cristiano, consecuente con su fe, debe esforzarse por edificar su vida sobre los cimientos seguros de la verdad, no sobre la mentira. La mentira es máscara que aísla y esclaviza, por cuanto al alejarnos de Dios nos somete al padre de la mentira, al imperio de su tiranía. Somos, ya lo hemos dicho, hijos de Dios, libres y no esclavos. ¡Qué distintas serían las personas, las familias, la entera sociedad, si tuvieran esto presente y cada uno imitara con sinceridad al Maestro, que fue "manso y humilde de corazón" (Mt 12, 29). Podíamos estar seguros de que el mundo se transformaría, florecería la piedad en los hogares, aumentarían las vocaciones, trabajaríamos todos con mayor celo por extender el reino de Dios. El Santo Padre lo ha pedido con insistencia. Espera que en el nuevo milenio que ha comenzado se realice una nueva Pentecostés en la Iglesia, siendo cada cristiano colaborador dócil y eficaz de la tarea que el Espíritu Santo se propone realizar.²¹⁵

Es este un deseo del Papa que no se realizará si no somos personalmente humildes, si no nos disponemos de corazón a colaborar con la gracia. Quizá puedan darnos luz las palabras de la Doncella de Nazaret en el Magníficat: "Mi alma glorifica al Señor, y mi espíritu se alegra en Dios, mi salvador, porque ha puesto los ojos en la humildad de su esclava... Manifestó el poder de su brazo y dispersó a los soberbios en los proyectos de su corazón. Derribó a los poderosos de sus tronos y ensalzó a los humildes" (Le 1, 46-52).

Proclama María que el Señor actúa a través de las personas humildes, de las que se tienen en poco, confundiendo así en su vanidad a los que se creen fuertes, presuntuosos o prepotentes. Entre otras, así lo experimentó una mujer débil y enfermiza: Catalina, la santa de Siena. Siendo muy joven y con unas fuerzas muy escasas, el corazón llega a estallarle y muere de muerte mística. Como premio a su humildad, el Señor la fortalece, y por un corto tiempo le devuelve la salud. Es entonces cuando le da a conocer el mensaje que debe transmitir. "Vivirás -le dice- entre las multitudes llevando el honor de mi nombre ante los pequeños y ante los grandes... Te presentarás a los Pontífices, a los que gobiernan la Iglesia y al pueblo cristiano; pues quiero, según mi costumbre, confundir con el débil el orgullo de los fuertes..." Valiente y decidida cumple con fidelidad ese encargo. Durante diez largos años batalló y peleó. Antes de morir dice a su confesor: "Os aseguro que, si muero, la única causa de mi muerte es el celo y el amor a la Iglesia, que me abrasa y me consume".

Sí, el Espíritu Santo se vuelca con las personas humildes; en cambio, despidе vacíos a los soberbios, a los engrerdos. Cuanto más vacíos de nosotros estemos, más dones recibiremos. Por esto, aunque tengamos la desgracia de caer, lo que importa es levantarse en seguida, arrepentirse y confesar los pecados con el firme propósito de empezar

216de nuevo. Nunc coepi!, es el grito de los humildes, de los que nunca se dan por vencidos. Dejaremos así de lado la tristeza, el desaliento, el egoísmo, todo cuanto atente contra la esperanza, en la convicción de que "si Dios está con nosotros, ¿quién contra nosotros?" (Rom 8, 31).

Docilidad

Humildes, pues, y también dóciles, para que el Señor nos llene de sus dones. "Mira que estoy a la puerta y llamo. Si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré en él y cenaré con él y él conmigo" (Ap 3, 20). Abrir el alma, secundar la acción de la gracia, es condición necesaria para que los dones del Espíritu Santo actúen, para que la gracia nos fortalezca. Pues "mediante el don de la gracia, que viene del Espíritu, el hombre entra en 'una nueva vida', es introducido en la realidad sobrenatural de la misma vida divina y llega a ser 'santuario del Espíritu Santo', 'templo vivo de Dios'" (DeV 58).

Estos dos términos, "santuario" y "templo", nos remiten a los dones del Espíritu divino. Salir de uno mismo para entrar en Dios, o para permitir que El entre en nosotros. Para esto necesitamos ser dóciles a sus dones. Nadie que esté en sus cabales pensará que no necesita de ellos. San Bernardo llega a firmar que "el que a sí mismo se tiene por maestro, se hace discípulo de un necio". Y es que en la vida sobrenatural dependemos por completo del poder del Espíritu. El transforma la necesidad humana en sabiduría divina, la debilidad en fortaleza. A los que son dóciles a la acción de su gracia los llena de fuerza para superar los obstáculos, para luchar con deportividad en las escaramuzas diarias; en cambio, el soberbio, el que se obstina en rechazar la gracia, queda aislado, y presa de su egoísmo todo se le hará un mundo, disgustándose por cualquier cosa, en especial por lo que le contraría y se opone a sus planes. 217

A la docilidad se refería el Maestro cuando en una de sus parábolas la compara a la tierra buena y generosa que da fruto al ciento por uno (Mt13, 8). La semilla que esparce el sembrador es la palabra depositada por el Espíritu en el alma; pero ésta no germinará si quien la recibe no responde con docilidad. Nadie sabe cuándo fructificará ni en qué cantidad; pero puede estar seguro de que si responde dará un fruto cuajado y abundante a su debido tiempo. Apartarse de Dios, responder con rebeldía, es hacer baldía el alma, que como tierra mala y pedregosa, reseca y agrietada, sería incapaz de dar fruto. La indocilidad conduce a la infelicidad, a la tristeza y al

apocamiento. Importa, y mucho, decidirse a ser dóciles a las inspiraciones del Espíritu, si en realidad queremos ser felices. "Oh, Señor -exclama la santa de Ávila-, cuan diferentes son vuestros caminos de nuestras torpes imaginaciones, y cómo de un alma que está ya determinada a amaros y dejada en vuestras manos no queréis otra cosa, sino que obedezca y se informe bien de lo que es más servicio vuestro y eso desee" (Las Fundaciones 5, 6).

No es posible avanzar por el camino de la santidad, de la felicidad, sin docilidad al Espíritu. Porque es Él, como queda dicho, "quien, con sus inspiraciones, va dando tono sobrenatural a nuestros pensamientos, deseos y obras. Él es quien nos empuja a adherirnos a la doctrina de Cristo y a asimilarla con profundidad, quien nos da luz para tomar conciencia de nuestra vocación personal y fuerza para realizar todo lo que Dios espera. Si somos dóciles al Espíritu Santo, la imagen de Cristo se irá formando cada vez más en nosotros e iremos acercándonos cada día mas a Dios Padre" (Es Cristo que pasa, 135).

Purificación interior

"Si con el Espíritu mortificáis las obras de la carne, viviréis" (Rm 8, 13). Para entrar en sintonía con el Espíritu se requiere una seria labor de purificación interior. Significa esto afinar el oído del alma, purificar cada uno de los sentidos y potencias. En esta tarea tiene un papel principal la penitencia, por cuanto en palabras de san Agustín,

"purifica el alma, eleva el pensamiento, somete la carne propia al espíritu, hace el corazón contrito y humillado, disipa las nebulosidades de la concupiscencia, apaga el fuego de las pasiones y enciende la verdadera luz de la castidad"(Sermón, 73).

Tal purificación tiene un doble objetivo: en primer lugar sanar el alma de las reliquias del pecado, para ser elevada por la gracia hasta las cotas del amor divino. Se fortalece así la voluntad, a la vez que los sentidos quedan bajo el control de la razón. Es una purificación del alma que se ha de tomar con seriedad. Pues, como razona el santo de Hipona, "figúrate que te dice Dios: 'Tú me has invocado, i yo voy a ti; pero ¿dónde entraré? ¿Voy a soportar tantas i suciedades de tu

conciencia? Si convidases a un criado mío a tu casa, ¿no procurarías limpiarla antes? Me convidas a mí a tu corazón, y ¡está lleno de rapiña! El lugar al que se convida a Dios está plagado de blasfemias, de adulterios, de fraudes, de malas pasiones, ¿y tú me convidas?" (Comentario al Salmo 30).

Quizá no llegue a tanto nuestra fragilidad. Pero es inevitable que con el paso del tiempo se acumule en nuestro interior como una espesa capa de polvo y suciedad. Son retazos de soberbia, de pereza o vanidad que aun faltan por limpiar. Y si no se emprende con decisión y sin demora una honda tarea de purificación, no acabaremos de despegar. Si intentamos hacerlo solos, nada podremos. Es preciso invocar la ayuda del cielo, dirigirnos al Señor con humildad, diciendo con total sencillez: "Quítame, Jesús, esa corteza roñosa de podredumbre sensual que recubre mi corazón, para que sienta y siga con facilidad los toques del Paráclito en mi alma" (Camino, 130). Pero hemos de ser 219 consecuentes y no asustarnos si Dios se emplea a fondo; es más, hemos de pedirle que utilice si es preciso el bisturí, para sajar, abrir y extraer toda la porquería que se hubiera acumulado. Resistirse es perder una ocasión espléndida de rectificar. Si queremos ser felices, caminemos por la senda de la expiación, de la identificación con Cristo. Él lo ha dicho muy claramente: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Pues quien quiera salvar su vida, la perderá; pero quien pierda su vida por mí y por el Evangelio, la salvará" (Mc 8, 34-35).

El Señor desea que le entreguemos con entera libertad lo más valioso de nosotros mismos, es decir, nuestra manera de pensar, de querer y de amar. Una tarea de tal calibre sería imposible si el Espíritu no nos ayudara. Porque se trata de arrancar del alma nada menos que el egoísmo, la sensualidad y la soberbia. En la medida que nos vaciemos de nosotros mismos, el Señor nos llenará de su fortaleza. Es, en definitiva, morir a uno mismo para nacer al hombre nuevo formado según el Espíritu. Pues "si el grano de trigo que cae en tierra no muere, queda solo; pero si muere, produce mucho fruto" (Jn 12, 24). Nos topamos de nuevo con la paradoja: "Quien ama su vida, la pierde; y quien aborrece su vida en este mundo, la guarda para la vida eterna" (v.25). Un misterio difícil de entender para el que se

cierra a la acción de la gracia o se resiste a entrar en sintonía con el Espíritu del Señor.

Morir a uno mismo, reparar por contrición, es aceptar el dolor, el sufrimiento, cualquier contrariedad que el Señor permita. No se trata lógicamente de un ejercicio masoquista, y menos de una afirmación de la propia personalidad. Sería estéril. La contrición o es prueba de amor, o no es nada. La expiación voluntaria tiene una gran fuerza a los ojos de Dios. En una de sus cantigas, Alfonso el Sabio 220 habla de un pecador que recibió por penitencia llenar un vaso de agua. Aquel hombre fue corriendo a un río, y vio que el vaso no se llenaba; acudió a una fuente, y el vaso no se llenaba. ¡Y corrió a otra fuente, y a otro río, y a un lago, y al mar! Pero el vaso no se llenaba... Ninguna cosa de la tierra, nada podía colmar aquel pequeño recipiente. Pensó entonces aquel hombre en la vida mala que había llevado y en el Señor, en su miseria y en su Dios. Y unas lágrimas corrieron por sus mejillas, que cayeron en el vaso y se llenó hasta rebosar. ¡Había cumplido la penitencia!

En esta tarea de purificación, es el amor a Dios lo que cuenta. Pues sólo "los limpios de corazón verán a Dios" (Mt 5, 8). Limpios por su humildad, por sus deseos de reparación. Por esto diremos con el Salmista: "Crea en mí, Señor, un corazón puro y un espíritu firme" (Sal 51, 12). Petición que debe ir acompañada de actos concretos de virtud. En especial los relacionados con la guarda de los sentidos. Son éstos como ventanitas del alma por las que pueden colarse auténticas porquerías. De ahí la importancia de guardar la vista para no mirar lo que no se debe (escenas televisivas, revistas indecentes, etc.); o el oído, para no escuchar ni imaginar lo que no conviene, aquello que por experiencia sabemos que puede hacernos daño; o el gusto o la sensibilidad, que podría ponernos en ocasión próxima de ofender a Dios; o la lengua, que arrastra amuchos a la locuacidad, haciéndoles caer en faltas contra la justicia y la caridad; o la sobriedad, por la inmoderación o exceso en el comer o beber y que puede escandalizar a quienes nos rodean. Son pequeñas mortificaciones que, además de servirnos para expiar por nuestros pecados, fortalecen la voluntad y nos ayudan a ser comprensivos, a convivir en paz. La persona mortificada sabe evitar los juicios temerarios, las murmuraciones y

las 221 críticas; y esto porque, al sujetar su imaginación, no da pábulo a la curiosidad, ni se deja arrastrar por la pereza o el desorden mental.

Quien ama a Dios, rechaza con prontitud cuanto puede apartarle de la amistad y trato con su Señor. La guarda de los sentidos son por tanto cautelas que vive con gusto todo aquel que sabe que el Espíritu Santo inhabita en su alma. Así lo hicieron los primeros cristianos. En medio de un ambiente cargado de inmoralidad, demostraron que se puede ser limpios de corazón sin hacer nada raro. Sin vergüenzas ni tapujos, vivieron la castidad sin concesiones de ningún tipo. Tenían muy claro que "ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los sodomitas, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los rapaces poseerán el Reino de Dios" (1 Cor 6, 9-10). Con el poder del Espíritu, el Consolador, vivieron limpiamente las exigencias de su vocación cristiana, y así lo enseñaron a los demás. Lucharon y fueron consecuentes hasta el final, aunque su comportamiento chocara frontalmente con las costumbres paganas de aquel tiempo.

Somos hombres, y además hijos de Dios. No podemos vivir como animales. Quien cae en las garras de la lujuria se incapacita para amar, para razonar de modo recto. Las consecuencias no se hacen esperar: ceguera de espíritu, precipitación e inconstancia, una especie de egoísmo enfermizo que lleva a la avaricia, al apego de los bienes terrenos, y por supuesto a un horror inmenso a la muerte y hasta al odio del mismo Dios. Son vicios horrendos que sólo pueden superarse con la oración y la penitencia, cortando con prontitud todo pensamiento, palabra u obra que el Señor no pueda compartir. Es una tarea de purificación interior que se ha de emprender de la mano del Espíritu, con prudencia pero a la vez con decisión. Pequeñas mortificaciones a la hora de levantarse, al comer o beber, en el trato delicado con las personas que resultan antipáticas... Esto a nadie mata, pero es ayuda valiosísima para fortalecer la voluntad, para afinar en el amor a Dios, para vivir la caridad. No es mojigatería, sino finura de espíritu. Aun teniendo los mismos defectos que los demás, el cristiano sabe que por medio de estas pequeñas renunciaciones combatirá sus caprichos y fortalecerá su voluntad, con el fin de dar un "sí" pleno a Dios y un "no" rotundo a los dictados de su egoísmo.

Fidelidad

El amor a Dios, cuando es sincero, tiene un nombre: fidelidad. Los teólogos definen la fidelidad como "la virtud moral que inclina a la voluntad a cumplir con rectitud, sinceridad y exactitud, las promesas que se han hecho". Santo Tomás subraya además que "corresponde a la fidelidad del hombre cumplir aquello que prometió". Y es claro que con el Señor nos hemos comprometido -por el Bautismo y la Confirmación- a ser fieles. Por tanto, mantener la palabra dada es vigilar; lo mismo que hace el soldado que está de guardia, que no se distrae sino que está atento para que no se cuele el enemigo. Gracias a su vigilancia sacrificada pueden estar tranquilos y seguros cuantos de él dependen.

La fidelidad es signo de madurez, señal -ya lo vimos- de haber dejado de ser "niños fluctuantes". Pero es el Espíritu Santo quien nos la concede, para que podamos responder a nuestros compromisos de amor, tanto más cuanto mayores sean nuestras debilidades. La fidelidad hemos de pedirla a diario. Pues al ser sólo Dios el absolutamente fiel (Ap19, 11), es evidente que nuestra fidelidad depende de la suya. El la concede a la persona humilde, dócil y entregada, la que por la esperanza mantiene joven su espíritu. Se explica así la promesa del Señor: cuanto más generosos seamos, más recibiremos:

223 el ciento por uno en la tierra y la vida, para siempre, en el Cielo.

Con otras palabras: "A quien tiene se le dará y tendrá en abundancia; pero a quien no tiene, aun lo que tiene se le quitará" (Mt 13, 12). Y añadía Jesús, animando a la generosidad: "Dad y se os dará: una medida buena, apretada, colmada, rebosante echarán en vuestro regazo; porque con la medida que midáis seréis medidos vosotros" (Le 6, 38). Se nos dará por tanto en la medida en que seamos generosos, fieles y sacrificados, y también cuando de la abundancia de nuestro corazón sepamos dar lo mejor a nuestro prójimo. Pues, como comenta san Juan Crisóstomo, el Señor "no se contenta con una fe

interna; pide una confesión exterior de ella, urgiéndonos a una mayor confianza y a un mayor amor" (Homilías sobre S. Mateo, 35).

Cuando la fidelidad es consecuencia del amor, no se resquebraja aunque haya derrotas. Al hombre fiel, porque es humilde, no le cuesta rectificar cuando se equivoca. Al revés que el soberbio. Y es que mientras la fidelidad se apoya en la humildad, "la infidelidad -afirma santo To-más- nace de la soberbia, por la que el hombre se niega a someter su entendimiento a las reglas de la fe y a la enseñanza de los Padres" (Suma Teológica, 2-2, q. 10, a. 1). Si somos obedientes a los mandamientos divinos, fieles a cuanto el Señor nos manda, experimentaremos de conti-nuo su presencia y la plenitud de su fortaleza.

Retorno a la casa del padre

Por ser hijo de Dios y coheredero con Cristo, el cris-tiano está llamado a participar de la felicidad en la casa del Padre. Se sabe débil y miserable, pero no le importa; si tiene la desgracia de caer le basta con hacer de hijo pródigo, iniciando con humildad el camino de retorno a 224

la casa paterna. "Toda la vida cristiana -ha escrito Juan Pablo II- es como una gran peregrinación hacia la casa del Padre, del cual se descubre cada día su amor incondicionado por toda criatura humana, y en particular por el 'hijo pródigo' (cf Le 15, 11-32) (TM 49).

La santidad, que es participación en la vida divina, exige correspondencia a la gracia, esfuerzo y afán de superación. No debe extrañarnos que unas veces venza-mos y otras seamos vencidos. "El caminar en el Espíritu no siempre está coronado por el éxito; más bien el cris-tiano tiene la experiencia de la derrota y del pecado. Pero es aquí precisamente cuando el Espíritu no abandona al creyente e interviene con dulzura para levantar a quien ha caído y ponerlo de nuevo en camino, solicitando el arrepentimiento y concediéndole el perdón de los peca-dos" (ES 159).

Somos libres y podemos responder con un sí o con un no a nuestro Padre Dios. Es decir, podemos amarle o, abusando de nuestra personal libertad, alejarnos de Él y ofenderle. Si no le correspondemos, el alma queda sin fuer-zas, triste y angustiada. El

horizonte espiritual se le cierra a causa del pecado, que en su esencia es puro desamor. Algu-nos lo niegan, pero es una realidad. "Sería vano intentar ignorarlo o dar a esta oscura realidad otros nombres. Para intentar comprender lo que es el pecado, es preciso en primer lugar reconocer el vínculo profundo del hombre con Dios, porque fuera de esta relación, el mal del peca-do no es desenmascarado en su verdadera identidad de rechazo y oposición a Dios (...) Sólo en el conocimiento del designio de Dios sobre el hombre se comprende que el pecado es un abuso de la libertad que Dios da a las personas creadas para que puedan amarle y amarse mutuamente" (CEC 386-387).

Sin embargo, por frivolidad o por tener las ideas poco claras, a veces no damos importancia a la atmósfera de inmoralidad que nos invade, a las costumbres depravadas 225 que algunos quieren imponernos. Hay quienes se han acostumbrado a verlas como algo "normal". Pero basta echar una hojeada a ciertos periódicos o revistas, oír algunas emisoras de radio o ver algunos programas de televisión para comprender que no se trata de un juego infantil, de cosas de poca monta, sino de ofensas directas a la justicia y a la caridad: prevaricaciones, estafas, sobor-nos, extorsiones, acosos sexuales, tráfico de drogas, divorcios, adulterios, abortos, calumnias, difamaciones, y todo un largo etcétera. Son, aunque intentemos enmas-cararlos, auténticos pecados, tanto por parte de quienes los cometen como de quienes los permiten; unas veces intencionadamente, otras por negligencia no exenta de culpa. Además de romper la amistad con Dios, estos pecados debilitan al hombre, volviéndole insensible y sordo a la voz del Espíritu. Tal desamor sólo puede vislumbrarse por contraste con el amor infinito que Dios nos tiene. Se cumple a la letra la lamentación del Señor: "Si todavía un enemigo me ultrajara, podría soportarlo; si el que me odia se alzaracntra mí, me escondería de él. ¡Pero tú, un hombre de mi rango, mi compañero, mi íntimo, con quien me unía un dulce trato en la Casa de Dios!" (Sal 55, 13-15).

Es lo que se refleja de modo admirable en la parábola del hijo pródigo. Un muchacho joven, que renuncia al hogar paterno atraído por el espejismo de una felicidad que esperaba encontrar en un país lejano. Pide la heren-cia que le corresponde y se marcha. En poco tiempo la dilapida; después de pasar hambre y mil dificultades, toma

conciencia de la dignidad que como hijo le correspondía en la casa de su padre y que por su culpa había perdido. Siguiendo el impulso de su espíritu, en cuanto advierte el mal que ha causado a su padre, contrito emprende el camino del retorno. Vuelve con la esperanza de ser perdonado. No se lo merece, pero sabe que aquella es su casa, que allí está su familia, que solo su padre puede devolverle la felicidad perdida. No son para él horas de excusas ni de lamentos, sino de dolor, de contrición, de arrepentimiento.

Por su parte, aquel padre -Dios en la realidad- esperaba desde el primer día el retorno de su hijo. Aguardaba con la esperanza de verle vivo. Su generosidad y paciencia no tenían límites. Tan pronto como lo descubre en lejanía, conmovido por su miserable condición, no espera, echa a correr. Fundiendo su amor con el dolor del hijo, lo abraza y lo besa. Dice el texto sagrado que "se le echó al cuello y lo cubrió de besos". Tan pronto como aquel muchacho confiesa su pecado, su padre le restituye la dignidad perdida. Ni siquiera le permite acabar la frase que traía preparada. Conocía bien a su hijo, y lo que encerraba aquel corazón arrepentido.

La parábola puede aplicarse a cualquiera de nosotros. Frente a nuestra debilidad e indigencia extrema, contamos con la fortaleza de un padre que nos ama con locura. Pero es preciso reconocer que le hemos ofendido y que estamos dispuestos a convertirnos e iniciar una nueva vida. Pues como recuerda el Santo Padre, "el 'camino hacia el Padre' debe llevar a todos a emprender, en la adhesión a Cristo Redentor del hombre, un camino de auténtica conversión, que comprende tanto un aspecto 'negativo' de liberación del pecado, como un aspecto positivo de elección del bien" (TM 50). Lo primero, por tanto, es que tomemos conciencia de nuestra situación y nos decidamos a iniciar el camino de retorno a la casa del Padre.

Necesidad de conversión

La conversión es necesaria si queremos que la debilidad se convierta en fortaleza. Con palabras de la secuencia de la Misa de Pentecostés, podemos hacer nuestra la invocación al Espíritu: "Mira el vacío del hombre si tú le fallas por dentro. Lava las manchas, infunde calor de vida 227 en el hielo, doma el espíritu indómito, guía al que

tuerce el sendero. Esta súplica al Espíritu -afirma Juan Pablo II es la respuesta a todos los materialismos de nuestra época. Son ellos los que hacen nacer tantas formas de insaciabilidad del corazón humano" (RH 18).

La conversión del corazón es obra del Espíritu Santo. El es nuestro santificador. Al purificarnos, nos infunde sus dones para que demos un giro copernicano a nuestros egoísmos y rebeldías, a la frialdad con que tratamos a nuestro Padre Dios. Puede hacerlo, incluso ostensible-mente, como en Pentecostés. Ante la predicación de Pedro, fueron muchos los que se sintieron removidos por dentro. Por eso preguntan: "¿Qué hemos de hacer herma-nos?". Pedro les dice: "Convertíos y sea cada uno de voso-tros bautizado en el nombre de Jesucristo para remisión de vuestros pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo" (Hch 2, 37-38).

La conversión, obra de la gracia, se realiza principal-mente por medio del sacramento del Perdón. En contra de los que algunos piensan, la absolución del sacerdote "no es el resultado de un mecanismo absolutorio, sino un prodigio de conversión que sólo el Espíritu Santo puede realizar y que se puede verificar en tanto el sacerdote como el penitente estén invadidos por el Espíritu Santo. Es El quien cumple todo esto, creando y donando el 'corazón nuevo', instaurando una nueva condición en el amor hacia Dios y de aceptación de su voluntad" (ES 160). El perdón es signo del amor divino, manifestación patente de su amistad. Porque Dios, no lo olvidemos, quiere para sus hijos lo mejor, su plena felicidad.

Esta es la maravilla: aunque sean grandes nuestros pecados, mayor es el poder y la misericordia de Dios. "Al que viene a mí, no lo echaré fuera" (Jn 6, 37). Porque "no es voluntad de vuestro Padre que está en los cielos que se pierda ni uno solo de estos pequeños" (Mt 18, 14). La misericordia del Señor, preciso es subrayarlo, no conoce 228 límites. "Ahora bien, lo temible es que este desborda-miento de misericordia no puede penetrar en nuestro corazón mientras no hayamos perdonado a quienes nos han ofendido. El Amor, como el Cuerpo de Cristo, es indivisible; no podemos amar a Dios a quien no vemos, si no amamos al hermano y a la hermana a quienes vemos (1 Jn 4, 20) (CEC 2840). De ahí que quien se niega con pertinacia a

perdonar a sus hermanos, cierra su corazón a la gracia, se hace incapaz por su dureza de corazón a reci-bir el amor misericordioso de Dios.

¡Qué importante es aprender a ser misericordiosos! "Sed misericordiosos, como vuestro Padre es misericor-dioso. No juzguéis y no seréis juzgados; no condenéis y no seréis condenados. Perdonad y seréis perdonados. Dad y se os dará: una medida buena, apretada, colmada, rebosante echarán en vuestro regazo; porque con la medida que midáis seréis medidos vosotros " (Lc 6, 37-38). Cuando la conversión es sincera, lleva al perdón. No como el hermano del hijo pródigo, que por envidia se resistió a perdonar. Guardaba tal rencor en su corazón que le impidió comportarse como un buen hermano. No superó su envidia y resentimiento porque en el fondo se amaba a sí mismo. "El perdón -escribe Juan Pablo II- da testimonio de que, en el mundo, el amor es más fuerte que el pecado (...) Un mundo del que se eliminase el perdón, sería solamente un mundo de justicia fría e irres-petuosa, en nombre de la cual cada uno reivindicaría sus propios derechos respecto a los demás (...) un sistema de opresión de los más débiles por parte de los más fuertes, una arena de lucha permanente de los unos contra los otros" (DM 14).

Perdonar para ser perdonados

Para perdonar es preciso arrancar del corazón las malas hierbas de la envidia y del resentimiento. De otra parte, no olvidemos que es a Dios a quien realmente ofendemos 229 cuando por odio o rencor no perdonamos a los demás de corazón. Antes de ser perdonados por Dios, se nos impo-ne perdonar de corazón a quienes nos han ofendido. Quizá protestemos, y digamos con indignación: "¡Pero cómo voy a perdonar a ése que tanto daño me ha causa-do!". "¡Cómo puedo aguantar sus continúas provocacio-nes!". Aparte de que supondría una imprudencia pretender juzgar las intenciones de los demás, si queremos com-prender a nuestro prójimo se ha de tener presente que "el corazón tiene razones que la razón no conoce", como emblematicó Pascal. Aun suponiendo que estemos en lo cierto, "si tu hermano peca siete veces al día contra ti, y otras tantas veces vuelve a ti, diciendo: 'Me arrepiento', le perdonarás" (Le 17,3-4). Siempre hemos de perdonar. Por amor a Dios, por una razón de verdadera

caridad. Lo cual no quiere decir que seamos de piedra y que no sintamos las ofensas que nos hacen. Claro que sí. Pero "no está en nuestra mano no sentir la ofensa y olvidarla; mas el corazón que se ofrece al Espíritu Santo, cambia la herida en compasión y purifica la memoria transformando la ofensa en intercesión" (CEC 2843).

Así lo hizo Jesucristo en la cruz. Perdonó incluso a los que con rabia le cosían al madero. Si hemos de seguirle, es preciso que lo imitemos, perdonando sin juzgar ni criticar. El juicio sólo corresponde a Dios, que conoce lo que hay en el fondo del corazón humano. Por nuestra parte sería una temeridad, un verdadero atropello, si juzgáramos a la ligera. Por prudencia, pero sobre todo por caridad, es preciso superar prejuicios y antipatías, odios y rencores. Porque el orgullo herido ciega, tiñéndolo todo de negro; hace ver la paja en el ojo ajeno antes que la viga en el nuestro.

Cualquier pecado, por grande que sea, Dios puede perdonarlo. No así el pecado contra el Espíritu Santo (Mt 12, 31). No porque no pueda, ya que su poder es infinito 230 y quiere que todos los hombres se salven (1 Tm 1, 4); es por la actitud del pecador, por su desprecio y rechazo a la acción de la gracia en su alma. Al persistir en su obstinación y rebeldía, hace estéril el perdón que Dios le ofrece. Es éste el más grave de los pecados. No en vano se le ha denominado "blasfemia contra el Espíritu Santo", propia del "hombre que reivindicaba un 'pretendido derecho a perseverar en el mal' -en cualquier pecado- y rechaza la Redención" (DeV 46).

Sin llegar a esos extremos, sí es verdad que muchas veces caemos. Pero si como el hijo pródigo volvemos arrepentidos al Señor, en seguida nos levantaremos. Si nos acusamos y pedimos perdón, no es para ser condenados sino salvados, para recuperar nuestra primigenia dignidad de hijos de Dios. De esto dependerá que hagamos un planteamiento sensato de la vida, que nos llenemos de paz y de optimismo, que crezcamos en fortaleza.

No es que con esto todo esté hecho. Seguramente caeremos muchas veces y otras tantas tendremos que levantarnos. Son las miserias que arrastramos y que Dios permite para que progreseemos en la virtud, para que sea más fuerte nuestra fe y más viva la esperanza. De este modo, cuando nos agujoneen las pasiones, cuando se alcen como gigantes las flaquezas y miserias, no miraremos hacia otro lado

ni nos dormiremos en los laureles. Comprenderemos que la santidad supone lucha, esfuerzo continuo por superar los defectos y progresar en la virtud. Una lucha que durará mientras vivamos. Pero no perdamos de vista que la perseverancia no es una conquista humana, sino un don divino que el Espíritu Santo concede a quienes le son fieles. Por eso, ante una imperfección manifiesta, no hay que inquietarse ni responder con la rabieta del soberbio, del que se creía perfecto. Lo mejor en estos casos es hacer un acto de contrición, pedir perdón y seguir adelante. Así lo hizo Pedro tras su caída. Por tres veces le pregunta Jesús si le ama. Él le responde: "Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te amo" (Jn 21, 17). Venía a decirle: "Sí, te quiero, pero de sobra sabes que soy débil, que necesito tu ayuda".

alimento para el caminante

Somos peregrinos y nos aguarda un largo camino hasta llegar a la casa del Padre. Un camino costoso, en el que a veces encontraremos dificultades que nos parecerán insalvables. Quizá, como Pedro, podemos decirle al Señor que le queremos, que estamos dispuestos a seguirle. Pero sabemos muy bien que esos buenos deseos se toparán en seguida con la limitación de nuestra naturaleza: dejadez, cansancio, falta de ganas, y un largo etcétera. La perseverancia en la santidad exige una voluntad decidida, un amor a Dios a prueba de bomba.

El Señor conoce bien nuestras flaquezas y sabe que sin su ayuda nada podemos. Por eso decidió quedarse para siempre como alimento en la Eucaristía, para llenarnos de fortaleza en nuestro caminar hasta el cielo. Lo había prometido en la sinagoga de Cafarnáum, en un momento de gran intimidación con aquellos que le seguían. "Vuestros padres -les dice- comieron el maná en el desierto y murieron. Este es el pan que baja del cielo, para que quien coma de él no muera. Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo. Si alguno come de este pan, vivirá eternamente; y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo" (Jn 6, 49-51).

Quizá, como ocurrió entonces, a algunos podrán resultarles duras estas palabras, incluso escandalosas. Y es que, en efecto, no pueden ser más directas y reales, sin resquicio para el equívoco.

Sobre todo cuando además añade: "Os lo aseguro: si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros. Quien 232 come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día" (w. 53-54). Estas palabras del Señor, por su realismo, excluyen cualquier interpretación simbólica o figurada.

Figura de este Pan eucarístico es el mana con el que los israelitas fueron alimentados en el desierto hasta llegar a Canaán, la tierra prometida. Gracias a aquel alimento restauraron sus fuerzas y se llenaron de energía. Algo parecido le sucedió a Elías, cuando huyendo de Jezabel se vino abajo y se deseó la muerte; un ángel le ofreció una torta de pan para que pudiera llegar al Horeb (1 R 18, 6). Gracias también a aquel alimento, Elías caminó lleno de fortaleza.

En la Eucaristía encuentra el cristiano la fuerza que necesita para llegar al cielo, su patria definitiva. Pero no es ni maná ni simple pan. Es pan sólo en apariencia, pues como afirma san Juan Damasceno, "por la virtud del Espí-ritu Santo, se efectúa la conversión del pan en el Cuerpo de Cristo" (De fide ortodoxa, 13). Es, por tanto, al mismo Cristo quien, de modo sacramental pero real, se nos da como alimento: para fortalecer nuestra fe, para avivar nuestra esperanza, para encender nuestro amor. Con ese alimento caminaremos sin fatigas, y unidos por el Hijo al Padre, gracias a la actuación del Espíritu, nuestra vida resplandecerá con el sello de las obras divinas. Y todo porque, como canta la liturgia, la Eucaristía es el "sagra-do banquete en el que Cristo es nuestra comida, se celebra el memorial de su Pasión, el alma se llena de gracia y se nos da una prenda de la gloria futura".

Es lógico, por tanto, que al recitar el Padrenuestro digamos en primer lugar: "Padre, danos hoy el pan de cada día". Le pedimos el Pan de vida, el que sólo Él puede darnos. Al hacerse uno con nosotros, nos llenamos de su fortaleza. Y esto por intervención del Espíritu Santo, por la que el pan se convierte en el Cuerpo de Cristo y se hace posible nuestra comunión con Él. Cada vez que comulgamos se repite la efusión de gracias que inundó a los 233Apóstoles en el cenáculo. Pues "la presencia del Espíritu Santo en la Eucaristía hace que la celebración de este sacramento sea un Pentecostés, un eficaz descendimiento del Espí-ritu (...) La tradición antigua de la Iglesia

insiste de manera particular sobre la necesidad de esta presencia del Espíritu para que se realice el milagro de la transformación del pan y del vino en el Cuerpo y Sangre de Cristo" (ES 127-129). Como cristianos, hemos de tomar conciencia de esta realidad. En primer lugar, para comulgar con mayor frecuencia, a diario si fuera posible. Porque "si el pan es diario, ¿por qué -preguntaba san Ambrosio- lo recibes tú una vez al año? Recibe todos los días lo que todos los días te aprovecha, y vive de modo que todos los días seas digno de recibirlo" (Sobre los Sacramentos, V, 4). Un argumento muy convincente. Pues si en la Eucaristía se encuentra toda la fuerza que necesitamos para llegar al Cielo, sería una incongruencia dejar de comulgar cuando, a causa de nuestros altibajos, nos sentimos fríos y sin fuerzas. A nadie en su sano juicio, si está tiritando, se le ocurre meterse en una nevera; lo lógico es que se abrigue y se acerque a un buen fuego. Para encendernos en el amor divino, cuando estamos fríos, se ha quedado Jesús en la Hostia santa: para curarnos, consolarnos y llenarnos de su fortaleza.

¡Cómo ardía en amor de Dios la santa de Ávila cuando comulgaba! Gracias a la comunión con el Cuerpo de Cristo se sobrepuso a sus muchas enfermedades, superó las más duras pruebas, emprendió obras de gran envergadura. Pues, como ella misma razona, "si cuando andaba en el mundo, de sólo tocar sus ropas sanaban los enfermos, ¿qué hay que dudar que hará milagros estando tan dentro de mí, si tenemos fe, y nos dará lo que le pidiéremos, pues está en nuestra casa? Y no suele Su Majestad pagar mal la posada, si le hacen buen hospedaje" (Caminos de Perfección, 8).234

La Eucaristía ha fortalecido a los cristianos a lo largo de los siglos. Gracias a la comunión con el Cuerpo de Cristo soportaron dolores, hicieron frente a enfermedades, superaron miedos y temores. La mismo podemos hacer nosotros. "Cuando le recibas -recomendaba san Josemaría- dile: Señor, espero en Ti; te adoro, te amo, aumenta-me la fe. Sé el apoyo de mi debilidad, Tú que te has quedado en la Eucaristía, inerte, para remediar la flaqueza de las criaturas" (Forja,832).

La presencia del Señor cuando comulgamos, no lo olvidemos, permanece en cada uno mientras duran las especies sacramentales. Además, reservado en el sagrario, se queda principalmente como

alimento de los enfermos, pero también para que le adoremos, para que a solas con él le pidamos cuanto necesitemos. Podemos encontrarle en la iglesia más próxima. Allí nos aguarda. Espera que le abramos el alma y que nos desahogemos con él, en diálogo sencillo y confiado. ¡Qué distinta sería la vida de muchos cristianos si acudieran más a menudo a visitarle, si dejaran en sus manos los problemas que les inquietan! Busquemos, pues, con mayor frecuencia la compañía del Señor en el sagrario, sobre todo cuando nos sentimos indecisos, fríos o apáticos. Sin olvidar -por justicia- que también hemos de ir a darle gracias por los favores y alegrías que recibimos.

El santo Cura de Ars agudizó su espíritu en sus largos ratos de oración ante el sagrario. Se llenó allí de la fuerza que necesitaba y superó sus muchas penas y dificultades. En un sermón de Jueves Santo, decía:

"Sí sufrimos penas y disgustos, él nos alivia y consuela. Si caemos enfermos, es nuestro remedio, que nos da fuerzas para sufrir a fin de que merezcamos el cielo. Si nos hacen la guerra el demonio y las pasiones, nos da las armas para la lucha, para resistir y alcanzar la victoria. Si somos pobres, nos enriquece con toda suerte de bienes".

235

Tampoco nosotros nos faltarán pruebas y contradicciones mientras vivamos. Pero si nos apoyamos en la fe, si buscamos la fuerza en el Sagrario, conservaremos la serenidad. Él hará que las derrotas se conviertan en victorias, la debilidad en fortaleza. Para Dios nada es imposible. ¿No maravilla, por ejemplo, ver la fortaleza que asiste al Romano Pontífice en su misión apostólica? Son palpables sus deficiencias físicas, evidente su cansancio y voz quebradiza, y sin embargo son envidiables el ritmo y la energía que imprime a todo lo que hace. Se ha podido ver en sus múltiples viajes alrededor del mundo, algunos de ellos agotadores. Más aún en los realizados por países de escasa presencia cristiana. En todos ellos se ha podido comprobar cómo se crecía, contagiando calor y entusiasmo a multitudes enteras. ¿De dónde le viene esa increíble fuerza? No cabe duda que del Espíritu Santo, que le asiste y guía, despertando un vivo interés entre gentes que poco o nada saben de Cristo y de su Evangelio. Personas de toda condición se sienten atraídas por la fuerza

de su palabra, por la alegría que contagia, por el optimismo y esperanza que transmite.

Ante hechos tan inusitados, no han faltado periodistas que atribuyeron tal reacción a su gran humanidad y excelente poder de convocatoria. Pero, en realidad, poco o nada sabían de dónde le venía al Vicario de Cristo una fuerza tan arrolladora. Lo saben sin embargo las personas de su séquito, o las religiosas que en más de una ocasión le atendieron. Así, por ejemplo, se cuenta que la tarde de su llegada a Japón, después de tomar un pequeño refrigerio, se trasladó a una pequeña capilla que le habían preparado. Arrodillado ante el sagrario, se quedó haciendo oración. En varias ocasiones intentaron entrar las religiosas para preparar la misa del día siguiente, pero siempre se encontraban allí al Santo Padre profundamente recogido. Pensaron que lo mejor era dejarlo para por la mañana. Se levantaron temprano, pero también entonces volvieron a encontrar al Papa orando. Así había permanecido toda la noche, preparando el encuentro que poco después tendría lugar con gentes de las más variadas creencias, etnias y culturas. Como si se tratara del mismo Maestro, cuantos le oían sintonizaban con sus palabras, entendían lo que les decía. Era el Espíritu quien hablaba por su boca.

De Dios, uno y trino, y de nadie más, le viene al Vicario de Cristo una fuerza tan arrolladora, eso que algunos llaman poder de convocatoria. Algo parecido sucedió en su último viaje a Tierra Santa. Encorvado, andando a trompicones, era la debilidad personificada. Pero todos pudimos ver cómo se superaba con el paso de los días, con una fuerza que más bien parecía sobrehumana. Desde el gran rabino de Jerusalén al raís, jefe de los musulmanes, y los demás representantes de las principales confesiones cristianas; todos quedaron removidos por su humildad y profunda piedad, sin objetar nada a su mensaje de paz. Pudo verse también en Roma, en la Jornada Mundial de la Juventud en Tor Vergata. Más de dos millones de jóvenes, procedentes de todos los rincones de la tierra, vibraban entusiasmados. Rezaban, cantaban y escuchaban con recogimiento las palabras iniciales del Santo Padre. Luego, en silencio y gran devoción, asistieron a la Eucaristía que les celebró. Fueron muchos miles de muchachos jóvenes los que se acercaron a comulgar.

"El que come de este pan vivirá para siempre", había pro-metido Jesús. Para aquellos jóvenes, para cada uno de nosotros, la Eucaristía es alimento que fortalece, ayudán-donos a encarar con confianza el futuro. No lo olvidemos. Cada domingo y día de fiesta, especialmente, somos invi-tados a comulgar en la celebración eucarística, siempre que estemos debidamente preparados (DD 44). No importa que palpemos de cerca nuestras infidelidades, o que nos sintamos fríos o indiferentes. Lo que realmente importa es saber que Cristo nos espera, que se ha quedado en la Eucaristía para que no estemos solos. Recibiéndole como alimento, entrando en comunión con Él, nada hemos de temer, pues donde no llegan nuestras limitadas fuerzas, llega su poder que es infinito.

LA INTERCESIÓN DE MARÍA

Con el correr de los años, los hijos se independizan de sus padres; pero en la vida espiritual ocurre lo contrario: cuanto más deseemos crecer, tanto más humildes y de-pendientes de Dios debemos hacernos. Para alcanzar la madurez propia de los hijos de Dios, el Señor ha querido darnos una madre que nos ayude y proteja. No se ha con-formado con quedarse en la Eucaristía; ha querido darnos como madre a María, su propia Madre. En ella encontra-mos un modelo perfecto de virtudes, de fidelidad y forta-leza, por cuanto progresó en ellas "avanzando en la pere-grinación de la fe" (LG 58).

Aunque concibió en su seno al Verbo eterno de Dios por obra del Espíritu Santo, a María no le resultó nada fácil cumplir lo que el Señor le pedía. Su vida estuvo desde el principio llena de dificultades y sufrimientos. Aquel "fiat" pronunciado un día de corazón en Nazaret, tuvo que ir revalidándolo paso a paso, en una peregrinación de la fe que la hizo fuerte, decidida y valiente para cumplir en todo la voluntad de su Señor. El suyo fue un sí reflexivo, responsable, rubricado con dolor ante la cruz. Pero la sostenía su inmenso amor de madre. Discreta y oculta, supo acompañar a su Hijo traspasada de dolor. Así se lo había profetizado Simeón cuando le anunció que una es-pada traspasaría su alma (Le 2, 35). Aquel dolor, lejos de alejarla de la cruz, la asoció aún más a su Hijo, de quien el mismo Simeón

había dicho que sería para muchos "signo de contradicción" (v. 34).
238

Es precisamente al pie de la cruz donde comprende María en toda su profundidad el alcance de aquellas mis-teriosas palabras. No rehuye el sacrificio, sino que lo acepta con todas sus consecuencias. Su dolor es indes-criptible, viendo colgado del madero a su Hijo como si se tratara de un criminal. Momentos sublimes, tanto para laMadre como para el Hijo, de una gran intensidad emotiva. Seguramente más de una vez entrecruzarían sus miradas. Por sus mentes pasarían imágenes y recuerdos de los años vividos en Nazaret, de los sucesos de Belén, de sus idas y venidas por tierras de Galilea y de Samaría, de sus estancias en Jerusalén... Recordarían también como chispazos relampagueantes el eco entusiasta de las muchedumbres que se beneficiaron de la misericordia de Jesús; multitud de personas curadas: sordos, ciegos, para-líticos, pecadores perdonados, muertos resucitados... Pero ya todo había pasado. Aquellos que antes le vitoreaban, ahora le insultan y se mofan. La alegría de entonces ha dado paso a odios, envidias y rencores. Todos ellos promovidos por instigación de las autoridades reli-giosas de Israel, resultado de un celo mal entendido. Frente a tanta ignominia, ahí está en la cruz el amor de Jesús que se entrega y el dolor esperanzado de una madre que ama y perdona. Con el sacrificio del Hijo se funde el de María, identificados ambos con la voluntad del Padre.

Todo está a punto de concluir. Pero antes Jesús dirige a su Madre unas palabras, expresión de su última volun-tad: "Mujer, ahí tienes a tu hijo". Luego, volviéndose a Juan, el discípulo a quien amaba, le dice: "Ahí tienes a tu Madre" (Jn 19, 26-27). Ha esperado Jesús hasta el final para entregarnos lo que más quería y apreciaba en la tierra: su propia madre. Conociendo nuestra debilidad, ha querido darnos a María como Madre para que nos sostenga, auxilie y proteja. Porque Ella, "padeciendo con 239 su Hijo cuando moría en la cruz, ha cooperado de forma enteramente impar a la obra del Salvador con la obediencia, la esperanza y la ardiente caridad, con el fin de restaurar la vida sobrenatural de las almas. Por eso es nuestra Madre en el orden de la gracia" (LG 61).

Como madre, María permanece siempre al lado de sus hijos. Si no pedimos lo que nos conviene, Ella se encarga de enderezar

nuestras peticiones. Su misión no es otra que la de "cuidar maternalmente de los herma-nos de su Hijo, que todavía peregrinan y se hallan en peligros y ansiedad hasta que sean conducidos a la patria bienaventurada. Por este motivo, la Santísima Vir-gen es invocada en la Iglesia con los títulos de Abogada, Auxiliadora, Socorro, Mediadora. Lo cual, sin embargo, ha de entenderse de tal manera que no reste ni añada nada a la dignidad y eficacia de Cristo, único Mediador" (LG 62).

Cristo, en efecto, es el único Mediador. Pero María, por su estrecha unión con él, es nuestra mejor y más fiel aliada. De ahí que, por analogía con la Sabiduría eterna, la liturgia le atribuya este texto de la Sagrada Escritura:

"Yo soy la Madre del amor hermoso, del temor, de la ciencia y de la santa esperanza. En mí está la gracia para andar el camino de la verdad, en mí toda esperanza de vida y de virtud. Venid a mí cuantos me deseáis y llenaos de mis frutos"

(Sir 24, 24-26)

En el "venid a mí" se percibe una invitación maternal que impulsa a acudir a María con entera confianza. Por su mediación, podremos superar miedos y temores, lucharemos por adquirir las virtudes que necesitamos, nos adentraremos por caminos de fortaleza. La Virgen permanece a nuestro lado para sostenernos en las tentaciones, para avivar nuestra generosidad y estimular nuestra fe. Ella, que es también criatura, comprende nuestros apuros y estrecheces, y como madre buena siempre está dispuesta a echarnos una mano.

No obstante, es preciso evitar cualquier exceso en el trato con María. Pues el culto con que debemos honrar-la "no consiste ni en un vano sentimentalismo estéril y transitorio ni en una vana credulidad, sino que procede de la fe auténtica, que nos induce a reconocer la excelencia de la Madre de Dios y nos impulsa a un amor filial hacia nuestra Madre y a la imitación de sus virtudes" (LG 67). Se trata, por tanto, de imitar su sencillez y humildad, de ser sinceros para reconocer la grandeza de Dios y, por contraste, nuestras infidelidades. De ahí que al recitar el Ave María le pidamos: "Ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte". "Pidiendo a María

que niegue por nosotros, nos reconocemos pecadores, y nos dirigimos a la 'Madre de la Misericordia', a la Virgen Santísima. Nos ponemos en sus manos ¡'ahora', en el hoy de nuestras vidas. Y nuestra confianza se ensancha para entregarle desde ahora, 'la hora de nuestra muerte'. Que esté presente en esa hora, como estuvo en la muerte en cruz de su Hijo y que en la hora i de nuestro tránsito nos acoja como Madre nuestra (cf Jn I 19, 27) para conducirnos a su Hijo Jesús, al Paraíso" (CEC 2677).

La intercesión de María, su poder mediador y su eficacia supera la de todos los santos. ¿Por qué? Muy sencillo. Porque, como dice el Ligorio en uno de sus Sermones, "las oraciones de los santos son oraciones de siervos, en tanto que las de María son oraciones de Madre, de donde procede su eficacia y autoridad; y, como por otra parte, Jesús ama inmensamente a su Madre, nunca le ruega sin ser atendida".

Así es. Una prueba la tenemos en el primer milagro realizado por Jesús en las bodas de Cana. María, junto con Jesús, había sido invitada por los novios. Como las demás 241 mujeres, ayuda en la preparación del festejo. Luego, atenta a lo que ocurre, observa con estupor que comienza a faltar el vino. Una gran contrariedad. Aunque quiera, sabe que sola no puede hacer nada. Por eso, en cuanto ve aparecer a su Hijo, le dice con sencillez: "No tienen vino". Para nuestro asombro, Jesús le replica: "¿Qué nos va a ti y a mí, mujer? Mi hora aún no ha llegado" (Jn 22, 3-4). Con esa respuesta despacha el asunto sin resol-verlo. Pero María tiene fe, sabe que su Hijo puede solucionar el problema. Así que, resuelta, ordena a los criados: "Haced lo que él os diga". Los criados obedecen. Llenan de agua seis de las tinajas de piedra que habían servido para las purificaciones; luego sacan un vaso lleno de aquel líquido y lo llevan al mayordomo. Este, que no sabe lo ocurrido, al probarlo se queda maravillado de que los novios hayan dejado para el final el vino de más calidad. Aquel agua, en efecto, se había convertido en el mejor de los vinos (w. 6-11). Fue la oración poderosa de María la que había anticipado la "hora" de su Hijo.

Comentando este suceso, escribe Juan Pablo II: "En Cana de Galilea se muestra sólo un aspecto concreto de la indigencia humana, aparentemente pequeño y de poca importancia ('No tienen vino'). Pero

esto tiene un valor simbólico. El ir al encuentro de las necesidades del hombre significa, al mismo tiempo, su introducción en el radio de acción de la misión mesiánica y del poder salvífico de Cristo. Por consiguiente se da una mediación: María se pone entre su Hijo y los hombres en la realidad de sus privaciones, indigencias y sufrimientos. Se pone 'en medio', o sea hace de mediadora no como una persona extraña, sino en su papel de madre, consciente de que como tal puede -más bien 'tiene el derecho de'- hacer presente a su Hijo las necesidades de los hombres. Su mediación, por lo tanto, tiene un carácter de intercesión: María 'intercede' por los hombres. No sólo: como Madre desea también que se manifieste el poder mesiánico del Hijo, es decir su poder salvífico encaminado a socorrer la desventura humana, a liberar al hombre del mal que bajo diversas formas y medidas pesa sobre su vida...

Otro elemento esencial de la función maternal de María se encuentra en las palabras dirigidas a los criados: 'Haced lo que él os diga'. La Madre de Cristo se presenta ante los hombres como portavoz de la voluntad del Hijo, indicadora de aquellas exigencias que deben cumplirse para que pueda manifestarse el poder salvífico del Mesías. En Cana, merced a la intercesión de María y a la obediencia de los criados, Jesús da comienzo a 'su hora'. En Cana, María aparece como la que cree en Jesús; su fe provoca la primera 'señal' y contribuye a suscitar la fe de los discípulos" (Rmat 21).

Junto al poder intercesor de María, cuenta el Señor también con nuestra colaboración. Recordemos que la gracia no actúa si el hombre no colabora. De ahí que María, al ver nuestra indigencia, nos dirá como aquel día en Cana: "Haced lo que él os diga". Quiere ayudarnos, pero deja en nuestras manos la posibilidad de que el "milagro" se realice. De nuestra colaboración dependerá que nuestras miserias se transformen en fortaleza, el nerviosismo en serenidad, la tristeza en alegría, y que todos nuestros planes se conviertan en realidades fecundas.

Con la intercesión poderosa de María es fácil hacer frente al dolor, a la contrariedad. Con Ella todo se hace más llevadero, aun cuando no desaparezca del todo el sufrimiento. El dolor, no lo olvidemos, es el ingrediente del amor. Se sufre en la medida que se ama. Y en esto

María nos da ejemplo. Es la criatura que más ha amado y, por tanto también, la que más ha sufrido. Si el Señor permite que suframos, no perdamos la serenidad, aprendamos a amar su voluntad. Siendo generosos, no exagerraremos las dificultades; uniremos nuestros dolores a los de Cristo 243, conservaremos la paz sin hacer una montaña de un simple grano de arena. El amor a Dios llevó a María a ser ecuánime, serena. ¿Acaso no experimentó las penas y los dolores? Por supuesto que sí, y aun mayores que los nuestros. Pero no se dejó abatir; al contrario, llena de alegría conservó la calma. Como fruto de esa madurez interior, hizo suyo el querer divino, se entregó sin rechistar a lo que el Señor le pedía, fuerte, sin una queja ni un lamento.

¿Podremos llegar a ser fuertes como Ella? Para responder, es preciso preguntarse con valentía: ¿Ocupa mi yo el centro de mis pensamientos, o es el amor a Dios el que me lleva a hacer las cosas con ilusión y alegría? Con otras palabras: ¿Responden mis planes y proyectos a la voluntad divina? En ocasiones, tal vez nos resulte costoso dar un sí a Dios como el de María. Pero de la fidelidad al querer divino depende que seamos felices o no. Seamos fieles, por tanto, queramos lo que Dios quiere, aunque el corazón sangre y a veces se nos salten las lágrimas. Dios, que es un Padre que ama con locura a sus hijos, premiará nuestro esfuerzo, y el mismo dolor se convertirá en fuente de alegría.

Necesitamos llenar de alegría el corazón para llegar con garbo al fin del camino. Cuanto más alegres y esperanzados, mayor facilidad tendremos para superar las limitaciones. Al revés de lo que suele ocurrirle a la persona triste, encogida; para ella todo es ocasión de enfado, de rebeldía. A estas personas les vendría bien meditar lo que advierte el Espíritu: "No os entristezcáis, porque la alegría de Yahvéh es vuestra fortaleza" (Ne 8, 10). Pues "como la polilla al vestido y la carcoma a la madera, así la tristeza daña al corazón del hombre" (Pr25, 20). Se impone una lucha abierta contra la tristeza. En otro de los libros Sapienciales se recomienda: "No te dejes dominar por la tristeza, ni te abandones a tus preocupaciones. La alegría del corazón es vida para el hombre, el gozo del hombre alarga sus días. Ama la vida, alegra tu corazón, destierra la tristeza: porque la tristeza ha perdido a muchos y no hay en ella utilidad" (Si 22-25).

María ha sido y es la criatura más feliz. Con razón la invocamos como causa de nuestra alegría. Ella puede preservarnos de la tristeza si se lo pedimos con fe. En sus diversas apariciones, su mensaje ha sido siempre de paz y alegría. En la Cova de Iria (Fátima) pudieron contemplarla radiante los tres pastorcitos. Era el 13 de mayo de 1917 cuando se les apareció por primera vez en lo alto de una encina, rodeada de una gran aureola. Los niños dicen que la vieron como una Señora muy bella, más brillante que el sol. Lucia, al describirla, subraya que su cara irradiaba una alegría y paz extraordinarias, imposible de reproducir. Años atrás, el 11 de febrero de 1858 en la gruta de Massabielle (Lourdes), se aparece a Bernardette Soubirous. También ella, refiriéndose a la Virgen María, comenta que "era joven y hermosa, sobre todo hermosa, como jamás vi. Me miraba, me sonreía, hacía gestos para que me acercara sin miedo...".

Sí, María vive e intercede de continuo por sus hijos. Asunta al cielo en cuerpo y alma, sabe muy bien lo que nos pasa y está siempre dispuesta a ayudarnos. Pero hemos de invocarla con fe, sobre todo cuando rezamos el Rosario o recitamos la oración Memorare ("acordaos"). Con su ayuda se allanarán los obstáculos, superaremos con valentía los miedos o las zozobras. La misma aspiración de gozar un día en plenitud de Dios, no quedará en quimera. "Sé fiel hasta la muerte -dice el Espíritu- y te daré la corona de la vida" (Ap 2, 10). ¿A quien acudirémos para ser fieles y perseverantes hasta el final sino a la

que es Esposa del Espíritu, mediadora de todas sus gracias?

La perseverancia en el amor requiere heroísmo. Un sin sentido para los sabios y prudentes de este mundo, pero camino asequible para los humildes de corazón, para los que todo lo esperan de Dios y nada de sí mismos. Son 245 éstos, en su debilidad, los que logran alzar-se hasta las altas cimas de la santidad. Gracias a la fortaleza recibida del Espíritu, convierten para asombro de poderosos y prepotentes, su incapacidad en eficacia, sus fracasos en victorias, sus penas y desconsuelos en gozo desbordante.

Cuando nos encontramos dando los primeros pasos en el milenio recién estrenado, bueno será recordar las palabras que el Romano Pontífice utilizó para animar a los cristianos a encararlo con

un talante firme y esperan-zado. Son las mismas que un día dirigiera Jesús a Simón Pedro, tras una noche de pesca infructuosa en el lago de Genesaret: "Duc in altum!". Es como si hubiera querido decirnos: conozco vuestra poquedad, pero también vues-tra grandeza por ser hijos de Dios. "¡Remad mar adentro, no temáis!". Es todo un mensaje de aliento y optimismo: "¡Caminemos con esperanza! Un nuevo milenio se abre ante la Iglesia como un océano inmenso en el cual hay que aventurarse, contando con la ayuda de Cristo. El Hijo de Dios, que se encarnó hace dos mil años por amor al hombre, realiza también hoy su obra. Hemos de agudizar la vista para verla y, sobre todo, tener un gran corazón para convertirnos nosotros mismos en sus instrumentos (...) El Cristo contemplado y amado ahora nos invita una vez más a ponernos en camino: 'Id pues y haced discípulos a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo' (Mt 28,19). El mandato misionero nos introduce en el tercer milenio invitándonos a tener el mismo entusiasmo de los cristianos de los primeros tiempos. Para ello contamos con la fuerza del mismo Espíritu que fue enviado en Pentecostés y que nos empuja hoy a partir animados por la esperanza 'que no defrauda' (Rom 5, 5)" (NM 58).

246